

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XXI.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA

del Conde de Segur:

Por D. Alberto Lista.



TOMO XXI.

MADRID: OCTUBRE, 183

Imprenta de D. José Pal

calle del Factor.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO I.

Cárlos octavo.

Cárlos VIII, rey de Francia. Estados generales de Tours. Guerra loca. Declaracion de guerra de Maximiliano, rey de romanos. Nueva conspiracion de los malcontentos. Guerra en Bretaña. Sitio de Nantes. Batalla de Saint-Aubin. Tratado de Sablé. Disensiones de Bretaña. Casamiento de Ana de Bretaña con Cárlos VIII. Union de este ducado á la corona. Restitucion del Rosellon. Cesion del Artois y del Franco Condado. Espedicion de Cárlos VIII á Italia. Sumision de la Toscana. Entrada en Roma. Conquista de Nápoles. Liga contra Francia. Batalla de Fornovo. Pérdida del reino de Nápoles por los franceses.

CÁRLOS VIII, *rey de Francia* (1483). Cárlos VIII tenia solamente trece años cuando

subió al trono. Ana de Francia, á quien Luis XI habia encargado la regencia del reino en la menor edad de su hijo, era una princesa dotada de genio profundo, sagacidad y valor; y unia á las gracias de su sexo las cualidades propias de los grandes hombres. Tomó posesion de la autoridad auxiliada de Pedro de Borbon, su marido, que aunque no carecia de talento, era muy inferior á su muger. A pesar del testamento de Luis XI, y de la obediencia prometida y jurada en sus manos, algunos personages aspiraron á tener parte en el gobierno. La reina viuda Carlota de Saboya, que en vida de Luis XI estuvo siempre alejada de los negocios, no pudo oponer grandes obstáculos á la autoridad de su hija Ana, porque ni tenia partidarios, ni gozaba salud; y poco despues siguió á su marido al sepulcro. El duque de Borbon, hermano mayor del señor de Beaujeu, mostró envidia de ver á este apoderado de las riendas del gobierno; pero se le calmó, enviándole al lecho donde le tenia clavado la gota, la espada de condestable y el título de lugar-teniente general del reino.

Mas dificil fue contentar á Luis, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre, y esposo de Juana, hermana del rey, con quien habia casado por obedecer á Luis XI. El duque era hombre de gallarda presencia, hábil y valeroso en la guerra, diestro en todos los ejercicios, afable, generoso. Su título de heredero presuntivo de la corona, bajo un rey niño y

enfermizo, reunia en su corte á casi todos los demas príncipes y señores, deseosos de dar el supremo poder á quien pensaban que por gratitud lo repartiria con ellos. Los principales eran Cárlos, duque de Angulema, su primo hermano: Juan de Foix, vizconde de Narbona, su primo hermano: el duque de Bretaña, y el de Alenzon, tan perseguido por Luis XI. El alma de esta confederacion era el conde de Dunois, hijo del célebre bastardo del mismo nombre, no tan gran militar como su padre, pero mas peligroso por su astucia y osadía. La princesa Ana creyó que desbarataria esta liga colmando de favores al duque de Orleans, y principalmente á Dunois, que era el mas temible de todos; y así dió al primero el gobierno de París, de la isla de Francia, de Champaña y de Bria con el derecho de asistir á todos los consejos; y á Dunois el gobierno del Delfinado; pero el duque pidió que se reuniesen los estados generales, y fue preciso convocarlos en Tours para fines del año.

Mientras se elegian los diputados, la princesa procuró ganar las voluntades, gobernando con moderacion y renunciando al sistema despótico de su padre. Disminuyó los impuestos, prometió perdonar los atrasos cuando pudiese, despidió con honor un cuerpo de 6.000 suizos que costaba mucho, y suprimió los gastos supérfluos. Abrió las prisiones, donde gemian muchas víctimas de la suspicacia y crueldad de Luis XI, llamó á la corte los desterrados y res-

tituyó los bienes confiscados por sentencias crueles ó sobradamente severas. Al mismo tiempo entregó á los tribunales á Oliveros le Daim, á Doyat, y á Juan Cottier, que siendo ministros de las crueldades de Luis, cometieron grandes maldades por su propia cuenta, y horrendas concusiones. El primero fue ahorcado: al segundo se le azotó, se le marcó con un hierro ardiendo, se le cortaron las orejas, y se le desterró para siempre del reino. Juan Cottier, último médico, ó curandero por mejor decir, de Luis XI, fue condenado á 150.000 libras de multa. La princesa recobró otras muchas sumas, dadas por su padre á personas indignas: confirmó en sus destinos á los magistrados de los parlamentos y consejeros de estado, nombrados por Luis XI, é hizo que prestasen en sus manos nuevo juramento de fidelidad.

Estados generales de Tours (1484). El aprecio general de que gozaba Ana de Francia, hizo que fuesen sin efecto todas las tentativas de la confederacion de los príncipes para separarla del mando ó participar de él. Todo lo que consiguieron fue que el duque de Orleans presidiese el consejo cuando el rey no asistiese: distincion inútil, porque estaba en manos de la princesa que el rey no faltase nunca.

En la cuestion de subsidios hubo grande disputa, porque los estados querian que no se pagasen sino en la cantidad señalada en el reinado de Cárlos VII, y que Luis XI habia casi triplicado; al fin, vencidos de las reflexiones del

canciller Guillermo de Rochefort, aumentaron á aquella suma 300.000 libras. En estos estados se votó, no por estamentos, sino por divisiones, que fueron seis.

Al concluirse esta asamblea se trató del impuesto que era preciso echar para pagar los gastos de ella, que ascendian á 50.000 francos. El clero y la nobleza alegaron sus privilegios, y se escusaron de contribuir; pero como la miseria del pueblo era grande, el canciller les dijo: «Haced lo que querais: el derecho está de parte vuestra; pero la humanidad y la compasion hablan á favor del pueblo.» Movidos por estas palabras, convinieron en que la contribucion se repartiese entre los tres estados, sin que esto pudiese servir de ejemplar para lo sucesivo.

Concluidos los estados generales, se consagró el rey; á cuya solemnidad, que fue magnífica, concurrieron todos los príncipes de la sangre y barones del reino. La princesa se dedicó entonces a confirmar las antiguas alianzas con Suiza y Escocia: esta última la era muy útil para hacer una diversion en la Gran-Bretaña, en caso de que el rey de Inglaterra quisiese favorecer á Maximiliano ó á los descontentos de Francia. Renovó la tregua con el rey de España, que no cesaba de exigir que se le restituyese el Rosellon: contrajo alianza íntima con Renato, duque de Lorena, capitan ilustre, cediéndole el ducado de Bar, que Luis XI habia retenido, con la intencion de valerse de él

contra los alemanes auxiliares de Maximiliano.

Para dar mas fuerza y vigor á su gobierno, se dedicó á corregir todos los abusos de que se habia quejado la asamblea de Tours: cosa que fue tan agradable al pueblo, como útil al reino. De esta manera, asegurada la princesa con las alianzas estrangeras y con la firmeza y sensatez de su administracion, su voto era decisivo en el consejo; y el partido del duque de Orleans, su rival, creyó que no podria desquiciar el poder de la regenta, sino apoderándose de la persona del rey.

La corte estaba en Vincennes; y Cárlos, que ya era mancebo, gozaba en aquel palacio las diversiones propias de su edad. Las que mas le agradaban eran los ejercicios militares, las carreras de caballos, los simulacros de combate, y los torneos. Como el duque de Orleans sobresalia tanto en estos ejercicios, se le aficionó el rey de tal manera, que no podia vivir sin él, y preferia el trato alegre y divertido del duque y de sus partidarios á la severidad de su hermano. Parece que el duque le persuadió á que escribiese al de Bretaña que viniese á sacarle de la sujecion en que vivia. La princesa lo supo por Landais, privado del de Bretaña, á quien tenia ganado con sus presentes. Inmediatamente entró en el cuarto de su hermano: le reprendió severamente, y mandó á tres caballeros que estaban en su compañía, que saliesen de palacio. Como ellos alegasen que el duque de Orleans les habia mandado que

acompañasen al rey, Ana les dijo: «Si estuviera aqui el duque, yo le.....» y se detuvo. Los caballeros, aterrados por sus miradas, callan y obedecen. La princesa mudó todos los sirvientes del rey, abandonó á Vincennes, demasiado cercana á París, cuyo gobierno tenia el de Orleans, y pasó la corte á Montargis. Desde alli por medio de Landais se opuso al enlace de Ana, hija y heredera del de Bretaña, con el duque de Orleans: el cual deseaba hacer estas bodas, repudiando á su esposa Juana, aborrecida de él.

Guerra loca (1485). Cuando el duque vió que la corte se habia retirado, procuró sublevar la capital contra el gobierno, no solo ganando partidarios en ella con su afabilidad y largueza, sino perorando en las casas de ayuntamiento, y manifestando mucha lástima de la miseria del pueblo y de los gravámenes que sufria. En el parlamento declamó contra el gobierno de su cuñada: «y no se crea, decia, que digo esto para colocarme en su lugar; pues si ella se separa diez leguas del rey, yo me retiraré á cuarenta.» Pero no tuvo en aquel tribunal el triunfo que esperaba. Santiago de la Vasquerie, primer presidente, le dió á entender en su respuesta que no disimulaba bien su ambicion, y le exhortó á que diese, como primer príncipe de la sangre, el ejemplo de la sumision y de la fidelidad. El duque procuró interesar la universidad en su favor; pero esta no hizo mas que remitir al rey una memoria que

le entregó el de Orleans, quejándose del gobierno, sin añadir ni quitar una sola letra.

Ana de Francia tomó contra estas intrigas una resolucion decisiva, y envió confidentes armados que prendiesen al duque enmedio de París. El duque lo supo pocos minutos antes de la ejecucion, y huyó á Pontoise, y de allí á Verneuil, fortaleza de la Perche, que era de Renato, duque de Alenzon, uno de sus mas fogosos partidarios. La corte volvió á la capital: se quitó al de Orleans el gobierno de ella, y se dió al anciano Chabannes, conde de Dammartin. Dunois fue tambien despojado del gobierno del Delfinado, y se privó á los destituidos de sus pensiones y de sus compañías de ordenanzas. Por la primavera marchó el rey con un cuerpo de tropas contra Verneuil, donde el duque estaba casi indefenso; pero los caballeros que acompañaban á Cárlos, intercedieron por él, y fue admitido á besar la mano al rey. Restituyósele su plaza en el consejo; mas no el gobierno de París, ni su pension.

Este abatimiento le movió á sublevarse segunda vez, auxiliado del duque de Borbon, á quien Dunois persuadió fácilmente, que Ana de Francia no hacia caso de él en los negocios de gobierno. Como era condestable, creia tener grande influencia en el ejército. Ana por su parte confió el mando de las tropas á Luis de la Tremouille, de edad entonces de 24 años, y que fue llamado despues *el caballero sin tacha.*

El duque de Orleans ocupó á Beaugency,

pidió socorros, no solo al duque de Bretaña, sino tambien á los de Angulema y Alenzon, y al vizconde de Narbona y á los demas descontentos. Mandó á decir á todos que dirigiesen sus tropas á Orleans, porque esperaba que esta ciudad le abriria sus puertas apenas se presentase: pero la princesa se habia anticipado; y recordando á los habitantes de aquella plaza que su fidelidad al trono habia salvado el reino en tiempo de Cárlos VII, respondieron á los enviados del duque, «que le recibirian á él, con tal que viniese sin soldados;» y Ana de Francia, que llegó con el rey á Orleans, fue admitida con sumo aplauso. El duque se vengó talando las tierras de su patrimonio. Sus tropas auxiliares eran pocas y huyeron de las del rey: él mismo fue sitiado en Beaugeney y obligado á capitular bajo condicion de que apartase de su lado á Dunois, y admitiese guarnicion real en todas las plazas de su infantazgo. Dunois le escusó la ignominia de la primer condicion, retirándose á Asti, único pueblo que quedaba al duque de Orleans de la sucesion de su abuela Valentina de Milan. Asi se terminó esta apariencia de hostilidades, que en aquel tiempo se llamó *la guerra loca.*

El duque de Bretaña no habia podido enviar socorros al de Orleans, porque parte de la nobleza de su estado, indignada de la arrogancia del favorito Landais, habia tomado las armas contra él, y otra parte en su favor, por no ir contra su príncipe. Ya estaban los dos

partidos para venir á las manos, cuando los caudillos, avergonzados de una guerra civil, movida por causa de un hombre, cuyo único mérito era engañar á su soberano, se convinieron en deponer las armas, y en hacer que el duque alejase de sí á su privado. Landais fue entregado á la justicia, y se le juzgó y envió al suplicio con tanta prontitud, que no le alcanzó la gracia de su soberano, aunque este tenia resuelto perdonarle la vida. En este tiempo las tropas del rey, despues de someter al duque de Orleans, se presentaron en las fronteras de Bretaña; y el duque, no teniendo fuerzas que oponerles, firmó un convenio, que se hizo en Bourges, y por el cual se obligó á no dar socorro ni favor alguno á los enemigos de Francia, ni á los malcontentos del gobierno.

Declaracion de guerra de Maximiliano, rey de romanos: nueva conspiracion de los malcontentos (1486). Al mismo tiempo que Francisco, duque de Bretaña, celebraba con la princesa Ana el tratado de Bourges, firmó otro, concluido en Brujas, con Maximiliano, rey de romanos: en el cual se obligaron á confederarse para apartar del lado del rey de Francia *cierta muger* (asi designaban á Ana) y los malos consejeros. Esta princesa tenia ofendido á Maximiliano, por haber dado socorro á los de Gante, rebelados contra él, bien que en su nombre privado, pero con las tropas del rey su hermano. Losganteses, incapaces de sufrir el yugo ni la libertad, no supieron

aprovecharse de este auxilio; antes bien, desconfiando de los franceses, los despidieron, dieron muerte á sus caudillos, se reconciliaron con Maximiliano, volvieron á sublevarse contra él, hasta que al fin se hizo la paz por mediacion de Felipe, hijo de Maximiliano, aunque entónces era menor de edad.

El rey de romanos declaró la guerra, no á Cárlos VIII, á quien llamaba su hijo querido y prometido esposo de su hija Margarita de Austria que se educaba en la corte de París, sino contra la princesa Ana de Francia. Mas como ni tenia dinero ni recursos, fatigó inútilmente sus tropas, y las licenció casi al principio de la campaña, viendo que su declaracion no habia producido en el reino otro efecto que el de reunir todos los ánimos contra el enemigo comun.

Mas temible era para el gobierno la astucia de Dunois: el cual desde su destierro de Asti preparó una vasta conspiracion contra la princesa, en la cual entraron el duque de Bretaña, á quien habia ofendido Ana, publicando el contrato de venta que hizo la familia de Blois á Luis XI, de sus derechos á aquel ducado: los barones principales del reino, deseosos de sacudir el yugo que les habia impuesto el trono en el reinado anterior: el rey de romanos, que habia pedido á Francisco de Bretaña la mano de la princesa Ana para sí, y la de su hermana Isabela para su hijo Felipe: el duque de Lorena que reclamaba la Provenza; y el de Saboya,

que alegaba derechos al marquesado de Salucy. Cuando tuvo preparada la trama, volvió á Francia, y se estableció en Partenay, villa del Poitou, que era de su patrimonio, para dar desde alli calor á los confederados, principalmente al duque de Bretaña, que por su debilidad de carácter lo necesitaba mas que todos. En vano la princesa gobernadora envió órden á Dunois de volver á Asti ó retirarse á otro punto menos sospechoso que Partenay. El orgulloso baron le respondió: *yo estoy en mi casa.*

Guerra en Bretaña: sitio de Nantes (1487). La actividad de Ana de Francia desbarató en pocos dias una trama que Dunois creia mas fuerte de lo que era en realidad. Por su órden fueron arrestados muchos personages de la corte, que habian entrado en la conspiracion, siendo uno de ellos el célebre Felipe de Comines. Envió al mariscal de Gié al duque de Orleans, para que le intimase la órden de venir á la corte, ó lo trajese por fuerza si no obedecia. Pero el duque adormeció con buenas palabras la vigilancia del mariscal, y se escapó á Bretaña. En fin, poniéndose al frente de un ejército, y acompañada del rey, entró en Guiena, y se apoderó de las fortalezas de esta provincia, cuyo gobierno dió á su marido, quitándolo á Lescune, nuevo valido del duque de Bretaña. Cárlos, duque de Angulema y primo hermano del de Orleans, perseguido por el ejército del rey, se sometió y consiguió su perdon. Ana,

para ganarle, le dió por esposa á Luisa de Saboya, de cuyo matrimonio nació Francisco I.

La conjuracion estaba vencida en el reino. Dunois y los principales malcontentos que no habian querido someterse, se refugiaron á Bretaña, donde el duque los recibió muy bien. La princesa gobernadora entró con su ejército en el ducado, donde tenia por partidarios á muchos caballeros bretones, á cuya frente estaba el mariscal de Rieux, descontentos de su duque por el favor que lograban en el palacio y en el gobierno los refugiados franceses. Las tropas francesas vencieron á los enemigos en muchos reencuentros parciales: el duque Francisco huyó á Nantes, y Ana de Francia puso sitio á esta plaza.

Los ataques fueron vigorosos; pero no fue menor la resistencia, ni el estrago que los sitiados hicieron en los sitiadores en varias surtidas. Al mismo tiempo tomaron las armas á favor de su duque 10.000 bretones de los distritos cercanos al mar; y en san Maló desembarcó un cuerpo auxiliar de 1.500 alemanes, enviado por Maximiliano. Todas estas causas obligaron á Ana á levantar el sitio de Nantes; bien que se indemnizó de este reves, tomando otras muchas plazas y poniendo en ellas guarnicion francesa. El mariscal de Rieux, ofendido de que esta princesa quebrantase el tratado que habia hecho con los malcontentos de Bretaña, por el cual se obligara á no atacar la residencia del duque y á no ocu-

par militarmente ninguna fortaleza, volvió al servicio de Francisco, que le recibió con amor, y su ejemplo siguieron casi todo su partido.

El duque de Bretaña no podia defenderse contra Francia. De los dos aspirantes á la mano de su hija, el uno, que era Maximiliano, estaba lejos, y sus socorros eran precarios é inciertos: el duque de Orleans, que era el otro, le habia traido una nobleza brillante y valerosa, pero muy pocas tropas. En estas circunstancias su privado Lescune, que era amigo de Alano, señor de Albret, persuadió al duque que solicitase el apoyo de un baron tan poderoso en el mediodia, y de un general tan valiente, no oponiéndose á que solicitase la mano de su hija; aunque ya era hombre de cincuenta años. El anciano enamorado llegó á Bretaña con un cuerpo numeroso de tropas, y reanimó las esperanzas del duque.

Batalla de Saint Aubin: tratado de Sablé (1488). Entre tanto el rey de Francia asistió en su solio de justicia al parlamento, y mandó citar como culpables de felonía á los duques de Orleans y de Bretaña, y á Felipe, conde de Flandes, hijo del rey de romanos, aunque solo tenia á la sazon nueve años. Los cómplices y partidarios de estos príncipes fueron declarados rebeldes y despojados de sus bienes.

Al mismo tiempo la princesa gobernadora cultivaba muy cuidadosamente la amistad de Enrique de Tudor, rey de Inglaterra, que ha-

biendo vencido y muerto á Ricardo III en la batalla de Bosworth, terminó la cruel guerra entre las casas de York y Lancaster. El objeto de Ana era impedir que diese socorro al de Bretaña y quebrantase la neutralidad. Pero si lo logró del rey, no pudo de los soberbios barones de la isla, que siempre animados contra Francia, enviaron tropas en número no despreciable á los reales del duque de Orleans.

Las tropas francesas abrieron la campaña de 1488 poniendo sitio á Fougeres, plaza que era la llave del ducado por la parte del Maine y del Anjou. El ejército breton, reforzado ya con todos los cuerpos auxiliares de gascones, ingleses, alemanes y refugiados franceses, se puso en marcha para socorrer aquella plaza. La rivalidad de amor y de ambicion entre el señor de Albret y el duque de Orleans estuvo á pique de producir una guerra civil entre los defensores de Bretaña, y fue siniestro agüero del éxito de la pelea. Advirtieron al duque de Orleans por un anónimo que su rival trataba de asesinarle, y le señalaron la noche y la hora en que iba á cometerse la maldad. El duque cita á su tienda al príncipe de Orange y á otros amigos suyos; y apenas salen á la puerta, encuentran al señor de Albret que llegaba con una tropa numerosa. Preguntóles «qué buscaban en su cuartel,» y responden que estando de ronda, habian querido asegurarse por sus mismos ojos de la vigilancia de las centinelas. Nada contestó el de Orleans, y ellos se retiraron;

pero al dia siguiente se quejó el duque en el consejo de que el de Albret habia querido asesinarlo. Alano niega el hecho, y pide satisfaccion; y los amigos de entrambos se disponian ya á pelear: pero los bretones hicieron ver cuán peligrosa era aquella disputa teniendo al frente los enemigos, y lograron calmar los ánimos.

Llegaron en fin á Fourgeres, pero demasiado tarde; porque la guarnicion, despues de haber hecho varias salidas en que perdió mucha gente, se entregó. El ejército breton se retiró entonces, y los franceses lo persiguieron y lo alcanzaron junto á una villa pequeña, llamada Saint Aubin du Cormier. El duque de Orleans y sus compañeros de fortuna pelearon en la infantería, para desmentir la voz, echada por sus enemigos, de que pensaban pasarse al ejército del rey apenas comenzase la batalla. Esta fue su perdicion: porque la infantería francesa cejó al principio, ó por ardid ó por la violencia del ataque de los bretones: estos persiguiéndola con ardor, cayeron en una emboscada de caballería, cuyo choque inesperado los dispersó y puso en fuga; y el duque de Orleans, el príncipe de Orange y todos sus compañeros quedaron prisioneros.

La Tremouille, que mandaba el ejército del rey, recibió á los príncipes con mucha urbanidad en su tienda, y los convidó á comer con los capitanes que los acompañaban. Al fin de la comida se levantó uno de los oficiales franceses, salió y entró con unos religiosos franciscos. Los

príncipes se demudaron: La Tremouille les dijo: «Nada temais, príncipes: no á mí, sino al rey, toca decidir vuestro destino. Pero vosotros, capitanes, que habeis sido cogidos peleando contra vuestro soberano y vuestra patria, cuidad de vuestras almas.» En vano los príncipes le pidieron la vida de sus desgraciados cómplices. La Tremouille fue inexorable, y les mandó cortar la cabeza. El duque de Orleans, despues de haber estado preso en varios castillos, paró en el de Bourges, donde se le encerraba de noche en una jaula de hierro. Al príncipe de Orange se le trató con menos dureza.

Esta fue la batalla de Saint Aubin, que quebrantó las fuerzas de Bretaña y acabó con la conspiracion de los poderosos. Los bretones pidieron la paz, y se les concedió: porque si bien algunos representaron en el consejo del rey que la guerra no podia dejar de ser ventajosa para Francia, el canciller Guillelmo de Rochefort dijo: «Los que han hablado antes de mí, han demostrado que la conquista de Bretaña es fácil; pero ninguno ha examinado si es justa:» y en un grave y elocuente discurso probó la justicia y conveniencia de la paz. El tratado se celebró en Sablé. Por él se obligó el duque de Bretaña á arrojar de sus estados á todos los estrangeros que desagradasen al rey de Francia, y á no casar sus hijas sin el consentimiento de este príncipe. El rey conservó en rehenes las plazas de Saint Maló, Dinau, Fougeres, Vitré y Saint Aubin.

Poco despues de firmada esta paz, falleció el duque Francisco; y empezaron en su corte las intrigas para lograr la mano de su hija. Esta princesa, que ya tenia catorce años de edad, y que aborrecia de muerte al señor de Albret, mandó á su canciller Felipe de Montauban que se opusiese á su pretension. Alano dijo «que romperia la cabeza al canciller, si se oponia á la solicitacion de las dispensas del parentesco en Roma;» pero Dunois que revolvia ya en su fertil imaginacion volver á la gracia del rey, haciéndole el servicio de unir la Bretaña á la corona, sostuvo á Montauban, auxiliado tambien por las tropas y oficiales alemanes, que no querian pasase á ageno poder la prometida esposa de su príncipe.

Disensiones de Bretaña (1490). La duquesa Ana no podia, siendo tan jóven, tener voluntad propia, sino para aborrecer al señor de Albret: y asi solo gozaban de su confianza Montauban, adicto á los intereses de Maximiliano, y Dunois, que preparaba con profunda política el casamiento del rey de Francia con la señora de Bretaña.

Añadióse á los antiguos pretendientes Juan, vizconde de Rohan, señor poderoso en el pais y enlazado con la familia ducal, que solicitaba para su hijo la mano de la duquesa. Las tropas de Maximiliano, las de Alano, las del vizconde ocupaban los campos, y tal vez se encontraban y peleaban. La duquesa tenia su corte en Redom, ciudad indefensa; y temiendo

caer en manos de alguno de sus pretendientes, determinó trasladarse á Nantes; pero antes de que llegase á esta plaza, entró en ella el señor de Albret, favorecido de Lescune su amigo, y del mariscal de Rieux, y persuadió á los magistrados que no la recibiesen, sino á condicion de que apartase de su lado á Dunois y al canciller Montauban.

Ana siguió su camino, á pesar de esta injuriosa condicion, y el de Albret y el mariscal de Rieux, temiendo que si la duquesa entraba en la ciudad, la conmoviese contra ellos, salieron á oponerse á su marcha. Ana pasó de su caballo á la gurupa del de Dunois, y dió la señal á su pequeña escolta de acometer. Rieux no se atrevió aquel dia á pelear contra su soberana; pero al siguiente se presentó con mas resolucion. Dunois persuadió á la duquesa elegir por refugio en lugar de Nantes á Rennes: engañó al de Albret, prometiéndole que en un dia señalado conduciria él mismo la princesa á Nantes, y la puso sana y salva en Rennes, cuyos habitantes la recibieron con entusiasmo, renovando el juramento de fidelidad; de la cual acababan de dar una prueba brillante, inutilizando todos los esfuerzos que habia hecho La Tremouille para apoderarse de esta plaza.

Los franceses entraron con ejército en Bretaña: Enrique VII, rey de Inglaterra, aconsejó á la duquesa que no diese oidos á las persuasiones de la corte de Francia, y le envió al-

gunas tropas auxiliares: Fernando é Isabel, reyes de España, le prometieron hacer una poderosa diversion en la frontera del Pirineo; y en fin, el rey de romanos, libre ya de la prision, en que le tenian los de Gante, por las armas de su padre el emperador Federico III, la instó por medio de Montauban, á que cumpliese la palabra de casamiento, que habia recibido de su padre Francisco. Ana, vencida por las instancias de su canciller, convino en ello; pero Maximiliano, que debiera haberse presentado con fuerzas suficientes para reducir al silencio sus competidores, detenido en la guerra contra algunos señores de Alemania, se contentó con casarse por poderes; y despues de la ceremonia eclesiástica, Ana entró en el lecho nupcial, y el embajador del rey de romanos, teniendo en las manos sus poderes, puso una pierna sobre la cama. Esto se hizo con el mayor secreto: pero cuando se divulgó, todos se burlaron de Maximiliano y de su estravagante ceremonia.

Casamiento de Ana de Bretaña con Cárlos VIII: union de este ducado á la corona (1491). Dunois no era hombre capaz de detenerse por un simulacro de matrimonio en su plan de union de Bretaña y Francia. Su primer cuidado fue escribir á Cárlos VIII, que nadie mejor que el duque de Orleans podria triunfar de las dificultades que se ofrecian de parte de la duquesa y de los bretones: que el duque era bien visto de Ana, á la cual habia

tratado desde su niñez, y que nadie tenia más influjo que él sobre su ánimo.

Ana de Francia habia ya dado libertad á los presos por la pasada conspiracion, inclusos Felipe de Comines y el príncipe de Orange: pero fuese odio personal ó política, no se manifestó dispuesta á hacer al de Orleans el mismo beneficio. Y asi Dunois dirigió sus miras al rey. Este, acostumbrado á seguir en todo el dictámen de la princesa gobernadora, resistia hacerlo sin su consejo: pero movido por las lágrimas de la duquesa de Orleans su hermana, le dijo: « No llores mas, hermana mia: tú lograrás lo que deseas. Plegue al cielo que no te arrepientas algun dia de habérmelo pedido. » Dispuso una partida de caza, para ocultar á Ana su determinacion, llegó con los monteros hasta Bourges, mandó sacar á su primo de la prision, le recibió con el mayor cariño y le admitió en su gracia. El duque le prometió fidelidad y amor, que no se desmintieron jamas.

La princesa Ana conoció que su reinado acababa, y se retiró del gobierno. Pero su hermano continuó siempre tratándola con amor, respeto y deferencia; y la consultó siempre en todos los negocios de importancia. Al duque de Orleans se dió el gobierno de Normandia, desde el cual empezó á tratar de los medios oportunos para perfeccionar el proyecto de Dunois. Con la reconciliacion del rey y del duque se borraron hasta los últimos vestigios de la conspiracion. Esta fue el último esfuerzo del feu-

dalismo espirante, cuando se sintió aliviado del yugo que le habia impuesto Luis XI. Ana su hija tuvo mitigadas las cualidades de su padre. Su astucia no llegaba á ser perfidia, ni su dureza á crueldad. Pero poseia heredados su vigor y su inteligencia; y su gobierno prudente libertó á la Francia de grandes males.

Ana de Bretaña oponia á las instancias de Dunois las preocupaciones propias de su familia y de su pueblo contra los franceses; y la delicadeza del honor, que no le permitia faltar á la fe que habia jurado á Maximiliano. Pero Dunois y la corte de Francia ganó, no solamente á los barones de Bretaña, sino al mismo señor de Albret, que de este modo se vió libre de la proscripcion que Cárlos VIII habia fulminado contra él. La Tremouille penetró en Bretaña con un ejército, y puso sitio á Rennes, defendida solamente por los alemanes; y Ana no se rindió á los deseos de todos hasta que la plaza capituló, á condicion que ella y las tropas de Maximiliano tendrian libertad de retirarse. Los alemanes emprendieron su viaje, creyendo que Ana los seguia: y entretanto esta princesa, acompañada solamente de Montauban y de dos caballeros bretones, pasó al castillo de Langeais, donde el rey la esperaba con las dispensas de Roma y el contrato matrimonial. Celebróse el casamiento, y la reina fue coronada en san Dionis, é hizo su entrada pública en Paris con gran pompa y regocijo. Dunois no pudo gozar de su triunfo, por-

que habia fallecido de la gota pocos dias antes.

En el contrato matrimonial se estipuló, que si Ana moria sin hijos antes que el rey, pasarian á este monarca los derechos de su esposa: pero Cárlos si moria antes, y sin sucesion, Ana volveria á recobrar sus derechos, y no podria pasar á segundas nupcias sino con el rey sucesor de Cárlos VIII, ó con el mas cercano heredero de la corona: de modo que en todos los casos posibles, quedaba la Bretaña unida al trono. Asi adquirió Francia aquel ducado, precioso no solo por la fertilidad del terreno, el valor de los habitantes y sus fuerzas navales, sino tambien porque con ellas cerraba Inglaterra una de las puertas mas acomodadas para invadir el reino.

Restitucion del Rosellon: cesion del Artois y del Franco Condado (1492). Fácil era de prever la ira de Maximiliano cuando supo que le habian quitado su esposa y desairado á su hija. Declaró la guerra á Francia; pero ni la mezquindad de sus fuerzas, ni la veleidad de su carácter le permitieron hacerla con vigor, y se redujo á movimientos inútiles de las tropas. El rey de Inglaterra, enojado tambien, por haber perdido el influjo que sus antepasados tuvieron en Bretaña por tantos siglos, hizo ó aparentó hacer grandes armamentos contra Francia. Los reyes de España instaban porque se les restituyese el Rosellon. Cárlos VIII, que proyectaba entonces su grande espedicion al reino de Nápoles, y queria estar en buena armonia

con todos sus vecinos, satisfizó á Maximiliano, cediendo al archiduque Felipe, su hijo, las provincias del Artois y del Franco Condado, que eran la dote de la princesa Margarita de Austria. Esta casó despues con Juan, príncipe de Asturias, hijo de los reyes católicos. Cuéntase que al pasar de Flandes para España en la armada, se movió una terrible tempestad, en que todos creyeron que iban á perecer; y que Margarita compuso entonces su epitafio en dos versos franceses, cuyo sentido es este:

« Aquí yace Margarita,
jóven y hermosa princesa,
la cual tuvo dos maridos,
y murió siendo doncella.»

Al rey de Iglaterra se le contentó con una suma de dinero, al cual era muy aficionado. En fin, á Fernando el católico se le restituyó el Rosellon, sin exigirle la suma en que don Juan II, rey de Aragon, su padre, le habia empeñado á Luis XI; pero á condicion que no tuviese alianza con los enemigos del rey; que no se opusiese á la empresa de Cárlos VIII en Italia, y que no casase sus hijos ni con los del rey de romanos, ni con los de Enrique VII, rey de Inglaterra.

Mientras que los franceses se preparaban á llevar á Italia todos los horrores de la guerra, un italiano, súbdito de la república de Génova, penetraba los senos desconocidos del Océano, y en una espedicion mas atrevida, mas gloriosa y mas pacífica descubrió un nue-

vo hemisferio para España, cuya reina Isabel fue la única que dió oidos á su propuesta, desechada por las cortes de Francia, Inglaterra y Portugal. Poco despues el insigne navegante portugues Vasco de Gama dobló el cabo de Buena-Esperanza, y abrió á su nacion un nuevo camino para el comercio de la India, que hasta entonces se hacia por la Siria y el Egipto. Estas dos grandes empresas alteraron las relaciones mercantiles y políticas del mundo; y por el impulso que dieron al comercio, aumentaron los goces y la civilizacion de los pueblos.

Espedicion de Carlos VIII á Italia (1493). El hijo de Luis XI, aficionado á la guerra y á las conquistas, habia resuelto hacer valederos con las armas los derechos de las casas de Anjou al reino de Nápoles, incorporados en la corona, por la cesion que de ellos le hizo Cárlos, conde de Maine, que murió sin sucesion. Incitábanle á la empresa Ludovico el moro, tutor de su sobrino Juan Galeazo, duque de Milan, al cual procuraba usurpar su estado: y como Juan tenia por esposa á Isabela, nieta de Fernando, rey de Napoles é hijo de Alonso V el magnánimo, temiendo las armas de este monarca á favor del marido de su nieta, le sucitó un enemigo tan poderoso como el rey de Francia.

Al mismo tiempo tenia negociaciones Cárlos con los demas potentados de Italia, principalmente con los venecianos, á los cuales de

ninguna manera queria tener por enemigos. Aquella república consintió en permanecer neutral, aunque con disgusto conocido. El papa Alejandro VI fue el único que se opuso abiertamente á la espedicion; y aunque Carlos VIII le amenazó con la convocacion de un concilio general, no por eso desistió de favorecer á Fernando.

Cárlos VIII comenzó su espedicion por un gran torneo, que se celebró en Leon del Ródano. Muy pocos señores dejaron de seguirle con el ardor belicoso característico de los franceses. Habiendo confiado el gobierno del reino á su hermana la princesa Ana de Francia, partió para Italia. En Asti, donde celebró revista general de su egército, supo que la escuadra del duque de Orleans habia obligado á volverse á Nápoles la de Alfonso, hijo y sucesor de Fernando, que falleció poco antes. De Asti pasó el rey á Milan, donde fue muy bien recibido de Ludovico el moro, en lo esterior: porque este hábil político estaba ya arrepentido de haber traido á Italia un rey tan belicoso con fuerzas tan grandes, que le impondria la ley cuando quisiese.

Sumision de la Toscana: entrada en Roma (1494). Cárlos VIII visitó en Pavia al infeliz Juan Galeazo, y se enterneció de verle tratado tan injustamente, y sumergido en una prision. Pero la alianza ofensiva y defensiva, que habia celebrado con Ludovico el moro, le impidió hacer mas que manifestarle una com-

pasion funesta: porque apenas el rey marchó á Toscana, Ludovico completó la maldad que meditaba. Juan murió, segun se creyó, de veneno; y aunque dejaba un hijo, fue proclamado el moro duque de Milan.

Entre tanto el ejército frances avanzaba por Toscana, libertaba á Pisa del yugo de los florentinos, obligaba á las repúblicas de Florencia y Siena á pagarle grandes sumas por los gastos de la espedicion, y se preparaba á entrar en Roma. En vano Alejàndro VI envió á decir á Cárlos, que si seguia adelante, le escomulgaria. Cárlos respondió: «He hecho voto de visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y lo cumpliré.» Las tropas francesas entraron en Roma por una puerta, al mismo tiempo que las de Alfonso, rey de Nápoles, incapaces de hacer resistencia, salian por la otra: el papa se encerró en el castillo de Santangelo, y el rey de Francia egerció la autoridad suprema en la capital del mundo cristiano.

Alejandro VI, obligado por la fuerza, entró en negociacion: cedió cuatro plazas de sus estados á los franceses por el tiempo que durase la espedicion de Nápoles: se obligó á no perseguir los cardenales que se habian declarado á favor de Francia, y dió en rehenes á su hijo César Borgias, que se huyó poco despues, y dejó en libertad al pontífice para obrar como quisiese, sin temor de represalias, contra los partidarios de Cárlos.

Conquista de Nápoles: liga contra Fran-

cia: batalla de Fornovo (1495). Alfonso II, rey de Nápoles, aborrecido de sus vasallos por la crueldad y avaricia, viéndose incapaz de resistir á la tempestad que le amenazaba, tuvo la prudencia de renunciar á la corona, en favor de su hijo Fernando, príncipe amado generalmente por su valor, mansedumbre y generosidad. Fernando, puesto al frente de sus tropas, nó pudo comunicarles su valentía, y conforme avanzaba el ejército francés, huian amedrentadas. El rey de Nápoles, viendo que era inútil la resistencia, pasa á la capital, reune el pueblo en la plaza pública, le releva del juramento de fidelidad y se embarca para Ischia, dejando guarnecidos los dos castillos de Nápoles, y en uno de ellos, que era el del Ovo, á su tio Don Fadrique de Aragon.

Cárlos VIII entró en Nápoles triunfante sin haber peleado, y las fiestas de su coronacion fueron magníficas. Todo el reino se le sometió sin dificultad; y contemplando el brillante éxito de su empresa, meditaba ya una espedicion mas dificil, pero mas noble, contra Constantinopla. Los primeros anuncios de este proyecto fueron algunas sublevaciones parciales de los griegos del archipiélago contra los turcos: pero todas estas esperanzas se llevó el viento. Por una parte, los franceses trataban á los nobles napolitanos ó con indecente familiaridad ó con el orgullo propio de los vencedores: no moderaban ni disimulaban sus obsequios al bello sexo, ni tenian el respeto debido á las prácticas

de devocion usadas en Italia; de modo que en pocos dias fueron cordialmente aborrecidos de los napolitanos, altivos naturalmente, celosos y amantes de la religion. En vano Cárlos VIII disminuyó el gravámen de los tributos; porque los ánimos, ya exulcerados, olvidaban este alivio material, y solo se acordaban de las injurias que sufrian en su honor y en su creencia.

Por otra parte Felipe de Comines, embajador de Francia en Venecia, dió cuenta al rey de la liga que habian hecho contra él todas las potencias de Italia, auxiliadas é incitadas por el rey de España, el cual habia consentido, por recobrar el Rosellon, el despojo de su pariente Fernando de Nápoles; pero ni queria, ni debia consentir el abatimiento de la santa sede, ni que las plazas de Roma y de Toscana fuesen poseidas por los franceses. El mismo duque de Milan entró en la liga. Su ejército, compuesto de los contingentes de todos los príncipes, debia reunirse al pie del Apenino, mandado por Juan de Gonzaga, duque de Mántua.

La situacion de Cárlos era tan peligrosa como brillantes habian sido los sucesos que le habian conducido al mediodia de Italia. Si atacaba con todas sus fuerzas á la liga, perdia irremediablemente el reino de Nápoles, cuyos habitantes, enemigos ya de los franceses, volvian los ojos á su rey Fernando. Pues permanecer donde estaba era imposible, á causa de que aumentándose las fuerzas de la liga, le

cortarian la comunicacion con Francia. Resolvióse, pues, á dejar en el mediodia un cuerpo suficiente para guarnecer las plazas, á las órdenes de Gilberto de Borbon, conde de Montpensier, y padre del famoso condestable del mismo nombre, y marchar hácia el Pó con un cuerpo de 9.000 hombres á ponerse en línea con las fuerzas que el duque de Orleans mandaba en Asti.

El plan de campaña era bueno, pero se ejecutó mal. Salió de Nápoles en el mes de julio, atravesó la campaña de Roma, el patrimonio de san Pedro y la Toscana, sin que nadie hiciese la menor resistencia á su marcha; pero tuvo la imprudencia de detenerse 15 dias en Siena y Pisa, y al bajar del Apenino halló sobre las orillas del Taro al ejército de la liga, que se habia reunido alli ocho dias antes. Resuelto á abrirse paso por medio de un ejército de 35.000 hombres bien atrincherado, encomendó la vanguardia al mariscal de Gié; el cuerpo de batalla, en que peleaba él mismo, al señor de la Tremouille, y la retaguardia al vizconde de Narbona.

Apenas los aliados vieron á los franceses en movimiento, pasaron el Taro, y atacaron á un mismo tiempo su vanguardia y retaguardia, y les quitaron los bagages. Esto contribuyó en gran manera á la salvacion del ejército francés, que no podia marchar sin presentar el flanco derecho al enemigo; porque cebado este en el pillage, no pudo oponer la de-

bida resistencia al valor impetuoso de los franceses, entre los cuales se distinguia Cárlos VIII, que en esta jornada estuvo dos veces á pique de caer en manos de los aliados. La batalla no duró mas que una hora. Los italianos se retiraron derrotados á su campamento, habiendo sufrido gran pérdida: la de los franceses fue muy corta.

Esta es la célebre batalla de Fornovo, que añadió un nuevo título de gloria á los fastos militares de los franceses, y que hizo mas honor al valor de Cárlos que á su política. Al dia siguiente por mediacion de Comines, que estaba en el ejército del rey, se estipularon treguas por un dia: y á la noche partió en secreto el ejército francés, que perecia de hambre, y los aliados no pudieron perseguirle, porque el Taro, acrecentado con el desyelo del Apenino, cubria todos los campos.

Despues de una marcha de cinco dias, en que los franceses carecieron de las cosas mas necesarias y sufrieron repetidos ataques de las partidas de los paisanos que los perseguian, llegaron á Asti; mas no encontraron en esta ciudad al duque de Orleans. Deseoso de conquistar el Milanesado, al que tenia derechos por su abuela Valentina Visconti, pasó con todas sus tropas á Novara, sorprendió la plaza, y se hizo fuerte en ella: pero con esta imprudencia espuso á perecer al rey, si los aliados le hubiesen acometido entonces, y á sí mismo; pues sitiado por Ludovico el moro, habria caido en ma-

nos de este tirano, si Cárlos, mas compadecido de su riesgo, que irritado por su mala conducta, no hubiese acudido en su socorro. Los confederados se unieron con las tropas del duque de Milan, y se esperaba una nueva batalla, cuando se movieron pláticas de paz.

Cárlos deseaba volver á su reino, acometido por las tropas del rey de España, que hacia guerra al de Navarra, pariente del de Francia, y cuyo ejército devastaba el Languedoc. Los confederados temian á los suizos, que se descolgaron de los Alpes y se unieron al ejército del rey, en mayor número que él quisiera, parte por favorecer al hijo de Luis XI, su antiguo aliado y bienhechor, parte por gozar de los despojos de la rica Italia. En esta disposicion de ánimos é intereses, no fue dificil negociar la paz, á pesar de las instancias y artificios del duque de Orleans, empeñado siempre en quitar á Ludovico Esforcia el fruto de sus maldades y alevosías.

Pérdida del reino de Nápoles por los franceses (1497). El rey se restituyó á su reino con las tristes reliquias del ejército mas brillante que desde los tiempos de san Luis habia salido de Francia. Atento á preservar la Navarra y las fronteras de Francia de las armas de Fernando el católico, solo pudo enviar 3.000 hombres con municiones, pero sin dinero, al conde de Montpensier, que en el mediodia de Italia se sostenia con mucha dificultad contra los napolitanos y españoles reunidos.

Este príncipe, segun dice Comines, «era buen caballero y valiente: pero de poco seso. Nunca se levantó de la cama antes de medio dia.» Sin embargo, tuvo la gloria de que sus armas, mandadas por Roberto Estuardo de Aubigny, nieto del condestable de Escocia que falleció en la batalla de los Harenques, venciesen á Fernando, rey de Nápoles, y al general español Gonzalo de Córdoba, tan célebre despues con el nombre de *gran capitan*, en los llanos de Seminara. Pero esta victoria no impidió que las principales ciudades del reino, y la capital misma se declarasen á favor de Fernando. Montpensier, despues de haber hecho inútiles esfuerzos para atraer al enemigo á una accion general, hallándose sin víveres ni dinero, diseminó sus tropas en las plazas fuertes, y él se encerró en Atella, donde al fin tuvo que capitular. Fueron las condiciones que se rendiria, si dentro de un año no era socorrido, y que entregaria las demas plazas, escepto tres. Pero los gobernadores de las fortalezas que debian cederse á los napolitanos, no quisieron obedecer las órdenes de su general: y asi, despues de luchar largo tiempo con la hambre, con las enfermedades y con el enemigo, se rindió Montpensier. Los gobernadores de las otras plazas las defendieron con estraordinario valor: y capitulando con los honores de la guerra, atravesaron toda la Italia banderas desplegadas, y entraron en su patria cubiertos de gloria y de miseria.

Al año siguiente falleció Cárlos VIII en la flor de su edad de un golpe que se dió en la cabeza contra la puerta de una galería oscura en el castillo de Amboise. El dolor no fue grande, y no se hizo caso de aquel accidente: pero al salir de la galería, cayó sin sentido y murió nueve horas despues. En este príncipe se estinguió la descendencia varonil de Cárlos VI, cuarto rey de la casa de Valois: porque aunque tuvo cuatro hijos de Ana de Bretaña, su esposa, todos murieron antes que él.

Cárlos VIII era pequeño y mal proporcionado, de cuerpo delgado y cabeza muy gruesa: pero el aire de benevolencia de su semblante y su afabilidad nunca desmentida le hicieron amar de cuantos se le acercaban. No era esposo fiel: y se cuenta que en el saco de Toscanella, fortaleza del reino de Nápoles, se le presentó una jóven de estraordinaria hermosura; y no habiendo podido seducirla con ofertas, recurrió á la violencia. La jóven italiana se arrojó á sus pies, y esclamó: «En nombre de la que por su pureza mereció ser madre de Dios, respetad mi honor.» El rey, movido de esta fervorosa súplica, la restituyó intacta á sus padres.

Su padre Luis XI habia descuidado de intento la educacion de su hijo; y Cárlos, cuando subió al trono, apenas sabia leer ni escribir. Pero su aficion á las letras y su aplicacion vencieron las dificultades: adquirió instruccion y protegió á los sabios. La virtud ré-

gia que mas resplandecia en él, era el amor á la justicia. Fundó un parlamento en Bretaña: continuó la obra, empezada por su abuelo y su padre, de la compilacion de las leyes y costumbres del reino, y fue siempre dócil á las representaciones del parlamento.

Su amor á la gloria le hizo emprender la espedicion de Italia, muy superior á sus fuerzas y á las previsiones de su política mal ilustrada. Coligóse con un malvado, cual era Ludovico Esforcia, que despues de haber sacado para sí el único fruto material que produjo la empresa, que fue la usurpacion de Milan, fue el mas activo para arrojar á los franceses de Italia. Pero no se puede negar que dicha espedicion hizo conocer en Italia el poder de Francia, olvidado desde muchos siglos antes, y que preparó las empresas de los dos reinados siguientes, que habrian sometido la península á la política francesa, á no haberle opuesto tan invencibles obstáculos la política mas bien entendida y las fuerzas, entonces invencibles, de los reyes de España.

CAPITULO II.

Luis doce.

Luis XII, rey de Francia. Conquista del Milanesado. Conquista del reino de Nápoles por españoles y franceses. Guerra entre Luis XII y Fernando el católico. Batallas de Seminata y Ceriñola. Conquista del reino de Nápoles por los españoles: campaña del Garellano. Conquista de Gaeta por los españoles. Paz con España. Sublevacion de Génova contra los franceses: segunda espedicion de Luis XII á Italia. Liga de Cambray. Tercera espedicion de Luis á Italia: batalla de Agnadel. Liga de la santa union. Batalla de Ravena. Batalla de Novara: jornada de las espuelas: los franceses arrojados de Italia. Paz general.

Luis XII, *rey de Francia* (1498). Estinguida la línea primera de la casa real de Valois, pasó la corona á la segunda, llamada de Orleans, cuyo tronco fue Luis, duque de Orleans, hermano de Carlos VI. Su nieto Luis, duque tambien de Orleans y gefe de los malcontentos en la menor edad de Carlos VIII, subió al tro-

no despues de la muerte de este rey, á la edad de treinta y seis años. Ninguna aversion conservó á los que habian sido sus contrarios en las desavenencias civiles, y es célebre en la historia su sublime espresion: *no toca al rey de Francia vengar las injurias hechas al duque de Orleans.* Algunos de sus amigos le recordaron la cruel serenidad de La Tremouille despues de la batalla de Saint Aubin, y Luis les respondió: «Si la Tremouille sirvió bien á su soberano contra mí, tambien me servirá contra los que intenten perturbar la tranquilidad del estado.»

Compuso su consejo de personas de mérito y capacidad esperimentada; tales como Luis Mallet, señor de Graville y almirante de Francia, mal visto en el reinado anterior, por haber opinado contra la espedicion de Italia: el canciller Guido de Rochefort, hermano del famoso Guillelmo, que habia ejercido el mismo destino con suma gloria: Florimundo Robertet, á quien confió el ramo de hacienda, y Estévan Poncher, obispo de Paris, sabio canonista y hábil diplomático, encargado de los negocios de la política. Pero su privado fue Jorge de Amboise, obispo de Montauban, amigo y partidario suyo en la época del infortunio, para el cual solicitó y obtuvo, apenas fue rey, el capelo de cardenal. Tenia en él tanta confianza, que en los casos apurados cuando dudaban sus ministros, solia decir: *Amboise lo arreglará.*

Luis XII despues de haber tributado al do-

lor de la reina viuda los consuelos de la urbanidad y del afecto, la dejó partir para su ducado de Bretaña, recibiendo antes de ella la promesa de que casaria con él si llegaba á anularse su primer matrimonio con Juana de Francia, hija de Luis XI. En este divorcio estaban interesados el amor y la política. La duquesa de Bretaña habia preferido á Luis á todos los pretendientes de su mano, cuando estaba en la corte de su padre: y entrambos sacrificaron en el casamiento con Cárlos VIII su mútua pasion á las conveniencias del estado, que ahora exigian impedir la separacion de Bretaña.

Juana de Francia no tenia contra dos adversarios tan terribles otras armas que las de su inocencia, su inalterable cariño á su marido, aunque siempre la trató con desagrado y esquivez, y los grandes beneficios que le hizo en el tiempo de su desgracia; pues solo á sus lágrimas debió Luis la libertad. Cuando despues de diez y ocho años de matrimonio se le propuso que accediese al divorcio, se negó á ello: y fue preciso poner el negocio en tela de juicio ante una comision eclesiástica. Luis alegaba que se habia casado por fuerza temiendo la ira y la crueldad de Luis XI, y que Juana era inhábil para procrear. Fue necesario pues entrar en pormenores indecentes. Fastidiada la reina y convencida de que no la quedaba ninguna esperanza de felicidad en la tierra, consintió en la sentencia que declaró nulo su matrimonio, se retiró á Bourges y fundó un órden muy aus-

tero de religiosas, llamadas las *Anunciadas*, cuyo instituto siguió, aunque no tomó el hábito. Seis años despues falleció esta princesa, que carecia de los dones de la naturaleza y fue perseguida por la fortuna; pero cuyas virtudes y carácter firme y elevado eran merecedores de mejor suerte.

Conquista del Milanesado (1499). Cuando se anuló el matrimonio de Juana, ya estaban dispuestas todas las cosas para el triunfo de su rival. César Borgia, hijo de Alejandro VI, trajo la dispensa del papa, y se le dió en albricias el ducado del Valentinés. Este regalo no fue desinteresado; porque Luis XII queria tener á su favor la corte de Roma para la empresa de Milan, que ya meditaba. El casamiento del rey con Ana se celebró con grandes regocijos; pero el contrato matrimonial no fue tan favorable á Francia, como el de Cárlos VIII, porque en él conservó la duquesa las rentas y el gobierno de Bretaña; y si moria sin hijos, el ducado volveria á sus parientes despues de la muerte del rey.

Aplicóse Luís á procurar el bien de sus vasallos con ordenanzas, que asegurando el sueldo de las tropas, las hacian mas sumisas y quitaban todo pretesto á las rapiñas de los soldados, y con el edicto que arregló la administracion de justicia en todo el reino, y creó en los parlamentos una *cámara de censura*, cuyo oficio era examinar la conducta de los magistrados, y reprender y castigar con multas ó suspension las faltas personales que no llegasen á

ser delitos. Esta cámara celebraba sus sesiones todos los miércoles: por lo cual se dió el nombre de *mercuriales* á sus sentencias: nombre que se aplicó despues metafóricamente á toda reprehension. La conducta y las leyes de Luis manifestaban una rectitud de intencion tan evidente y un deseo del bien general tan claramente manifestado, que merecieron á este rey el nombre de *padre del pueblo.* Sin embargo, la necesidad que tuvo de dinero para sus empresas, le obligó á dar el ejemplo funesto que no olvidaron sus sucesores, de vender los empleos de hacienda y de recibir de los asentistas anticipaciones reembolsables sobre el producto de los impuestos: especie de empréstito simulado, que venia á resolverse definitivamente en un aumento de contribuciones sobre el pueblo. Luis, resuelto á sostener los derechos de su abuela Valentina Visconti al ducado de Milan contra Ludovico Esforcia, se coligó con los venecianos, prometiéndoles la restitucion de algunos territorios en Lombardía; y seguro de la neutralidad de Roma, envió un ejército al Milanesado, dividido en tres cuerpos, que se apoderaron rápidamente de todas las plazas. Ludovico no podia esperar socorro de Fadrique, rey de Nápoles y sucesor de su sobrino Fernando, porque habia sido asesino de Juan Galeazo, marido de una sobrina de Fadrique; ni del papa, ni de los venecianos, interesados en su ruina; ni de los demas estados y repúblicas pequeñas de Italia, que no se atrevian por sí so-

los á declararse contra Luis; ni en fin, de sus mismos pueblos, á quienes era odioso por su usurpacion y crueldades. Refugióse pues á la corte de Maximiliano, que habia sucedido ya á su padre Federico en el trono imperial, y que era su único aliado, aunque sin dinero ni fuerzas para darle eficaces auxilios.

Luis XII siguió á su ejército, entró triunfante en Milan, disminuyó las contribuciones que abrumaban al pueblo, y al volverse á Francia, dejó por gobernador del señorío conquistado á Juan Santiago Tribulcio, caballero italiano, guerrero hábil y valiente, y enemigo implacable de Ludovico el moro. Sus instancias y exhortaciones habian tenido grande influencia en el ánimo de Luis para que se decidiese á la espedicion de Milan.

Al año siguiente volvió Ludovico el moro á Italia con algunas tropas alemanas y un cuerpo considerable de suizos que tomó á su sueldo cuando ya los franceses eran tan aborrecidos en Lombardía como lo habian sido en Nápoles despues de la conquista de Cárlos VIII, y por las mismas causas. Ademas estaban discordes Juan Tribulcio, gobernador de la provincia, y el conde de Ligny que mandaba un cuerpo de tropas francesas. El primero era de opinion de esperar al enemigo en una posicion ventajosa: el segundo queria que se le saliese al encuentro, como en efecto lo hizo. Los milaneses, apenas vieron al gobernador sin ejército, le sitiaron en las casas de ayuntamiento: pero Tri–

bulcio se puso al frente de 60 hombres determinados de su guardia, y se abrió paso por medio de aquella multitud hasta la ciudadela. En breve llegó á ella el conde de Ligny, que no habia podido oponerse á 30.000 hombres que traia Ludovico, y evitar la revolucion de los pueblos en favor de su antiguo duque. Los dos generales se retiraron á Montaro, plaza fuerte cercana al Tesin, donde se atrincheraron para esperar el refuerzo que ya les traia de Francia el señor de la Tremouille.

Ludovico, atento á impedir la union de este nuevo ejército con el de Tribulcio, marchó contra Novara y se apoderó de esta plaza: pero la Tremouille hizo un rápido movimiento y le rodeó en la ciudad. Por medio de los suizos que servian en su ejército, ganó á los de Ludovico, ofreciéndoles mas sueldo. Estos se sublevan contra el duque y hacen una capitulacion simulada con los franceses. Todo lo que el infeliz Ludovico pudo recabar de ellos, fue que le permitiesen salir entre sus filas, disfrazado de fraile francisco en una mala caballería: pero ó por la vigilancia del enemigo, ó por la traicion de los suyos, fue reconocido, llevado á Francia y encerrado en el castillo de Chinon, donde acabó sus dias.

El Milanesado se sometió de nuevo á Luis XII. El cardenal de Amboise pasó á Italia para constituir el gobierno, y castigar á los que habian tenido culpa en la última revolucion. Ninguno perdió la vida: pero todos fueron conde-

nados á multas enormes que enriquecieron el tesoro del rey. Luis, para evitar que se corrompiese la disciplina del ejército, determinó, mientras no se hacia la empresa que meditaba al reino de Nápoles, tenerlo ocupado en varias espediciones. Como queria contentar al sumo pontífice para que le diese la investidura de aquel reino, dió un cuerpo de tropas al duque del Valentinés, con el cual sometió á Rimini, Bolonia, Faenza y otras plazas de Romania, ocupadas por señores particulares; y envió otro, mandado por Hugo de Beaumont, al sueldo de los florentines, que trataban entonces de volver á poner bajo su dominio la ciudad de Pisa.

Cuando Beaumont sitió esta plaza, y envió dos capitanes para intimar la rendicion, los pisanos les mostraron en las casas del gobierno el retrato de Cárlos VIII bajo un dosel, manifestando así su veneracion al que los habia libertado del yugo de los florentines: les dijeron que Pisa era ciudad del ducado de Milan, y por consiguiente que pertenecia á Luis XII, á quien ellos reconocian por señor. Quinientas jóvenes de la primera nobleza se presentaron vestidas de blanco, y se postraron á los pies de los capitanes, rogándoles por el juramento que habian hecho como caballeros de socorrer á las mugeres desvalidas, que no entregasen aquella nobilísima ciudad á la tiranía de los florentines. En fin, todo el pueblo, postrado ante una imagen de nuestra Señora, empezó á entonar himnos lamentables de súplica.

Los franceses no pudieron resistir á semejantes armas. Beaumont, que tenia que cumplir las órdenes de su rey y el compromiso de su gobierno con la república de Florencia, continuó el sitio; pero habia perfecta inteligencia entre sitiadores y sitiados: los soldados franceses, regalados á todas horas por los pisanos, ó no cumplian las órdenes del general, ó desertaban: de modo que hallándose Beaumont casi sin tropas, hubo de levantar el sitio. De esta manera estraordinaria, casi única en los anales de la historia, se libró Pisa de caer en manos de sus enemigos.

Conquista del reino de Nápoles por españoles y franceses (1501). Luis XII, despues de la conquista del Milanesado, deseaba emprender la de Nápoles: y para no tener como Cárlos VIII por enemigo á un rey tan poderoso como Fernando el católico, se convino con él que repartirian el reino entre los dos, quedando al de Francia la parte septentrional del reino con el título de rey, y al de España la meridional. La conquista no fue difícil, porque Fadrique, rey de Nápoles, se habia enagenado no solo las voluntades de sus vasallos por su dureza y crueldad, sino tambien la de los príncipes de Italia por su falsa política, señaladamente del rey católico, á quien habia ofendido gravemente, teniendo inteligencias en deservicio suyo con Francia y con el sultan.

El ejército francés, mandado por Roberto Estuardo de Aubigny, penetró en el reino de

Nápoles, y puso sitio á Cápua, cuya guarnicion, despues de haber resistido muchos asaltos, pidió capitulacion; pero mientras se arreglaban las condiciones, algunos soldados franceses, valiéndose del descuido de los sitiados, escalaron la muralla, abrieron una puerta, y entró por ella todo el ejército. La infeliz Cápua sufrió todos los horrores de una plaza tomada por asalto. César Borgia, que servia en las tropas de Luis XII, y que era un mónstruo de lascivia, asi como de crueldad y de perfidia, tomó á su cargo la infame empresa de apoderarse de una torre, donde se habian refugiado un gran número de señoras distinguidas; y cuando la hubo entrado, reservó para sí 40 damas de las mas hermosas, y repartió las demas entre los soldados que mandaba.

Aubigny marchó inmediatamente sobre Nápoles y la tomó. El rey Fadrique, que se encerró en el castillo del Ovo, capituló con Aubigny, y entregó el reino, la corona, las armas y las fortalezas, á condicion que se le dejase un asilo en la pequeña isla de Ischia. Cuando ya estaba en ella con su desgraciada familia se vió asaltado por Felipe de Cleves, señor de Ravestein, comandante de la armada de Luis XII: el cual alegó que no estando sometido al general del ejército de tierra, no estaba tampoco obligado á cumplir la capitulacion, se apoderó de la isla y llevó á Francia la familia real de Nápoles. Luis XII, cuya alma era noble y generosa, quiso darle en indemnizacion el con-

dado de Maine y una suma anual; pero habiéndose opuesto el parlamento á que se desmembrase nada de la corona, aumentó su pension, con la cual Fadrique vivió tranquilo y acabó sus dias en Francia.

Gonzalo de Córdoba, general de las tropas españolas, conquistó con igual felicidad las provincias que le tocaban. Solo halló resistencia en la plaza de Tarento, defendida por Fernando, duque de Calabria, é hijo de Fadrique. Este, despues de haber hecho valerosa oposicion, capituló tan desgraciadamente como su padre; porque en vez de dejarle salir en libertad, se le retuvo prisionero, y se le llevó al castillo de Játiva, ciudad del reino de Valencia en España.

Guerra entre Luis XII y Fernando el católico (1502). Adquirida la presa, riñeron los conquistadores, como era de esperar, cuando llegó el caso de repartirla. El tratado de division estaba concebido en términos oscuros, quizá de intento, y sin la debida demarcacion de límites y derechos en las dos provincias de la Basilicata y la Capitanata. Disputaron los generales de ambas naciones, las tropas vinieron á las manos en reencuentros parciales, y la guerra se encendió. El gran capitan era inferior en el número de tropas, por lo cual se encerró en Barleta, donde los franceses le bloquearon, y se redujo á la guerra de puestos y sorpresas, mientras le llegaban los socorros de España y Sicilia.

Pero no obstante esta inferioridad accidental, militaban muchas causas á favor de los españoles, que hacian muy probable su victoria definitiva. La armada francesa ya no existia; porque el almirante Ravestein, creyendo que ya no habia que hacer nada en Nápoles, á persuasion de los venecianos, que estaban en guerra con los turcos, é incitado del deseo de conquistar algunas islas en el Archipiélago, pasó á este mar, atacó á Lesbos y fue rechazado, y junto á las rocas de Citera le acometió una furiosa tempestad, que dispersó sus buques y estrelló la capitana contra los peñascos de la isla. La mitad de la tripulacion pereció: los demas fueron recogidos á bordo de unos navíos genoveses que pasaron por alli.

En el ejército francés reinaba la division; porque Aubigny, que habia hecho la conquista de Nápoles, llevó muy á mal que se hubiese dado el mando del ejército y del reino á Luis de Armagnac, duque de Nemours, con el título de virey; y asi no era fácil que concertasen bien sus operaciones: cuando el ejército español, aunque inferior en número, mandado por el primer militar de su siglo, á quien amaba y respetaba, tenia en sus operaciones aquella unidad de plan, que es el mejor nuncio de la victoria.

Por otra parte, la dominacion francesa era mal vista en Italia, ya porque toda dominacion estrangera lo es en cualquier nacion, ya por el carácter ligero de los fran-

ceses que hacia mas intolerable el yugo, ya por la estimacion de Luis XII, príncipe lleno de bondad y nobleza, en proteger á César Borgia, duque del Valentinés, el mas execrable de los tiranos. A la verdad, la empresa que formó de restituir á la santa Sede las ciudades del estado eclesiástico, usurpadas por algunos señores particulares, no podia tacharse de injusta: pero la perfidia con que despojó de sus estados al duque de Urbino, la crueldad con que hizo dar muerte al señor de Camerino y á sus hijos, y en fin el asesinato de los Ursinos, ilustre familia de Italia opuesta á la suya, levantaron contra él el grito de venganza: muchos señores se reunieron, tomaron las armas contra César, y le sitiaron en Imola. Luis XII pasó á Italia para juzgar por sí mismo de las acusaciones que hacian á su protegido; pero el cardenal de Amboise, que le favorecia creyendo por su influencia conseguir algun dia la tiara, movió al rey á que continuase protegiéndole, y un cuerpo de tropas francesas marchó para libertarle de caer en manos de los enemigos. Este último acto acabó de desacreditar en Italia el gobierno de los franceses.

Batallas de Seminara y Ceriñola: conquista de Nápoles por los españoles: campaña del Garellano (1503). El gran capitan, habiendo recibido las tropas que esperaba, atacó ante todas cosas los diversos destacamentos que tenian los franceses en Cala en Calabria á las órdenes de Aubigny. Fernando de Andrada

Hugo de Cardona y Antonio de Leiva, lugartenientes de Gonzalo, vengaron en los campos de Seminara la derrota que ocho años antes habia sufrido en aquel mismo sitio el gran capitan, venciendo el ejército francés que mandaba Aubigny, y cogiendo prisionero á este general en la roca de Angirola, donde se habia refugiado con las reliquias que le quedaron de la batalla.

El gran capitan por su parte ganó la señalada victoria de Ceriñola, que decidió de la suerte del reino. El duque de Nemours murió al principio de la accion de un tiro de mosquete, y solo la noche pudo evitar la completa ruina de los franceses. Los pocos que escaparon de esta memorable jornada, se retiraron á Gaeta y á los castillos de Nápoles. Gonzalo entró triunfante en esta capital, y puso sitio á los fuertes, que se rindieron bien pronto por la habilidad del ingeniero Pedro Navarro, inventor de las minas, y que entonces poseia él solo el secreto de hacerlas. No quedaba ya por los franceses en todo el mediodia de Italia sino la plaza de Gaeta: el gran capitan la cercó; pero habiendo recibido los sitiados socorros por mar, despues de muchos asaltos inútiles, convirtió el sitio en bloqueo.

Luis XII, sabedor de tan desagradables noticias, resolvió hacer el último esfuerzo, y mandó alistar tres ejércitos: el primero de gascones á las órdenes de Alano de Albret, su antiguo competidor en Bretaña, destinado á ata-

car á Fuenterrabía: el segundo, mandado por el mariscal de Rieux, debia entrar en el Rosellon; y el tercero, mas numeroso, debia pasar á Nápoles á las órdenes del señor de la Tremouille. Tripuló ademas dos escuadras que salieron de Marsella, una contra las costas de Cataluña y Valencia, y otra contra los puertos que los españoles poseian en Nápoles.

Ninguna de estas empresas tuvo resultado feliz. Alano de Albret, temeroso de que los españoles acometiesen sus estados ó los de su hijo Juan, rey de Navarra, escusó siempre entrar en combate; y su ejército, maniobrando en paises ásperos y montuosos, y frecuentemente sin víveres, se disolvió por sí mismo. El mariscal de Rieux, llevando consigo los alistamientos de primera y segunda clase del Languedoc, y las milicias urbanas de las provincias, fue detenido al primer paso por la fortaleza de Salces, que el rey católico, como quien esperaba la guerra por aquella parte, habia hecho fortificar muy cuidadosamente por Pedro Navarro. Rieux cayó enfermo. La lentitud y flojedad con que se seguian las operaciones del sitio, dió lugar al rey Fernando para juntar un ejército de 40.000 hombres, que acometió repentinamente á Dunois, sucesor de Rieux. El nieto del defensor del trono en tiempo de Cárlos VII se retiró con tanta habilidad, que los enemigos no pudieron hacerle mucho daño, y llevó sus tropas á Narbona, abandonando el campo al enemigo. Los españoles tomaron cuatro

ciudades, las saquearon y se volvieron cargados de botin, aunque incomodados por Dunois que les picó la retaguardia. Ninguna de las dos escuadras produjo efecto: despues de tentativas inútiles contra los puertos españoles, acometidos de furiosas tempestades, volvieron á Marsella en muy mal estado, é incapaces de servir por mucho tiempo.

Luis, afligido con estas pérdidas, hizo proposiciones de paz al rey católico. De esta negociacion resultó una tregua de tres años entre las dos coronas para sus posesiones contiguas; pero no para Italia, donde podian continuar la guerra. El señor de la Tremouille atravesó con rapidez desde los Alpes hasta el Tiber, sin hallar obstáculo en los pequeños príncipes y repúblicas sometidos á Francia ó de grado ó por fuerza. Solamente los Borgias, con el auxilio de Venecia, siempre recelosa de tener á sus puertas un monarca tan poderoso como el de Francia, presentaban obstáculos que era preciso vencer antes de pasar adelante. César, que dirigia la política de Roma, viendo decaidos á los franceses en Italia, se manifestaba menos adicto á Luis XII que antes, y aun les habia negado la libertad de comprar trigo en Roma. La Tremouille, hallándose al frente de un ejército poderoso, podia y queria vengar esta injuria; pero el cardenal de Amboise, seducido siempre por la esperanza de conseguir la tiara por medio de César, prefirió la via de las negociaciones, y Borgia prometió adherirse al

partido de Luis XII, siempre que este monarca le permitiese perseguir á los Ursinos.

Pero poco despues falleció Alejandro VI del mismo veneno que César habia preparado á algunos cardenales. El duque bebió tambien de él; mas su robusto temperamento, y los contravenenos tomados con oportunidad, le salvaron. Aunque él deseaba verdaderamente que fuese nombrado papa el cardenal de Amboise, como los cardenales del conclave se comprometieron en no elegir ni á un francés ni á un español, fue elegido pontífice el italiano Picolomini, que tomó el nombre de Pio III, y estaba tan enfermo que solo reinó 28 dias. En el nuevo conclave, á pesar de todos los esfuerzos de Borgia, fue nombrado Julio II; y con este nombramiento acabaron las esperanzas del ministro de Luis XII y la fortuna de César Borgia. El nuevo pontífice le retuvo prisionero, le mandó entregar todos sus tesoros, que tenia guardados en Casena, y las plazas de la iglesia. César se escapó de la prision, buscó un asilo en el ejército de Gonzalo de Córdoba, fue preso de nuevo por este general, enviado á España y encerrado en un castillo. Logró sobornar sus guardias, y se huyó á Navarra, cuyo rey sostenia entonces una guerra civil contra sus vasallos. César se puso al frente de las tropas de Juan de Albret, y pereció en un combate.

El ejército francés habia perdido mucho tiempo en las cercanías de Roma, asi como Luis

XII mucha reputacion, por los artificios é intrigas del duque del Valentinés. Apenas cesaron con la exaltacion de Julio II, se pusieron en marcha los franceses para las fronteras del reino de Nápoles. La Tremouille, único general que podia oponerse al gran capitan, cayó enfermo, y se le dió por sucesor á Juan de Gonzaga, marques de Mántua, el mismo que mandaba las tropas italianas contra Cárlos VIII en la batalla de Fornovo; y por consiguiente mal visto de los principales capitanes del ejército.

Gonzaga empezó la campaña por un revés. Puso sitio al castillo de Roca-seca, fue rechazado en un asalto que dió, y tuvo que levantar el cerco, por haber recibido la fortaleza un socorro considerable. El gran capitan por su parte se apoderó de Roca-Evandra y de un destacamento del ejército francés que allí estaba, sin que el de Mántua le inquietase. Los franceses indignados clamaron contra su general: el capitan Sandricourt le dijo en su cara que era un traidor. Gonzaga cayó enfermo ó lo fingió, se retiró á Mántua, y poco despues pasó al servicio de España. Su sucesor fue el marques de Saluces, á quien Luis XII habia nombrado virey de Nápoles despues de la muerte del duque de Nemours.

Pero no fue mas feliz, porque ya el español habia tenido tiempo para reunir todas sus fuerzas, y se habia atrincherado en las gargantas de las montañas próximas al Garellano para

cerrar á los franceses el paso de la capital. Como ya habian empezado las lluvias del otoño, los españoles sufrieron todas las incomodidades y privaciones en aquella posicion húmeda y mal sana, con mas paciencia que la que es ordinaria en ellos, porque su general los animaba con sus palabras y ejemplo. Allí estuvo hasta que los caminos, ya intransitables, bastaban á impedir la marcha del enemigo: entonces se apostó en Sesa. Los franceses carecian de víveres y de forrages, lo que obligó su caballería, que era la mayor parte de su ejército, á alejarse para buscar subsistencias. Informado de ello el gran capitan, pasó el rio, y acometió los cuarteles. Saluces se puso en retirada; pero á no ser por el valeroso Bayard que se opuso solo, mientras llegaban sus compañeros, á una columna de caballería italiana que intentaba cortar á los franceses, su ejército hubiera quedado destruido. Aun así, perdieron toda la artillería, 1.500 caballos, y la organizacion del ejército, el cual dividido en pelotones pasaron unos á aumentar la guarnicion de Gaeta, otros pidiendo limosna llegaron hasta Francia.

Conquista de Gaeta por los españoles (1504). El gran capitan, deshecho el ejército enemigo, emprendió de nuevo el sitio de Gaeta. En Marsella se preparaban nuevos socorros para esta plaza: La Tremouille, libre ya de su enfermedad, iba á tomar otra vez el mando de las tropas francesas, y á presentarse al frente de un refuerzo considerable. Pero los ánimos estaban

desalentados: capitanes y soldados suspiraban por volver á su patria; y apenas el general español les prometió que si le entregaban la ciudad, dejaria ir libres todas las guarniciones francesas de algunas plazas que aun estaban por ellos y todos los prisioneros de la misma nacion, aceptaron estas condiciones, y se pusieron en camino para Francia, adonde llegaron pocos; pues la mayor parte pereció en el viage de hambre y miseria, mucho mas habiéndoles prohibido Luis XII la entrada en la patria, indignado de su cobardía.

Así perdieron los franceses segunda vez el reino de Nápoles. Al mismo tiempo el emperador Maximiliano con el auxilio de los suizos amenazaba á Milan, y fomentaba una sublevacion del pueblo de este pais. Venecia y las demas repúblicas de Italia, y el sumo pontífice se declaraban contra la dominacion francesa. Tantas desgracias reunidas afligieron el magnánimo corazon de Luis, y le produjeron una enfermedad de que estuvo á la muerte.

Su muger Ana de Bretaña le asistió con todo el cuidado de una esposa que adoraba á su marido. Pero su situacion era peligrosa, si el rey moria: porque no teniendo de él mas que dos hijas, pertenecia la corona á Francisco, duque de Angulema, hijo de Cárlos, nieto de Juan, conde del mismo título, y biznieto de Luis, duque de Orleans, hermano de Cárlos VI. Este príncipe era, pues, el representante de la segunda rama de la casa de Orleans, asi como

Luis XII lo era de la primera. Vivia con su madre Luisa de Saboya, que quedó viuda á la edad de veinte y dos años de Cárlos de Angulema, reputado por el *mas virtuoso de los príncipes de la sangre*: Luisa cuidaba con gran solicitud de la educacion de su hijo en el castillo de Amboise, donde residia. El mariscal de Gié era gobernador de esta fortaleza y ayo del príncipe.

Ana, perdiendo la esperanza de que el rey escapase de la enfermedad, creyó que debia tomar precauciones contra la mala voluntad de Luisa de Saboya, madre del monarca futuro, que la aborrecia; y así hizo embarcar los muebles y joyas mas preciosas, y las envió por el Loira á Nantes. Gié, informado de esto, se opuso á la traslacion de aquellos efectos, á algunos de los cuales podria tener derecho su alumno, cuando subiese al trono; y aun llevó la prevision hasta pedir al señor de Albret que le enviase tropas para impedir la ida de la reina á Bretaña, si en algun caso emprendia este viage.

El rey recobró su salud, mas amante que nunca de su esposa, por los tiernos cuidados que habia tenido con él en la enfermedad; y Ana se vengó de Gié, haciéndole acusar de reo de lesa magestad. El capítulo principal de acusacion no fue la detencion de los efectos, sino espresiones irónicas é insultantes, que, segun decian, solia tener contra la condescendencia del rey á las voluntades de su muger y sobre

algunos abusos del gobierno. Fueron testigos en esta causa, que duró cerca de dos años, algunos cortesanos de Luisa, entre ellos Pontbriant, que debia á Gié su fortuna; el señor de Albret, y la misma condesa de Angulema. Gié, naturalmente vivo é impetuoso, desmintió á Pontbriant en el mismo tribunal; y á la condesa, que tambien depuso contra él, se contentó con decirle: «Si hubiera servido á Dios con tanto celo como á vos, poca cuenta tendria que dar á la hora de mi muerte.» Estrañóse mucho, que habiendo caido Gié en desgracia por sostener los intereses de Francisco, la madre de este príncipe fuese su enemiga; y se atribuyó esta contradiccion al motivo siguiente: Gié, enamorado de la condesa jóven y hermosa, no fue correspondido sino con desvíos; y atribuyéndolos con razon ó sin ella á un jóven empleado en la servidumbre del príncipe, á quien Luisa distinguia mucho, le desterró del castillo, valiéndose del fuero de gobernador.

Gié se defendió victoriosamente; y asi el parlamento le absolvió del crímen de lesa Magestad: pero «en reparacion de algunos escesos y defectos, y por ciertas consideraciones,» como decia la sentencia, se le condenó á perder el título de ayo del duque de Angulema, los gobiernos de Amboise y de Angers, y su compañía de 100 lanzas, á privacion por cinco años de las funciones de mariscal de Francia, y á destierro por el mismo tiempo á 10 leguas de la corte.

Entonces llegaba á Francia Luis de Ars, valeroso capitan, que despues de la derrota de los franceses en Ceriñola, no habiendo podido seguir al ejército que se refugió en Gaeta, juntó los fugitivos que pudo de la batalla, se hizo fuerte en Venusa, y hostilizó el pais vecino, ocupado por los españoles. Cuando se rindió Gaeta, no quiso sujetarse á las condiciones de su capitulacion. El gran capitan envió contra él á Bartolomé de Albiani, hábil general veneciano, que peleó con Ars repetidas veces, y siempre con desventaja. Habiendo recibido órden de Luis XII de volverse á Francia y salvar sus valientes soldados con las condiciones mas honrosas que pudiese, no quiso entrar en convenio con el enemigo: sino sacó su tropa de Venusa en órden de batalla, atravesó banderas desplegadas el reino de Nápoles y toda la Italia, tuvo subsistencias, ó por fuerza ó voluntariamente, en los pueblos por donde pasaba, y llegó casi sin pérdida y triunfante á Blois, donde la corte salió á recibirle. Este héroe intercedió por los capitulados de Gaeta, y Luis XII les permitió entrar en Francia. El capitan Luis de Hedouille, uno de ellos, habia preparado el ánimo del rey, presentándose con osadía, y diciéndole que la pérdida del reino de Nápoles ni debia atribuirse á cobardía de las tropas, ni á impericia de los generales, sino á los encargados de las subsistencias y de las arcas del ejército, que dejaron perecer á los soldados de hambre y les negaban la paga. «Durante toda la

campaña del Garellano hemos tenido al enemigo enfrente, y á las espaldas los ladrones.» Luis XII mandó poner en juicio aquellos asentistas: dos de ellos fueron condenados á la horca: otros espuestos en tablados al escarnio del pueblo; y otros multados en sumas que se aplicaron á favor de los capitanes y soldados que volvian desnudos, hambrientos y miserables de la funesta espedicion de Nápoles.

Luis XII, apenas sanó de su enfermedad, se dedicó á disminuir en cuanto pudiese el número de sus enemigos, y procuró ganar á Maximiliano, y á Felipe de Austria su hijo. De esta negociacion resultó el tratado de Blois, por el cual se estipulaba el matrimonio de Carlos, duque de Luxemburgo, hijo de Felipe, que despues fue emperador y rey de España, con Claudia de Francia, hija mayor de Luis y de Ana de Bretaña, á condicion de que el rey católico diese á su nieto el reino de Nápoles, y Luis á su hija los ducados de Bretaña y de Borgoña. En el curso de las negociaciones, segun cuentan los historiadores franceses, Luis se quejó de que *Fernando el católico le habia engañado dos veces*: lo cual sabido por el rey de España, dijo al que se lo refirió: *miente el borracho; porque le he engañado hasta diez veces*. Esta respuesta es inverosimil, atendido el carácter reservado y las palabras medidas del príncipe á quien se atribuye. En aquella época, y aun en todas, el engaño era un arma del poder y de la ambicion; mas nadie confesaba que era enga-

ñador: antes cada uno procuraba poner siempre la razon y la justicia de su parte.

Paz con España (1505). Poco despues del tratado de Blois afligió á los franceses una segunda enfermedad de su rey, mas peligrosa que la del año anterior. Su ánimo estaba acongojado con la consideracion del inmenso aumento de poder que daria á la casa de Austria el casamiento de Claudia su hija con Cárlos de Luxemburgo, llevando por dote dos provincias tan considerables como eran la Bretaña y la Borgoña; y asi, en el testamento que hizo, anuló el tratado de Blois, y mandó que Claudia casase con Francisco, heredero presuntivo de la corona, y que durante su menor edad se confiase la regencia del reino á Ana de Bretaña y Luisa de Saboya, y á un consejo presidido por el cardenal de Amboise y por el canciller Guido de Rochefort: determinacion que probó mas bien la bondad de Luis que su prudencia; pues confiaba el gobierno del reino á dos hombres y á dos mugeres que se aborrecian mortalmente. Estando ya próximo á dar el último suspiro, dijo: «Solo siento morir, porque no está asegurada todavía la tranquilidad de Francia.»

Felizmente el rey sanó de su enfermedad; y su primer cuidado, temiendo el resentimiento de Maximiliano y de Felipe por la infraccion del tratado de Blois, fue asegurar la paz con España: la ocasion se presentaba favorable para sus miras; pues habiendo fallecido Isabel, es-

posa de Fernando el católico, y perteneciendo los reinos de Castilla y Leon á Juana, hija de ambos, esposa del archiduque Felipe de Austria, podia al menos neutralizar las armas de Aragon, en caso de un rompimiento con Maximiliano y su hijo, uniéndose íntimamente con Fernardo. Esta union se consiguió por el matrimonio en segundas nupcias del rey católico con Germana, sobrina de Luis, é hija de Juan de Foix, vizconde de Narbona, su cuñado, á la cual se dió en dote la parte septentrional del reino de Nápoles, ó por mejor decir, los derechos del rey de Francia á ella; pues ya los franceses no poseian en aquel pais ni una pulgada de terreno.

La idea dominante de Luis XII en esta época era la paz, y el casamiento de su hija Claudia con Francisco de Angulema, heredero presuntivo de la corona; y para hacerlo mas estable, y disculparse al mismo tiempo de la infraccion del tratado de Blois, hizo que los estados del reino, reunidos en Tours, le pidiesen dicha union como prenda de la conservacion de Bretaña, herencia de Claudia, y de la tranquilidad futura de la monarquía. Hízose asi, y se celebraron solemnemente los esponsales de los dos príncipes. En esta asamblea recibió y aceptó Luis el título de *padre del pueblo*, merecido por su solicitud en aliviar sus gravámenes; pues á pesar de las guerras que sostuvo en Italia, por lo comun desgraciadas, habia disminuido en una tercera parte la contribu-

cion de la talla, establecido la seguridad en los campos y dado al comercio é industria proteccion favorable.

Sublevacion de Génova contra los franceses: segunda espedicion de Luis á Italia (1507). Felipe de Austria, rey de Castilla, no tuvo tiempo para vengar el quebrantamiento de los artículos de Blois, porque murió poco despues de haber ceñido la corona, quedando el gobierno de su reino en manos del rey católico, durante la demencia de la reina viuda Juana, y la menor edad de Cárlos de Luxemburgo, heredero de ambos. Maximiliano y las demas potencias de Italia que llevaban á mal el dominio de los franceses en Lombardía, favorecieron, aunque secretamente, la sublevacion del pueblo de Génova, á la cual dió pretesto la sentencia dada por los comisarios del rey á favor de la nobleza en una querella que los demas ciudadanos seguian contra ella.

En esta sublevacion cometieron los genoveses horribles crueldades contra los franceses. Un castillo que estos poscian, capituló que su guarnicion saldria libre con los honores de la guerra; y en desprecio de la fe jurada, dieron muerte á los soldados, atormentándolos con esquisitos suplicios.

Resuelto Luis XII á vengar semejantes atrocidades, pasó á Italia con ejército poderoso, halló á Génova incapaz de defenderse, entró en ella al frente de sus tropas, la privó de todos sus fueros y privilegios, cuyos diplomas fueron

despedazados por mano del verdugo; y aunque dejó á los habitantes las vidas y los bienes, multó la ciudad en 300.000 ducados. Parte de esta suma sirvió para construir una fortaleza que dominase el puerto, y cuya guarnicion fuese francesa, como tambien las de las islas de Córcega y Quio, que eran posesiones de aquella república. Despues visitó el ducado de Milan, y en todos los pueblos fue recibido con grandes aclamaciones. Para desvanecer los recelos que daba á las potencias de Italia verle enmedio de Lombardía con poderoso ejército, pues llegó á decirse que su intencion era apoderarse de la persona de Julio II, se volvió á Francia por Génova; y al llegar á Savona, recibió la visita de Fernando el católico que se restituia á España con el gran capitan, despues de haber visitado su nuevo reino de Nápoles y puesto orden en su gobierno. En esta visita, á que asistió Germana de Foix, esposa del rey católico, se dieron nuevas prendas de amistad, conviniéndose en hacer guerra á los venecianos: proyecto que meditaba Luis desde que perdió el reino de Nápoles, y cuyas primeras semillas se empezaron á echar en las conferencias de Blois.

Liga de Cambray (1508). Luis XII, vuelto á su reino, se dedicó esclusivamente al bien de sus vasallos. Su principal recurso para escasarse de gravar al pueblo con contribuciones, era la economia; y los cortesanos, viendo que no era pródigo para ellos, le tacharon de avaricia.

Los parisienses, que por muchos siglos adoptaron las opiniones de la corte, hasta que les llegó la época de ser siempre sus enemigos, y que por otra parte son inclinados á la sátira, se divirtieron malignamente en el teatro con la economia del rey, la cual debieran aplaudir, pues eran los primeros en pagar. Los comediantes representaron un enfermo, que por su traje era imposible no conocer que se designaba á Luis XII, rodeado de muchos médicos. Estos le recetaron el oro potable, y el enfermo recobró su salud, pero quedó con una sed insaciable de la bebida que le habia curado. Cuando Luis oyó contar esta farsa, dijo: «búrlense enhorabuena los cortesanos de mi avaricia, con tal que mi pueblo no llore por mis prodigalidades;» y como le aconsejasen que impusiese algun castigo á los comediantes, dijo: «No; porque pueden enseñarnos verdades útiles: dejémosles que se diviertan, con tal que respeten el honor de las damas. No me pesará que la posteridad sepa que en mi reinado ha quedado impune esa libertad.»

Entretanto Margarita de Austria, hermana del difunto Felipe, rey de Castilla, y gobernadora de los Paises-Bajos en la menor edad de su sobrino Cárlos de Luxemburgo, concluia con el cardenal de Amboise la célebre liga de Cambray, cuyo objeto era arruinar la potencia de los venecianos, y cuyo resultado efectivo fue la expulsion de los franceses de Italia. El papa, el emperador y los reyes de Francia y

de España tenian todos que reclamar alguna cosa de aquella república. Luis XII deseaba recobrar el pais comprendido entre el Adda y el Adige, que en otro tiempo habian conquistado los venecianos, del ducado de Milan en tiempo de los Visconti y vengar la oposicion constante de la señoría al establecimiento de la dominacion francesa en Italia: Fernando el católico queria recobrar las plazas de Trani, Brindis, Otranto y Galipoli, que el último Fernando, rey de Nápoles, les habia empeñado por una suma de dinero: el papa, algunas plazas de Romaña de que se habian apoderado; y Maximiliano, las ciudades de Verona, Pádua, Vicenza, el Friul, la Istria y el litoral de Dalmacia, alegando que eran feudos del imperio ó posesiones antiguas de la casa de Austria.

El tratado de liga no se concluyó sin contestaciones muy animadas y ágrias entre los dos plenipotenciarios; y Margarita de Austria en una de sus cartas, escritas en aquella época, dice: «el cardenal de Amboise y yo hemos estado para tirarnos de las greñas.» Condolmier, embajador de la república en Paris, veia la tempestad que amenazaba á su patria sin poderla conjurar. Un dia que le preguntaron en la corte cómo estaba, respondió: «estoy bueno; pero me duelen los oidos de tanto como oigo hablar contra la república.» En otra ocasion, hablando con el rey, y procurando persuadirle que no se coligase con sus enemigos, añadió: «la república tiene muchos recursos; y siempre es peligroso

atacar un estado, gobernado por hombres cuerdos.» «Yo les enviaré tantos locos, respondió Luis, que no puedan averiguarse con ellos.»

Tercera expedicion de Luis á Italia: batalla de Agnadel (1509). El rey pasó á Italia con 12.000 hombres de caballería escogida, otros tantos de infanteria francesa y 6.000 suizos. Como estos auxiliares se mostraban poco constantes en el servicio de Francia, conoció el rey la necesidad de crear una infantería nacional, arma muy poco estimada entre los franceses hasta entonces; y fue necesario el patriotismo de Bayard, de Vandenesse, y de Molard, caballero del Delfinado, y verdadero organizador de la infantería francesa, para que la nobleza del reino creyese que no se envilecia peleando á pie. Los venecianos le opusieron un ejército mas numeroso, pero mercenario, aunque mandado por dos caudillos hábiles, el conde de Petiliano y Bartolomé de Albiani. Este último habia sido discípulo del gran capitan.

Dióse la batalla en Agnadel. Albiani acometió con furia la vanguardia francesa, y la obligó á cejar: pero Cárlos, conde de Montpensier, y el rey la sostuvieron contra la caballería veneciana. Las balas caian junto á Luis en gran número, y le dijeron los que le acompañaban, que se retirase mas lejos y que desde allí diese órdenes. «El que tenga miedo, respondió el rey, que se ponga detras de mí.» La derrota de los venecianos fue completa. Albiani quedó prisionero, y la república perdió to-

dos sus estados de tierra firme. Luis llegó hasta la playa del Dogado, y disparó algunas culebrinas contra la ciudad de Venecia. Ejecutó fielmente el tratado de Cambray, dando á Maximiliano, que aun no se habia presentado en campaña, las plazas que le pertenecian por el tratado, y se volvió á Francia creyendo concluida la guerra, no habiendo aprendido á pesar de tantos escarmientos que la política italiana nunca descansa cuando se trata de abatir la supremacía de una potencia estrangera.

Los venecianos sorprendieron á Pádua, y el emperador, que se puso en campaña á últimos del año, no pudo recobrarla, aunque auxiliado por un cuerpo de caballería francesa. El conde de Petiliano, que mandaba en la plaza, trataba con mucha humanidad á los prisioneros franceses, y les decia: «amigos, nosotros esperamos volver á la alianza de vuestro rey: si no fuera por sus tropas, ya hubieramos obligado á los alemanes á levantar el sitio ignominiosamente.» Así concluyó la campaña de 1509, que puso la república de Venecia en el márgen del abismo.

Pero el papa Julio II habia recobrado las plazas de Romaña, que los venecianos le cedieron; y Fernando el católico, las de Pulla; y ninguno de los dos gustaba de ver á los franceses poderosos en Lombardía: principalmente Julio, que no amaba al cardenal de Amboise, antiguo rival suyo y candidato del pontificado. Así él fue quien comenzó las hostilidades con-

tra Francia. Reconcilióse con los venecianos: declaró é hizo la guerra á Alfonso, duque de Ferrara, aliado fiel de Luis: preparó á Enrique VIII, rey de Inglaterra, para que moviese guerra á Francia; é indispuso á los suizos con los franceses, valiéndose para ello de Mateo Scheiner, obispo de Sion, y despues cardenal, que por su elocuencia tenia grande influjo en aquellos ánimos agrestes.

A la verdad, el cardenal de Amboise no habia perdido la esperanza de obligar al pontífice á abdicar la tiara, y de sucederle: y el rey, que amaba mucho á su ministro, estaba dispuesto á apoyar con todas sus fuerzas las ilusiones ambiciosas del cardenal. Meceray disculpa á este prelado, diciendo que «no era estraño que *la suprema virtud* desease la suprema dignidad, para labrar la felicidad del mundo.» Pero con este pretesto del bien público, ordinario en los ambiciosos, causó guerras, desolaciones y estragos de pueblos: comprometió los intereses del estado y obró contra las leyes de la cristiandad. Sin embargo, la historia le ha colocado entre los buenos ministros, porque amaba efectivamente el bien, y enmedio de los errores políticos que le hizo cometer la ambicion, conservó adhesion inviolable al príncipe y al pueblo.

El rey, determinado á volver á Italia para contener las hostilidades de Roma, se concertó con el emperador Maximiliano, que entonces era rival del cardenal de Amboise; porque ha-

biendo quedado viudo de su segunda muger, aspiraba tambien á la tiara. El plan de los dos príncipes era entrar en Italia con poderosos ejércitos, acabar de despojar á los venecianos, marchar á Roma, reunir un concilio, al cual serian convocados los obispos franceses y alemanes, formar causa á Julio II, deponerle y nombrar un sucesor.

Este designio no se realizó por la muerte del cardenal de Amboise. Durante su enfermedad no cesaba de decir á un religioso que le asistia: «¡Ah fray Juan! ¡ojalá no hubiera yo sido nunca mas que fray Juan!» Asi falleció, desengañado de las grandezas humanas, este prelado, que era escelente hombre y gran ministro, y en quien no se censuró nunca otro defecto que la ambicion del pontificado. Era de carácter benigno, humano y generoso. Poseia la hermosa quinta de Gaillon; y deseaba comprar una heredad pequeña, que entrando en sus campos, los desfiguraba, y pertenecia á un caballero pobre. Este se presentó para vendersela. El cardenal le pregunta el motivo de su resolucion. «Se ha proporcionado, dijo, un casamiento ventajoso para mi hija única: necesito de una parte del dinero que vale esta tierra para dar dote á mi hija, y de otra parte para formar una renta con que pasar mi vejez descansadamente.» El cardenal compra la tierra, la paga, y despues de celebrado el matrimonio la regala al caballero, diciendo á los que se admiraban de que hubiese dado una he-

redad que tanto le convenia: «En este trueque he ganado mucho, pues si he perdido la tierra, he ganado un amigo.» Otros muchos rasgos de caridad y nobleza se cuentan de este cardenal.

El rey sintió mucho su muerte, y declaró que en lo sucesivo seria él mismo su primer ministro. Asi no pudo verificar su viage á Italia. Resuelto á continuar vigorosamente la guerra contra Roma, quiso alistar nuevas tropas de suizos. Estos, ya movidos por las exhortaciones del cardenal de Sion, y disgustados de pelear contra la santa Sede, le pidieron un aumento de paga: y Luis, á quien ya parecia demasiado el sueldo que les daba, dijo con sobrada vivacidad: «¿Pues qué, creen esos miserables montañeses, que soy yo su tributario ó su cajero?» Esta espresion incomodó mucho á aquellos corazones altivos, y desde este punto la mayor parte de los cantones abandonó la alianza de Francia, aunque algunos conservaron las antiguas capitulaciones, y enviaron tropas á sus ejércitos.

El rey, sabiendo los movimientos de sus enemigos en todos los paises y principalmente en Francia, donde se agitaba con ardor la cuestion de «si la religion permitia hacer guerra al papa,» determinó fijar la opinion, convocando un concilio nacional, que se celebró en Tours. Esta asamblea, compuesta de gran parte de los obispos de Francia, de abades, canónigos y doctores, decidió que era lícito subs-

traerse por algun tiempo de la obediencia al pontífice, *no absolutamente ni en todas maneras*, sino en cuanto lo exigiese la defensa de los derechos del rey. Los prelados de este concilio no distinguieron la autoridad espiritual de la temporal, porque era bastantemente notorio que la intencion de Luis XII era no solo *defenderse*, sino deponer al pontífice. Y asi su decision no pudo convencer á la reina, que no cesaba de suplicar á su esposo que no moviese guerra contra el papa. Algunos cortesanos manifestaron en una ocasion al rey cuánto les admiraba la paciencia con que oia las advertencias de su esposa. «Algo se ha de sufrir, les respondió el rey, á una muger que ama su honor y su marido.»

El concilio exhortó al rey á que hiciese saber su decision á Julio II. Cinco cardenales descontentos se retiraron á Florencia, ciudad aliada de los franceses, y para mayor seguridad pasaron á Milan, de donde esparcieron manifiestos contra el pontífice, y publicaron que para remediar los males de la Iglesia era preciso convocar un concilio general, citando en su apoyo el ejemplo de los concilios de Constancia y Basilea. El sínodo de Tours suplicó al rey que concediese á aquellos cardenales disidentes la proteccion necesaria para convocar el concilio general en Pisa; y los prelados de Tours prometieron volver á reunirse en Leon del Ródano, cuando hubiese respondido Julio II. Entretanto prohibieron

recurrir á la corte de Roma para ningun negocio ni enviar á ella dinero; y por su autoridad privada, y sin consultar al papa como tenian de costumbre, concedieron al rey 100.000 escudos sobre los bienes eclesiásticos.

Mateo Lang, obispo de Gurk, y enviado del emperador á la asamblea de Tours, suscribió todas las determinaciones de ella, y pidió en nombre de su soberano una coleccion exacta *de las libertades de la iglesia galicana*, para que se adoptasen en Alemania. Pero en lugar de ser, como en Francia, un mero preservativo contra el escesivo poder de la curia romana, fueron en las escuelas germánicas, donde las diseminó el imprudente Maximiliano para intimidar al papa, y donde estudiaba entonces Martin Lutero, la funesta fermentacion, tan perniciosa despues á la autoridad imperial como á la eclesiástica.

La guerra se hacia en Italia en pequeños reencuentros. Los franceses, mandados por el mariscal de Chaumont, acudieron en socorro del duque de Ferrara, y encerraron en Bolonia á Julio II, que mandaba en persona sus tropas, y que salió del riesgo por las instancias de los embajadores de Inglaterra y del emperador. Poco despues falleció Chaumont, pidiendo al papa absolucion de las censuras en que habia incurrido por guerrear contra él, y le sucedió el mariscal Tribulcio, que tenia bajo sus órdenes á Bayard, Fontrailles y la Palice, últimos héroes de la caballería francesa.

Liga de la santa Union (1511). Bayard estuvo para sorprender á Julio II, cuando marchaba este pontífice al sitio de la Mirándula, en una emboscada que le puso. Julio se salvó, encerrándose en un castillo, cuyo puente levadizo ayudó él mismo á levantar. Tribulcio derrotó al duque de Urbino, general del papa, y se apoderó de Bolonia.

Entretanto Luis XII hacia todos los esfuerzos posibles para reunir el concilio general: pero casi todos los príncipes de Europa se negaron á enviar á él los obispos de su reino con diversos pretestos. Enrique de Inglaterra se habia declarado protector del papa: el rey de Escocia, aunque aliado de Francia, no queria dar á su poderoso vecino Enrique ningun pretesto de hostilidades: el rey de Portugal era aliado y pariente de Fernando el católico; de modo que por entonces no podia contar la Francia con mas auxilio que el del emperador, cuyo ministro y el de Luis autorizaron la convocacion del concilio en Pisa.

Pero este auxilio duró poco. El pontífice Julio II supo neutralizar á Maximiliano, cuyo defecto principal era la inconstancia. Al mismo tiempo formó una liga que se llamó la santa Union, en la cual entraron Fernando el católico, Enrique de Inglaterra, los venecianos mismos, contra los cuales se habia formado la liga de Cambray, y muchos príncipes y estados de Italia. El ejército de la liga, numeroso y compuesto de escelentes tropas, entre las

cuales se distinguian los antiguos tercios españoles, que habian militado bajo el gran capitan, penetró en Romaña, y puso sitio á Bolonia.

Luis XII, cuyo odio á Julio II era implacable, hizo acuñar una medalla con este lema: *Perdam Babilonis nomen.* «Ni aun nombre dejaré de Babilonia:» alusion tan impía como imprudente, que tomó despues por divisa suya el heresiarca Lutero, dando á Roma el nombre de Babilonia. El proyecto de Luis era que su ejército se abriese camino para Roma, depusiese á Julio II, nombrase un papa de su devocion y conquistase el reino de Nápoles. Este ejército era formidable, y confió el mando de él á Gaston de Foix, duque de Nemours, é hijo de su hermana, jóven de 22 años, y cuyas hazañas merecieron que se le diese el sobrenombre de *rayo de Italia.*

Batalla de Ravena (1512). Apenas llegó á Lombardía, obligó á los enemigos á levantar el sitio de Bolonia: revolvió sobre Brescia que habian sorprendido los venecianos, les venció en campaña y recobró la plaza: volvió á Romaña, y derrotó completamente junto á Ravena el ejército de la santa Union: pero la infantería española, sosteniendo su antigua reputacion, se retiraba en órden, y creyendo Gaston que le faltaba el lauro de vencerla para completar su triunfo, se pone al frente de alguna caballería, acomete á aquella formidable columna, cae mal herido de un tiro en mi-

foso cercano, y perece entre los brazos de la victoria. El ejército de la Union perdió la artillería y los equipages, 15.000 hombres que quedaron en el campo de batalla, é ilustres personages que fueron hechos prisioneros por los franceses, entre ellos el célebre ingeniero Pedro Navarro, Fabricio Colona, el marques de Pescara, y el cardenal Juan de Médicis, que al año siguiente fue papa con el nombre de Leon X.

Pero la muerte de Gaston convirtió en tristeza y en lágrimas el júbilo de la victoria. La Palice, que tomó el mando del ejército, se contentó con acometer á Ravena, que tardó poco en rendirse, y con esperar alli las órdenes del rey, cuyos designios, comunicados solo á Gaston, ignoraba el nuevo general. Luis, que amaba mucho á su sobrino, se afligió en gran manera cuando supo la noticia de su muerte, y á los cortesanos, que le daban la enhorabuena de su triunfo, respondió: « tales victorias conceda el cielo á mis enemigos. »

En efecto, la batalla de Ravena fue la señal de todas las desgracias que cayeron despues sobre los franceses. El vigoroso Julio II alentó á los de la liga, fulminó escomunion contra los prelados del concilio de Pisa que le habian depuesto, movió la Inglaterra, y persuadió á su rey Enrique VIII que declarase guerra á Francia.

Luis, temiendo que un ejército inglés desembarcase en las costas de Normandía ó Pi-

cardia, llamó hácia el norte las tropas que habia en las fronteras meridionales, amenazadas por el rey católico, y asi dió á este príncipe la oportunidad de acometer y conquistar la Navarra, cuyo rey Juan de Albret, mas aficionado á los placeres que á las armas, aunque tenia buen ejército, no hizo oposicion alguna. Su esposa Catalina de Foix se opuso en vano á que los españoles ocupasen las plazas fuertes. Francisco, heredero de la corona de Francia, el duque de Longueville y Cárlos de Borbon acudieron con algunas tropas francesas: pero aunque reconquistaron gran parte del reino, no pudieron recobrar á Pamplona, y cuando llegó el invierno se retiraron á Francia, llevando consigo á los reyes. Catalina decia con frecuencia á su esposo: «si tú hubieses sido Catalina y yo Juan, seriamos todavia reyes de Navarra.»

Batalla de Novara: jornada de las espuelas: los franceses arrojados de Italia (1513). La necesidad de guarnecer las fronteras del norte y del sur de Francia, impidió á Luis XII enviar refuerzos al ejército de Italia, muy disminuido por sus propias victorias. Casi toda la infantería francesa y su valiente capitan Molard habian perecido en la jornada de Ravena. Como el ejército estaba mal pagado, robaba el pais vecino, y se desertaban compañías enteras para poner en seguridad los frutos de sus latrocini os. Ademas, el cardenal de Sion amenazaba á Lombardía al frente de un ejército de suizos. La Palice, pues, se

retiró prudentemente á Milan, y despues, por órden del rey, detras del Tecino, protegiendo su retirada Bayard y Luis de Ars. En este movimiento se escapó el cardenal de Médicis. Los franceses dejaron guarniciones en Génova, Milan, Cremona, Brescia, Crema, Lugano y Locarno; y los suizos devastaron á su voluntad el pais abierto. En este tiempo apareció en Lombardía, protegido por ellos, Maximiliano Esforcia, hijo mayor de Ludovico el moro, reclamando la herencia de su padre. En vano La Tremouille, enviado por Luis á Suiza para neutralizar por lo menos los cantones, si no podia restablecer la antigua alianza, procuró ganar el populacho y algunos del consejo. Habiéndosele dado audiencia en Lucerna, se le propusieron las condiciones siguientes: que Luis retirase las guarniciones de las plazas de Lombardía: que entregase á Esforcia los castillos de Milan, Cremona y Génova: que aboliese en sus estados las libertades de la iglesia galicana: que subiese á 50.000 escudos las pensiones anuales de los cantones, y que tomase á su sueldo 15.000 suizos tanto en paz como en guerra. «¿Admitís estas condiciones?» añadieron. «Son muy duras, respondió La Tremouille, y no tengo poderes para aceptarlas.» «Pues calzaos las botas, é idos de aqui,» replicaron los suizos.

Algun consuelo dió al rey de Francia, en la situacion crítica en que se hallaba, la muerte de su mayor enemigo Julio II, que

ocurrió entonces, y la alianza de los venecianos, cuya guerra con los franceses habia tenido su origen en el amor propio ofendido. Aunque en la batalla de Fornovo quedó la victoria por los franceses, celebraron los venecianos con mas jactancia de la que merecia, el trofeo de la magnífica tienda y equipage suntuoso de Cárlos VIII, que cayeron en su poder. Luis XII, despues que conquistó á Milan, los obligó á restituir aquellos despojos, humillantes para Francia. El despecho que causó al senado de Venecia esta restitucion forzada, le obligó á oponerse pública y secretamente á los designios del rey; pero como en las dos guerras de la liga de Cambray y de la santa Union habia perdido siempre, renovó su antigua alianza con Francia para restablecer la Lombardía en el estado que se hallaba antes de la guerra. Luis dió libertad á los generales Griti y Albiani que tenia prisioneros, renunció á las ciudades que antes pertenecian á los venecianos, aunque ya no las poseia, y Venecia por su parte le cedió los derechos que alegaba al territorio de Cremona.

Luis XII despues de haber hecho proposiciones de paz, que por entonces fueron inútiles, á Leon X, sucesor de Julio II, envió un ejército á Italia á las órdenes de La Tremouille y de Tribulcio. El primero, confiando mas de lo que debiera en el conocimiento que Tribulcio tenia del pais, pues era natural del Milanesado, le dejó la direccion de las marchas y cam-

pamentos. Maximiliano Esforcia, atacado por fuerzas superiores, se retiró á Novara con 6.000 suizos que seguian sus banderas: pero habiendo recibido un refuerzo de 10.000 soldados de la misma nacion, los franceses que habian sitiado á Novara y dado muchos asaltos sangrientos é infructuosos, se retiraron, y Tribulcio dispuso el campamento en un sitio, donde la caballería, principal arma de los franceses, no podia moverse, por estar lleno de canales y acequias. Los suizos atacaron el campo, á pesar de la artillería que cubria su frente: se apoderaron de ella, y derrotaron el ejército francés tan completamente, que no quedó en toda Italia un solo soldado de esta nacion. Génova, recobrada su libertad, eligió un dux.

Entonces el emperador Maximiliano y Enrique de Inglaterra aprovecharon la ocasion para invadir la Picardía, al mismo tiempo que los suizos penetraban en Borgoña. Luis XII, viendo que las fuerzas navales que tenia en el Mediterráneo eran ya inútiles perdida Italia, mandó á su vicealmirante Prejean que las guiase al Océano contra los ingleses. Primaudet, capitan de Bretaña, añadió á esta escuadra que era de galeras, otra de veinte buques grandes.

Estas dos escuadras reunidas tuvieron varios encuentros con la inglesa, pero ninguno decisivo. El mas señalado fue el que sostuvo Primaudet con veinte naves contra ochenta de los ingleses. Despues de haber echado á pique mas de la mitad de la escuadra enemiga, yen-

do siempre al abordage para inutilizar la superioridad de los ingleses y flamencos en la maniobra, sufrió el fuego artificial que los contrarios arrojaron en el navío que él mandaba. Pudiera haberse escapado en un esquife: pero prefiriendo el honor á la vida, dirigió su navío, incendiado ya, contra la capitana inglesa; le prende su mismo fuego, y ambos almirantes perecieron abrasados con sus buques y tripulaciones. Prejean, en otro combate, derrotó la escuadra enemiga, la persiguió hasta las costas de Inglaterra, desembarcó en ellas y pereció en un reencuentro.

A pesar de la economía de Luis XII y de la repugnancia que tenia á gravar sus pueblos, se vió obligado desde la campaña de Ravena á aumentar la talla. En la situacion que se hallaba, amenazadas sus fronteras por todas partes, para no molestar mas á sus vasallos con nuevas contribuciones, puso en venta algunos dominios de la corona; pero dándoles solamente en usufructo y estableciendo las condiciones con que debia ser reembolsado el precio de la venta, que era un verdadero préstamo sobre prenda.

Los ingleses desembarcaron en Calés: Maximiliano se reunió á ellos con un corto número de ginetes alemanes, y para oprobio del imperio, militó como capitan en el ejército inglés devengando sueldo de cien escudos por dia. Los suizos se arrojaron como un torrente de sus montañas, é inundaron la Borgoña. El rey se

mantuvo á la defensiva; y aunque enfermo de la gota, hizo que le llevasen á Amiens en una litera para velar mas de cerca sobre sus generales, é impedir que arriesgasen una batalla, cuyo mal éxito comprometeria la seguridad del reino. Sus órdenes en esta materia fueron observadas con demasiada exactitud en un encuentro en que le hubiera sido muy útil no ser obedecido tan puntualmente.

Se esperaba que Enrique VIII acometiese á Boloña ó á Abbeville, plazas que le era útil conquistar y conservar; pero á persuasion de Maximiliano marchó contra Terouenne, cuya guarnicion inquietaba y hacia daño á los estados de Flandes; mas cuya conquista era muy inútil para el rey de Inglaterra. Esta plaza que no esperaba ser acometida, estaba en mal estado de defensa, y carecia de víveres: los franceses trataron de introducir en ella pólvora y harina: los de á caballo que llevaban á la gurupa los sacos, forzaron las estacadas, cuando las líneas de los sitiadores no estaban aun completamente formadas, atravesaron las lagunas por sitios que se les habian indicado, dejaron sus provisiones en el borde del foso, y se volvieron á todo el correr de sus caballos. Esto se repitió muchas veces. El ejército inglés sabiendo el dia en que los franceses pensaban hacer una espedicion semejante, estuvo á la mira, persiguió á los que venian con los sacos, y llegando adonde estaban los destacamentos que debian protegerlos, los encontró descuidados y

desprevenidos. Bayard y otros valientes querian que se atacase al enemigo: Piennes que mandaba la caballería, cumplió las órdenes del rey y mandó la retirada, que se hizo con el mayor desorden, huyendo cada uno con toda la velocidad que podia. Bayard quedó solo en la retaguardia, resistió al ímpetu enemigo y salvó el ejército: pero no tuvo la felicidad que en el puente del Garellano, porque fue hecho prisionero. Esta batalla se dió al pie de la altura de Guinegate: de modo que Maximiliano vió á los franceses huir de él por dos veces en el espacio de 34 años. Diósele á esta derrota por nombre *la jornada de las espuelas*, porque los vencidos hicieron mas uso de ellas que de las lanzas. La pérdida de los franceses fue corta, y la accion dió mas deshonor á Francia, que ventajas al enemigo. Terouenne se rindió; y como el inglés y el aleman disputasen sobre á cuál de los dos debia pertenecer la conquista, para evitar cuestiones la entregaron á las llamas, esceptuando del estrago las iglesias. Despues puso Enrique sitio á Tournay, y dejó en ella guarnicion inglesa, á pesar de las instancias de Margarita de Austria, que pedia esta plaza para su sobrino. En ella terminaron las conquistas del rey de Inglaterra; porque el ejército de Luis le impidió pasar adelante, y ademas le era forzoso volver á la gran Bretaña á rechazar á Jacobo IV, rey de Escocia y aliado de Luis, que habia invadido los condados septentrionales de Inglaterra. Enrique VIII se puso al frente de sus tropas, alcanzó

á los escoceses que se volvian á su reino cargados de botin, y les dió junto á Flodden una terrible rota, en que murió peleando el rey Jacobo.

Entretanto los suizos sitiaron á Dijon, ciudad indefensa y mal provista; pero La Tremouille la defendió con valor contra un pueblo, que aunque temible en el campo de batalla, ignoraba el arte de atacar las plazas. La Tremouille, viéndolos fatigados y deseosos de volverse á su tierra, les hizo proposiciones de paz. Ellos exigieron que se disolviese el concilio de Pisa, disuelto ya habia muchos meses (tan ignorantes estaban de lo que pasaba en Italia): que Luis reconociese á Maximiliano Esforcia por duque de Milan; y que se les pagase una suma de 400.000 ducados en tres pagas. La Tremouille lo concedió todo por verse libre de aquellos enemigos, y juntó con bastante dificultad los 20.000 escudos para hacer el primer pagamento, de sus dineros propios y los de sus oficiales. Apenas los suizos vieron esta suma, se arrojaron sobre ella, y sin acordarse de las demas condiciones, ni reflexionar si La Tremouille tenia poderes suficientes para admitirlas, se volvieron á su pais. Luis no quiso ratificar el tratado, y sacó de manos de los suizos los rehenes que se les habian dado, rescatándolos con dinero. A La Tremouille se dieron grandes elogios por haber salvado á Francia tan á poca costa de un peligro tan inminente.

Paz general (1514). Las penas del rey se aumentaron con la muerte de Ana de Bretaña su esposa, que falleció á la edad de 36 años, generalmente apreciada por sus virtudes. Luis la amó siempre con ternura, y la llamaba *mi bretona.* Esta reina, que fue dócil y complaciente con su primer marido Cárlos VIII, á quien no amaba, fue altanera y caprichosa con Luis XII, su primero y único amor. Jamas le permitió nombrar para los beneficios y empleos de Bretaña, ni percibir sus rentas. Era generosa y caritativa, devota, severa y grave en su conversacion. Tuvo cerca de sí muchas hijas de familias nobles y distinguidas, y se complacia en instruirlas en las ocupaciones y virtudes propias de su sexo. En los reinados siguientes se continuó esta costumbre, y se les dió á aquellas jóvenes el nombre de *doncellas de honor.* Sus gracias atraian á la corte los caballeros jóvenes; y asi comenzó á perfeccionarse la galantería francesa. Poco despues de la muerte de Ana, se celebró el matrimonio de Claudia, su hija mayor, con Francisco de Angulema. El rey dió á los nuevos desposados la administracion y rentas del ducado de Bretaña.

El mismo año empezó á desvanecerse la tempestad que amenazaba á Francia. Leon X, cuyo carácter era benigno y conciliador, se prestó á un convenio, por el cual dió Luis esperanzas de abolir la pragmática de Cárlos VII, y renunció al concilio de Pisa, cuyos prelados volvieron á la gracia del sumo pontífice sin

condiciones demasiado humillantes. El duque de Ferrara, aliado de Francia, cedió á la Iglesia algunos territorios. El rey prometió á Fernando el católico dejarle en posesion de Navarra: Maximiliano se contentó con que Luis retirase las pocas tropas que le quedaban en Lombardía; y la paz se hizo con Enrique VIII mediante el casamiento del rey de Francia con María, princesa de Inglaterra: pero jamas quiso consentir Luis en entregarle á Ricardo Pole, duque de Sufolk, heredero por su madre de los derechos de la casa de York, que estaba refugiada en Francia.

La nueva reina María tenia solo 18 años, y era amiga de las diversiones. Luis, por complacerla, alteró su régimen de vida, y las horas de sus comidas, y de acostarse. Las fiestas de las bodas y de la coronacion duraron seis semanas: al cabo de las cuales cayó enfermo el rey de una disenteria, que en pocos dias le llevó al sepulcro, á los 53 años de edad y 17 de reinado. Falleció el 1 de enero de 1515. De Ana de Bretaña tuvo dos hijas: Claudia, muger de Francisco I, su sucesor; y Renata, que casó despues con Hércules II de Este, duque de Ferrara.

La política de Luis XII fue en lo general poco hábil, y funesta á la monarquía. Su objeto principal era dominar en Italia; y para neutralizar la corte de Roma ó hacérsela favorable, no dudó coligarse con César Borgia, el hombre mas perverso de su siglo, lo que le

hizo perder la opinion y el cariño de los italianos: convidó al repartimiento del reino de Nápoles á Fernando el católico, príncipe el mas astuto de su tiempo, muy poderoso y que tenia derechos incontestables á aquel reino, si se arrojaba de él la rama bastarda de Alonso V el magnánimo: en fin, se ligó con sus enemigos naturales, que eran Roma, España y el imperio, contra los venecianos, interesados aun mas que él en conservar el equilibrio de Italia.

Tantos errores políticos, que produjeron derrotas funestas ó victorias inútiles, no impidieron que la Francia floreciese. Claudio Seyssel, obispo de Marsella, á quien Luis XII empleó muchas veces en las negociaciones, dice hablando de aquella época: «La poblacion fue mayor que en ninguno de los reinados anteriores. En las ciudades se construyeron mejor los edificios, y se aumentaron mucho los arrabales. Se descuajaron bosques y campos, antes incultos: sin embargo, los géneros se conservaron á precio subido, lo que era prueba del mayor consumo. Los peages, gabelas, derechos de archivo y otras contribuciones semejantes aumentaron en dos tercios su producto sobre el del reinado anterior.» Habla tambien de los favores concedidos al comercio y de su prosperidad, de la opulencia de los particulares en sus casas, ricos muebles, argentería, oro prodigado en los adornos, vestidos magníficos: de las artes, mas generalizadas: del fomento concedido á la industria, y de la emulacion para el

trabajo. «En todas las casas, añade, que se construyen nuevamente, se hacen tiendas de mercaderías ó talleres; y nuestros comerciantes tienen ahora menos dificultad en ir á Roma, Nápoles, Lóndres y otros paises mas lejanos, que la que tenian antes en ir á Leon ó á Génova; porque el poder del rey es tan grande, que los franceses son respetados en todos los paises; y ningun príncipe se atreve á ofenderlos.»

Luis XII amaba la lectura y la instruccion. Aumentó su biblioteca con las de Nápoles y Milan: tenia mucho placer en leer, y sus juicios acerca de los libros eran ordinariamente exactos. Solia decir: «las hazañas de los griegos fueron medianas; pero tenian maravilloso talento para embellecerlas: los romanos hicieron mayores cosas y las escribieron con dignidad: los franceses han hecho cosas tan grandes como unos y otros; pero les han faltado historiadores que las cuenten como es debido.» Su conversacion era agradable, y su corte bien morigerada. La severa Ana de Bretaña conservaba en ella el órden, sin que por eso faltase la alegría.

Luis fue principalmente recomendable por dos virtudes, el celo de la justicia, y el amor al pueblo. Cuando estaba en Paris, iba al tribunal en una mulita, sin comitiva. Tomaba asiento entre los jueces, oia los pleitos y deliberaba. Lo que mas le incomodaba era la prolijidad de los abogados y la avaricia de los pro-

curadores. Celebrando delante de él la elocuencia de dos famosos legistas, dijo: «Sí, hábiles son; mas yo querria que no imitasen á los malos zapateros que estiran el cuero con los dientes. Nada me incomoda mas que ver á un procurador cargado de sacos.» Un dia encontró á dos consejeros del parlamento que jugaban á la pelota, y los reprendió agriamente, amenazándoles «que los reduciria á la condicion de lacayos de su servidumbre, si volvian á envilecer con aquel entretenimiento la dignidad de la magistratura.»

Su amor al pueblo se manifestó en el cuidado paternal de disminuir sus gravámenes. Cuando subió al trono, los redujo en una tercera parte, y despues los aumentó muy poco, y en tiempo en que sus enemigos invadian la Francia. En ocasion de urgencia, empeñaba los bienes de la corona, y en virtud de sus economías juntaba dinero con que volver á rescatarlos. Su máxima favorita era que *un buen pastor debe tener muy gordo su rebaño.* No es estraño, pues, que mereciese y lograse el título de *padre del pueblo.*

Luis XII tuvo muchos defectos: faccioso en su juventud: ambicioso en Italia sin prudencia ni política: enamorado de Ana de Bretaña, lo que le impidió unir aquel ducado á la corona de una manera indisoluble: enojado contra la corte de Roma, lo que le hizo suscitar contra ella el conciliábulo de Pisa, que él mismo llamaba una farsa, pero que espuso la cristian-

dad á un cisma funesto: en fin, vencido á pesar del valor de sus tropas y de la pericia de sus generales, ni fue grande hombre, ni hábil estadista, ni poderoso conquistador, ni monarca escelso. Pero así como la caridad cubre la muchedumbre de los pecados, la bondad de su corazon, que se manifestaba en todas sus acciones, hizo que se le perdonasen sus yerros, y que sus contemporáneos y la historia le diesen el título del *buen rey*. Su muerte causó lágrimas sinceras y universales. Todos clamaban: «hemos perdido nuestro padre.» Pero los cortesanos no se afligieron mucho, porque el amor de los placeres y la prodigalidad que caracterizaban á Francisco su sucesor, les presentaba la agradable perspectiva de un reinado menos económico que el de Luis. Este, que conocia las disposiciones de su yerno, decia con amargura á sus amigos que rodeaban su lecho de muerte: «hemos trabajado en vano: ese mancebo lo echará todo á perder.» En Luis XII se estinguió la sucesion varonil de Cárlos, gefe de la primer rama de la casa de Orleans, y sucedió en el trono la segunda, descendiente de Juan, conde de Angulema, hermano segundo de Cárlos, é hijo de Luis, duque de Orleans, el que fue asesinado por Juan sin miedo, duque de Borgoña.

Poco despues de la muerte de Luis XII empezó á sembrar Lutero en Alemania su perniciosa doctrina contra la autoridad del papa y de la Iglesia: error general, en el cual estaban

contenidos como en un gérmen funesto todas las heregías que esparció en el norte de Europa. Solo admitia dos sacramentos, el bautismo y la cena, bajo cuyo nombre desfiguró el de la comunion. Negaba el purgatorio y la transubstanciacion, y condenaba la invocacion de los santos como un acto de idolatría: negaba la necesidad de las buenas obras, y sostenia que bastaba la fe para la santificacion. Su estilo era indecente, aunque enérgico. Despues de haberse casado con una religiosa, de la cual tuvo tres hijos, murió á los 30 años de dogmatizante, habiendo sido ya testigo de las guerras civiles, matanzas y desastres á que habian dado origen sus innovaciones.

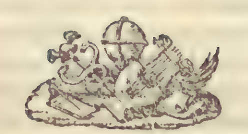
Zuinglio, cura del canton de Zurich, emprendió reformar la doctrina del primer reformador Lutero, y admitió la necesidad de las obras caritativas, negando la de la fe y la eternidad de las penas del infierno. Socino negó la divinidad del Verbo: Munceno, patriarca de los anabaptistas, atacó la autoridad civil. Pero de todos los reformadores que produjo el luteranismo, el mas funesto fue Juan Calvino, que introduciendo el principio de la inspiracion interior, produjo los mas fanáticos é intolerantes de los sectarios. Calvino atribuyó la justificacion de las almas á los méritos de Jesucristo, sin necesidad de que se apliquen por medio de las buenas obras ó de los sacramentos, que, segun él, eran puras ceremonias. Negó la presencia real en la Eucaristía; y re-

conoció como sus mayores en materia de religion, no á los papas ni á los obispos católicos, sino á los valdenses y albigenses. Esta doctrina echó raices profundísimas en Francia. Fueron desterradas de su culto las imágenes, el ritual latino, las fiestas que no fuesen domingos, las luces, y en fin, todas las solemnidades religiosas. En sus templos no habia mas adorno que los bancos que ocupaban los asistentes, y una mesa con pan y vino en los dias de cena.

En cuanto á la gerarquía eclesiástica, fue suprimido el episcopado: el pueblo nombraba sus pastores; y el gobierno eclesiástico y la administracion de las rentas residian en el *consistorio*, compuesto en cada iglesia del pastor y de los mas ancianos feligreses: del consistorio se apelaba en caso necesario al sínodo provincial, formado de los diputados de los consistorios; y de este sínodo al nacional.

Esta organizacion, puramente religiosa, no tardó en convertirse en política en el reino de Francia. Como los consistorios y los sínodos eran cuerpos deliberantes, cuando se encendió la guerra civil y religiosa entre católicos y protestantes, se trataba en aquellas juntas del alistamiento de tropas, de las fortificaciones de las plazas, de las representaciones que habian de hacerse al rey, de las alianzas con los estrangeros, en fin de todo lo que pertenecia á la paz y á la guerra. Estas asambleas tuvieron

agentes en la corte, y establecieron correspondencias regulares entre sí para conservar y hacer mas fuerte el vínculo de su confederacion. Asi el calvinismo llegó á ser un estado independiente en el territorio mismo de la monarquía.



CAPITULO III.

Francisco primero.

Francisco I, rey de Francia. Paso de los Alpes: batalla de Marignan: conquista del Milanesado. Tratado de Noyon. Pretension de Cárlos, rey de España, y de Francisco I al imperio. Guerra entre Cárlos y Francisco. Espedicion de Navarra: pérdida de Milan. Batalla de la Bicoca: los franceses arrojados de Italia. Retirada de Romagnano: sitio de Marsella: segunda espedicion de Francisco I á Italia. Batalla de Pavía. Saco de Roma: muerte de Borbon. Batalla de Landriano: paz de Cambray. Conferencia de Marsella. Nueva guerra con el emperador: campaña de Provenza. Tregua: entrevista de Aguas-muertas. Renovacion de las hostilidades. Batalla de Cerisoles. Tratado de Crespy. Tratado de Guines.

FRANCISCO I, *rey de Francia* (1515). La reina viuda María declaró que no quedaba en cinta. Pasó á Inglaterra, y casó con el caballero Brandon, favorito de su hermano Enrique,

y creado por él duque de Sufolk: estado, que se habia quitado á la casa de Pole. Despues de sus segundas nupcias, se dió á María el título de duquesa reina.

Francisco I subió al trono con aplauso universal, debido á sus grandes cualidades y á las esperanzas que daba. Su aspecto noble, su magestuoso continente, las gracias de su conversacion, su destreza en los ejercicios militares y su pasion á todo género de gloria, eran el encanto del pueblo y de la corte. En su coronacion tomó el título de duque de Milan: lo que manifestó á Francia que aun no estaba libre de las infelices guerras de Italia que tan funestas le habian sido. El mismo Luis XII, á pesar de tantos desastres, conservaba al fin de su reinado el deseo de reconquistar la Lombardía; y cuando murió, tenia un ejército en las fronteras de los Alpes, preparado ya á pasarlas. Francisco reforzó este ejército; pero antes de entrar en campaña, tomó precauciones para asegurar la victoria. Confirmó la alianza que su predecesor habia hecho con los venecianos, debiéndose auxiliar mútuamente para recobrar el Milanesado y las plazas de tierra firme, que ocupaban las tropas imperiales. Supo ganar el afecto de los genoveses, que se sometieron de nuevo á la proteccion y al dominio de Francia. Neutralizó al rey de Inglaterra, satisfaciendo generosamente la dote que se supuso á su hermana María en el contrato matrimonial con Luis XII. Se convino con Cár-

los, rey de Castilla y soberano de los Paises-bajos, en que le daria socorros para ponerle en posesion de los reinos de Aragon y de Nápoles, despues de la muerte de Fernando el católico, su abuelo materno, si se ofrecia alguna dificultad en la sucesion; y que entre tanto, se intimaria por medio de embajadores á Fernando, que en el término de tres semanas reconociese á Cárlos por heredero de Castilla, atendido el estado de demencia de su madre Juana. Cárlos, en premio de estos servicios, prometió conseguir del emperador Maximiliano, su abuelo paterno, que no sostendria á Esforcia, actual duque de Milan. Estipularon ademas el casamiento del rey de Castilla con Renata, hija de Luis XII, dándole en dote el condado de Asti. Pero este matrimonio no se efectuó: Cárlos adquiria por él muy poco territorio, y Francisco temia trasladar á la casa de Austria los derechos sobre la Bretaña: porque segun el concierto matrimonial de la duquesa Ana y de Luis XII, debia suceder en el ducado el hijo ó hija menor, si el mayor ó la mayor ascendia al trono de Francia, lo que ya se habia verificado por el casamiento de Claudia con Francisco.

Establecidas estas alianzas, el rey intimó á Fernando el católico que restituyese el reino de Navarra á la casa de Albret, y no se opusiese á su invasion en Italia. Despues repartió muchos dones y gracias á los señores de su corte, dió la espada de condestable á Carlos de

Borbon, hizo varias promociones en el ejército y algunas mudanzas en el estado civil: una de ellas fue crear oficios y magistraturas, y ponerlos en precio, para tener dinero. Luis XII habia dado el ejemplo de este perverso sistema: mas solo vendió dos empleos, y luego se arrepintió de haberlo hecho.

Paso de los Alpes: batalla de Marignan: conquista del Milanesado. Arregladas, pues, todas las cosas del interior del reino, marchó á ponerse al frente de su ejército, el mas formidable que desde muchos siglos habia tenido Francia. Constaba de 25.000 hombres de caballería, 40.000 de infantería, de numerosos trenes de artillería, y de todo cuanto es necesario para el servicio de la guerra. Llevaba por lugar-tenientes al condestable de Borbon, á La Tremouille, al mariscal Tribulcio, y á Claudio de Lorena, conde de Guisa, que en esta campaña vió el fuego por la primera vez.

Para oponerse á los designios de Francisco, se formó una liga compuesta del papa, los florentines, los suizos y el rey católico: Próspero Colona mandaba las tropas de la Iglesia: Lorenzo de Médicis, sobrino de Leon X, las de Florencia: don Ramon de Cardona, virey de Nápoles, defendia el centro de Italia con los tercios españoles, y los suizos se apostaron en los desfiladeros de Mont-Cenis para impedir á los franceses la entrada de la península.

Cuando Francisco I llegó á los atrincheramientos del ejército de los suizos, dudó, á pe-

sar de su invencible valor, si los atacaria: tan fortificados estaban por la naturaleza y el arte, y tanto respeto infundia la intrepidez helvética. Mientras se deliberaba sobre esta materia, supo Tribulcio que cerca de allí habia un paso, llamado la Roque Sperviere, que los suizos habian dejado sin defensa, porque creyeron que lo escarpado de las montañas, los riscos acumulados y los profundos precipicios lo defendian bastantemente. Resolvióse pasar por aquel punto. Solo quedaron en las alturas algunas compañías para persuadir á los suizos que tenian al frente todo el ejército frances.

Servia entonces á Francisco I el conde Pedro Navarro, prisionero en la batalla de Ravena, y despechado porque Fernando el católico no habia querido rescatarle. Este habia organizado un cuerpo de infantería francesa, compuesto casi todo él de vascos y gascones, tomando por modelo la española, y dirigió los trabajos del paso de los Alpes. Los soldados pasaban de una roca á otra, con increible fatiga, la artillería á fuerzas de brazos. En unas partes fue menester allanar el camino y romper á pico peñascos durísimos: en otras se valian de los mismos peñascos para fijar las garruchas y los cabrestantes de que se servian; y cuando llegaban á un precipicio, lo cubrian con troncos que atravesaban de un borde á otro, y echaban sobre ellos faginas, de modo que formaban un puente.

Despues de cinco dias de contínuo trabajo,

se halló el ejército en el valle de Argentiere; y el paso del Alpe fue tan inesperado para el enemigo, que los franceses sorprendieron en Villafranca á Próspero Colona, el mas cauto de los generales de su tiempo, y lo hicieron prisionero. Los suizos abandonaron sus ya inútiles atrincheramientos, y se replegaron sobre Milan, uniéndose á ellos la infantería que escapó de la sorpresa de Villafranca.

El rey entabló negociacion con los suizos; y estos daban ya oidos á sus proposiciones, que consistian en darles 700.000 escudos porque se retirasen, cuando la llegada del cardenal de Sion destruyó todas las esperanzas de neutralidad. La elocuencia del prelado triunfó de la codicia helvética. A su voz toman de nuevo las armas los suizos, marchan contra Marignan, villa situada sobre el Lambro á cuatro leguas de Milan, y en la cual estaba acampado el ejército frances, y al son lúgubre y sordo de los cuernos de Uri y de Underwald acometen á los franceses, que solo tuvieron tiempo de hacer los preparativos necesarios para recibirlos. Su ataque fue terrible: á pesar del fuego de la artillería francesa, que esterminaba filas enteras, forzaron las barricadas, penetraron hasta el centro del ejército donde estaba el rey, y se apoderaron de parte de la artillería de Francisco. Debieron esta ventaja á los brabanzones que militaban al sueldo del rey, mandados por el duque de Gueldres: este, creyendo concluida la guerra con los suizos, cuan-

do empezó la negociacion de que hemos hablado, se volvió á sus estados, invadidos por el archiduque Cárlos, y confió el mando de aquellas tropas á su sobrino el duque de Guisa. Los brabanzones infirieron de ver partir á su caudillo, que se les sacrificaba á los suizos, cuyos rivales eran en la profesion de militar á sueldo, y pelearon con suma desconfianza y desaliento, hasta que se disipó su error.

A la noche cesó la batalla; y el rey durmió algunas horas sobre el afuste de un cañon, muy cerca de los suizos, cuyas divisiones estaban mezcladas con las de los franceses; porque cada una pasó la noche donde le cogió la oscuridad. Apenas rayó el siguiente dia se renovó el combate con mayor furor, hasta que llegó el ejército veneciano, mandado por Bartolomé de Albiani. Habian tenido noticia á media noche de la situacion de los ejércitos, y poniéndose al punto en marcha, llegó al campo de batalla, cogió á los suizos por la espalda y decidió la victoria. Los suizos, despues de haber perdido 14.000 hombres, se retiraron, pero en órden, y el rey no quiso que se les persiguiese. Los franceses perdieron 4.000 hombres. El condestable de Borbon que mandó la accion, perdió á su hermano el duque de Chatelerault, y La Tremouille á su hijo el príncipe de Talmont. El valiente Albiani concluyó en esta batalla su noble carrera, muriendo de resultas de una hernia que padecía, exacerbada por haber estado á caballo en la marcha y en la

accion 24 horas. El conde de Guisa, herido en veinte partes, hubiera perecido, á no haberle socorrido un escocés que perdió la vida en su defensa.

El mariscal Tribulcio que se habia hallado en 17 batallas campales, dijo que estas habian sido *de hombres*; pero la de Marignan, *de gigantes*. Se dió el 13 de setiembre, y quebrantó de tal manera las fuerzas de los suizos, que perdieron para siempre su influjo en Italia y Borgoña, de cuyos destinos habian sido árbitros por el espacio de 30 años. El rey fue armado caballero en el campo donde habia conseguido tan señalada victoria, por Bayard, llamado *el caballero sin miedo ni tacha*. Bayard, despues de haber dado el espaldarazo de costumbre, envainó su espada, y declaró que no volveria á usar de ella sino contra los mahometanos.

La victoria de Marignan puso en poder de los franceses toda la Lombardía. Maximiliano Esforcia renunció en Francisco I el ducado de Milan, por una pension de 60.000 ducados que el rey le concedió bajo condicion de residir en Francia, y no salir de este reino sin permiso del rey. Roma hizo paces con Francisco, mediante la abolicion de la pragmática de Cárlos VII, y un concordato, en el cual se establecieron reglas para evitar la colision de las dos autoridades eclesiástica y temporal. El concordato fue archivado en el parlamento, aunque con mucha dificultad; mas no la bula de abolicion de la pragmática: de modo que las liber-

tades de la iglesia galicana continuaron en su vigor, á lo menos en la parte no derogada por el concordato.

Tratado de Noyon (1516). Los demas potentados de Italia siguieron el ejemplo del sumo pontífice, é hicieron paces con Francisco. El rey católico, único príncipe que tenia poder para oponerse á la elevacion de los franceses en Lombardía, falleció entónces; y el ejército que mandaba don Ramon de Cardona en el centro de Italia, hubo de refugiarse á Nápoles para evitar las conmociones de aquel reino, poco antes conquistado, en los principios de un nuevo reinado.

Francisco, dejando por gobernador de Milan al condestable Cárlos de Borbon, se volvió á Francia á los ocho meses de haber salido de ella, en cuyo tiempo habia gobernado el reino su madre Luisa de Saboya. Licenció casi todo su ejército, cuyo sueldo era muy gravoso al tesoro, escepto las tropas necesarias para la conservacion del Milanesado. Entonces se presentó en Italia el emperador Maximiliano, socolor de defender los derechos de Francisco Esforcia, hijo menor de Luduvico el moro, y puso sitio á Milan. El condestable llamó en su socorro un cuerpo de 10.000 suizos que tomó al sueldo del rey, y el emperador se volvió á Alemania sin haber producido mas efecto que el saqueo de algunas villas.

El archiduque Cárlos, su nieto, se halló por la muerte del rey católico, su abuelo mater-

nal, dueño de las coronas de Castilla y Aragon, de Nápoles y de Sicilia, y de los estados de Flandes. Tenia necesidad de la paz para consolidar el gran poder que tantas y tan ricas posesiones debian darle, si conseguia coordinarlas entre sí y hacer que dominase en todas una misma política. Celebró, pues, con Francisco I un tratado en Noyon, cuyos principales artículos fueron: el casamiento de Cárlos con una hija de Francisco, cuando llegase á edad nubil: que Cárlos pagaria 100.000 ducados anuales para la sustentacion de la princesa: que el rey de Francia renunciaria á sus derechos sobre el reino de Nápoles, escepto el de reversion en caso de no tener Cárlos herederos; y en fin, que Cárlos mandaria á su consejo que examinase sus derechos y los de la casa de Albret; y en caso de ser estos mejores, restituiria la corona de Navarra. Así neutralizó el príncipe austriaco las fuerzas de Francia, mientras tomaba posesion de sus coronas, las ponia á cubierto de todo insulto, desbarataba los proyectos de Germana de Foix, viuda del rey católico, que intentaba quedarse con el reino de Nápoles, y consolidaba su potencia de tal modo, que cuando llegó á temerla Francisco I, no pudo quebrantarla.

El emperador accedió al tratado de Noyon, y restituyó á los venecianos la plaza de Verona. Al mismo tiempo concluyó el rey con los suizos un tratado en Friburg, que tiene el nombre de *paz perpétua*, porque no se ha quebrantado

una sola vez hasta los tiempos de la revolucion de Francia. El rey procuraba grangear el afecto de la corte de Roma: le ofreció sus navíos contra los corsarios berberiscos que infestaban las playas del estado eclesiástico: contribuyó á establecer en Florencia la casa de Médicis: concedió á esta familia socorros contra los Roveres que le disputaban el ducado de Urbino: hizo que se diese este ducado á Lorenzo de Médicis, sobrino del papa; y le dió por esposa á Magdalena de la Tour, heredera del condado de Auvernia en Francia.

Pretension de Cárlos, rey de España, y de Francisco I al imperio (1519). La paz entre Francia y España continuaba, cuando la muerte del emperador Maximiliano dió principio á la lucha sangrienta, fácil de preverse, entre dos monarcas jóvenes, ambiciosos, y señores de dos vastas monarquías. Entrambos se declararon opositores á la corona imperial. Francisco se presentó adornado con el laurel de Marignan: Cárlos tenia por títulos sus muchos y varios estados, y las riquezas de América; y aunque no habia hecho hasta entonces prueba de sus armas, era ya célebre la habilidad de su política, de que habia dado pruebas en las negociaciones de Noyon. Los alemanes temieron á uno y otro, y no querian tener un emperador tan poderoso; pero Federico, duque de Sajonia, á quien ofrecieron el cetro, ó por moderacion propia, ó por temor de las fuerzas de Cárlos, no quiso admitirlo, y aconsejó que

lo diesen al rey de España. Este consejo fue seguido, por ser Cárlos príncipe de una familia alemana, muy rico por la posesion del nuevo mundo, de quien podia esperar Alemania, pobre entonces, el aumento de su numerario; y en fin, menos temible que Francisco, porque España, donde estaban los recursos militares del nuevo emperador, estaba mas lejana que Francia. Cárlos subió al trono imperial con el nombre de Cárlos V.

Francisco, envidioso y desairado, miró á su rival como enemigo, y empezó á buscar aliados contra él. El primero, á quien volvió los ojos, fue Enrique VIII, rey de Inglaterra, príncipe vano mas que ambicioso, amigo de adquirir poder para entregarle á su favorito y ministro el cardenal Wolsey, y que poseia un buen ejército y un erario abundante, fruto de la economía y de la prudencia de su padre Enrique VII. Wolsey no era indiferente ni á los regalos ni á las demostraciones de amistad, y Francisco le prodigó uno y otro en una entrevista que hubo con el rey de Inglaterra entre Guines y Ardres. Ambos monarcas concurrieron con sus esposas y con las señoras mas distinguidas de sus cortes, compitiendo ingleses y franceses en magnificencia. El lugar donde se pusieron las tiendas y se construyeron palacios de madera, fue llamado el *Campo de tela de oro.* Los cortesanos de los dos reinos se arruinaron por competir en suntuosidad y lujo. «Muchos, dice Du Bellay, testigo ocular, lle-

varon sobre sus hombros los bosques, los campos y los molinos de su patrimonio.» En el frontispicio del palacio de Inglaterra se veia la estátua de un flechero inglés con esta inscripcion: «A quien yo acompaño, es el amo.» Este rasgo de vanidad no carecia de fundamento; pues aunque en los banquetes, bailes, torneos y otras diversiones eran casi iguales las deferencias recíprocas, Francisco, que no sabia disimular, manifestaba siempre las atenciones del que obsequia; y Enrique, la gravedad del que es obsequiado. El frances, que esperaba conseguir la restitucion de Calés, no pudo lograr del rey de Inglaterra otra cosa, sino la promesa vaga de darle socorro, si el emperador turbaba la paz de Italia.

Cárlos V, menos fastuoso, y mas amigo de lo sólido que de lo brillante, previno en su favor el ánimo de Enrique. Cuando pasó por mar de España á Alemania á recibir la corona del imperio, desembarcó en Inglaterra sin séquito ni ceremonia, conferenció con el rey, manifestó entera confianza en su justicia, y solo le pidió que en caso de rompimiento entre él y Francisco, les sirviese de árbitro; manifestándose siempre dispuesto á someterse en todo á su decision. Al mismo tiempo insinuó al cardenal Wolsey, que estando muy enfermo Leon X, tendria mucho placer en emplear sus buenos oficios para que recayese en él la tiara.

Guerra entre Cárlos y Francisco: espedicion de Navarra: pérdida de Milan (1521).

Resuelto Francisco á hacer la guerra, auxilió á Enrique de Albret en la espedicion que hizo contra Navarra, favorecido por las disensiones intestinas que habia entonces en los reinos de Castilla y Valencia. Su ejército, mandado por Andres de Foix, hermano del general Laustrec, aunque llevaba las banderas de Albret, era casi todo compuesto de franceses. Estas tropas conquistaron el reino de Navarra: pero queriendo despues pasar á Castillla, la regencia que gobernaba este reino mientras Cárlos V residia en Alemania, puso un ejército en campaña y obligó á los franceses á volverse á su pais.

Un pleito entre las casas de Crouy y de Bouillon por un pequeño territorio de la selva de Ardennes, fue el pretesto de una guerra destructora de 27 años. Los príncipes de Crouy sostenian que debia verse la causa en el tribunal del emperador. Roberto de la Mark, príncipe de Bouillon y de Sedan, no solo declinó su jurisdiccion, sino que envió á desafiarle en plena dieta, alistó tropas, é hizo correrías en los Paises-bajos. Cárlos, persuadido de que un príncipe de tan poco poder no tendria tanto atrevimiento, si no estuviese sostenido por Francia, é indignado ademas por la invasion de la Navarra, acometió al frente de su ejército por la frontera de Flandes. El conde de Nassau, su general, sitió y tomó á Monzon, mal defendida por su guarnicion compuesta de bisoños: despues embistió á Mezieres; pero la defendia el valiente Bayard, y no pudo tomarla. El emperador

marchó hacia las orillas del Escalda, y se encontró en Valenciennes con el ejército francés. El condestable de Borbon, que se hallaba en él, porque Francisco habia dado el gobierno de Milan á Lastre, hermano de su dama la condesa de Chateaubriant, era de opinion de dar batalla, en atencion, decia, á que la posicion que Cárlos ocupaba con sus cuarteles, habia sido mal elegida: pero Gaspar de Coligny impugnó este dictámen. Mientras el rey dudaba, los enemigos levantaron el campo.

Al mismo tiempo Guillermo Gouffier, mas conocido con el nombre del almirante Bonnivet, pasaba el Pirineo; y en lugar de marchar contra Pamplona, donde le esperaban los españoles, puso sitio á Fuenterrabía y se apoderó de ella. En lugar de demoler esta plaza, que tarde ó temprano debia volver al dominio de España, como le aconsejaba el conde de Guisa, conservó por vanidad su conquista, y asi impidió que se pusiese término á la guerra; pues en las conferencias de Calés, en las cuales los plenipotenciarios de Francisco y de Cárlos reconocieron como árbitro á Enrique de Inglaterra, no pudo continuar la negociacion, porque el rey de España reclamaba aquella plaza, y el de Francia no queria cederla, mirándola como la llave de la península.

Si las fronteras del reino por la parte de Flandes estaban suficientemente defendidas, no sucedia lo mismo con el Milanesado, donde el abuso de la autoridad por una parte, y por otra

la impaciencia de la sumision, produjo el descontento, y despues la sedicion contra los franceses. Los castigos que el gobernador Lautrec tuvo que hacer, convirtieron los motines en rebelion descubierta. Hallándose en tan triste situacion, dejó el gobierno de Milan á su hermano Tomas de Foix, pasó á la corte, manifestó al rey el estado en que se hallaba la provincia, y dijo que no queria volver á ella, por no sufrir la ignominia de que se perdiese bajo su gobierno. Sus amigos y el rey le instaron á que volviese; y él consintió en ello: pero bajo condicion de que le habia de preceder, ó al menos acompañar, una suma de 300.000 ducados que le era necesaria para tomar suizos á sueldo. No la habia entonces; pero se le dió la promesa de que llegarian á Italia al mismo tiempo que él, y partió á Milan.

Tomas de Foix observaba entretanto los descontentos prófugos de Milan, que de acuerdo con los de Génova amenazaban los dos estremos de la dominacion francesa en Italia. Informado de que los primeros se reunian en un castillo perteneciente á Manfredo Pallavicini, le envió un mensagero, advirtiéndole á lo que se esponia permitiendo en su casa aquellas reuniones. Pallavicini mandó ahorcar al mensagero, y buscó un asilo en Reggio, ciudad perteneciente al papa. El mariscal le persiguió, tanto para cubrir á Parma, que estaba por los franceses, contra sus tentativas, como para exigir del gobernador de Reggio, que era el célebre

historiador Guicciardin, que le esplicase cuál era la especie de proteccion que concedia á los desterrados. Esta demostracion, hecha sin medios de ataque, pues no llevaba artillería, no intimidó á la guarnicion, y dió motivo á que el papa se declarase contra los franceses. Próspero Colona, general del ejército del estado eclesiástico, puso sitio á Parma. En este tiempo llegó Lautrec á Milan, pero sin tropas ni dinero. A fuerza de promesas juntó un corto ejército; y ya desesperado iba á acometer al enemigo, muy superior en número, cuando Alfonso, duque de Ferrara, que estaba en guerra con la santa Sede, hizo un movimiento sobre Módena. Colona levantó el sitio de Parma, por salir al encuentro á los ferrareses, y Lautrec reforzó la guarnicion de la plaza.

Lautrec no podia contar con las tropas suizas que tenia, sino contra los rebeldes de Milan; mas no contra las tropas del papa, con quien tenian jurada alianza. El marques de Pescara, general del emperador, se apoderó de Milan, y de casi todas las plazas del Milanesado, escepto Cremona, Pizighiton, Novara y la ciudadela de la capital.

Batalla de la Bicoca: los franceses arrojados de Italia (1522). En esta época falleció el pontífice Leon X, y le sucedió Adriano VI, que comenzó su carrera siendo preceptor de Cárlos V. Durante su breve pontificado de año y medio favoreció la política y el engrandecimiento de su alumno.

Francisco Esforcia pasó á Italia bajo los auspicios del emperador, y formó un ejército de tropas italianas y alemanas. Lautrec le persiguió con su gendarmería y 10.000 suizos, que reunió de nuevo con la esperanza del dinero siempre prometido, y que nunca llegó. Despues de muchos movimientos, alcanzó cerca de Milan al enemigo, que se habia atrincherado en el parque de un castillo antiguo, llamado la Bicoca, rodeado de muros y de fosos muy profundos, y al cual no se podia llegar sino por una calzada estrecha. Los capitanes que se enviaron á examinar la posicion, la creyeron inespugnable: Lautrec juzgó lo mismo y resolvió diferir el ataque. Pero los suizos no fueron de la misma opinion: cansados de servir sin paga, pidieron á gritos *dinero ó combate*; porque esperaban, lograda la victoria, indemnizarse con el saqueo de Milan del sueldo que se les debia. Lautrec, que esperaba obligar por hambre al enemigo á que se rindiese dentro de pocos dias, resistió cuanto pudo: pero viendo que no cesaban de gritar *dinero ó combate*, «pues bien, les dijo, combatid.»

Al punto, y sin esperar que se completasen los trabajos que empezaba Pedro Navarro para pasar el foso, marchan los suizos contra los atrincheramientos, que estaban erizados de artillería, sostienen con su constancia ordinaria el fuego de los enemigos, que barria filas enteras, y penetraron en los fosos. Alli estaban libres del fuego de cañon; pero el de mosque-

te, del cual no podian evadirse, hizo en ellos mayores estragos. En vano miden con sus picas la altura de los muros, porque ningun medio habian preparado para subir. Esta tardía reflexion los obligó á retirarse, y por vergüenza ó por despecho abandonaron el campo de batalla, cuando ya la gendarmería francesa, que habia forzado el paso de la calzada, cogia al enemigo por la espalda y lo ponia en derrota. En vano los generales suplican á los suizos que se detengan, mostrándoles las ventajas que habia conseguido la caballería, y que esten por lo menos en observacion. Aquellos hombres indómitos recogen sus equipages, y marchan silenciosos á su pais por el camino de Monza: Lautrec se vió precisado á seguirlos.

Entretanto el marques de Pescara habia entrado en Génova, al mismo tiempo que Pedro Navarro introducia por mar un pequeño refuerzo de 200 hombres, que quedó, como él, prisionero de los enemigos. Los franceses, perdida la esperanza de sostenerse en la Italia por la retirada de los suizos, que no se pudo impedir por falta de dinero, volvieron á su patria, dejando solamente guarnicion en Novara y en los castillos de Milan y Cremona.

Lautrec se presentó en la corte. El rey, que al principio no queria verle, le recibió á instancias de la condesa de Chateaubriant su hermana, pero con mucho desagrado. Como el general se quejase de ella, el rey le dijo: «¿puedo yo recibir favorablemente á un hombre

que es causa de la pérdida de Milan?» «Señor, respondió Lautrec con firmeza, solo V. M. tiene la culpa de este desastre. La gendarmería francesa ha servido 18 meses sin recibir la mas mínima paga. Los suizos, cuya índole conoceis, no la han recibido tampoco; y solo á fuerza de promesas he conseguido que sirvan muchos meses en el ejército, aunque siempre amenazándome que me dejarian. Me han obligado á dar una batalla sangrienta, cuyo mal éxito preveia yo; pero ha sido preciso arriesgarla á pesar de la poca probabilidad que habia de conseguir la victoria: este es todo mi delito.» «¿Pues qué, respondió el rey sorprendido, no habeis recibido 400.000 ducados que he mandado que os envien?» «Recibí las cartas de aviso, replicó Lautrec; pero no el dinero.» Francisco mandó llamar inmediatamente á Santiago de Baulne, señor de Semblanzay, superintendente de hacienda, en quien tenia tanta confianza, que algunas veces le daba el nombre de *padre*. El respondió que no habia enviado dinero á Italia, porque la duquesa de Angulema, madre del rey, habia exigido que se lo diese, saliendo por responsable de todo, y que él tenia recibo de habérselo entregado.

El rey entró furioso en el cuarto de su madre. Ignórase qué satisfaccion le dió Luisa de Saboya. Unos dicen que confesó haber recibido aquella suma, no como caudal del estado, sino como un depósito que ella habia entregado antes al superintendente: otros, que negó haber

recibido aquel dinero, fiada en que ya habia sustraido el recibo de entre los papeles de Semblanzay, por medio de Gentil, confidente del ministro, que estaba enamorado de una dama de la duquesa. Esto parece probable, porque Gentil fue ahorcado algun tiempo despues por delitos que se le imputaron sin pruebas suficientes. Por entonces no se habló mas del asunto; pero cinco años despues fue ahorcado tambien Semblanzay por crímen de malversacion sin que en su sentencia se mencionase la suma entregada á la duquesa.

Tales fueron las intrigas de corte que hicieron perder los frutos de la batalla de Marignan. Semblanzay fue delincuente en haber alterado el destino de aquella suma, y el rey cometió un descuido gravísimo en no haber averiguado si se habian cumplido sus órdenes. El palacio estaba dividido en dos partidos. Disputaban el favor del rey su madre, y la condesa de Chateaubriant: esta interesada en que su hermano Lautrec triunfase de los enemigos en Italia; y aquella, por lo mismo, empeñada en disminuir el crédito del general, cuya gloria habria aumentado el de la dama. Francisco I tenia entonces 27 años de edad, y solo pensaba en placeres, amoríos y diversiones: mientras su rival Cárlos V, que entonces apenas pasaba de 21, encerrado en su gabinete, ó visitando sus dominios, no hacia una accion que no tuviese por objeto el logro de sus vastas empresas. Con las tropas del pontífice y el en-

tusiasmo de los milaneses á favor de Esforcia arrojó á los franceses de Italia, prestando no mas que sus banderas: por la mediacion de los suizos consiguió que el Franco-Condado fuese provincia neutral durante la guerra: en fin, al pasar de Alemania á España se detuvo segunda vez en Inglaterra, y logró que Enrique VIII se coligase con él contra Francisco.

El ejército inglés desembarcó en Calés, y reunido con el del emperador, formaba un total de 35.000 combatientes: los franceses les opusieron casi igual número. Como la estacion estaba ya muy adelantada, no se hizo empresa alguna de consideracion. Marchas, sorpresas, y sitios inútiles de plazas ocuparon las tropas hasta el invierno. Cárlos de Borbon, duque de Vendoma y abuelo de Enrique IV, sufrió junto á la aldea de Audineton una derrota que hubiera sido completa, á no ser por la intrepidez de un gendarma, llamado Tiguerette, que yendo á reconocer las centinelas, fue sorprehendido por los enemigos, y aunque le pusieron la espada al pecho, no dejó de gritar *al arma*; y á los suyos proporcionó que se pusiesen en estado de defensa y de retirarse con poca pérdida. El enemigo respetó la heroicidad del gendarma, y le dejó ir libre.

Otro de los sucesos mas importantes de esta campaña fue la sorpresa intentada por Nicolás de Bossut, gobernador de Guisa, y desbaratada por la imprudencia de Francisco. El duque de Arescot, que era uno de los generales

del Emperador, trató de sobornar á Bossut para que le entregase la plaza. Este fingió aceptar la propuesta con el objeto de atraerle y hacerle prisionero cuando se presentase, y dió parte al rey de su designio. Francisco, ó por mostrar su valentía, ó por envidia, que la historia ha sospechado que tenia á sus mejores generales, resolvió asistir al combate. Salió en posta para Chambord, y pasó á la Fere, seguido de un gran número de cortesanos. El de Arescot, sabiendo que el rey estaba cercano y con tanta gente, sospechó lo que podia ser, y no acudió á la cita. Así se perdió la ocasion de hacer prisionero el cuerpo que él mandaba.

Parece que el rey envidiaba tambien el mérito del condestable de Borbon: bien que su aversion hácia este príncipe nacia de otra causa, y era la diferencia de los caracteres. Francisco era ardiente, amigo de los placeres y poco atento á los negocios: Borbon, aunque tenia el valor de un soldado, unia á él la serenidad y pericia de un general: era grave y severo en sus costumbres, y gustaba mas del trabajo que de las diversiones. Así su mútua antipatía se declaró desde la primer juventud de ambos; y aunque al subir el rey al trono, dió á Borbon la espada de condestable, se quejaba este de que en la campaña del año de 1521 se le habia quitado el puesto de la vanguardia que le pertenecia en virtud de su destino, por darlo al duque de Alenzon.

Una pasion mugeril vino á aumentar los

infortunios de Borbon. Estaba viudo de Susana, hija de Pedro de Borbon y Ana de Francia, la que fue regenta del reino en la menor edad de Cárlos VIII; y Luisa de Saboya, madre de Francisco, que amaba al condestable, le ofreció su mano. El la rehusó, sin los miramientos acostumbrados en semejantes casos, y Luisa juró vengarse.

El ducado de Borbon no era un infantazgo; y por consiguiente admitia la herencia de las hembras; pues habia entrado en la familia real de los Capetos por el matrimonio de Beatriz, duquesa de Borbon, con Pedro, hijo de san Luis. Pero Luis XI, cuando casó á su hija Ana con Pedro de Borbon, lo declaró feudo masculino, y por consiguiente reversible á la corona á falta de descendencia varonil. Luis XII, aunque ofendido de Ana de Francia, mientras fue duque de Orleans, fiel á su máxima generosa de olvido, favoreció su pretension y la de su marido, que no tenian mas hijos que Susana, y restableció el antiguo derecho que llamaba á las hembras á aquel ducado; y para evitar litigios y controversias, dispuso que Cárlos de Borbon, heredero de la rama de Borbon Montpensier, casase con aquella heredera. Susana murió sin sucesion, y legó sus bienes á su marido; de manera que el condestable era por todos títulos poseedor legítimo del ducado de Borbon.

Luisa, nieta por su madre de Cárlos I, duque de Borbon, podia alegar pretensiones á la

herencia, si era feudo femenino: el condestable, en cualquiera de los dos casos, por la donacion de Susana y por su nacimiento; y el rey por la renuncia de Luis de Montpensier, abuelo del condestable, á los bienes de esta casa. Luisa, por vengarse de Borbon, presentó demanda al parlamento, y la apoyó con todo su influjo; y despues de once meses de pleito, el tribunal citó las partes al consejo, y embargó la herencia disputada.

Borbon conoció entonces que le era forzoso ó casarse con la muger que aborrecia, ó pasar desde la condicion del mas opulento señor del reino á la del mas pobre. Resuelto tambien á la venganza, trató con Cárlos V: le propuso el repartimiento de la Francia: le ofreció pasarse á sus banderas con un cuerpo considerable de caballería, compuesto de la principal nobleza del reino; y se le prometió en recompensa la mano de Leonor, hermana del emperador, y viuda de Don Manuel, rey de Portugal. A tal estremo redujo á un héroe la injusticia y el ardor de la venganza. Borbon se envileció á los ojos de la virtud, y manchó toda su gloria queriendo ser el Coriolano de su patria.

Francisco supo su designio por dos caballeros normandos, confidentes de Borbon; y creyendo ganar á este príncipe por la dulzura, fue á visitarle á Moulins, donde estaba fingiéndose enfermo: le dijo que sabia sus designios y los perdonaba, y añadió que no tuviese cui-

dado del pleito; pues aunque el ducado se adjudicase á la corona, él se lo devolveria. Borbon confesó que habia recibido solicitaciones del emperador, á las cuales nada habia respondido: pidió al rey que no dudase de su fidelidad, y le prometió en prueba de ella seguirle á Leon, donde iba Francisco, cuando el estado de su salud se lo permitiese. En efecto, se puso en camino; pero atormentado de los deseos de venganza por una parte, y de los remordimientos por otra, en vez de ir á Leon, se retiró á su fortaleza de Chantelle para reflexionar sobre su situacion y tomar una resolucion definitiva. El rey, al saber esta retirada, esclamó: «pues quiere perecer, que perezca:» y dió orden de sitiar á Chantelle. Borbon, sabiendo el enojo del rey y la pérdida de su pleito, parte con solo un caballero llamado Pomperant, fingiéndose criado suyo, atraviesa el Delfinado y la Saboya, llenos entonces de tropas que iban á Italia, y sin ser conocido llegó al Franco Condado. Cárlos V, aunque le vió llegar solo, estimaba sobradamente su espada para desairarla, y así le dió el mando de sus tropas en Italia.

La campaña de 1523 fue insignificante en las fronteras de Francia, escepto en la del Pirineo, donde el ejército español atacó inútilmente á Bayona, y fue mas feliz en Fuenterrabía. La guarnicion de esta plaza se componia casi toda de navarros, partidarios de la casa de Albret; y rindieron la ciudad por capitulacion,

con tal que se les devolviesen los bienes y propiedades que tenian antes en Navarra. Los ingleses penetraron por la parte de Picardía hasta doce leguas de Paris: los aldeanos habian recogido en las plazas fuertes granos, ganados y objetos mas preciosos. Los ingleses, que habian talado cuanto podian, hallándose sin recursos ni subsistencias, se retiraron á entradas de invierno. Un cuerpo aleman entró en Champaña, donde esperaba hallar la caballería prometida por Borbon; pero el conde de Guisa los rechazó hácia la Lorena, los venció junto á Neufchatel, celebrando su triunfo las damas de la corte de Lorena que desde las ventanas vieron el combate, y los hizo volver á Alemania.

El teatro principal de la guerra y de la política era Italia, adonde Francisco I envió un ejército poderoso á las órdenes del almirante de Bonivet su privado, enemigo personal de Borbon, y mas hombre de corte que de guerra. Este general se acercó á Milan, que estaba desmantelada y mal guarnecida. Pero engañado por los emisarios de Próspero Colona que mandaba las tropas imperiales mientras llegaba Borbon, se contentó con bloquear la plaza é impedir la entrada de víveres; pero á su pesar entraron y con abundancia; y temiendo él mismo que le cortasen la comunicacion con sus almacenes, se retiró con su ejército á la derecha del Tesin. La única empresa de consideracion que logró, fue enviar al caballero Bayard con un convoy de tropas y de víveres al casti-

llo de Cremona, cuyo gobernador Janot de Herbouville y casi toda la guarnicion habian perecido de hambre, resueltos á no rendirse. Bayard se abrió paso por medio de los destacamentos enemigos que ocupaban la Lombardía, entró en el castillo, y solo encontró en él siete hombres, determinados á perecer como sus compañeros, si no se les hubiese socorrido.

Retirada de Romagnano: sitio de Marsella: segunda espedicion de Francisco I á Italia (1524). Bonivet tomó cuarteles de invierno; licenció gran parte de la infantería para economizar algunos meses de sueldo; permitió á la mayor parte de su gendarmería volver á Francia á reclutarse, y estaba en la mas estúpida seguridad, cuando los aliados, mandados por Borbon, Launoi, virey de Nápoles, y el marqués de Pescara, atravesaron el Tesin con el objeto de cortarle los víveres: Bonivet, aunque inferior en número, les presentó la batalla; pero el objeto de los aliados era hacerle prisionero con todo su ejército, sin combatir. Bonivet, rodeado por todas partes consiguió engañar á sus enemigos, y salió del peligro, pero perseguido por Borbon, cuya vigilancia era escitada por el odio. Alcanzóle en Romagnano cerca de un puente del Sesia, por el cual desfilaba el ejército. Bonivet se puso á retaguardia con un cuerpo de gendarmería para cubrir la marcha de la infantería: desde el primer choque fue herido gravemente, y se retiró confiando el mando al conde de San Pol,

hermano del duque de Vendoma, al capitan Vandenesse, hermano de la Palice, y al caballero Bayard, acostumbrado á ocupar siempre los puestos mas peligrosos. Vandenesse fue muerto al instante: Bayard recibió un arcabuzazo que le partió un costado; y San Pol, dirigiendo esta laboriosa retirada, llegó á Susa, al mismo tiempo que un refuerzo que 15 dias antes hubiera evitado la calamidad presente y las futuras.

El valiente Bayard, debilitado por la falta de sangre, é incapaz de montar á caballo á causa del dolor, quedó al pie de un árbol con la cara vuelta al enemigo: que asi habia mandado que le dejasen. Borbon, que pasó junto á él, persiguiendo al enemigo, le manifestó la pesadumbre que tenia en verle de aquella manera. «Yo no merezco piedad, respondió el héroe; pues muero como hombre de bien: pero vos, que sois francés y príncipe de la sangre de Francia, llevais hoy, contra vuestro honor y juramento, la librea de España en la espalda, y las armas en la mano, teñidas de sangre francesa.» Borbon pasó sin responderle. El marques de Pescara mandó levantar una tienda sobre el sitio donde estaba Bayard: el virey Launoi le hizo llevar á la suya propia, donde falleció poco despues, siendo ejemplo memorable de virtudes militares, cristianas y civiles. Su mérito nunca le valió dignidades, sino peligros; porque gustaba mas de servir á su rey y á su patria en los campos de batalla, que

adular en la corte; pero poseyó la estimacion general de su siglo, y poseerá la de la mas remota posteridad.

Despues de arrojado Bonivet de Italia, se propuso Borbon entrar en Francia por el Leonesado, cercano á sus antiguas posesiones, donde estaba seguro que vendrian á unírsele los vasallos de sus tierras; pero Cárlos V, que deseaba tener un puerto en las costas de Francia sobre al Mediterráneo para la comodidad de sus espediciones á Italia, le mandó poner sitio á Marsella. Borbon obedeció, aunque convencido de la inutilidad de la empresa; mucho mas cuando vió que el emperador no enviaba el dinero necesario, y que la armada española, destinada á bloquear el puerto, quedó derrotada y dispersa por Andrés Doria, almirante genovés al servicio de Francia, aunque Génova estuviese entonces bajo el dominio del emperador.

A pesar de estos contratiempos, Borbon tuvo sitiada la ciudad por seis semanas, y no levantó el cerco hasta que supo que el rey Francisco con nuevo y mas poderoso ejército estaba á una jornada de distancia. Retiróse pues á Italia: sus soldados, perseguidos por los franceses, arrojaban las armas para huir con mas desembarazo; y cuando llegaron á Génova, mas de un tercio de ellos estaba incapaz de servir.

El rey entró en Italia, á pesar de las instancias de sus generales y de su madre misma,

que quedó encargada del gobierno del reino, con un ejército muy brillante de 30.000 hombres de infantería, y caballería numerosa. Servian en él el rey de Navarra, muchos príncipes estrangeros, cuatro de la sangre de Francia, y los tres mariscales de Chabannes, Foix y Montmorency. Fue en derechura á Milan, y la tomó; en lugar de perseguir al ejército que se retiró de Marsella, que pudo haber destruido, y que en Génova se recobró en poco tiempo de todas sus pérdidas.

Batalla de Pavía (1525). No fue este el único yerro que cometió Francisco. Confiando demasiado en sus fuerzas, no solo se negó á las propuestas de paz que le hacia el emperador, apoyadas con las súplicas del papa Clemente VII, sino envió ademas un cuerpo de ejército al reino de Nápoles. Asi debilitó sus fuerzas en el momento que tenia necesidad de todas contra la ciudad de Pavía, á la cual habia puesto sitio. Al principio se lisongeó de tomarla por asalto; pero Launoi y Pescara la habian guarnecido con sus mejores tropas, y era gobernador de la plaza Antonio de Leiva, soldado de fortuna y general lleno de talento, al fin, como discípulo del gran capitan. Los franceses fueron rechazados en todos los asaltos. Despues intentó el rey tomarla por hambre; pero mientras su ejército se consumia al pie de las murallas, los enemigos recibian refuerzos de Italia y de Alemania. Estos últimos los trajo Borbon, que pasó al imperio á alistar los reclutas,

y la fama de su nombre completó en breve las compañías. Los generales del emperador, que carecian de dinero y de víveres, deseaban la batalla: Francisco, que por esta misma razon debia retardarla, enardecido con sus sentimientos caballerescos, la provocaba él mismo, desafiaba al marques de Pescara, y se indignaba del consejo que le daban los capitanes mas prudentes, de levantar el sitio y retirarse. «¡Yo huir de un rebelde!» era su respuesta. Bonivet era del dictámen del rey; y el voto de este palaciego pesó mas que el de tantos generales llenos de valor y pericia.

El 26 de febrero al rayar el alba comenzó la batalla de Pavía, tan funesta á Francia. El marques del Basto forzó el cuartel del duque de Alenzon, cuñado del rey; penetró en Pavía, y favoreció la salida de Leiva que entró al punto en combate. Pero Galiot de Genouillac, gran maestre de la artillería, la dirigió con tanta habilidad, que cada descarga barria filas enteras. Los imperiales se retiraron á un valle vecino para evitar el fuego; y el rey, llevado de su ardor, empezó á seguirlos. Galiot le representó que á la artillería tocaba acabarlos; y que si él se interponia, no podrian hacer fuego los cañones contra el enemigo. Todo fue en vano: el rey acomete: Chabannes, que mandaba la derecha, y Alenzon que estaba en la izquierda, le siguen para sostenerle. Chabannes, atacado de frente por los italianos, y en el flanco por Borbon que habia cortado su

comunicacion con el rey, fue completamente vencido, cayó prisionero, y como varios soldados se disputasen su rescate, uno de ellos le mató para concluir la disputa. Alenzon, hallando igual resistencia, abandonó el campo de batalla sin pelear.

Solo quedaba el rey peleando contra el de Pescara, cuyas fuerzas eran superiores. Los tiradores vascongados de su division, ocultos detras de la caballería, hacian fuego á quema-ropa sobre los gendarmas franceses, se retiraban, cargaban de nuevo, y volvian á su puesto á sacrificar nuevas víctimas. La Tremouille, Luis de Ars y el mariscal de Foix perdieron la vida á manos de aquellos tiradores ágiles, á la vista del rey.

La gendarmería francesa reunió las fuerzas que le quedaban, dió el último ataque y rechazó á Pescara: pero en este momento se reunieron á este general Laúnoi y Borbon, que no tenian ya enemigos con quienes pelear, y los franceses, oprimidos por el número, solo combatian por salvar al rey: pero ya no era tiempo. Rodeado de enemigos, y combatiendo solo, se negaba á rendirse. En este trance se llegó á él Pomperant, el confidente de Borbon, abriéndose paso por entre los que acometian á Francisco, y recibiendo sus golpes; y le suplicó que terminase una resistencia tan inútil como funesta, y se rindiese á Borbon que estaba cerca de allí. «¡Yo á un traidor!» esclamó el rey «morir primero. Que llamen á Launoi.» El

virey se acercó, y el rey le entregó su espada. El mariscal de Montmorency, que estaba con un cuerpo de tropas lejos del campo de batalla, acudió á él cuando oyó el ruido de la artillería, y llegó, concluida ya la accion. Fue rodeado por el enemigo y hecho prisionero con toda su division.

Esta fue la memorable batalla de Pavía, que consolidó el poder de los españoles en Italia, y quebrantó el de Francia para muchos años. El valor sin consejo ni prudencia fue causa de la perdicion de un monarca intrépido, pero poco hábil en la guerra, y menos en la política. Ocho mil franceses quedaron en el campo de batalla, la mayor parte de ellos pertenecientes á familias distinguidas, entre las cuales hubo muy pocas que no tuviesen que llorar. El número de los prisioneros fue tan grande, que los vencedores permitieron retirarse á todos aquellos de quienes no esperaban rescate. El conde de san Pol, que quedó por muerto, tuvo la fortuna de escaparse. Enrique de Albret, rey de Navarra, fue hecho prisionero; pero burló la vigilancia de sus guardas. El duque de Alenzon, arrepentido de su fuga, y atormentado por las reprensiones de su muger Margarita, hermana del rey, murió de dolor.

Francisco, dando cuenta á su madre del desastre, comenzó la carta por estas palabras: *todo se ha perdido, menos el honor:* como si el honor de un monarca y de un general

consistiese en lo mismo que el de un valiente caballero. Bonivet hubiera podido huir; mas no quiso sobrevivir á un estrago de que él habia sido causa, y se arrojó á las filas de los enemigos, donde encontró una muerte mas gloriosa que lo que se esperaba de él. Borbon, que habia prometido premio al que se lo entregase vivo, esclamó al ver su cadáver: «¡Oh malvado! tú fuiste causa de la ruina de Francia y de la mia.» Este rebelde se atrevió á presentarse á su rey prisionero, y se arrojó á sus pies; pero, endurecido en su resentimiento, se limitó á este homenage inútil, fruto de sus remordimientos, mas no de su conversion. Pomperant volvió á la gracia de Francisco, en atencion á lo que habia hecho por salvar su vida en la batalla.

Launoy llevó el rey á la fortaleza de Pizighiton, mientras el ejército victorioso se apoderaba de todo el Milanesado. No es posible describir la consternacion de Francia cuando llegaron á ella tan tristes noticias, como la de estar preso su rey, y esterminado el ejército. El dolor se convirtió en ira contra Luisa de Saboya, causa de la defeccion del condestable, y de todos los desastres que á ella se siguieron; y aun hubo movimientos en Paris para quitar la regencia á Luisa y darla al duque de Borbon Vendoma, único príncipe de la sangre que quedaba ya en el reino: pero el duque, hombre cuerdo y amante del bien público, se valió de la influencia que tenia para fortificar la

autoridad de Luisa, y se contentó con el título de presidente del consejo, que ella misma le dió.

Cárlos V prohibió que se hiciesen fiestas por tan señalada victoria, mostrando pesar por el infortunio del rey cristianísimo. Como Launoi le escribia cuán difícil era guardar en Italia un prisionero de tan alta clase, enmedio de las partidas de franceses é italianos, reliquias de la batalla de Pavía y de las guerras tan largas, mandó que Francisco pasase á España. El mismo rey lo deseaba, persuadido á que en una conversacion con Cárlos zanjaria todas las diferencias y consolidaria la paz; y asi dió órden á sus fuerzas navales, y señaladamente á Andres Doría, que no se opusiesen á su tránsito á España. Trasladado desde Pizighiton á Génova, se embarcó y arribó á Rosas, de donde pasó á una fortaleza del reino de Valencia, y de alli á Madrid, donde tuvo su alojamiento y su prision en el castillo.

Las primeras condiciones que el emperador le propuso por su rescate, fueron durísimas: las principales eran que se reunirian para formar un reino independiente en favor de Borbon la Provenza, el Delfinado, el Borbonés y otras tierras adyacentes; que Borbon casaria con Leonor, hermana de Cárlos, y que la Francia cederia al emperador el ducado de Borgoña, y renunciaria el dominio soberano de Flandes y del Artois.

Ni el rey prisionero, ni su madre Luisa, á

la cual se pasó nota de estas condiciones, accedieron á ellas: pero el rey, atormentado por el fastidio de su prision, y por la estrañeza del emperador, que no fue á visitarle, cayó gravemente enfermo. Cárlos permitió entonces á la duquesa viuda de Alenzon, hermana muy amada del rey, que viniese á Madrid á verle y asistirle: él mismo le visitó y consoló; de modo que la salud del enfermo se restableció en breve. Francisco esperaba que la hermosura y gracias de su hermana harian bastante impresion sobre Cárlos para admitirla por esposa, como se le habia propuesto; pero el emperador estaba ya resuelto á casar con Isabel, princesa de Portugal, cuyo matrimonio se verificó poco tiempo despues.

La duquesa fue obsequiada, como exigia su clase, por los grandes de España; pero todos ellos miraban con enojo al condestable de Borbon que se hallaba entonces en Madrid: y el marques de Villena, á quien Cárlos encomendó que alojase al condestable en su casa, respondió con altivez: «yo obedeceré á V. M.: pero le declaro, que apenas salga el duque de Borbon de mi casa, le pegaré fuego para evitar el contagio de la traicion.»

Francisco, ya restablecido, tomó la resolucion de abdicar antes que someterse á las condiciones que se le imponian. Las circunstancias le eran favorables; porque los príncipes de Italia, para quienes la batalla de Pavía fue la señal de la subyugacion, empezaban ya á

mostrarse desafectos al vencedor, y á buscar en nuevas combinaciones políticas los medios de arrojar de la península á los españoles. El papa Clemente VII era el alma de esta nueva liga. Al mismo tiempo Enrique VIII, receloso ya del estraordinario poder de la casa de Austria, hizo alianza ofensiva y defensiva con Francia, en cuyo tratado se insertó esta cláusula: «para conseguir la libertad del rey no deberá desmembrarse nada de la corona de Francia.»

Pero Francisco, impaciente de verse fuera de la prision, hizo su convenio con el emperador. Las condiciones fueron: que el rey de Francia, viudo ya de su esposa Claudia, casará con Leonor, hermana de Cárlos: cederá á este el ducado de Borgoña, el condado de Charolais y las tierras y señorios adyacentes, usurpados por Luis XI á la casa de Borgoña: renunciará á sus pretensiones sobre Milan, Asti y el reino de Nápoles, y á la supremacía de Artois y Flandes: en fin, no dará socorro á ninguno de los enemigos de Cárlos, y restituirá á Borbon todos sus derechos y posesiones.

Despues de firmado este convenio, los dos monarcas se visitaron, se celebraron los desposorios de Francisco y Leonor, y el rey de Francia partió para su reino, dejando en rehenes, cuando pasó el Bidasoa, á sus dos hijos Cárlos y Enrique. En el camino á París adquirió el conocimiento de Ana de Pisseleu, que fue desde esta época su dama, y á la cual dió despues el título de duquesa de Etampes.

Cuando el virey Launoi vino de embajador á Francia á reclamar el cumplimiento del tratado de Madrid, le respondió Francisco presentándole las decisiones de una junta de notables, celebrada en Cognac, y de los estados de Borgoña. Una y otra asamblea se negó á toda desmembracion; y la segunda solo ofreció en rescate del ducado y de sus hijos, dos millones en oro. Al mismo tiempo, y en presencia misma de Launoi, se publicó la *santa liga*, compuesta del papa, los venecianos, Francisco Esforcia, duque de Milan, que ingrato á Cárlos deseaba libertarse de la tutela de los españoles, y el rey de Francia. Cárlos V, al saber la respuesta de la corte de París á su embajador, dijo: «si el rey no puede disponer de sus provincias, por lo menos nadie le impide cumplir el juramento que hizo de volver á su prision.» En efecto, Francisco habia jurado volver á Madrid en calidad de prisionero, en el caso de no verificarse la ejecucion del tratado.

Saco de Roma: muerte de Borbon (1527). El marques de Pescara, general de las armas imperiales en Italia, falleció cuando ya empezaban á moverse las fuerzas de la santa liga; y Borbon, nombrado por sucesor suyo, arrojó de Lombardía á los enemigos, que habian llegado hasta Milan, invadió los estados de la Iglesia, y asaltó á Roma. El mismo montó á la brecha sobre una escala, despues de haber medido la altura con su pica; pero cayó mori-

bundo en el foso, de un arcabuzazo. Empleó el último aliento de vida que le quedaba en ocultar su muerte á los suyos para que no desmayasen, y dió órden á los que estaban cerca que le cubriesen con una capa. Sus soldados tomaron la ciudad y la saquearon horriblemente por el espacio de dos meses. Asi falleció uno de los mas grandes capitanes de su tiempo, que víctima de la injusticia agena y del deseo propio de la venganza, mancilló sus laureles, llevando las armas contra su patria. Algunos historiadores franceses dicen que su objeto era alzarse con Nápoles y entregarle este reino á Francisco I: proyecto nada increible en quien una vez rompió la valla de las obligaciones que le imponia su nacimiento.

Entretanto el ejército de la liga, á la cual se habia agregado Enrique de Inglaterra, auxiliándola con subsidios, entró en Génova, Alejandría y Pavía, mandado por Lautrec: el cual queriendo mas bien pelear en el mediodia de Italia que en el norte, se dirigió hácia Nápoles, en vez de libertar á Milan: detúvose en el camino para concertar el matrimonio del príncipe de Ferrara, aliado de Francia, con Renata, segunda hija de Luis XII, y en separar á los florentines del partido de España; y hecho esto, tomó cuarteles de invierno.

La corte de Madrid era entonces el centro de las negociaciones para la paz general. Cárlos exigia que Francisco evacuase la Italia ante todas cosas; y Francisco, que empezasen á cum-

plirse los preliminares de la paz futura, dando á Esforcia la investidura de Milan, y libertad á los príncipes de Francia. Ninguno quiso ceder, y la guerra continuó.

En el corazon de Francisco I peleaban el honor y el interes. Como el tratado de Madrid no le dejaba mas alternativa que la de cumplir sus condiciones ó volver á la prision, convocó en París una nueva junta de notables, y afectando el heroismo de Juan II, declaró en ella que estaba resuelto á volver á España en cumplimiento de su fe. Toda la asamblea reclamó contra esta determinacion; y el presidente declaró en nombre de ella, que antes sufririan la muerte que permitirlo. «Señor, le dijeron, no perteneceis á vos mismo, sino á vuestros vasallos; y no podeis disponer de lo que es nuestro. Si no hay otro arbitrio de recobrar á vuestros hijos, haced la guerra con vigor: que preparados estamos á todos los sacrificios necesarios.» El clero ofreció 1.300.000 libras: la nobleza, sus bienes y sus vidas; y el tercer estado y la magistratura hicieron iguales ofertas y con el mismo entusiasmo. «Basta, magnánimos franceses, respondió el rey: viviré entre vosotros, pues creeis mi persona necesaria. Sacerdotes del Altísimo, yo defenderé la fe y vuestros privilegios. Príncipes y señores, vuestro fuero es el mio: yo no nací rey, sino caballero; y este es el título mas glorioso de mis hijos. Y vosotros, fieles vasallos, cuyo amor es superior á mis esperanzas, decidme

qué es lo que puedo hacer en utilidad vuestra y de mi reino; y persuadios que siempre recibiré bien vuestros consejos y advertencias.»

Los embajadores de los príncipes de Italia que estaban en la corte de España, y los reyes de armas de Francia y de Inglaterra, declararon la guerra al emperador. Cárlos dijo al heraldo de Francia: «mucho estraño que tu amo haya olvidado sus juramentos, para cuya seguridad me ha dado en rehenes sus dos hijos. Si no puede desempeñar su fe de otra manera, dile que venga á España á presentarse como prisionero. Dile tambien que sin duda su embajador Calvimont no le ha dicho ciertas espresiones que le envié á decir por medio suyo hace dos años; porque sin duda es demasiado buen caballero para dejarlas sin respuesta.»

Cuando el embajador de España en Paris salió para Madrid, el rey le mandó presentarse en la gran sala de palacio, donde estaba reunida toda la nobleza de su corte. Allí protestó Francisco I, que Calvimont no le habia dicho las espresiones que citaba el emperador. «Pero estos desafíos, añadió en tono animado, no se hacen nunca de palabra, sino por escrito:» y añadiendo el ejemplo á la observacion, leyó un cartel, cuya sustancia era esta: «si el emperador dice de mí, que por estar libre, ó por otro motivo, he hecho antes ó despues alguna cosa que no deba hacer un caballero amante de su honor, yo le desmiento; y le digo, que

en lugar de disculpas y escusas, me asegure el campo, y me presentaré armado en él.» El emperador envió por respuesta un rey de armas con órden de leer un largo escrito, que el rey no quiso oir, y acusó á Cárlos de cobarde en sus desafíos, porque en vez de señalar lugar y tiempo para el duelo, se contentaba con enviarle un manifiesto.

El teatro de la guerra fue en esta campaña el reino de Nápoles; porque el pueblo inglés, por no perder las ganancias que le proporcionaba el comercio con Flandes, manifestó sumo descontento de que su rey Enrique llevase la guerra á este pais, como habia prometido á Francisco; y así ambos monarcas se vieron obligados á aceptar una tregua que les propuso Margarita, hermana del emperador, y gobernadora de los Paises-bajos.

El ejército con que Lautrec penetró en la Italia meridional, era de 30.000 hombres: al mismo tiempo debia atacar á Sicilia la escuadra de Andres Doria. Lautrec atravesó el Abruzo, ocupó la Capitanata, pais abundante en rebaños de que tenia suma necesidad, obligó á los españoles, inferiores en número, á encerrarse en las plazas de Manfredonia, Gaeta y Nápoles, y puso sitio á esta capital, que esperaba reducir por hambre, porque Doria la bloqueaba por mar. Pero el almirante genovés se pasó entonces al partido del emperador que le prometia la independencia de su patria, y Lautrec perdió la esperanza de tomar á Nápoles.

Su ejército, disminuido por enfermedades contagiosas, no era reforzado con nuevas tropas. Lautrec murió de la epidemia con gran número de los caballeros distinguidos que militaban bajo sus banderas; y Miguel Antonio, marques de Saluces, hijo del que fue derrotado junto al Garellano, que sucedió en el mando del ejército frances, se retiró á Aversa, donde le sitió Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, sucesor de Borbon en el mando de las tropas españolas.

Aversa capituló á los tres dias: los franceses perdieron artillería, banderas y bagages, y toda la oficialidad, que quedó prisionera: solo se permitió retirarse á los soldados. El marques de Saluces, herido gravemente en la rodilla, sobrevivió poco á su ignominia; y del brillante ejército de Lautrec solo volvieron 5.000 hombres á Francia. El célebre Pedro Navarro, que hecho prisionero en la pérdida de Génova, se rescató, volvió á caer en poder de los españoles, fue encerrado en el castillo del Ovo, y murió en la prision.

Concluida la campaña de Nápoles, fue Doria á su patria, encerró en el castillo á Teodoro Tribulcio, que mandaba en Génova por Francisco, llamó los conciudadanos á la independencia, y les dió una constitucion que ha durado hasta la revolucion de Francia. Tribulcio, privado de víveres, entregó el castillo, capitulando los honores de la guerra.

Batalla de Landriano: paz de Cam-

bray (1529). El conde de san Pol que mandaba un nuevo ejército frances en Lombardía, se puso en marcha para socorrer á Tribulcio: pero Antonio de Leiva, gobernador de Milan, mal observado por los venecianos, le alcanzó de noche en Landriano, pueblo situado en la mitad del camino de Milan á Pavía; y en el paso de un riachuelo, que habia salido repentinamente de madre, le dió una terrible rota, sorprendiéndole separado de su vanguardia, la cual habia pasado por un vado el dia antes, cuando las aguas no estaban aun acrecentadas. El conde quedó prisionero. Su vanguardia llegó á Pavía, supo alli la derrota del ejército, se desmandó, y volvió como pudo á Francia.

No quedando ya un frances en Italia, se disolvió por sí misma la santa liga; y Cárlos V, árbitro de la península, dictó la ley á todos sus potentados y repúblicas. Francisco I, destruidos sus ejércitos y exhausto su erario, hizo la paz con su rival, llamada de Cambray, porque en esta ciudad se reunieron Margarita de Austria y Luisa de Saboya, que fueron los plenipotenciarios.

Un historiador frances compara esta paz á un balance de comercio pagado por la Francia. En efecto, por el rescate de los príncipes debian pagarse dos millones de escudos de oro del sol, de los cuales un millon y 200.000 se entregarian en el momento de quedar libres los rehenes: otros 300.000 habian de darse al rey de Inglaterra en pago de un crédito que tenia

contra el de España; y los restantes 500.000 habian de convertirse en renta al 5 por 100, hipotecada sobre los dominios del duque de Vendoma en los Paises-bajos; y esto, por reconocimiento de que el emperador consentia en no exigir por entonces el ducado de Borgoña, el Auxerrés, el Maconés y otros territorios, sobre los cuales conservaria sus derechos y pretensiones para hacerlos valer por la via amigable de la justicia. Francisco se obligaba tambien á dar 30.000 escudos mensuales al emperador para hacer guerra á los venecianos, mientras no le restituyesen algunas plazas marítimas de Pulla, de que se habian apoderado. Francia renunciaba á la soberanía de Flandes y Artóis, que desde entonces quedaron desmembrados de la monarquía: evacuaban los franceses los pueblos que estuviesen por ellos en el ducado de Milan y en el reino de Nápoles: Francisco prometia no hacer alianza ni entablar negociacion en Italia ni Alemania en perjuicio del emperador. En fin, los herederos de Borbon debian ser restablecidos en los dominios de su padre; pero esta cláusula no se ejecutó nunca enteramente.

Leonor, hermana de Cárlos, vino á Francia con los hijos del rey. Sus bodas con Francisco se celebraron casi sin ninguna ceremonia en un pueblo pequeño, dos leguas distante de Mont-de-Marsan, y esta princesa vivió en su nuevo trono tan feliz como puede serlo una esposa tratada con respeto é indiferencia.

El emperador, árbitro de Italia por el tratado de Cambray, solo le faltaba serlo de Alemania, donde la heregía de Lutero dividia la iglesia, y la liga de los príncipes luteranos, firmada en Esmalcalda, para defenderse contra los católicos, dividia el estado. Francisco, aunque le estaba prohibido por el tratado de Cambray entrar en alianzas con los contrarios del emperador, sin embargo, aceptando el título que los príncipes coligados le dieron, de defensor de la libertad germánica, prometió auxiliar á la liga con dinero, ya que no con tropas. En este tiempo se mostraba el rey mas afecto á los reformadores que despues, bien por complacer á sus aliados de Alemania, bien porque no conociendo todavía el objeto y consecuencias de la reforma, favorecia en los nuevos dogmatizantes los conocimientos literarios que poseian, y á los cuales tenia él mismo grande inclinacion: de donde provino el título de *padre de las letras*, que le ha conservado la historia. Por esta razon, en el colegio real que fundó, puso como profesores á muchos literatos inficionados de las heregías de los sectarios.

En 1532 quedó definitivamente agregado á la corona el ducado de Bretaña, á pesar del contrato matrimonial de la duquesa Ana y de Luis XII: el rey de Inglaterra opuso algunas dificultades, pero no invencibles, porque entonces estaba muy unido con Francisco, tanto por los celos comunes de ambos contra el poder del emperador, como porque Enrique se

habia divorciado de su esposa Catalina, hija de Fernando el católico, y tia de Cárlos V, por casarse con Ana Bolena, y para evitar el resentimiento del monarca mas poderoso de Europa, queria ligarse íntimamente con el rey de Francia.

En este tiempo Cárlos V arrojó del Austria á los turcos, que habian puesto sitio á Viena, y su almirante Doria amenazaba las playas del Helesponto. Enrique y Francisco, porque no se les acusase de connivencia con los enemigos del nombre cristiano, proclamaron con mucha pompa una liga contra los otomanos, cuyo único efecto fue las contribuciones que el rey de Francia echó sobre su clero, y en compensacion de ellas los relevó en gran parte de las que pagaban á la corte de Roma. El papa Clemente VII no podia oponer grandes obstáculos á esta infraccion del concordato, por temor de que el rey de Francia, imitando el ejemplo de Enrique VIII, negase la obediencia á la santa Sede.

Conferencia de Marsella (1533). Francisco I, deseoso de volver á renovar en Italia las alianzas que tan funestas le habian sido, convidó á una conferencia al papa Clemente VII, siempre exasperado contra el emperador, y enemigo de su dominacion en la península. En esta entrevista se trató de reconciliar á Enrique VIII con la Iglesia: pero la santa Sede, que habia cedido en Francia en cuanto á sus intereses pecuniarios, no cedió un punto en cuanto á los de la moral, ni se prestó á sancio-

nar con su aprobacion el concubinato y el adulterio. En cuanto á los negocios políticos encontró el rey al papa mas flexible, y para consolidar su mútua union, casó á Enrique, su hijo segundo, con Catalina de Médicis, sobrina de Clemente VII. Al mismo tiempo continuaba sus negociaciones con la liga de Esmalcalda; y para acallar el escrúpulo de que violaba el tratado de Cambray, adquirió por venta, simulada ó verdadera, el condado de Montbeliard, perteneciente á uno de los príncipes coligados, y dió á buena cuenta 20.000 escudos, que entraron en las arcas de la liga.

El emperador habia dado á Francisco Esforcia la investidura del ducado de Milan; pero el duque, que deseaba ser soberano y no depender de la voluntad de Cárlos, mantenia inteligencias secretas con el rey de Francia por medio de Merveille, caballero milanés. Este, orgulloso por estar empleado en una negociacion tan importante, no supo disimular. Cárlos V, informado de la intriga, no hizo sin embargo otra demostracion que manifestar á Esforcia en sus cartas desagrado y frialdad. Esforcia tembló, y recurrió al arbitrio de las almas bajas. Hizo que se suscitase una pendencia entre los criados de Merveille y un caballero vecino: resultó de la riña un muerto; y Merveille, que habia acudido al estruendo de las armas, fue preso, sentenciado por homicida, y degollado de noche en la prision. Francisco I, que miraba al infeliz Merveille como emba-

jador suyo, denunció este acto á toda la Europa como una violacion del derecho de gentes.

Casi al mismo tiempo se consumó el cisma de Inglaterra. Roma fulminó escomunion contra Enrique VIII, el cual se proclamó gefe de la iglesia anglicana, y exhortó á Francisco I á que imitase su ejemplo; pero el rey de Francia le respondió estas palabras: *amigo hasta el altar*. La propagacion de las nuevas heregías en Francia fue mas pronta y estensa de lo que habia previsto el rey. Calvino, francés de nacimiento, habia adquirido por sus escritos, que tuvo la osadía de dedicar al monarca, numerosos prosélitos en todas las clases. Cada dia se publicaban nuevos libros que atacaban los dogmas de la Iglesia católica y ridiculizaban su culto. Muchos de estos opúsculos eran sátiras que divirtiendo á los cortesanos y á las damas, preparaban los ánimos á la heregía. Margarita, hermana del rey, que habiendo enviudado del duque de Alenzon, casó con Enrique de Albret, rey de Navarra, hablaba y escribia con suma libertad, favorecia á los sectarios, dándoles las dignidades eclesiásticas vacantes y confiándoles con preferencia la educacion en sus dominios, en los cuales se cometieron las primeras infracciones públicas contra las prácticas de la Iglesia. El rey, aunque la amaba mucho, la reprehendió varias veces por esto: pero en vez de enmendarse, propuso á su hermano que oyese á Teodoro Beza, el mas elocuente de los discípulos de Calvino. Francisco, aconsejado por

el cardenal de Tournois, no quiso esponerse á ser seducido.

Este príncipe opuso al atractivo de la novedad el rigor de las leyes: confirmó las que ya existian contra los sacramentarios, promulgó otras nuevas, desterró de su presencia á los cortesanos adictos á las nuevas doctrinas, y dió un testimonio público de su religion, asistiendo en Blois á una procesion de desagravios por un impreso blasfematorio contra el sacrificio de la misa, fijado de noche en todas las iglesias de aquella ciudad, y recomendando en una oracion que hizo á todos los asistentes despues de la ceremonia, que confirmasen ilesa la fe católica. Seis de los autores del escándalo fueron presos, y entregados á las llamas por no haber querido abjurar sus errores; y en toda Francia se repitieron los mismos suplicios contra los sectarios.

Los confederados de Esmalcalda se quejaron á Francisco de este rigor; y el rey se disculpó diciéndoles, que «los calvinistas eran tan contrarios al luteranismo de Alemania, como á la religion católica; pues destruian los altares, arrojaban á Jesucristo de los templos, y demolian la Iglesia en vez de reformarla.» En efecto, los luteranos conservaban el dogma de la presencia real en el santísimo Sacramento, las ceremonias litúrgicas, y la gerarquía eclesiástica, y otras muchas prácticas, desterradas del calvinismo. Pero todos los sectarios estaban unidos entre sí, no tanto por la identidad de su culto

y creencia, como por su odio comun á la autoridad de la Iglesia.

En este tiempo recibió Francisco I y escuchó favorablemente á un embajador de Soliman II, sultan de Constantinopla, que estaba en guerra con el emperador, y venia á ofrecerle alianza. Esto causó grande escándalo en la cristiandad: pero el rey de Francia se disculpó alegando que Soliman no hacia guerra á Cárlos V en odio del nombre cristiano, sino para defender sus posesiones en Hungría: como si el bárbaro no hubiese adquirido estas posesiones invadiendo en nombre de la religion de Mahoma las provincias del Danubio.

Nueva guerra con el emperador: campaña de Provenza (1536). Cuando Cárlos V volvia á Italia victorioso de la célebre espedicion de Túnez, Francisco I, que por no adquirir mala reputacion entre los príncipes cristianos, se habia abstenido de mover sus armas contra él mientras peleaba con los infieles, acometió á Cárlos, duque de Saboya, cuñado y amigo del emperador, y hermano de Luisa, la madre del rey, socolor de reclamar los condados de Niza y de Piamonte que alegaba pertenecer á Luisa; y conquistó en poco tiempo toda la Saboya. El objeto de Francisco era apoderarse de Milan, cuyo duque Francisco Esforcia acababa de fallecer, antes que Cárlos tuviese tiempo para enviar á Lombardía su ejército; pues entonces no tenia en aquella provincia mas que un pequeño cuerpo de tropas mandadas por Antonio

de Leiva, general tan hábil como profundo estadista. Entretanto Cárlos seguia con el rey de Francia una negociacion, para ganar tiempo, dándole esperanzas de que concederia la investidura del ducado de Milan á uno de sus hijos. Francisco, seducido por esta esperanza, aunque ya se habia apoderado de Turin y de una parte del Piamonte, envió órden á su general Claudio Anebaldo de suspender las operaciones militares.

Habia entre los ejércitos español y frances un pequeño rio. Anebaldo, segun sus instrucciones, prometió no pasarlo: Leiva juró lo mismo por su parte, y se aprovechó de esta especie de armisticio para reunir las tropas imperiales diseminadas en toda Italia, y formar un ejército, igual por lo menos al de los franceses. Cuando el emperador se vió en estado de tomar la ofensiva, declaró la guerra á Francia. Hallábase entonces en Roma, y en pleno consistorio pronunció un discurso, en que enumeró todas las quejas que tenia de Francisco I, y trató de justificar la necesidad en que se hallaba de moverle guerra. Los embajadores franceses se dieron por agraviados de algunas espresiones injuriosas á su rey que contenia el discurso del emperador. Este, en otra segunda alocucion, modificó y disculpó aquellas espresiones. Uno de los embajadores de Francisco, al tiempo de salir del consistorio, detuvo al emperador y le dijo: «¿Cómo podré libertarme del enojo del rey, á quien he enviado á decir

de parte de V. M. que daria al duque de Orleans la investidura del Milanesado?» «Es verdad que lo prometí, replicó el emperador, pero bajo condiciones que no se han cumplido.» Y pocos dias despues salió de Roma para ponerse al frente de su ejército en Lombardía.

Este se componia de 50.000 infantes de las tres naciones italiana, alemana y española, y mas de 30.000 de caballería. Mandábalo Antonio de Leiva, á quien el emperador estimaba mucho. El objeto de Cárlos en esta espedicion era nada menos que la conquista de Francia, empezando por la Provenza, sobre la cual alegaba derechos de dos diferentes especies: una como emperador, porque la Provenza habia pertenecido en otro tiempo al imperio: otra como representante de Alonso V el magnánimo, rey de Aragon é hijo adoptivo de Juana II, reina de Nápoles y condesa de Provenza.

Francisco por su parte procuró oponerle una barrera invencible. Fortificó á Turin, Coni y Fossano, con el fin de entretener algun tiempo en el Piamonte al enemigo, y atacarle despues, cuando sus fuerzas estuviesen quebrantadas por las pérdidas y trabajos de los sitios. Pero confió la ejecucion de su plan y el gobierno del Piamonte á Francisco, hermano y heredero de Miguel Antonio, marques de Saluces: el cual, deseoso de adquirir el favor del emperador, ó temiendo perder su marquesado, se ladeó á la parte donde le parecia que

habia mas poder y fortuna; y al acercarse Leiva, se pasó á su ejército, y le entregó el estado de los hombres y víveres que habia en las plazas.

Leiva, que tenia ya datos para calcular cuántos dias podria resistir cada fortaleza, puso sitio á Fossano; pero el marques de Montpezat, su gobernador, la defendió mas tiempo de lo que se esperaba, y se sostuvo los 30 dias que le pidió Francisco I, cuando supo la traicion del de Saluces. La amenaza que hizo á los españoles de sepultarse bajo las ruinas de la plaza, y la amistad que profesaba Antonio de Leiva á un caballero frances que servia en la guarnicion, llamado La Roche du Maine, hizo que en la capitulacion conservase Montpezat la plaza seis dias mas, manteniéndose este tiempo con los víveres de los sitiadores, porque los suyos habian ya dado fin. Roche du Maine pasó al campo del emperador en calidad de rehen.

Carlos V gustaba de sus dichos prontos y agudos. Un dia le dijo: «me es preciso hacer una visita á mis vasallos de Provenza.» «Muy rebeldes los hallareis, señor,» le replicó La Roche. En otra ocasion, habiéndole preguntado el emperador «cuántas jornadas habia hasta París,» le respondió: «si por jornadas entiende V. M. las batallas, mas de doce, á no ser que vuestro ejército quede derrotado desde la primera.»

Obligado Francisco por la defeccion del

marques á alterar su plan de defensa, dejó en Picardía al duque de Vendoma para oponerse á los flamencos, con órden de no arriesgar ninguna accion decisiva, y él mismo con casi todas sus fuerzas marchó al mediodia. Fue su primer intento esperar á Cárlos al pie de los Alpes; pero reflexionandc cuán peligroso seria arriesgar una batalla contra un ejército aguerrido, por el entusiasmo que le daria la primer victoria, tuvo por mas conveniente dejarle libre la entrada, y arruinarlo con frecuentes combates y privándole de víveres.

A este fin tomó la providencia segura, pero funesta, de arruinar toda la provincia desde los Alpes hasta el Durance. Puso su ejército detras de este rio: Montmorency con un cuerpo numeroso de tropas ocupó á Aviñon, y el rey se apostó en Valencia del Ródano con las demas. De estos puntos salieron destacamentos que convirtieron en un desierto espantoso la baja Provenza. Bonneval, que mandaba uno de estos cuerpos, se distinguió por la rigidez cruel con que ejecutaba las órdenes. Hizo llevar á las ciudades capaces de resistencia todas las provisiones y muebles: lo demas fue destruido sin conmiseracion. Cegaronse los pozos y fuentes, derribaronse los molinos: púsose fuego á las casas y aldeas; y dos villas pequeñas que se atrevieron á oponerse á su sistema de devastacion, fueron saqueadas con la mayor crueldad. Los comandantes de otros destacamentos obligaban á los habitantes á rescatar de las llamas

sus propios efectos, mediante ciertas sumas, y *se aplicaron mas bien*, dice un historiador, *á vaciar las bolsas que las troges.*

En este tiempo falleció de una enfermedad aguda el delfin Francisco, hijo mayor del rey, viniendo de camino para reunirse con su padre en el campamento de Valencia. Creyóse que habia muerto de veneno, dado, segun unos, por Catalina de Médicis, muger de su hermano Enrique, que le sucedió en el título de delfin: segun otros, de órden de Antonio de Leiva, general del emperador. Ambas acusaciones eran absurdas, y mucho mas la segunda: pues no podia suponerse á aquel capitan español ni á su gobierno ningun motivo de interes en la muerte del príncipe.

Recayeron las sospechas del envenenamiento en un conde italiano, llamado Sebastian de Montecuculi, que era copero del difunto delfin. A fuerza de tormentos se le arrancó una confesion, en que decia haber sido instigado á cometer el crímen por Antonio de Leiva, y Fernando de Gonzaga, generales del emperador. Sufrió el último suplicio, y no se volvió á hablar de él; pero lo cierto es que el mal de que murió el delfin, le acometió en Tournon de resultas de beber un vaso de agua fria despues de haberse acalorado mucho jugando á la pelota; y que su temperamento estaba muy debilitado por los escesos á que se entregaba.

El rey, cuando se le presentó el nuevo delfin, despues de aconsejarle que imitase el valor

y la docilidad de su hermano, le dijo: «yo no le olvidaré nunca: procura que tus virtudes me lo recuerden.» Enrique le pidió permiso para hacer sus primeras armas en Provenza contra el emperador: Francisco I se lo concedió, y entrambos partieron á Aviñon, porque los imperiales echaron voz de que iban á sitiarla.

Pero esta falsa noticia solo servia para encubrir su retirada que ya era forzosa. Despues de haber recorrido la Provenza sin encontrar enemigos ni víveres, pusieron sitio á Marsella, defendida por la valiente guarnicion de Fossano: pero no tenian dinero ni que comer. Un gran convoy, que esperaban de Tolon, cayó en manos de las partidas enemigas. Otro, que les trajo por mar Andres Doria, les sirvió para emprender su retirada á Italia, que fue una verdadera derrota. El soldado, víctima de las enfermedades epidémicas y de las privaciones, y acometido á cada paso por los aldeanos armados, que no daban cuartel, tiraba las armas para huir con mas desembarazo. La pérdida del emperador fue inmensa; y las reliquias de su brillante ejército llegaron á Génova en el estado mas deplorable.

Por la frontera de Picardía pusieron los flamencos sitio á Perona, defendida por Roberto de la Mark, mariscal de Fleuranges. Enrique, conde de Nassau, lugar-teniente del emperador en aquella parte, empleó todos los recursos del arte contra la plaza. Despues de haber hecho saltar con las minas varias torres,

entre ellas la célebre en que estuvieron presos Cárlos el simple y Luis XI, dió muchos asaltos que fueron repelidos con suma intrepidez. Despues de uno de ellos, supo que el duque de Vendoma llegaba con fuerzas superiores, destacado del ejército de Provenza, en socorro de la plaza. Nassau mandó acercar de nuevo las escalas al muro, como si hubiese de dar un nuevo asalto por la noche, y á favor de la oscuridad levantó el sitio y se volvió á la frontera.

Entretanto Cárlos V se hallaba en Génova, perdida gran parte de su ejército y el famoso general Leiva, que falleció de enfermedad durante la espedicion de Provenza. Hubo entonces una conspiracion para sublevar aquella ciudad, entre algunos de sus ciudadanos, varios capitanes franceses que mandaban en las diversas plazas del Piamonte, ocupadas aun por las tropas de Francisco, y las cuadrillas de soldados italianos de su faccion que vagaban por el Apenino de Génova. Esta empresa atrevida no se logró, porque un desertor de los conjurados descubrió el designio á los imperiales. Cárlos V se volvió á España, dejando por sucesor de Leiva al marques del Basto, hombre de gran capacidad en la guerra y en el consejo.

Entretanto celebró Francisco I en Paris las bodas de su hija la princesa Magdalena con Jacobo V, rey de Escocia: el cual, fiel á la alianza de su familia con Francia, habia asistido al

rey con un cuerpo auxiliar de 16.000 hombres, á cuya frente desembarcó en Dieppe, apenas supo que Cárlos V invadia sus estados.

En la campaña siguiente fueron infelices en Italia las armas de Francisco, dirigidas por Humieres. El marques del Basto le sorprendió, le venció, le obligó á volverse al delfinado, y le quitó todas las plazas que los franceses tenian en Piamonte, escepto Turin y Piñerol. Ni fueron mas felices las negociaciones del rey con los príncipes de Italia para moverle á declararse contra Cárlos V. Todos observaron la neutralidad, escepto los venecianos, que unieron sus tropas con las del emperador contra los franceses. Francisco, indignado de esta que llamaba defeccion, hizo alianza ofensiva y defensiva con Soliman, sultan de los turcos: el cual se obligó á invadir el reino de Nápoles, mientras los franceses acometian el Milanesado.

La irritacion hizo ademas al rey de Francia cometer una accion ridícula, cual fue celebrar una sesion real en el parlamento, en la cual fue acusado, citado y condenado por felonía Cárlos de Austria, en calidad de conde de Flandes y de Artois, por haber entrado á mano armada en los estados de su señor el rey de Francia. Cuando Cárlos supo que le citaban, dijo: «yo iré: pero tan bien acompañado que se arrepienta el rey de violar con tanta frecuencia los tratados de Madrid y de Cambray:» porque en uno y otro se habia estipulado la independencia de aquellos condados.

La guerra no se hizo con el ardor que manifestaban estas amenazas. El rey tomó á Hesdin en la frontera de Flandes, y algunas otras villas: los flamencos por su parte hicieron una incursion en Picardía; y poco despues, María, hermana del emperador y reina viuda de Hungría, gobernadora de los Paises-bajos, logró de Francia una tregua de tres mesès para los estados de Flandes. En el Piamonte forzó el mariscal de Montmorency el paso de Susa, defendido por 10.000 españoles, y se apoderó de algunas plazas. El rey llegó al ejército; y cuando se esperaba que haria la guerra con nuevo vigor, concluyó una tregua de tres meses como la de Flandes.

Tregua: entrevista de aguas muertas (1538). A esta tregua sucedió otra de seis meses. Soliman, que habia enviado un ejército á Dalmacia, y una escuadra á las aguas de Berbería, se retiró muy ofendido de la suspension de hostilidades. El pontífice se aprovechó de estas circunstancias para reconciliar á los dos rivales ofendidos y poderosos, que parece no debian presentarse uno á otro sino armados para pelear.

Paulo III no pudo conseguir por el pronto que se acercasen á celebrar una conferencia. Habiendo pasado á Niza, Cárlos y Francisco se detuvieron en las cercanías sin querer verse, porque no podian convenirse en una paz definitiva. Pero Paulo logró que hiciesen una tregua de 10 años, á condicion de que el Milane-

sado quedase en poder de los españoles, y las plazas de Saboya y Piamonte en poder de los franceses.

Entonces Cárlos V se embarcó en su armada para volver á España, y al pasar cerca de la isla de santa Margarita, abordó á ella, ó voluntariamente, ú obligado por los vientos contrarios, y envió á decir á Francisco, que estaba entonces en Aviñon, que tendria sumo placer en verle en Aguas-muertas. Esta entrevista se verificó, y en las conversaciones particulares que tuvieron los dos monarcas, manifestaron la mayor confianza y amistad: y aun no falta quien diga que Francisco llevó la imprudencia hasta el esceso de descubrir al emperador secretos pertenecientes á la liga de Esmalcalda y al rey de Inglaterra: cosa que parece increible.

Pero no es improbable, si se observa que al año siguiente declaró á Cárlos que los de Gante, que se habian rebelado, solicitaban la proteccion de Francia y le prometian volver á poner bajo su dominio todo el condado de Flandes. El emperador, seguro, como dice Mezeray, de manejar el ánimo del rey mas bien que los vientos y las olas, resolvió pasar por tierra á Gante á comprimir la rebelion. En este famoso viage corrió, á su tránsito por Paris, verdaderos peligros. Casi todos los consejeros de Francisco, escepto Montmorency, le exhortaron á que se aprovechase de la ocasion para obligar á Cárlos á cederle á Milan; y aunque el rey no se

apartó un punto de las máximas de la honradez caballerosa y del respeto á la hospitalidad, obligó sin embargo al emperador á entrar en esplicaciones acerca de Milan, de Flandes y de Navarra, y á hablar de varios proyectos de cesiones, que estaba resuelto á no verificar.

Cuando el emperador llegó á Bélgica y sometió á los ganteses, se volvieron á entablar las negociaciones, y Cárlos habló mas positivamente negándose á ceder el Milanesado. Francisco, indignado de ver sus esperanzas destruidas, desterró de su corte á Montmorency, que siempre le habia aconsejado terminar la cuestion de Lombardía por las negociaciones mas bien que por las armas: pero no atreviéndose entonces á declarar la guerra, disimuló. Desde esta época estuvo sujeto Francisco á frecuentes ataques de melancolía, y fue menos jovial y amable que antes en su trato doméstico.

Pero aunque se conservaban las apariencias de paz entre los dos príncipes, no por eso era menos activa la lid diplomática, procurando cada uno desconceptuar á su rival en las otras cortes, y ganarlas por aliadas. Cárlos V no ignoraba los tratos secretos de Francisco con la Puerta otomana, y aun con los venecianos; y deseaba conocer el misterio de la negociacion. Esto dió motivo á un suceso que irritó en sumo grado los ánimos de entrambos príncipes.

Antonio Rincon, español de nacimiento, pero que servia á Francisco y era su gentil hombre de cámara, y Cesar Fragoso, genovés,

atravesaban la Lombardía, enviados por el rey á Venecia y Constantinopla. Querian continuar su viage desde Turin embarcados por el Po. Guillermo du Bellay de Langey les aconsejó que no siguiesen aquel camino: mas nada consiguió, y hubo de contentarse con recogerles los papeles mas importantes. Apenas llegaron los enviados á la parte del Po, dominada por los españoles, fue atacado su buque por un destacamento de tropas del marques del Basto. Ellos se defendieron, y resultó un combate, en el cual quedaron muertos, y su equipage en poder de los españoles.

El rey se quejó altamente de esta injuria, y exigió satisfaccion; pero Cárlos V se disculpó diciendo que aquellos hombres no habian tomado ningun carácter público de embajadores al atravesar sus estados, y que recelando de ellos la autoridad, habia creido conveniente asegurarse de sus personas; en fin, que su muerte fue casual y producida por la resistencia que hicieron.

Renovacion de las hostilidades (1542). Tal era la situacion de los ánimos, cuando Cárlos V emprendió la espedicion de Argel, en la cual perdió por los vientos y las tempestades gran parte de su escuadra y ejército. Francisco, ó por no estar todavía preparado para la guerra, ó por no incurrir en el odio público de la cristiandad, se abstuvo de tomar las armas hasta que Cárlos volvió de Africa.

Entonces colocó un pequeño ejército en Pi-

cardía, bajo el mando de Antonio de Borbon, duque de Vendoma; y alistó otros dos mas considerables: el uno, á las órdenes del delfin, contra el Rosellon; y el otro, mandado por su hijo segundo Cárlos, duque de Orleans, para penetrar en el Luxemburgo. Al duque de Orleans le dirigia en el mando de su ejército Claudio de Lorena, duque de Guisa; y entre los oficiales que militaban bajo sus órdenes, se distinguian Francisco de Borbon, conde de Enghien, hermano de Antonio, duque de Vendoma: Francisco de Lorena, conde de Aumale, hijo mayor del duque de Guisa, y destinado á mas gloria y celebridad que su padre; y Gaspar de Coligny Chatillon, sobrino por su madre del condestable de Montmorency, amigo entonces del conde de Aumale, y despues su mas cruel enemigo.

El duque de Orleans, hallándose al frente de guerreros tan ilustres, hizo progresos rápidos, conquistó todo el ducado de Luxemburgo, y se apoderó de la capital; pero habiendo llegado á él la noticia de que iba á darse una batalla en el Rosellon, donde estaba su hermano el delfin, en vez de penetrar en los Paises-bajos, repartió su ejército en guarniciones, y tomó la posta para hallarse en una jornada que no se verificó.

El emperador, que á la sazon estaba en España, se mantuvo á la defensiva: hizo correr la voz de que iba á ponerse al frente de sus tropas; y Francisco I llegó hasta Mompeller,

para encontrarse con su rival en el combate. Pero viendo que Cárlos V no se presentaba, el delfin puso sitio á Perpiñan. Mas defendia esta plaza con su habilidad y pertinacia ordinaria el duque de Alba. Diéronse asaltos inútiles, las enfermedades de la estacion diezmaron el ejército sitiador, las lluvias de otoño comenzaron, y los franceses, temiendo que las aguas les interceptasen los caminos, levantaron el sitio, y se retiraron por orden del rey, con gran despecho del delfin, que cayó enfermo de pesadumbre de haber hecho una campaña tan poco gloriosa, cuando su hermano el duque de Orleans se habia distinguido tanto en el Luxemburgo. Estos dos príncipes no se querian bien; y en general habia muy poca union en la corte de un rey, que ya envegecia, y que tenia dama.

Se atribuye á la duquesa de Etampes el proceso del canciller Poyet, «cuya desgracia, dice Mezeray, vino de la antesala de las damas.» Poyet carecia de nacimiento ilustre y de proteccion; pero por su mérito y fama se habia elevado á la primera magistratura del reino. En el tiempo que gozaba del mayor crédito, ocurrió en su tribunal la célebre causa del almirante Chabot, marino intrépido, pero que habia enojado al rey por la osadía de sus espresiones arrogantes, y que habiendo caido en desgracia, dijo: «yo desafío á S. M. á que halle motivo para formarme causa.» El motivo se halló, la causa se formó, y aunque solo se le

pudieron justificar algunas leves exacciones cometidas sobre barcas de pescadores, se le condenó á privacion de empleos y oficios, y á degradacion. El canciller sirvió mucho en este proceso al resentimiento del rey. Francisco I, contento con haber humillado á su arrogante valido, le devolvió sus bienes y honores; pero Chabot murió de pesadumbre.

La duquesa de Etampes era parienta suya, y juró vengarse del canciller á la primera ocasion, que no tardó en presentarse. Como Poyet era firme y algunas veces poco mirado en el ejercicio de su empleo, despidió con alguna rudeza á un cortesano de la de Etampes, que se presentó á solicitar una gracia con letras patentes del rey, en las cuales el canciller reconoció alguna nulidad. La duquesa representó á Francisco esta repulsa como un desprecio de su autoridad: el débil monarca toma parte en el enojo de su dama, y manda prender al canciller, que fue arrestado en su cama, tratado con rigor indecente y conducido de la Bastilla á la Consergería para formarle causa. El rey dijo: «si solo es culpable de cien delitos, es mi voluntad que se le absuelva; porque no quiero que se diga que uso con él de justicia mas rigorosa que la de Dios que perdona hasta setenta y siete veces.» Mas no se le pudo hallar mas crimen que el proceso de Chabot, en el cual habia violentado el voto de los otros jueces con amenazas. Fue privado del empleo de canciller, declarado inhábil para obtener

ningun oficio real, y condenado á una multa de 100.000 libras. Despues que la hubo pagado, salió de prision, y volvió á ejercer la abogacía, que habia sido el principio de su carrera. Chabot y Poyet fueron escarmiento, el primero de los que afectan independencia con los príncipes, y el segundo de los que lisongean sus pasiones con demasiado servilismo.

La guerra habia durado 28 años con pequeñas interrupciones: Italia y Francia estaban inundadas de sangre: el mar se habia tragado hombres, navíos y riquezas. Los impuestos crecian siempre; porqùe, como dice Mezeray «cada contribucion produce otra, y no muere nunca.» Es verdad que el rey hizo libre la sal; pero echó un impuesto en las provincias que siempre habian sido exentas de gabela, para indemnizar al erario de la pérdida que le causaba aquella concesion. Los habitantes del Aunis, del Saintonge y del Poitou se negaron á pagar el suplemento y se sublevaron contra los perceptores: ejemplo que siguió la ciudad de Burdeos, y casi todas las del Garona y Dordoña, como tambien la Rochela. Fue preciso que el rey se presentase al frente de las tropas del ejército de Rosellon. Aparentó ser un monarca irritado, y obró como un padre indulgente. El perdon y alguna rebaja en la cuota del impuesto terminaron aquel movimiento, tanto mas amenazador, cuanto se dirigia contra el lujo de la corte, de los validos y de las mancebas del rey.

La campaña de 1543 comenzó por los manifiestos que segun la costumbre de aquella edad enviaron los dos monarcas beligerantes á la corte del sumo Pontífice. Cárlos acusó á Francisco por su alianza con el turco y por la ocupacion injusta de Saboya: Francisco á su vez reprehendia en el emperador la supremacía que afectaba en Italia, la detencion del Milanesado y la tiranía con que habia tratado á la santa Sede en la persona de Clemente VII. Despues de estos manifiestos hizo el emperador la guerra á Guillermo, duque de Cleves y de Juliers, aliado de Francia y desposado con Juana de Albret, hija de Margarita, hermana de Francisco y reina de Navarra.

Guillermo no obtuvo de esta alianza sino socorros muy pequeños, y que llegaron tarde. Perdió todos sus estados, y hubo de someterse á Cárlos V, que le dejó los señoríos de Cleves y de Juliers, aunque le quitó los de Gueldres y de Zutphen, sobre los cuales se habia movido la guerra. Francisco, apenas le vió reconciliado con el emperador, desbarató el casamiento proyectado con su sobrina Juana, y la dió en matrimonio á Antonio de Borbon, duque de Vendoma, que llegó á ser por esta union rey de Navarra y padre de Enrique IV.

Las playas del Piamonte vieron en esta campaña reunidas por la primera vez las lises de Francia y las medias lunas otomanas, sitiando á Niza, última plaza que quedaba al duque de Saboya, de sus estados. El conde de Enghien,

al frente de las tropas francesas, la acometió por tierra, mientras la escuadra turca, mandada por el célebre corsario Barbaroja, rey de Argel, la bloqueaba por mar. La ciudad se tomó con facilidad; pero el castillo, situado en la cima de una roca, inaccesible al cañon y á la mina, resistió tan intrépidamente, que dió tiempo al marqués del Basto y á Andrés Doria á acudir en su socorro. El almirante otomano se quejó de que los franceses pensaban mas en «tener buenos vinos, que en hacer provision de pólvora:» en efecto, en una ocasion tuvieron la necedad de pedirle municiones. Abandonó, pues, el sitio, y fue á devastar las costas de Cataluña, Valencia y Calabria. Los estragos que causó á la cristiandad, mancharon el nombre francés, y fueron atribuidos á la alianza monstruosa de la nacion cristianísima con los mahometanos. Francisco I se indemnizó del revés que sufrieron sus armas delante de Niza, ocupando segunda vez el ducado de Luxemburgo, que conquistado en la campaña anterior, como ya hemos dicho, por el duque de Orleans, se habia vuelto á perder, y proclamándose señor de aquel territorio, ilustre por haber sido solar de una familia de emperadores.

Batalla de Cerisoles: tratado de Crespy (1544). Entretanto el emperador renovaba su antigua alianza con Enrique VIII, rey de Inglaterra, olvidando por los intereses políticos la injuria del divorcio de su tia Catalina de

Aragon. El inglés estaba irritado contra Francisco I por la alianza de este monarca con Jacobo V, rey de Escocia. Este príncipe, que habia casado con Magdalena, hija del rey de Francia, despues de la muerte de esta pasó á segundas nupcias con una princesa de la familia de Lorena; y de ella tuvo á la sin ventura María Estuarda, que le sucedió poco despues en edad muy tierna. Inglaterra queria tener el manejo esclusivo de los negocios de Escocia, porque miraba aquel reino como feudo suyo: Francisco, como pariente de la reina, no queria perder el influjo que le pertenecia por esta razon y por la antiquísima alianza de sus antecesores con aquel reino: de modo que estas pretensiones obligaron á Enrique á volver á la alianza de Cárlos V, que le prometia auxiliarle en su vasto y gigantesco designio de conquistar á Francia. Enrique debia desembarcar en Calés y apoderarse de Picardía y Normandía: mientras Cárlos, penetrando por Champaña hasta Paris, se reuniria con el inglés, y harian juntos el repartimiento de las conquistas.

La victoria de Cerisoles, que los franceses consiguieron en Italia al principio de la primavera, alteró estas disposiciones belicosas. Francisco de Borbon, conde de Enghien, de edad entonces de 25 años, habia sucedido en el mando del ejército del Piamonte al anciano Boutieres, discípulo y pariente de Bayard, y capitan hábil y valiente; pero que habia tomado por regla de conducta no separarse en nada de

las instrucciones de la corte. El jóven príncipe habia vuelto á emprender el sitio de Cariñan, abandonado por su predecesor; y estaba ya para rendir la plaza, cuando supo que el marqués del Basto marchaba con un ejército, superior en 10.000 hombres al francés, en socorro de la ciudad. Si rehusaba el combate, era preciso volver á pasar los Alpes, perder el fruto de todo lo hecho hasta entonces, abandonar todas las plazas del Piamonte que estaban mal provistas, y sacar de ellas las guarniciones para no perderlas. Al contrario, si peleaba, podia vencer; y aunque fuese vencido, venderia caramente la victoria, y le quedarian fuerzas para quitar al enemigo mucha parte de las ventajas del triunfo.

Poseido de estas ideas, despachó á la corte á Blas de Montluc, á pedir permiso para dar batalla. El rey dió licencia á Montluc para asistir al consejo, en el cual se hallaron el conde de San Pol, el almirante de Annebaud y Galiot de Genouillac. Todos convenian en cuán peligroso era dar una batalla y perderla, cuando el reino estaba amenazado por las fuerzas de Inglaterra y del imperio en el norte. Montluc se agitaba, deseoso de hablar: lo que al principio se le habia negado; pero el rey quiso oirle antes de tomar una resolucion definitiva. Entonces describió con calor el escelente espíritu del ejército, la habilidad de los capitanes, el entusiasmo de las tropas, la desesperacion en que caerian los soldados si veian

que se desconfiaba de su valor, y la consternacion que causaria una retirada semejante á una derrota. A este cuadro opuso el de la victoria; y transportado por su imaginacion al campo de batalla, habló con tanta conviccion, que á todos aquellos guerreros antiguos inspiró su denuedo. El rey miraba con ojos inquietos al conde de San Pol. «¿Y qué, señor, le dijo el conde, haceis caso de ese loco, que solo piensa en batallas y no reflexiona en las consecuencias?» «Por mi fe de caballero, replicó el rey, que dice cosas dignas de atencion. ¿Cuál es el dictámen del almirante?» «Yo conozco muy bien, dice Annebaut, el ejército del Piamonte, que he tenido el honor de mandar; y si V. M. les permite que peleen, lo harán capitanes y soldados como hombres de valor. ¿Vencerán ó no? solo Dios puede saberlo. Invocadle, y haced lo que os inspira.»

El rey, despues de una breve oracion, se quedó suspenso un rato, y esclamó repentinamente: «¡que peleen!» Despues se levantó y dijo á Montluc: «amigo, muchas memorias á mi primo de Enghien. Refiérele lo que has oido, y manifiesta á todo el ejército cuánta es mi confianza en él, cuando le permito arriesgar tanto.» «Loco, dijo el conde de San Pol á Montluc, tú serás causa de la mayor felicidad ó desventura de la Francia.» «Yo espero, replicó Montluc, que la primer noticia que tendreis, es que hemos destrozado al enemigo, y nos lo hemos comido, si queremos.» Al salir

de palacio iba gritando: «batalla, batalla: el que quiera hallarse en el banquete, que no ande despacio.» Siguiéronle todos los jóvenes de la corte y otros muchos caballeros hasta el número de mil, entre ellos el anciano Boutieres, á quien el conde de Enghien, en premio de la nobleza de su proceder, dió el mando del ala derecha.

Los dos ejércitos se encontraron en una llanura cercana á Cerisoles. La batalla fue muy sangrienta: los dos generales se creyeron alternativamente vencedores y vencidos. Al fin los franceses triunfaron; pero no sin haber sufrido grandes pérdidas: porque su infantería, derrotada por la española, no pudo volver á reponerse hasta que la caballería francesa, que peleaba con el valor de la desesperacion, hubo obligado al enemigo, ya casi victorioso, á evacuar el campo de batalla y retirarse en buen órden. El marques del Basto siguió este movimiento, despues de haber recibido una herida grave. No se sabe por qué no entró en accion un cuerpo de tropas italianas que servia en el ejército imperial. La pérdida de este fue de mas de 12.000 hombres heridos ó prisioneros. El botin fue considerable, porque habia muchos grandes señores alemanes, italianos y españoles que servian á sueldo del emperador, y que segun la costumbre del siglo traian á la guerra equipages magníficos. Cogieron tambien los franceses un gran número de carros de víveres y municiones, destinados al abastecimiento de

Cariñan. Esta plaza se rindió despues de la victoria, porque no habia en ella ni un grano de trigo.

Por mas decisiva que pareciese la jornada de Cerisoles, no tuvo resultado alguno. El general estaba sin dinero, y ademas se le quitó una parte de las tropas para llevarlas al norte de Francia, atacado mas pronto de lo que se habia creido. El emperador y el rey de Inglaterra se pusieron en campaña antes de la recoleccion de las mieses: lo que no se esperaba, porque asi se esponian á carecer de víveres. Entraron en Francia, segun lo tenian concertado: pero dirigido cada uno por su interés propio, en lugar de marchar rápidamente sobre Paris, se detuvieron á sitiar las ciudades que mas les convenian.

La mayor parte de ellas estaban desguarnecidas y sin fortificar; porque los asentistas no se apresuraban mucho á convertir en víveres y municiones el dinero que recibian para ello, y creian, como el rey, que los enemígos no se presentarian hasta fines de agosto, en cuya época podrian comprar los granos la mitad mas baratos. El consejo del rey, por otra especulacion de economía mal entendida, no alistó los suizos, grisones y tudescos, que debian ascender á 22.000 hombres, hasta mediados de julio, para ahorrar su sueldo: de modo que cuando el rey supo los progresos del enemigo, tuvo que llamar 10.000 gendarmas y otros tantos caballos ligeros de las

tropas de Italia, que sirviesen como de núcleo para formar un buen ejército.

Entretanto el emperador, despues de atravesar la Lorena, penetraba rápidamente en Champaña. Algunas plazas que debian oponerle mucha resistencia, le abrian sus puertas, ó sorprendidas ó mal defendidas. De San Dizier se apoderó con un ardid: habiendo caido en sus manos la cifra del duque de Guisa, hizo escribir una carta al conde de Sancerre, gobernador de la plaza, encargándole que conservase á cualquier precio su valerosa guarnicion; y Sancerre engañado admitió una capitulacion honorífica. Asi se hizo Cárlos dueño de una plaza que pudo haberle detenido mucho tiempo.

Despues adelantó sin obstáculo, pasó de Chalons, costeó el Marne, y escribió á su aliado el rey de Inglaterra que viniese á reunírsele en Paris. Enrique, que sitiaba entonces á Boloña y á Montreuil, le respondió, que «él tambien queria tomar plazas en Francia.» Mientras Francisco formaba su ejército al sur de Paris, Cárlos seguia tranquilamente el curso del Marne por la parte de la Brie, pais de donde sacaba sus víveres; pero como sus tropas destruian mas de lo que llevaban á sus reales, este recurso se agotó en breve; y asi prestó oidos á las pláticas de paz que se trataban entonces por medio de dos religiosos dominicos, uno francés, confesor de Francisco I, y otro español, de la familia de Guzman, que concluia entonces su carrera de teología en la uni-

versidad de Paris. La condicion esencial de la paz era que Cárlos, duque de Orleans, casase con una hija del emperador, recibiendo en dote los Paises-bajos, ó con una sobrina, hija de Fernando de Austria, en cuyo caso se le daria la investidura del ducado de Milan.

Esta negociacion tenia en la corte de Paris quien la favoreciese y quien la impugnase. Diana, duquesa de Poitiers y dama del delfin Enrique, alentada por el orgullo juvenil de su amante, queria que se prosiguiese la guerra; pero la duquesa de Etampes, dama del rey, cuyo crédito disminuia en la corte á proporcion que Francisco envegecia, temiendo en el caso de su muerte ser maltratada y perseguida por Diana que la aborrecia, favoreció con todas sus fuerzas el convenio, del cual resultaria un estado para el duque de Orleans: porque esperaba tener en su corte un asilo en caso de desgracia.

Cárlos V se aprovechó hábilmente de la buena voluntad de la duquesa de Etampes para tener víveres que le iban faltando; y las plazas de Epernay y de Chateau Tierry, que el delfin debia abandonar, destruyendo las provisiones que no pudiese sacar de ellas, cayeron en poder de Cárlos con sus almacenes casi enteros, por los cuidados de aquella dama. El ejército imperial llegó hasta las puertas de Meaux, y causó grande espanto en Paris. «Todos huian, dice Mezeray, sin saber donde. Los campos estaban llenos de carros, en que los parisienses sacaban sus mas ricos efectos: los al-

deaños llevaban antecogidos sus rebaños. El rio Sena estaba cubierto de barcos, de los cuales muchos se hundieron por llenarlos demasiado. Los ladrones que salian de nuestro mismo campo en gran número, robaban á los fugitivos y se apoderaban de los efectos que cubrian los caminos.» El rey pasó á Paris, y remedió estos desórdenes del terror, mandando confiscar los empleos y bienes de los que habian salido de Paris, si no volvian á la capital en el término de tres dias.

Pero Cárlos, consumidos los víveres que habia adquirido, se hallaba de nuevo espuesto á ver perecer de hambre su ejército, en el cual habia tambien desunion, ya por la rivalidad de las naciones que le componian, ya por las frecuentes disputas en el repartimiento del botin. Abandonó, pues, las orillas del Sena, y se retiró á la Fere, y desde esta plaza á Flandes, favorecido siempre por el partido de la duquesa de Etampes y por el terror de algunos consejeros que recordaban las derrotas de Maupertuis y Azincourt, causadas por el ansia de perseguir á un enemigo que se retiraba.

Los plenipotenciarios de ambos monarcas concluyeron en Crespy, pueblo del Valois, un tratado, por el cual se estipuló el matrimonio del duque de Orleans con una hija ó sobrina del Emperador. Este casamiento debia efectuarse dentro de un año: en cuyo término habia Francisco de restituir al duque de Saboya todas las plazas que le tenia ocupadas, es-

cepto Piñerol y Montmelian, y renunciar al reino de Nápoles y á la soberanía de Flandes y Artois, asi como el emperador al ducado de Borgoña. Devolviéronse las plazas tomadas de una parte y otra despues de la tregua de Niza; y asi los franceses restituyeron 22 villas ó castillos fuertes del Piamonte, y Cárlos evacuó la de Mondovi y algunas fortalezas de Champaña. El emperador, concluido el tratado, se retiró á Flandes, donde le acompañó el duque de Orleans en la apariencia por hacerle honor; pero en la realidad, como en rehenes, hasta la entrega de las plazas del Piamonte que no tardó en verificarse.

Francisco I, hecha la paz con el emperador, la ofreció tambien á Enrique VIII: el cual, aunque entró en negociaciones, las prolongó hasta que tomó á Boloña, y puso sitio á Montreuil; pero habiéndose acercado el ejército que mandaba el delfin, en socorro de la plaza, se retiró Enrique á Calés, y pasó á su isla. Entonces habia enviado Francisco á la gobernadora de Escocia un cuerpo auxiliar de tropas que esta reina le pidió para defender el trono contra los enemigos interiores y contra los ingleses.

Francisco, viendo que el rey de Inglaterra no se prestaba á las proposiciones de paz, determinó hacer la guerra vigorosamente. Para ello mandó al baron de la Garde, general de las galeras que tenia en el Mediterráneo, que pasase al Océano. Hízolo así; y en las costas

occidentales de Francia se le reunieron 150 navíos grandes en figura redonda, 12 mas pequeños, 10 ó 12 carracas genovesas bien tripuladas y llenas de tropas para el combate y el desembarco. La escuadra recibió sus últimas provisiones en Havre de Grace, ciudad edificada por Francisco, y á la cual dió el nombre de *François-ville:* pero que ha conservado el primero. Al tiempo de partir, las carracas genovesas sufrieron considerables averías al atravesar la embocadura del Sena, por falta de pilotos, y zozobraron tres ó cuatro. El rey quiso dar un banquete á la corte en el navío almirante que era de 100 cañones; y por inadvertencia de los cocineros que preparaban en él la comida, se abrasó enteramente á vista de la escuadra y del ejército, que no pudieron salvarle.

En fin, partió la escuadra á las órdenes del almirante Annebaut, se presentó á la inglesa, procuró atraerla al combate, y aun hizo algunos desembarcos para hacerla salir de las pequeñas ensenadas donde se retiraba; pero todo fue inútil, porque los ingleses se quedaron siempre á poca distancia de la costa, protegidos por los escollos y las baterías.

Los franceses desembarcaron en la isla de Wight, que entonces no tenia fortaleza, y trataron de construir una para hacerse señores de la isla, y por medio de ella, de Portsmouth, punto naval de mucha importancia, y que servia de escala á los buques de guerra españoles

cuando viajaban de España á Flandes. Este proyecto se desvaneció porque corrió la voz de que Andres Doria, almirante de Cárlos V en el Mediterráneo, se preparaba á acometer á Marsella, y Francisco I mandó á las galeras de su escuadra que volviesen á Provenza para resistirle. La noticia salió falsa: pero se cree que la esparcieron los agentes del emperador para libertar á este monarca y al rey de Inglaterra de las consecuencias que pudiera haber tenido la empresa de Wight.

Entretanto un ejército frances de 34.000 hombres, mandado por el mariscal de Biés, bloqueaba á Boloña. No tenia órdenes para acometer esta plaza, sino para construir cerca de ella un fuerte capaz de 500 hombres de guarnicion, que defendiese á Picardia contra las irrupciones de los ingleses. El mariscal le construyó demasiado chico: dicen que con el fin de prolongar la guerra y hacer necesarios sus servicios. En el reinado siguiente se le puso en juicio por esta causa, y fue condenado á muerte, bien que se conmutó la pena en prision perpétua.

Reinaba la peste en aquellos paises devastados; y el duque de Orleans que tenia á gloria no precaverse de ella, cometió imprudencias que le llevaron al sepulcro. Francisco tuvo gran sentimiento de esta pérdida, que le recordaba la del primer delfin; porque de todos sus hijos, Enrique que le sobrevivió y sucedió, fue el que menos amaba. La Francia no tuvo

el mismo dolor en la muerte de Cárlos de Orleans; porque todos temian su carácter indócil y feroz, y las consecuencias de la mala voluntad que recíprocamente se profesaban él y Enrique.

El mariscal de Biés limitó las operaciones de su ejército á la devastacion del pequeño pais de Oye, y asi se terminó esta campaña, para la cual se habian hecho tantos gastos y preparativos por mar y por tierra.

Tratado de Guines (1546). Ya en esta época comenzaban á ensangrentarse las funestas querellas de la religion. Los católicos tenian á su favor la ley y el poder: los novadores, el ardor de secta y el espíritu de proselitismo. En el Languedoc, en la Provenza y en los paises adyacentes se levantaron muchos templos protestantes. Francisco I, á instancia de Juan Menier, baron de Oppede, primer presidente del parlamento de Aix, concedió permiso para emplear las armas contra los disidentes en materia de religion. Un gran número de valdenses que se conservaban todavia en los confines de Provenza y del condado Venaissin, fueron esterminados, quemadas sus aldeas, arrancados sus árboles, convertido su cultivado pais en desierto espantoso. Tales fueron las horrendas primicias de la guerra civil y religiosa que amenazaba á Francia. Los placeres y aun disoluciones de la corte no permitian atender á las raices que iban echando las nuevas opiniones; y se contentaban los magis-

trados con aplicar la antigua legislacion á males que eran nuevos, sin cuidar de prevenirlos.

La muerte del duque de Orleans libertó á Cárlos V de la obligacion de ceder los Paises-bajos ó el Milanesado; pues se habia estipulado en el tratado de Crespy, que si este príncipe moria, ó la princesa austriaca que le estaba destinada por esposa, sin dejar sucesion, volverian aquellos estados al emperador. En vano Francisco I insistió en que se le indemnizase en alguna parte. Cárlos respondia secamente: «si me deja en paz, haré yo lo mismo con él.» Ni uno ni otro querian entonces pelear. Francisco se sentia debilitado por sus enfermedades, y trataba muy seriamente de hacer la paz con el rey de Inglaterra. Cárlos V empezaba en aquella época su lid contra la liga de Esmalcalda, resuelto á domar de una vez la rebeldía de los protestantes y la independencia de los príncipes del imperio. Asi que no se alteró la paz entre los dos antiguos rivales, y Enrique y Francisco hicieron la suya en Guines, comprehendiendo en ella al rey de Escocia. Los ingleses prometieron entregar la plaza de Boloña á los franceses en el término de 8 años, mediante una suma de dos millones de escudos de oro, cuyos libramientos se pagarian á plazos convenidos.

Poco despues murió Enrique VIII; y Francisco, cuando supo su fallecimiento, dijo: «mi hermano mayor ha partido: poco tardaré yo en seguirle.» En efecto, padecia de una fiebre

ética que le consumia, durante la cual se desenvolvieron peligrosamente algunos síntomas de la lue venérea que le atormentaba hacia ocho años.

Entretanto Cárlos V, triunfante del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse Cassel en Alemania, disolvia la liga de Esmalcalda, obraba como dueño soberano en Italia, y daba á su hijo Felipe la investidura del ducado de Milan. Los potentados de Italia y de Germania imploraban el auxilio de Francisco I contra el predominio de la casa de Austria, y ya el rey se disponia á socorrerlos, cuando la muerte le sobrecogió enmedio de sus preparativos. Despues de haber dado escelentes consejos á su sucesor Enrique, recibió con muestras de profunda piedad los Sacramentos, y falleció á los 53 años de edad, y 33 de reinado.

Francisco I es uno de los reyes mas célebres de Francia, y con razon. Su carácter caballeroso y amable, su valor intrépido, la alteza de sus designios y los grandes acontecimientos de su reinado dieron sobrada materia á la fama. Pero la principal gloria de este rey es haber conservado intacta la monarquía francesa, acometida por un enemigo tan ambicioso como él, pero mas hábil como estadista, muy superior como soberano, y que mandaba ejércitos mas disciplinados y mejores que los suyos. Francisco, á pesar de su amor á los placeres, de su negligencia en el trabajo, de su poco conocimiento en los negocios y de la ver-

satilidad en su carácter y política, poseyó el arte, ó tuvo la suerte de ser amado de sus pueblos. La franqueza de su alma que siempre se leia en su semblante, debió contribuir en gran manera á que le amase una nacion, que aprecia sobre todas aquella virtud.

En su tiempo degeneró en licencia la galantería decente introducida en la corte por Ana de Bretaña; y la disolucion de los magnates dió grandes fuerzas al proselitismo de los calvinistas que afectaban entonces grande severidad de costumbres. Los vicios de la corte eran conformes á las debilidades del príncipe, cuya inclinacion á los afectos amorosos era conocida y pública. Fue hombre de bella presencia, dotado de una memoria prodigiosa, afable, elocuente, fiel á su palabra; pero liviano, confiado, ardiente y de poca prevision. Era muy aficionado á las letras, honraba á los literatos y los premiaba con empleos y destinos. Enriqueció con muchos libros y manuscritos la biblioteca que sus antecesores habian comenzado á formar, y erigió y dotó el colegio real. Por todos estos motivos se le dió el título glorioso de *padre y restaurador de las letras.*

A pesar de las infelices espediciones á Italia de Cárlos VIII, Luis XII y Francisco I, el poder monárquico se aumentó en Francia; porque la nobleza se acostumbró á servir al rey y á militar bajo sus órdenes en guerras estrangeras, en las cuales adquirió mucha gloria, se hizo conocer á las demas naciones de Euro-

pa, y aumentó las luces y conocimientos de su patria. Por otra parte, el poder *ministerial*, que introdujo Cárlos V en el gobierno de sus estados, sirvió de modelo á los demas reyes de su tiempo, y contribuyó en gran manera al abatimiento progresivo del sistema feudal, que nunca habia sido muy poderoso en España, nacion entonces dominante y cuyo espíritu procuraban todas imitar. Asi es que Francisco I, á pesar de sus errores y desgracias, entregó á su sucesor Enrique II una monarquía compacta, y susceptible de elevarse á un alto grado de poder, siempre que la fortuna le fuese favorable. Solo tenia entonces el reino de Francia un elemento de debilidad, y era la discordia religiosa, que aumentándose sucesivamente, convirtió la nacion en dos estados enemigos, produjo la guerra civil, y espuso el trono á ser víctima de los furores interiores y de la ambicion estrangera.

CAPITULO IV.

Enrique segundo.

Enrique II, rey de Francia. Convenio con Inglaterra. Restitucion de Boloña. Renovacion de la guerra entre Francia y el emperador. Sitio de Metz por Cárlos V. Destruccion de Terouenne. Accion de Renti. Tregua de Vaucelles. Renovacion de las hostilidades entre Francia y España. Batalla de san Quintin. Reconquista de Calés: batalla de Gravelinas. Paz de Cateau Cambresis.

Enrique II, *rey de Francia* (1547). Pocos reinados han comenzado bajo auspicios mas favorables que el de Enrique II. Un monarca de 29 años de edad, ejercitado en el gobierno, porque su padre le admitia en el consejo y le confiaba ya el mando de sus ejércitos, daba las mayores esperanzas. El reino estaba en paz: el erario lleno: habia generales instruidos y célebres al frente de las tropas; y en la magistratura hombres famosos por sus luces y su integridad. Rodeaba el trono una nobleza numerosa, pero por desgracia sometida ya á gefes, que fueron el origen de las facciones en que despues

se dividió el reino. El historiador Garnier dice que á los principios de Enrique II se contaban ya cuatro partidos: el del condestable de Montmorency, á quien el rey llamaba *compadre* por amistad, y á quien levantó el destierro en que estaba, contra el mandato espreso que Francisco le impuso al morir: el de los Guisas, á quienes Enrique dió mucha autoridad, tambien contra el encargo de su padre, que miraba con fundados recelos la ambicion de esta familia: el de Diana de Poitiers, que siendo ya avanzada en edad, pues tenia dos hijas casaderas, supo cautivar el corazon de un rey jóven, segun afirma Garnier, en los lazos del amor platónico; y en fin, el de Catalina de Médicis, esposa desdeñada de Enrique, pero que á fuerza de artificio y talento, adulando á Diana á quien detestaba, y halagando el orgullo del condestable, supo adquirir favor y conservarlo.

Las intrigas de estos partidos atormentaban el corazon de Enrique II, príncipe naturalmente bondadoso. Cada faccion aspiraba á poseer esclusivamente la confianza del rey, y con ella el poder, los destinos y las riquezas. El palacio era un campo diario de batalla, en que se disputaban los grandes los despojos de la monarquía.

Despues de la consagracion del rey y de las fiestas magníficas que á ella se siguieron, pidió Enrique al condestable de Montmorency un plan de distribucion de su tiempo; y Mont-

morency le dió el que habia visto practicar en la corte de Luis XII. El rey se levantaba á las siete de la mañana, y recibia á los señores que tenian entrada en palacio. Se retiraba despues con los cuatro secretarios, despachaba los negocios corrientes y asistia al consejo cuando lo juzgaba necesario. A las 10 oia misa, comia á las 12, y recibia memoriales: lùego pasaba á su gabinete, y admitia sus validos á conversacion. Despues iba al cuarto de la reina donde estaban las damas, y la conversacion era general. De alli salia para divertirse ó jugando á la pelota ó á la sortija, ó justando delante de las ventanas de la reina. En el invierno se paseaban en trineos sobre el yelo, ó atacaban y defendian castillos de nieve. A veces celebraba otro consejo por la tarde, asistia á la sociedad de la reina, donde se bailaba, y se recogia ordinariamente á las diez de la noche.

La duquesa de Etampes, dama de Francisco I, fue desterrada de la corte, como tambien sus partidarios. Acusábanlos de haber vendido al emperador el secreto del estado ; y la duquesa nunca pudo justificarse completamente de haber entregado á las tropas imperiales los almacenes de Epernay y del Chateau Thierry en la campaña que finalizó con la paz de Crespy.

Publicóse un edicto contra los blasfemos y hereges, imponiendo á los primeros la pena de atravesarles la lengua con un hierro ardiendo, y á los segundos la de ser quemados vivos. Otro edicto redujo al antiguo número el de los

consejeros del parlamento, que se habian multiplicado sobradamente por la venalidad de los destinos. Fijó la edad de 30 años para obtener este empleo, despues de ser examinados en las cámaras reunidas del parlamento. Dió el conocimiento de las causas de asesinato, muy frecuentes en aquella época, á los prebostes de los mariscales, acompañados de siete jueces que sentenciarian sin apelacion. Avocó al mismo tribunal las causas de los contrabandistas, vagamundos, cazadores en vedado y mendigos. El parlamento, que creia peligroso confiar la suerte de tantos hombres á jueces estraordinarios, hizo representaciones contra este edicto; pero no fueron oidas, y hubo de archivarlo con esta cláusula: *atendida la malicia de los tiempos*. Los principios de este reinado fueron notables por el desafio de los señores de La Chataigneraye y de Jarnac. Este habia desmentido públicamente al otro. Enrique les concedió campo, y quiso asistir al duelo con toda su corte. Inclinábase el rey á Chataigneraye, que era valido suyo, hombre robusto y fuerte, y estimado como uno de los mas hábiles esgrimidores; pero Jarnac fue mas diestro. Cubriéndose la cabeza con su escudo, y metiéndose por debajo del brazo de su contrario, le dió dos estocadas en el costado izquierdo, que tenia estendido, y le derribó en el suelo con grande admiracion de todos. Desde entonces quedó por proverbio en la esgrima *el golpe de Jarnac* para significar un ataque encu-

bierto é imprevisto. Jarnac concedió la vida á su adversario, y postrándose á los pies del rey, dijo: «señor, quedo suficientemente vengado, si V. M. me cree inocente.» «¿Me das á tu contrario?» le preguntó el rey. «Si señor, respondió: con tal que me declareis hombre de bien.» «Tú has hecho tu deber, dijo entonces Enrique, y has recobrado tu honor.» Pero el vencido, rabioso de deber la vida á su enemigo, destrozó los bendages, y murió de pesar aun mas que de la herida.

El reino estaba en paz por los tratados de Crespy y de Guines, ó por mejor decir, porque las potencias que hubieran podido perturbarlo, estaban harto ocupadas en sus propios negocios. A Enrique VIII de Inglaterra sucedió su hijo Eduardo VI bajo la regencia del duque de Sommerset, su tio, contra el cual se declaró la faccion de los señores. Cárlos V estaba ocupado enteramente en aniquilar la liga de Esmalcalda. Un mes despues de la muerte de Francisco I derrotó á los luteranos en la célebre jornada de Mulberg, quitó el electorado de Sajonia á Juan Federico, gefe de la liga protestante, y lo dió á su primo Mauricio.

El rey de Francia, en vez de socorrer á los antiguos aliados de su padre, se contentó con causar inquietud al emperador en lo tocante á la ejecucion de los tratados. Envióle á decir, que los convenios anteriores eran visiblemente injustos y onerosos á Francia; y que para asegurar la paz de Europa, era necesario refun-

dirlos y establecerlos sobre bases mas iguales. Cárlos V respondió que no se negaria á ninguna modificacion justa y racional: y como estas contestaciones fueron hechas con suma urbanidad y sin amenazas de guerra, el emperador continuó sus progresos en Alemania.

En este tiempo fue asesinado Pedro Farnesio, sobrino del papa Paulo III, que creyendo cometida aquella maldad por órden ó connivencia del marques de Mántua, gobernador de Milan por Cárlos V, resolvió ponerse en brazos de la Francia, y ligarse con Enrique II contra el emperador. En el consejo de Enrique la faccion de los Guisas se declaró por el dictámen de hacer guerra en Italia á los españoles.

Cárlos, que nada de esto ignoraba, trató de prepararse á las hostilidades futuras, poniendo fin á la guerra religiosa en Alemania con el famoso decreto del *Interim*, que disgustó igualmente á luteranos y á católicos: al mismo tiempo que Enrique II renovaba en Francia los edictos rigorosos contra los calvinistas. La quema de un gran número de ellos fue una de las fiestas con que se celebró su entrada solemne en Paris. Sin embargo, permitió que se persiguiese en justicia á los que tan cruelmente habian esterminado á los valdenses de los Alpes; y Guerin, procurador del parlamento de Aix, pagó con la vida los escesos que habia cometido: bien que se creyó que fue sacrificado al enojo del duque de Guisa, su enemigo personal.

Enrique, engañado por las demostraciones

hostiles de la corte de Roma contra el emperador, pasó á Italia con un ejército; mas no sacó otro fruto de esta espedicion, sino el de reunir á la corona el marquesado de Saluces, feudo dependiente del Delfinado, y vacante entonces por la estincion de la familia que lo poseia. Roma y el resto de Italia tenian mas miedo que odio al emperador; y al mismo tiempo hubo una sublevacion en el interior de Francia que obligó á Enrique á volverse á su reino.

Ya hemos dicho que Francisco I, cuando disminuyó el derecho de la sal, lo estendió á muchas provincias que antes no le pagaban, como el Augumes y la Guiena. La novedad de la contribucion y el rigor con que se exigia, produjo una sublevacion en estas dos provincias. Los aldeanos se arrojaban sobre los *gabeleros* (asi se llamaban los perceptores del derecho sobre la sal), los mataban y robaban con el furor ordinario en semejantes conmociones. El populacho de las ciudades se unió á los sediciosos, é impuso la ley á los propietarios y á los magistrados.

En Burdeos, que fue el principal foco de la sedicion, obligaron los rebeldes á la guarnicion del castillo Trompeta, que hizo una salida para disiparlos, á retirarse á dicha fortaleza, y dieron muerte á Tristan de Moneins, que tuvo la imprudencia de salir á parlamentar con ellos, fiado en el seguro que les habia dado. Aquellos caribes destrozaron su cuerpo y enterraron

los pedazos, rociándolos antes de sal en odio de la gabela. El parlamento, mudo hasta entonces é indiferente, á vista de tan horrible maldad quiso poner fin á las violencias; pero los sediciosos eran ya señores de la ciudad, y obligaron á los mismos consejeros del tribunal á hacer guardias y á presentarse en ellas con uniforme de marineros y alabarda en mano.

El rey no tuvo por conveniente oponer á estas violencias la fuerza armada, y se contentó con enviar á Burdeos letras patentes prometiendo á los pueblos castigar segun justicia á los que habian cometido concusiones en la percepcion del derecho de gabela. El populacho se sosegó con esta declaracion del rey: el parlamento volvió al ejercicio de sus funciones, interrumpidas por la violencia, y condenó á los sediciosos, unos al destierro ó á galeras, otros á la horca ó á la rueda. Un vecino, llamado la Vergne, convencido de ser el primero que levantó el estandarte de la rebelion, fue despedazado por cuatro caballos.

Mientras se ejecutaban estos suplicios, el rey, temiendo que no volviese á levantar la cabeza el espíritu de insurreccion, envió á Guiena dos cuerpos de tropas, mandado el uno por el duque de Aumale, y el otro por el condestable de Montmorency. El primero ocupó las provincias del Saintonge, Poitou, Aunis y otras, y con prudencia y sin crueldad restableció en ellas el órden: pero Montmorency, ofendido personalmente por el asesinato de

Moneins, que era pariente suyo, hizo sentir su enojo á la ciudad de Burdeos. Una diputacion de sus vecinos salió á recibirle, á presentarle las llaves de la plaza, y á suplicarle que no introdujese en la poblacion los tudescos mercenarios, cuya rapacidad y violencias temian. Montmorency les respondió: «á vosotros no os toca determinar las tropas con que he de entrar en Burdeos. No necesito de vuestras llaves: tengo aqui otras mejores (*señalando á los cañones*). Yo os enseñaré á asesinar los lugar-tenientes del rey.» Entró en Burdeos precedido de la artillería y al frente de sus batallones, con espada desnuda, lanza en ristre, tambor batiente y banderas desplegadas.

A estas demostraciones de ira correspondieron las consecuencias. Quitó las armas á los habitantes: creó un tribunal especial, que condenó á muerte cien vecinos de los mas notables que habian tomado parte en la sedicion; y dos coroneles de milicias perecieron sobre la rueda con una corona de hierro ardiendo puesta en la cabeza. Quitaronse los privilegios á la ciudad: se dió órden de arrasar las casas de ayuntamiento y de erigir en lugar de ellas una capilla, en la cual se celebrase el oficio de difuntos por Tristan de Moneins. Por otro artículo de la sentencia fulminada contra la ciudad, los jurados y 120 notables fueron vestidos de luto á la iglesia de los carmelitas, donde estaban enterrados los restos de Moneins, los sacaron, cavando la tierra con las uñas, los llevaron

sobre sus hombros, primero enfrente de la posada del condestable, donde pidieron misericordia y perdon á Dios, al rey y á la justicia, y despues á la catedral, donde los enterraron con toda pompa. El último acto de severidad fue una contribucion de 200.000 libras, que pagó Burdeos ademas de los gastos del ejército.

El condestable visitó despues las provincias vecinas, donde envió al cadalso un gran número de personas, quitó las campanas á los pueblos que se habian servido de ellas para tocar á arrebato, y las envió á los puertos de mar para que fuesen convertidas en cañones. Al año siguiente se restituyeron á Burdeos y á las demas ciudades gran parte de sus privilegios.

Entretanto habia grandes fiestas en la corte por dos bodas que á un mismo tiempo se celebraron: la de Antonio de Borbon, duque de Vendoma, con Juana de Albret, hija y heredera de Enrique de Albret, rey de Navarra; y la de Francisco, duque de Aumale, hijo y heredero del de Guisa, con Ana de Este, hija de Hércules II, duque de Ferrara.

Convenio con Inglaterra: restitucion de Boloña (1549). La crueldad que se habia usado con los de Burdeos, tenia otra causa independiente del carácter vengativo de Montmorency. Uno de los gefes de los sediciosos habia escrito al gobierno inglés pidiendo tropas, y prometiendo entregarles aquella ciudad y provincia, no olvidadas todavía de la dominacion inglesa. El emperador favorecia esta pretension,

y aun ofreció al regente duque de Sommerset auxiliarle en la conquista de Guiena, haciendo irrupcion en Champaña.

Pero el estado de Inglaterra, dividido con el motivo de la religion, no la permitia tomar parte en empresas belicosas; y aun una, sumamente pacífica y que hubiera sido muy útil, no la pudo conseguir: cual era la de càsar á Eduardo VI con María Estuarda, reina de Escocia, uniendo ambas monarquías. Para obligar á María de Lorena, madre de la reina niña, á entrar en este plan, favoreció á los señores descontentos, que aspiraban á despojar de la autoridad á la reina viuda gobernadora. Esta política pérfida le salió mal. La regenta imploró el auxilio de Francia, Enrique II le envió tropas que la defendiesen contra sus vasallos mal seguros y contra la astucia del regente de Inglaterra; y María Estuarda pasó á Francia en calidad de prometida esposa de Francisco, hijo mayor del rey Enrique II.

A pesar de estas hostilidades diplomáticas, el tratado de Guines existia en su vigor; y segun él, el rey de Francia podia rescatar á Boloña por dinero. Pero Enrique, hallando ventajosa su posicion, tanto por el feliz éxito de sus negociaciones en Escocia, como por los alborotos de Inglaterra, en los cuales perdió su autoridad el duque de Sommerset, resolvió cobrar á Boloña de valde. Para esto construyó un fuerte mas ámplio que el del mariscal de Bies, puso en él numerosa guarnicion, y edifi-

có otro que dominaba la rada. Despues entró con un ejército en el Boloñés, arruinó las fortificaciones que los ingleses habian hecho en este pais, y bloqueó la ciudad, con la esperanza de que los tumultos de Londres le proporcionarian la ocasion de tomarla á poca costa en la primavera.

El bloqueo dió lugar á una negociacion, de la cual resultó un convenio definitivo. En el consejo del rey de Francia se discutió si era mas conveniente á la dignidad de la corona tomar la plaza á viva fuerza. Los que eran de esta opinion decian: «¿cuándo haremos con Inglaterra una paz que no nos cueste dinero?» Los adversarios representaban que ademas de la pérdida de gente y el riesgo de no salir con la empresa, los gastos del sitio para tomar una plaza arruinada y desprovista de todo recurso, serian muy superiores á la indemnizacion que pedian los ingleses por entregarla en buen estado y llena de municiones de toda especie. Este dictámen prevaleció, y se recobró á Boloña, pagando 400.000 escudos de oro, la mitad en el momento de restituir la ciudad con toda su artillería y municiones, y la otra mitad un mes despues. Insertaronse en el tratado cláusulas relativas á la navegacion, para evitar todo motivo de rompimiento entre ambas naciones. Los ingleses se obligaron á continuar en paz con la reina de Escocia, y á restituirla, mediante una suma, algunas plazas y castillos que conservaban en aquel pais. Tratóse tam-

bien el casamiento de Eduardo VI, rey de Inglaterra, con Isabel, hija mayor de Enrique II: pero estas bodas no se efectuaron porque Eduardo murió antes que la princesa llegase á los 12 años.

Renovacion de la guerra entre Francia y el emperador (1551). Cárlos V llevó muy á mal este convenio que le privaba de un aliado tan útil y poderoso como era la Inglaterra; y la mala voluntad de los dos gobiernos comenzó á manifestarse, sin llegar á un rompimiento declarado, por algunas hostilidades entre los buques flamencos y franceses en el canal de la Mancha: lo que dió lugar á represalias en los puertos del reino, secuestrando todos los bajeles procedentes de Flandes. Enrique quiso que se restableciesen las fortificaciones de Terouanne, y el comandante imperial del distrito inmediato se opuso á ello.

La disputa acerca del ducado de Parma en Italia dió un pretesto mas ámplio para la guerra. Julio III, que habia sucedido á Paulo III en el sumo pontificado, aliado con el emperador, exigió de Octavio, duque de Parma, que le entregase aquella ciudad y estado, como feudos de la santa Sede, prometiéndole en cambio otras tierras. El emperador queria lo mismo, pues aunque Octavio estuviese casado con Margarita, su hija natural, desconfiaba de él, y deseaba sobre todo vivir en buena inteligencia con Roma para conservar la paz en Italia. Octavio imploró el socorro del rey de

Francia, y Enrique envió tropas á Italia para auxiliar á su nuevo cliente.

Estaba á la sazon en depósito en poder del rey de Francia la plaza de Mirándula, que se disputaban dos individuos de la familia de los Picos. Horacio Farnesio, que tenia dicha ciudad por Enrique, hizo una incursion en el territorio de Bolonia, ciudad perteneciente al papa. El duque de Mántua, lugarteniente del emperador en Italia, y que tenia órden de socorrer los estados de Roma, hizo una demostracion contra Mirándula. Enrique se manifestó muy enojado de aquella hostilidad, y mandó hacer represalias en todos los dominios del emperador. Asi estalló la guerra, esperada mucho tiempo habia.

Las tropas romanas fueron batidas por los franceses: al mismo tiempo Cárlos de Cosé, mariscal de Brissac, penetró en Piamonte y amenazó la Italia central: lo que obligó al papa á hacer paces con Francia, y á conceder á Octavio la posesion interina del ducado de Parma por dos años.

Un capitan que mandaba las galeras de Francia en el Mediterráneo, comenzó las hostilidades apoderándose de 4 bajeles imperiales en el puerto de Villafranca. En el Océano, el baron de La Garde sorprendió 24 buques flamencos que volvian de España con rico cargamento y bien armados, usando del siguiente ardid. Díjoles que conducia á su bordo desde Flandes á España la reina María, hermana

del emperador; y que por tanto debian hacerle el saludo de costumbre. Obedecieron, y antes de que tuviesen tiempo para volver á cargar, los acometió de improviso y cogió 15 de ellos.

Sitio de Metz por Cárlos V (1552). En este tiempo trataban los príncipes de Alemania de disminuir el inmenso poder que habia adquirido el emperador despues de la victoria de Mulberg. Enrique II, deseoso de aprovechar esta ocasion para humillar la potencia de su rival, hizo un tratado con ellos prometiéndoles enviar en su socorro á Alemania un ejército poderoso, á condicion de que le permitiesen ocupar á Cambray, Metz, Toul y Verduso en calidad de *vicario del imperio*, al cual título agregaria el de defensor de la libertad germánica y protector de los príncipes cautivos, que eran Juan Federico de Sajonia y el landgrave de Hesse Cassel.

Para tan grande empresa necesitaba Enrique de mucho dinero, y no era fácil de hallar, porque en las urgencias anteriores habia tomado á préstamo 240.000 libras sobre las rentas del ayuntamiento, un don gratuito, otro empréstito sobre el banco de Leon á 8 $^1/_2$ por 100, ademas del voluntario á que se invitó á los vasallos leales, dándoles papel sobre los productos futuros de las contribuciones. Creáronse ademas nuevos empleos venales, entre ellos los de los *presidiales*. En el preámbulo del edicto se decia que habiéndose multiplica-

do las apelaciones de las sentencias de los bailiages, y siendo muy costoso el recurso al parlamento, para evitar la ruina de los pleiteantes era conveniente crear en cada bailiage un tribunal con el título de *presidial*, esto es, *subsidiario*, compuesto de nueve magistrados, que juzgase sin apelacion los pleitos que no escediesen de 250 libras de fondo ó 20 de renta.

El rey para hacer que el parlamento archivase estos edictos, celebró una sesion real, en la cual anunció la guerra contra el emperador, á quien pensaba perseguir hasta en el centro de sus dominios, con el auxilio de los príncipes de Germania, antiguos aliados de la monarquía francesa. «En mi ausencia, añadió, quedará confiado el gobierno á la reina, al delfin y á un consejo de regencia, y la lugartenencia de la capital y de la isla de Francia al cardenal de Borbon. Os recomiendo la justicia. Si teneis representaciones que hacer acerca de mis edictos, dirigidlas á la reina y al consejo, por escrito: mas si el consejo insiste, no espereis á primero y segundo mandamiento; sino archivadlo inmediatamente: *pues mi voluntad y mis intenciones son buenas, justas y racionales.* Y como entre tantas personas como componen el parlamento podrian prolongarse las deliberaciones y retardarse los negocios, establecemos durante nuestra ausencia la gran cámara con los presidentes de informes para decidir sobre el archivo y publicacion de los

edictos, ordenanzas y provisiones, sin llamar las otras cámaras.»

El condestable habló despues del rey: pintó el estado lastimoso en que Enrique habia hallado la monarquía: gran parte del ejército sin paga: la alianza con los suizos próxima á disolverse: la marina arruinada: el Piamonte perdido. Refirió despues las cosas que el rey habia hecho para restituir al estado su esplendor: la alianza helvética renovada: el recobro de Boloña: la confederacion con Escocia: la guerra de Parma terminada. «Todo esto se ha hecho, añadió, sin aumentar las contribuciones; pero nuevos peligros y empresas exigen nuevos sacrificios. Si dejamos tiempo al emperador para hacer sus preparativos, acometerá todas nuestras fronteras: es urgente, pues, favorecer á los príncipes de Alemania y á otros amigos secretos, que se declararán á su tiempo.»

Lemaitre, primer presidente del parlamento, aseguró al rey, en nombre de aquella ilustre corporacion, que cumpliria con prontitud todas sus órdenes. El cardenal de Borbon prometió 3 millones en nombre del clero; y muchos grandes señores enviaron su argenteria á la casa de la moneda; pero bajo inventario y con promesa de reembolso.

Apenas el rey partió, se presentaron al parlamento muchas creaciones de oficios, que le hicieron titubear en la obediencia prometida. Varios de los edictos eran notoriamente opues-

tos á la jurisdiccion del parlamento; porque en la sala de monedas se creó un tribunal sin apelacion: en la sala de subsidios se añadió una segunda cámara: se aumentaron los jueces de cuentas: se nombraron oidores y contralores de la chancillería con privilegio de secretarios del rey, y un tesorero general en cada una de las catorce *generalidades* de Francia; en fin, se añadió un juez criminal en cada uno de los tribunales del reino, y los presidiales de que ya hemos hablado. Todos estos oficios eran venales, y produjeron mucho dinero al tesoro.

El parlamento representó y no fue oido: reiteró sus reclamaciones y se le amenazó. Entonces resolvió establecer la siguiente forma para archivar los edictos que no aprobaba: se abrian las puertas de la sala de audiencia: un portero de estrados leia el edicto en alta voz, y el primer presidente, sin levantarse ni recoger los votos, decia: «escribid en la vuelta de esas letras: *leidas y publicadas por el mandato muy espreso del rey.*» Sin embargo, el parlamento no quiso archivar un edicto en que se restablecia la jurisdiccion eclesiástica en toda su plenitud antigua. La corte habia hecho esta concesion al clero para escitar su generosidad; y cuando hubo recogido los tres millones que la iglesia le concedió, se olvidó de perseguir al parlamento para que archivase aquel edicto.

Una espedicion preparada con tantos recursos prometia los triunfos mas brillantes: pero cuando llegó el rey á las orillas del Rin, supo

la sorpresa de Inspruk en que Cárlos V se escapó á duras penas de las manos de Mauricio, elector de Sajonia, gefe de la confederacion de los príncipes; y el tratado de Passau, hecho entre estos y el emperador por mediacion de su hermano Fernando, rey de Hungría. Los mismos príncipes escribieron al rey de Francia, suplicándole que no pasase adelante.

El rey Enrique se mostró tanto mas dispuesto á condescender con esta súplica, cuanto ya se habia apoderado de Metz, Toul y Verduso; y para no dejar enemigos á su espalda, habia ocupado la Lorena, y enviado al duque Cárlos, que solo tenia 9 años, á la corte de París para que se educase al lado del delfin. Tambien penetró en Alsacia hasta Estrasburgo, y pidió paso por esta ciudad con el intento de apoderarse de ella; pero no se lo concedieron.

Entretanto la archiduquesa María, gobernadora de los Paises-bajos, juntó algunas tropas, que talaron las fronteras de Picardía y Champaña, y huyeron cuando el rey volvió de Alemania. Enrique acuarteló las suyas, esperando los resultados de la paz de Passau.

En Italia se disputaban la ciudad de Sena los franceses y los imperiales. Hurtado de Mendoza, ilustre militar, literato y estadista español, que mandaba en aquellos paises las fuerzas de Cárlos V, se introdujo en la plaza, construyó una ciudadela, á la que dió su nombre, y por cuyo medio tuvo sujetos á los habitantes. El cardenal de Tournon, embajador

de Francia en Venecia, formó una liga contra el emperador, compuesta del duque de Ferrara, del conde de la Mirándula, del príncipe de Salerno, baron del reino de Nápoles, y de otros muchos señores, y favorecida secretamente por los venecianos. Al favor de estos disturbios recobraron los franceses á Sena, mandados por el mariscal de Brissac; de quien se decia que se le habia enviado á hacer la guerra en Italia, porque el rey tenia celos de su amistad con Diana de Poitiers. La empresa del de Salerno contra Nápoles se malogró por la energía y habilidad del duque de Alba, virey entonces de aquel reino.

Cárlos V, libre de la guerra de los príncipes de Alemania, se dispuso á vengarse de la sorpresa de Inspruk, penetrando en Francia al frente de un ejército de 100.000 hombres. Cubrió su verdadero designio con el pretesto de someter á Alberto de Brandemburgo, marques de Anspach, que estaba entonces en el territorio de Tréveris, y que no habia querido acceder á la paz de Passau. Este príncipe era en secreto aliado del emperador; pero en público afectaba ser su enemigo y sostener los intereses de la Francia.

Metz, dominada por las montañas próximas, estaba mal fortificada, sin plataformas ni bastiones, y en algunos parages sin foso: pero Francisco, duque de Guisa, á quien se confió su gobierno, se propuso inmortalizarse con su defensa, y desplegó en aquellas críticas cir-

cunstancias todas las cualidades heróicas que le adornaban.

Mandó arrasar cuatro barrios esteriores, llenos de antiguos y hermosos edificios, palacios en otro tiempo de los monarcas de la familia Carlovingia, y de iglesias y monasterios; pero recogiendo en las de la ciudad las cenizas de Hildegarda, esposa de Carlomagno, de Ludovico Pio y de otros 14 príncipes de aquella ilustre sangre, enterrados en la iglesia de san Arnaldo. Dió habitaciones convenientes á los religiosos que tuvieron que abandonar los conventos dirruidos. Formó un estado exacto de los víveres, y mandó salir de la plaza todas las bocas inútiles, prometiéndoles la conservacion de sus casas y efectos. Su guarnicion, de 6.000 hombres á pie y 4.000 caballos, se aumentó con un gran número de voluntarios que vinieron á servirle de aventureros, y á los cuales impuso leyes severísimas de disciplina. Promovió con suma actividad los trabajos de fortificacion de la plaza; y adonde previa que no era posible reedificar los muros antes de la llegada del enemigo, suplió la falta con las obras de campaña conocidas en aquel siglo.

Casi al mismo tiempo que llegó el emperador con su ejército á vista de la plaza, se presentó Alberto de Brandemburgo como aliado de Francia, y pidió ser admitido con sus tropas en la ciudad. El duque de Guisa no se lo permitió: mas le dió un cuartel próximo á los muros para que lo guardase. Alberto pidió ví-

veres, y se le negaron. Entonces levantó su campo y se puso en marcha. El de Guisa encargó á su hermano Claudio, duque de Aumale, que le siguiese y observase con un destacamento; pero el astuto aleman se aprovechó de la primera ocasion en que le cogió descuidado, revolvió sobre él, le venció, le hizo prisionero, y quitándose la máscara, reunió sus tropas con el ejército del emperador.

Este ejército nada hizo sino cañonear la plaza y causar grande estrago en los muros por medio de las minas; cuando los sitiados hacian frecuentes salidas en que causaban mucho daño á los sitiadores. Las lluvias y los frios sobrevinieron, y con ellas las enfermedades que el rigor del clima y las privaciones del soldado producian en el ejército. El emperador se vió obligado á levantar el sitio á principios de enero del año siguiente.

Destruccion de Terouenne (1553). La retirada de los imperiales fue una verdadera derrota. El rey se acercaba con el ejército que habia juntado en Reims durante el sitio de Metz; y Francisco de Cleves, duque de Nevers, que mandaba un cuerpo de observacion, persiguió al enemigo: la guarnicion de la plaza salió tambien para turbar su retirada; pero los imperiales, transidos de frio, sin víveres, sin forrages y consumidos de enfermedades y miseria, estaban incapaces de pelear. Cárlos de Borbon, príncipe de la Roca del Yon, perseguia un cuerpo de caballería enemiga: el capitan que

la mandaba se volvió y le dijo: «valiente francés, si peleas por adquirir gloria, búscala en otra parte, y no con moribundos que ni aun fuerza tienen para huir.» El generoso Borbon le dejó ir libre. El duque de Guisa mandó cuidar y socorrer, como si fueran soldados suyos, á todos los heridos que halló del enemigo, y envió lanchas al duque de Alba, que habia acompañado al emperador en este sitio, para que trasladase á Tionville por agua los enfermos que conducia dificilmente en su ejército. Al mismo tiempo un cuerpo flamenco penetró en Picardía, y saqueó y entregó á las llamas las ciudades de Noyon y Roie, las villas de Nesle y de Chauni, mas de 700 aldeas, y la quinta de Folembray, mandada edificar por Francisco I. Se cuenta, en prueba de la barbarie con que se hizo esta espedicion, que un frances, natural de Roie, pero que desde su primer juventud servia en las tropas flamencas y venia en las de este ejército, hallándose cerca del lugar de su nacimiento, se separó de su compañía por irlo á ver. Encuentra la iglesia ardiendo: oye los gritos y alaridos de muchas mugeres que estaban encerradas en ella: rompe la puerta con un hacha, y reconoce á su misma madre entre las primeras que salieron medio quemadas. El bárbaro capitan de aquella tropa incendiaria, irritado de que se le escapasen sus víctimas, manda arrojar en la iglesia la madre, el hijo y las mugeres que habian salido, y todos perecieron en las llamas.

La única accion de guerra que hubo entre tantas atrocidades fue la toma de Hesdin.

Terouenne, situada entre Arras y Tournay, y ocupada por los franceses, tenia siempre una guarnicion numerosa, que infestaba las provincias flamencas del Artois y Tournaisis, cuyos habitantes deseaban el esterminio de aquella fortaleza. Sitióla Cárlos V en persona, la tomó y la abandonó á la discrecion de los flamencos, que no dejaron en ella piedra sobre piedra. En este sitio pereció en un asalto el valiente y anciano caballero Essé Montalembert, nombrado gobernador de Terouenne juntamente con Francisco de Montmorency, hijo del condestable. Estaba enfermo de ictericia, y al partir para su gobierno dijo al rey: «Señor, si llega á vuestra noticia que se ha perdido Terouenne, podeis afirmar con seguridad que Essé ha quedado sano de su ictericia.» Los flamencos cometieron muchas crueldades sorprendiendo la plaza mientras se capitulaba; pero los españoles pagaron la generosidad que se habia usado con sus tropas en Metz, salvando de la muerte cuantos franceses pudieron, entre ellos á Francisco de Montmorency, que quedó prisionero.

El ejército del rey era brillante, y hubiera podido oponerse á las devastaciones del enemigo: pero el condestable le persuadió que marchase sobre Cambray, con la esperanza de sorprenderla. Los magistrados le pidieron dos dias de término para disponer los ánimos de los ha-

bitantes á la sumision; avisaron al emperador que les envió socorros, y entrambos ejércitos tomaron cuarteles de invierno, sin hacer mas en esta campaña por aquella parte.

Córcega, isla sometida á Génova, estaba bajo la proteccion del emperador desde la revolucion de Doria. Enrique II la creyó útil para alimentar la guerra en Italia, y abrió en ella un nuevo campo de batalla entre imperiales y franceses. Habia un partido contrario á los genoveses, cuyo gefe era el caballero de san Pedro de Ornano. Este, favorecido del almirante Dragut, que mandaba una escuadra otomana, enviada por el sultan en auxilio de Enrique su aliado, y á la cual se habian reunido 25 galeras francesas, y de un cuerpo de tropas de esta nacion, mandado por Pablo de la Barthe, señor de Thermes, conquistó una parte de la isla. Dragut se retiró con el inmenso botin que hizo en algunas ciudades marítimas; y desembarcando Doria con 10.000 hombres que le envió el emperador, recobró muchas plazas. Los franceses tomaron otras; y mientras la guerra duró, no dejó de pelearse en aquella isla con vario suceso.

Esta diversion fue muy útil á las armas francesas en el Piamonte; pues á favor de ella, el mariscal de Brissac, que las mandaba, envió partidas hasta las mismas puertas de Génova, y sorprendió á Vercell, única plaza que quedaba ya en aquella provincia á Cárlos, duque de Saboya. Este príncipe falleció poco despues,

y dejó por su heredero á su hijo Mànuel Filiberto, que mandaba entonces el ejército imperial en los Paises-bajos. Brissac se inmortalizó en estas campañas de Italia, no tanto por sus triunfos, como por la exacta disciplina que hizo observar á sus soldados; de manera que á pesar de la guerra, los pueblos que eran su teatro, no sufrieron incendios ni devastaciones.

Accion de Renti (1554). La muerte de Eduardo VI, rey de Inglaterra, causó nuevas inquietudes al gabinete frances; porque habiendo sucedido su hermana María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, esta princesa, enemiga jurada de los protestantes, casó con Felipe, hijo mayor de Cárlos V, y á quien su padre habia ya cedido el reino de Nápoles y el ducado de Milan. Enrique temió que este matrimonio diese motivo á romperse la paz con Inglaterra; pero el parlamento inglés, celoso de sus privilegios, no dió parte en el gobierno á Felipe, y la política del emperador no pudo por entonces mover á los ingleses á entrar en guerra con Francia.

Asegurado por esta parte el rey de Francia, desechó las proposiciones de paz que presentó en Roma el cardenal inglés Pole, pariente de la reina, de parte del emperador, creyendo que este monarca solo queria ganar tiempo para que se consolidase el poder de su hijo en Inglaterra, y atacarle despues con las fuerzas de esta nacion unidas á las suyas. Para anticiparse á este caso, alistó tres ejércitos: el pri-

mero á las órdenes del príncipe de la Roche de Yon, entró en Artois y taló las campiñas: el segundo, mandado por el condestable, aparentó acometer á Avesnes para llamar la atencion del enemigo, y lograr que el tercer ejército, á cuya frente estaba el duque de Nevers, penetrase en la selva de Ardennes, de cuyos fuertes y castillos se habia apoderàdo el enemigo para hacer desde ellos irrupciones en Champaña. Nevers arrojó á los imperiales de este pais, destruyó la mayor parte de las fortalezas, puso guarnicion en las que quedaron, y se reunió al condestable, que dejando á Avesnes, habia marchado rápidamente á Mariemburg, plaza edificada por la reina de Hungría, y tomádola despues de tres dias de asaltos contínuos.

Enrique II vino en esta ocasion al ejército, y mandó construir la ciudadela de Rocroy para asegurar sus convoyes al mismo tiempo que los imperiales edificaban las de Philippeville y Charlemont que les sirvieron de puntos de observacion.

El rey tomó á Bouvines y á Dinant. Los habitantes de ambas plazas fueron pasados á cuchillo: los de la primera, por haberle resistido sin tener medios de defensa: los de la segunda, porque fueron sorprendidos mientras se estendian los artículos de la capitulacion. La antigua ciudad de Bavay; Mariemont, casa de placer de la reina de Hungría; Bains, donde esta princesa habia edificado un magnífico pala-

cio, en fin, toda la provincia de Henao, fueron destruidas y asoladas, hasta que el rey, no hallando víveres en ninguna parte, hubo de retirarse á las fronteras del condado de Boloña, en la cual sitió el castillo de Renti, cuya guarnicion incomodaba mucho aquella comarca.

Acudió el emperador en persona á defenderle, y al pie de sus murallas hubo un sangriento combate, en que el duque de Guisa hizo alarde de su pericia militar, y Coligny y Tabannes de su valor. Los franceses se atribuyeron la victoria, porque quedaron dueños del campo de batalla; pero Cárlos V se apostó tan ventajosamente, que no se atrevieron á atacarle. El condestable y el de Guisa habian disentido en el consejo acerca del plan de batalla, y despues de la accion se acusaron mútuamente de la poca ventaja que se habia sacado de ella; pues al fin fue preciso levantar el sitio de Renti. Enrique, disgustado de ambos, los retuvo consigo el resto de la campaña, y dió á Antonio de Borbon, duque de Vendoma, el mando de las tropas destinadas á oponerse á Filiberto de Saboya, que asolaba la Picardía; pero con órdenes tan estrechas, que todo lo que pudo hacer el general francés fue impedir que los enemigos pasasen el Soma.

Tregua de Vaucelles (1556). Cosme de Médicis, á quien el emperador habia prometido la investidura de Florencia, venció junto á Marciano á Felipe Strozzi, que habia juntado un ejército al sueldo de Francia, y se apoderó

de Sena por capitulacion. Montluc, que mandaba un pequeño cuerpo de tropa francesa, auxiliar de la guarnicion de la plaza, declaró que no permitiria que se entregasen á Cosme los florentines emigrados de la faccion opuesta á los Médicis, y consiguió que se estipulase su libertad en los artículos de la entrega. Despues se declaró á sí mismo y á su tropa no incluidos en la capitulacion, y dijo que no queria ni aun víveres de sus enemigos. Salió de Sena con los suyos; y Cosme, aficionado á su valor, ó no queriendo reducirle á la desesperacion, le dejó libre el paso, y le envió carros cargados de vituallas. Esta accion fue muy aplaudida en Francia; y por ella se dió á Montluc el collar de la orden de san Miguel, que no se concedia entonces sino á grandes señores.

En las fronteras de Picardía el mariscal de san Andres tomó por escalada á Cateau Cambresis. Los imperiales hicieron tentativas infructuosas para tomar las plazas de Hesdin, que habia vuelto á poder del rey, y á Metz. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange y lugarteniente del emperador, presentó batalla al duque de Nevers, que tomaba ya sus disposiciones para aceptarla, cuando recibió una carta de Enrique II, en que le prohibia arriesgar á un combate la suerte del reino.

En Lombardía mandaba 30.000 hombres de tropa escogida el duque de Alba, general del emperador, y penetró en el Piamonte donde los sucesos de la guerra fueron varios. Bris-

sac estaba enfermo en Turin, y confió el mando de su ejército á Claudio, duque de Aumale. Habiendo sabido Brissac que los franceses habian llevado en un reencuentro lo peor, por no haber obedecido sus órdenes, escribió al ejército una alocucion, en que despues de reprender su conducta, decia que no queria mandar tropa tan indisciplinada. Los soldados, afligidos al principio con esta noticia, se manifestaron despues preparados á no recibir otro general, y obligáron á la corte á no admitir la dimision del mariscal. Tanto le amaba su ejército, á pesar de su estraordinaria severidad, que manifestó en el siguiente suceso, digno de los tiempos mas brillantes de la república romana.

Brissac habia proyectado dasalojar de la montaña de Vignal que dominaba el Montferrato, unos 1.200 hombres del ejército imperial, llamados los *valientes de Nápoles*: hermosa tropa, cubierta de armas doradas, á cuya frente estaba el marqués de Pescara, hijo y heredero del que habia sido gobernador de Milan. Para lograrlo, y para que el enemigo no pudiese recibir socorros durante el ataque, el mariscal mandó abrir unas trincheras, y sus tropas, divididas en tres cuerpos, tenian órden de no moverse hasta que él les diese la señal. Mientras la esperaban en silencio, oyó gritos en una de las divisiones, y vió á un soldado de grande estatura salir de las filas, hacer fuego al enemigo, sacar la espada y arrojarse á los

atrincheramientos. Sus camaradas, despues de haberle llamado en valde, le siguen, arrancan la empalizada y se apoderan del fuerte. Al dia siguiente reunió Brissac su ejército, como para un triunfo. Doce soldados pusieron á sus pies las banderas cogidas al enemigo. El mariscal echó á cada uno una cadena al cuello, y despues de haber elogiado su valor, preguntó si habia muerto el intrépido soldado que se arrojó solo enmedio de los enemigos. Dijéronle que no; pero que tenia vergüenza de presentarse, por haberse dejado arrebatar de su valor y no haber esperado el órden.

Brissac le mandó venir á su presencia, y le preguntó con severidad: «soldado, ¿cuál es tu nombre y tu patria?» «Soy, respondió, hijo natural del señor de Boissi, y tengo su mismo nombre.» «Mi pariente eres, respondió el general; pero aunque fueses mi hijo, no te perdonaré el mal ejemplo que acabas de dar al ejército. Preboste, llevadle al calabozo.» Quince dias le tuvo en prision, sin hacer caso de la recomendacion de los oficiales, ni de la tristeza de los soldados. Al cabo de ellos juntó el consejo de guerra, que condenó al delincuente, pero recomendándolo á la clemencia del general. Brissac mandó que viniese el reo, le anunció la sentencia, le manifestó cuán justa era por las fatales consecuencias que pudo su indisciplina haber causado, y despues le perdonó y le admitió en su guardia. La espedicion de Vignal terminó la campaña de Piamonte.

Las galeras de Francia, mandadas por el baron de Lagarde, apresaron cerca de Génova un convoy de transportes en que pasaban á Nápoles 5.000 soldados españoles; y el capitan Espineville sostuvo á la vista de Douvres un obstinado combate contra 22 urcas flamencas, de las cuales apresó al abordage cinco cargadas de especería y otros géneros preciosos; pero el comandante francés perdió la vida en la batalla. La tripulacion de sus buques se componia casi toda de normandos, que eran entonces los mejores marinos de Francia. En esta época hicieron una espedicion al Brasil, á las órdenes de Villegagnon y bajo la proteccion del almirante Coligny, y cerca de Rio Janeiro construyeron un pequeño fuerte, llamado de Coligny; pero las discordias religiosas que habian traido de su patria los nuevos colonos, destruyeron muy pronto su pequeña república, y el fuerte cayó en poder de los portugueses.

El calvinismo hacia tan rápidos progresos en Francia, que el rey mandó archivar en el parlamento los poderes de Mateo Orri, nombrado inquisidor por el papa. Los obispos se opusieron á ello, diciendo que para aterrar á los hereges bastaban sus tribunales, con tal que el último edicto promulgado contra los novadores, y que se eludia con mucha frecuencia, recibiese alguna ampliacion y se aplicase rigorosamente. A uno y otro se opuso el parlamento, y esta cuestion quedó por entonces in-

decisa. Mas no fue asi en la de la universidad, única corporacion que hasta entonces habia enseñado las bellas letras en París, con los jesuitas, que empezaban ya á profesarlas. El parlamento decidió esta disputa á favor de la universidad, y prohibió á los jesuitas la enseñanza; pero esta prohibicion duró poco.

Tambien restableció el parlamento, aunque muy dificilmente, la paz interior de la capital, turbada por frecuentes pendencias, de que resultaban muchos desórdenes, entre los estudiantes de la universidad y los aprendices de los oficios, que estaban unidos y regimentados bajo las banderas de sus cofradías.

Otro abuso de la mayor importancia llamó la atencion del parlamento. Esta corporacion constaba entonces de 180 magistrados, divididos en dos mitades, que servian cada una un semestre: division muy favorable á la corte, porque cuando hallaba obstáculos para el archivo de un edicto en un semestre, en que dominaba la severidad, apelaba al otro, cuyos magistrados eran mas indulgentes, y suscitaba y mantenia entre ambas mitades cierta rivalidad que le era ventajosa. Este abuso era tan notable, que el rey no pudo resistir á las súplicas del parlamento para que lo suprimiese; pero antes, como en premio de esta concesion, hizo archivar muchos edictos, cuyo objeto era proporcionar dinero al tesoro público.

Se exigieron de las grandes ciudades un

millon y 800.000 libras en precio de la sal que se les obligó á comprar por repartimiento. Muchas provincias se redimieron de la gabela mediante sumas pagadas por una vez: socorro importante por el pronto, pero que disminuia para lo futuro las rentas del erario. Las ciudades que no pudieron pagar su parte del millon y 800.000 libras, aun despues de haber aumentado los derechos de entrada sobre las bebidas, fueron autorizadas á tomar á préstamo sobre sus rentas para pagar aquella contribucion; y el rey creó en cada una de ellas un superintendente general de bienes comunales, para cuidar de que se administrase bien este ramo, en el cual tenia tanto interés.

Crearonse ademas muchos oficios nuevos, algunos de conocida utilidad; pero la mas conocida era la de llenar las arcas del rey por las sumas que producia su venta. En cada presidial se aumentó un recibidor y un pagador: en la jurisdiccion de cada parlamento del reino, un tribunal con el título de la *mesa de mármol*, de cuyo cargo era la inspeccion y policía de las aguas y bosques, compuesto de trece magistrados. Antes habia un solo tribunal, encargado de esta inspeccion para todo el reino. En cada bailiage de las senescalías se aumentaron cinco individuos: se crearon plazas de agrimensores, jurados, guardas, alcaides, castellanos de castillos reales, todas en gran número y sometidas á patente. Con pretesto del aumento de jurisdiccion de los tribu-

nales existentes, se aumentó el precio de los antiguos empleos, y se les obligó á tomar nuevas provisiones bajo pena de confiscacion. En fin, el rey hizo empréstitos en su nombre, y prohibió á los particulares hacerlos hasta que el suyo se completase.

El descontento por estas vejaciones era tanto mayor, cuanto nadie ignoraba los vicios de una corte pródiga y disoluta, en la cual se vió el escándalo de dar el señorío de Gannat en el Borbonés á un violinista que gozaba favor en palacio; pero el parlamento se negó á archivar esta gracia, y dijo al rey en persona, que solo era usufructuario del trono, y que si no podia dispensarse de conceder mercedes á los que habian hecho servicios al estado, por lo menos debia limitarlas á la duracion de su vida.

Enrique II oia estas observaciones con benignidad; pero no enmendaba su conducta, ni se curaba de que los demas se enmendasen; y asi no hubo corte en que la disolucion fuese mas escandalosa que en la de Paris. El pleito entre una señorita de la casa de Rohan, y Santiago de Saboya, duque de Nemours, su seductor, anunció al público que se habian unido por solo palabras de presente. El parlamento anuló este matrimonio abusivo, y declaró ilegítimo á un hijo, fruto de su comercio. Como casi todos los cortesanos tuvieron que declarar en esta causa, salieron á luz torpezas indecentes, de que se avergonzaron los que respetaban todavía las buenas costumbres.

En esta época el emperador Cárlos V que ya habia cedido á su hijo Felipe II los estados de Italia, renunció en él la corona de España é Indias, el Franco Condado y la Flandes, y poco despues el cetro del imperio á su hermano Fernando. Apenas Felipe subió al trono, se renovaron las negociaciones ya entabladas, y los plenipotenciarios se reunieron en Vaucelles, pueblo cercano á Cambray. Conociendo cuán largo seria arreglar un tratado definitivo de paz, convinieron en una tregua de cinco años, cuyas condiciones fueron que cada uno conservase las conquistas que habia hecho: que el duque de Saboya, el sumo pontífice y los de Sena serian comprendidos en el tratado, y que los prisioneros de ambas partes se rescatarian.

Pero al mismo tiempo Enrique II, por una inconsecuencia censurada de los mismos historiadores franceses, firmaba con la corte de Roma un tratado secreto contra España, cuyo origen fue el siguiente. El papa Paulo IV, que aunque octogenario, era varon de gran firmeza, quiso imponer término á los robos é injusticias que los nobles del estado eclesiástico cometian sobre el pueblo, fruto de las guerras pasadas. Los vasallos del papa, viéndose amenazados, pidieron auxilio al emperador, de quien eran aliados casi todos; y en esta situacion de cosas fueron presos dos emisarios de dichos señores, y se les cogió, ó se fingió que se les habia cogido una correspondencia con el secretario del duque de Alba, de la cual cons-

taba el proyecto de asesinar al papa y á su sobrino el cardenal Carrafa.

El papa lo creyó; y exasperado contra Cárlos V y contra Felipe, los acusó en pleno consistorio, y se manifestó dispuesto á recurrir á las armas para poner su vida en seguridad. El embajador de Francia, que estaba presente, le ofreció el socorro del rey su amo: Paulo lo aceptó, y desde este momento se empezó á negociar un tratado, cuyo objeto era dar al rey de Francia la investidura de Nápoles, quitándola á Felipe. El cardenal de Lorena pasó á Roma á concluir este tratado.

Entretanto las pasiones de los diferentes partidos agitaban la corte de Francia. El condestable de Montmorency, aprovechándose de la ausencia del cardenal, manifestó al consejo que el verdadero interés de la Francia consistia en la observacion de la tregua que haria prosperar el reino; y opuso á las quiméricas esperanzas de la conquista de Nápoles el caso probable de que Felipe, esposo de María, reina de Inglaterra, lograse de la complacencia de su muger, á pesar del voto de la nacion, algunas tropas inglesas, que unidas repentinamente á las flamencas, podrian hacer en Francia una irrupcion muy peligrosa.

Cuando el papa recibió la noticia de la tregua, envió legados á ambas cortes con el pretesto de convertir aquel convenio en una paz definitiva; pero el cardenal Carrafa, enviado á Paris, tenia instrucciones secretas para oponer-

se con todas sus fuerzas á la paz. El condestable encontró, pues, en el consejo un partido muy numeroso contra su dictámen. La juventud de la corte, que tuvo grande influencia en el reinado poco vigoroso de Enrique II, pedia á gritos la guerra. La reina Catalina deseaba que se diese el mando del ejército de Italia á Felipe Strozzi, su pariente: Diana de Poitiers queria que se confiase al duque de Guisa, cuyo hermano el duque de Aumale era yerno de Diana. El duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena esperaban mucho si se seguia el dictamen de la favorita del rey; porque el primero, que se creia con mejores derechos que Enrique II al reino de Nápoles, por ser biznieto de Yolanda, hija del rey de Sicilia Renato, meditaba aprovecharse de cualquiera ocasion oportuna para ceñirse aquella corona; y el cardenal no dudaba, que ocupando su hermano con ejército poderoso el centro de Italia, seria suya la tiara en la primer vacante que ocurriese.

Entretanto el pontífice Paulo estaba en guerra abierta con los españoles; porque habiendo mandado poner preso á un enviado de España, y no queriéndolo ceder, á pesar de las reclamaciones del duque de Alba, entró este general al frente de su ejército en las tierras de la Iglesia, y se apoderó de muchas plazas en nombre de la *santa Sede* y del papa futuro.

Renovacion de las hostilidades entre Francia y España: batalla de san Quintin (1557).

Cuando en Paris se supo la marcha del duque de Alba, no se atrevió Montmorency á continuar oponiéndose á la guerra: el rey se declaró protector de la iglesia romana, y envió un ejército á Italia. Esta determinacion se celebró en la corte con grandes regocijos, como si la victoria estuviese ya en la mano. La marcha de los españoles habia sido tan rápida, que Paulo IV se vió obligado á pedir una tregua de 10 dias y despues otra de 40; pero cuando supo que los franceses marchaban en su socorro, se manifestó enemigo de Felipe II, le declaró rebelde, y como á tal le despojó de la investidura del reino de Nápoles.

Si los franceses se hubiesen presentado en Italia como meros auxiliares del pontífice, se hubiera escusado la guerra universal; pero la corte de Enrique II la queria, y no le faltaban pretestos para ella. El cange de prisioneros, estipulado en la tregua de Vaucelles, no se observaba bien en Flandes: los gobernadores de las plazas de este pais, fronterizas de Francia, hacian frecuentes incursiones en el reino; y á pesar de las reclamaciones de los ministros de Enrique II, el gobierno de Felipe desaprobaba la conducta de los agresores; mas no los castigaba. Esto era mas que suficiente, atendida la disposicion de los ánimos en Francia, para que se tuviese por quebrantada la tregua; y asi el almirante de Coligny, sin que precediese declaracion alguna de las que entonces se usaban para empezar la guerra, en-

tró en el Artois con un ejército, tomó á Lens, y la saqueó y devastó la provincia.

El duque de Guisa, con otro ejército mas numeroso, pasó los Alpes. Hubiera podido hacerse dueño del Milanesado, cuyo gobernador ni tenia almacenes ni dinero: pero como sus instrucciones, sus deseos y las instancias del papa le estimulaban á pasar á Nápoles, se contentó con tomar algunas plazas de menor importancia, y se reunió con el duque de Ferrara, á quien se habia dado el título de generalísimo de las tropas pontificias y francesas reunidas. Este título fue ilusorio: porque apenas el de Ferrara recibió el baston al frente de las tropas, se volvió á sus estados con su guardia, diciendo que la necesitaba para su seguridad; pero Enrique II habia querido ganar el afecto de los príncipes italianos, dando á uno de ellos el supremo honor de la milicia con el sueldo correspondiente, pero sin autoridad.

Guisa marchó hácia el reino de Nápoles. El duque de Alba, que no se hallaba con fuerzas para resistir á un ejército tan poderoso, trataba ya de retirarse á alguna plaza fuerte; cuando el duque de Guisa abandonó su cuartel general por pasar á Roma á conferenciar con el papa sobre el plan de la guerra, y sobre las garantías que debian darse al ejército frances, de modo que no tuviese que temer en ningun caso por su seguridad. Un mes se detuvo en la capital del mundo cristiano, dando y recibiendo banquetes. Se ha dicho, pero sin ra-

zones que lo prueben, que la causa de su detencion fue ganar votos para su hermano en la eleccion de papa que se preveia próxima. Sea de esto lo que fuere, cometió un gravísimo yerro; porque la corte de Roma tenia inteligencias con el rey de España, del cual solo queria que no diese calor ni auxilio á los vasallos rebeldes de la Iglesia; y estando ya casi aceptadas sus proposiciones, con nada favoreció la espedicion francesa sino con buenas palabras, porque aun le convenia manifestarse fuerte con el auxilio de la Francia.

Cuando el duque de Guisa volvió al ejército, conoció que habia perdido un tiempo precioso. El duque de Alba, que tenia ya tropas bastantes para resistirle, le hizo consumir su ejército en marchas y contramarchas, sin querer entrar en accion decisiva; porque teniendo asegurada la victoria por las negociaciones con el papa, juzgaba inútil esponer su causa, ganada ya, al trance de una batalla. Se limitó, pues, á hacer alarde de su pericia, frustrando todos los intentos de los franceses.

El duque de Guisa, cuyo ejército habia disminuido notablemente la fatiga de las marchas y el clima, pidió refuerzos al gobierno francés: mas no era posible enviárselos. Felipe II, acometido por el ejército de Coligny de improviso pero con flojedad, tuvo tiempo de reunir en los Paises-bajos á las órdenes de Filiberto de Saboya, uno de los mas grandes capitanes de su familia y de su siglo, un ejército mas

considerable que el de Enrique, cuyas principales fuerzas estaban en Italia. Los españoles atacaron á Roczoy, pero sin mas efecto, que el de llamar hácia aquella parte el ejército francés, que mal organizado y peor pagado, llevó siempre lo peor en los reencuentros parciales que ocurrieron.

Para suplir la falta de dinero, se puso en práctica el arbitrio comun de la venta de los oficios. Crearonse muchos ugieres, con varios títulos y atribuciones, y se vendieron hasta las comisiones de medidores de carbon. En los presidiales se añadieron dos magistrados, se aumentó su jurisdiccion, y para darles mas importancia, se les concedió chancillería y sellos. El pueblo murmuraba, y la corte solo pensaba en fiestas y placeres. En esta época se celebró el matrimonio de Diana de Angulema, hija natural del rey y viuda de Horacio Farnesio, duque de Castro, con Francisco de Montmorency, hijo mayor del condestable. Se observó en estas bodas una magnificencia que contrastaba dolorosamente con la miseria de los pueblos. Para celebrar este matrimonio fue necesario anular el que habia contraido secretamente el novio con la hija del señor de Fiennes, y á este fin promulgó el rey un edicto contra los matrimonios clandestinos, y le dió efecto retroactivo.

Con los fondos ya mencionados se aceleró el alistamiento de tropas suizas y alemanas al sueldo de Francia, y Enrique se aproximó al

teatro de la guerra al frente de su ejército, mandado por el condestable. Cuando llegó á Reims, recibió un heraldo de Maria, reina de Inglaterra, que le declaraba la guerra. Felipe II habia conseguido de su esposa, que le adoraba, que tomase parte en su querella; y acaso fue esta la única lid que los ingleses emprendieron á disgusto suyo contra la Francia. Diez mil guerreros de esta nacion reforzaron el ejército del duque de Saboya que constaba ya de 50.000 hombres; cuando los franceses, segun sus historiadores, solo tenia 24.000. Escocia, aliada de Francia, hizo una irrupcion en Inglaterra; y Enrique, para afianzar mas la union con aquel reino, aceleró los preparativos del casamiento, concertado ya, del delfin su hijo con Maria Estuarda.

El duque de Saboya, cuando hubo atraido las fuerzas enemigas del lado de Champaña, dejó á Rocroy, voló á Picardia y puso sitio á San Quintin, de cuya guarnicion se habian sacado algunas tropas para reforzar el ejército; de modo que solo habia en la plaza 300 hombres sin municiones, con pocos víveres y sin mas defensa que las lagunas que rodean la ciudad. El almirante de Coligny, sobrino del condestable, entró en ella con un socorro de 500 hombres: pero no pudiendo sostenerse por mucho tiempo, Montmorency se aproximó é introdujo un pequeño convoy, el 10 de agosto, dia de san Lorenzo.

Protegido el condestable por las lagunas

que le separaban del enemigo, y que ó era preciso rodear con mucha pérdida de tiempo, ó atravesar por una calzada, al parecer, estrecha, se creia seguro en su posicion, y no se daba prisa á retirarse. Pero la calzada era mas ancha de lo que creia, y dió lugar á la caballería de Filiberto para formarse en la llanura. El príncipe de Condé advirtió esto á Montmorency: el cual, enojado de que un jóven presumiese enseñarle su oficio, se obstinó en no dar la señal de la retirada hasta que hubo introducido el socorro en San Quintin.

Pero ya era tarde: los españoles de caballería, á las órdenes de los condes de Egmont y Horn y del príncipe de Orange, le alcanzaron á una legua de la plaza, le acometieron por su retaguardia y por los flancos, y dieron tiempo á su infantería y artillería de entrar en batalla. Era, pues, forzoso pelear: pero las tropas estaban aterradas, y no confiaban en un general que acababa de cometer tamaña imprudencia. Entónces el condestable preguntó á Doignon, oficial antiguo y muy esperimentado: «buen hombre, ¿qué haremos?» El buen hombre respondió: «hace dos horas que lo podria decir: pero ahora no lo sé.»

Apenas hubo resistencia: en un momento quedó desordenado y deshecho el ejército frances. Montmorency, por no sobrevivir á la derrota sufrida por su culpa, se arrojó á morir peleando entre las filas enemigas; pero fue herido y hecho prisionero con otros muchos

señores. Los españoles persiguieron á los franceses hasta La Fere, dejando los campos cubiertos de muertos y heridos. La pérdida de los vencidos fue de 8 á 10.000 hombres: la de los españoles no pasó de 80. Los bagages, tiendas, víveres y artillería de los franceses quedaron en poder del vencedor.

Esta es la memorable jornada de San Quintin, tan decisiva en la opinion de Cárlos V, que, segun se cuenta, preguntó al mensagero que le llevó la noticia á la soledad de Yuste: *¿y mi hijo está en Paris?* Pero esta victoria, mas fácil que la de Pavía, no tuvo tan grandes consecuencias. Felipe II, en lugar de marchar sobre la capital que estaba en la mayor consternacion, se contentó con tomar á San Quintin, Catelet, Hano y Noyon, y dió lugar al duque de Nevers á reunir las reliquias de su ejército, que empezó inmediatamente á incomodar los destacamentos españoles. Los suizos aceleraron su marcha: se envió órden al ejército de Italia de volar al socorro de su patria: y el duque de Guisa, que llegó el primero, fue nombrado lugar-teniente general del reino. Al mismo tiempo las tropas alemanas y flamencas de Felipe, deseosas de recoger en sus casas el inmenso botin que habian hecho, desertaban por escuadrones: las inglesas volvieron á su isla para oponerse á los escoceses; de modo que Felipe II, viendo reducido su ejército á un corto número de españoles é italianos, se retiró á Flandes á tomar cuarteles de invier-

no, habiendo logrado por fruto de su victoria algunas plazas de la frontera, y obligado á los franceses á evacuar la Italia, en la cual conservó el rey de España la supremacía.

Reconquista de Calés: batalla de Gravelinas (1558). El duque de Guisa, que habia venido á socorrer la monarquía en su calamidad, se hallaba, al contrario, al frente de un ejército poderoso, y señaló el principio de su lugartenencia con una accion gloriosa y muy propia para alentar el valor descaecido de los franceses. Habia 210 años que la ciudad de Calés estaba en poder de los ingleses, siendo inútiles cuantos esfuerzos habian hecho los reyes de Francia para recobrarla. Se tenia por inespugnable esta plaza. Por una parte el mar, por otra un pantano, dividido por una calzada estrecha en la cual habia muchos torreones, parecian obstáculos insuperables para acercarse á Calés; y asi el duque se maravilló mucho cuando el rey le propuso que la atacase. Pero Senarpont, gobernador de Boloña, poseia el plano de aquella ciudad: habialo formado en varias ocasiones que estuvo en ella; y habia observado que los ingleses, por economía mal entendida, licenciaban algunas tropas de la guarnicion á principios de invierno, época en que les parecia imposible ser atacados.

Con estas noticias se aventuró el duque de Guisa á acometer la plaza. Fue tan repentino é inesperado su ataque, que la guarnicion del primer fuerte de la calzada estaba fuera de él:

sorprendida, y perseguida con tanto ardor, que atravesó el torreon sin tener lugar para cerrarle, se refugió al segundo.

Este fue acometido al rayar el siguiente dia, como tambien otro pequeño fuerte que habia á la entrada del puerto: al cual llegaron los franceses por un sendero, indicado por Senarpont, entre el mar y las Dunas. Al anochecer del mismo dia estaba tan arruinado el fuerte de la calzada, que su gobernador se valió de la oscuridad para evacuarlo. El del puerto no resistió mejor; de modo que en tres dias se halló el de Guisa al pie de las murallas de la plaza y de la ciudadela. Los muros de esta eran antiguos y sin terraplen: pero estaban defendidos por el mar que los bañaba. En las horas de la baja marea asestaron los franceses la artillería contra una de las torres de la fortaleza; y antes de la alta, se alojaron unos 800 hombres, para proteger la entrada del ejército en el momento del reflujo. Mientras este duró fueron atacados vivamente por la guarnicion, que no habiendo podido desalojarlos, hubo de rendirse cuando volvió la marea baja. Así fue reconquistada Calés despues de seis dias de ataque. Los habitantes que no quisieron quedarse en la plaza, fueron á habitar á los puntos que eligieron. La guarnicion salió libre, á escepcion del gobernador y 50 oficíales, á eleccion del general frances. Igual capitulacion se concedió á la guarnicion de Guines: la de Ham evacuó esta plaza sin ser atacada. Así en menos de 26

dias conquistaron los franceses todo el condado de Oye, pais fértil, y abundante de ganados y frutos, del cual sacaba sus víveres la guarnicion de Calés.

La artillería, municiones, muebles, lanas, telas preciosas y todas las riquezas de aquella opulenta ciudad, escala única del comercio inglés con los Paises-bajos, quedaron en poder del duque de Guisa: el cual puso aparte lo mas esquisito para regalarlo á los oficiales superiores, distribuyéndoles gratificaciones de dos, seis, veinte y treinta mil libras, y lo demas lo entregó á la tropa sin reservar nada para sí. Con estas liberalidades, superiores algunas veces á las de los mayores monarcas, ganaba los corazones de la nobleza, y era adorado de la milicia.

Durante esta espedicion, convocó el rey los estados generales en la capital para su negocio ordinario, que era pedir dinero. Pero no los reunió bajo la forma acostumbrada; porque socolor de que la urgencia dispensaba las formalidades, no hubo asambleas provinciales para elegir diputados y dar instrucciones, y se llamó en representacion del clero á los arzobispos y obispos: por la nobleza á los senescales y bailíos, que eran sus gefes; y por el estado llano á los corregidores y regidores. Concurrieron de orden del rey los presidentes de todos los parlamentos y los consejeros del de Paris; y como su número era casi igual al de los representantes del estado llano, el monarca tuvo

por conveniente formar de ellos una cuarta clase con el nombre de *órden de justicia*, y se le dió asiento inmediatamente despues de la nobleza.

Enrique II lamentó en su discurso de abertura los males del pueblo, y manifestó el mas vehemente deseo de remediarlos y de reformar los abusos: pero añadió que no podia dedicarse á ello hasta la paz, y que para conseguirla era preciso hacer grandes esfuerzos: que sin dinero no se hacian: que ya habia enagenado sus dominios: que le seria doloroso imponer nuevas contribuciones: que deliberasen sobre los medios de llenar el tesoro sin oprimir el pueblo, y que necesitaba, por lo menos, tres millones de escudos de oro.

El cardenal de Lorena, en nombre del clero, ofreció un millon, ademas de lo que pagaba por los diezmos: el orador de la nobleza, todos sus bienes y persona: el de justicia, despues de dar gracias por el nuevo favor concedido á la masgistratura, hizo el mismo ofrecimiento, y el del estado llano aceptó de buena gana el gravámen de los dos millones restantes. El cardenal representó despues que era conveniente entregar esta suma al erario lo mas pronto posible, y que por eso el clero habia nombrado mil personas de las mas pudientes de su corporacion, para adelantar cada una 1000 escudos, que despues se les abonaria en plazos señalados, y exhortó á los del estado llano á seguir el mismo método. Mas como esto

no podia llevarse á efecto sin indagaciones, siempre odiosas, acerca de los bienes de los particulares, se tuvo por mejor hacer los empréstitos á prorata en las municipalidades, cuyos regidores, conociendo mejor el caudal de los vecinos, podian distribuir el gravamen con mas equidad. El cardenal de Lorena insistia en que el rey no tomaba los dos millones del estado llano, sino como un préstamo que pagaria con el interes de 8 y un tercio por 100. El rey sacó gran partido de este método; porque vendió muy caros los privilegios de exencion de cargas, que compraron los mas ricos; de modo que esta contribucion gravó á los opulentos y á los pobres.

Pero ninguna se pagó con mas gusto; porque todos estaban locos de contento con la restauracion de Calés. Los estados encargaron al cardenal de Lorena decir al rey, que si no bastaba la suma concedida para las necesidades de la monarquía, los reuniese de nuevo, y pidiese mas. Hubo grandes regocijos en Paris: el rey con toda su corte asistió á ellos, y comió en las casas de ayuntamiento el jueves antes del carnaval. En este banquete acompañaron á la familia real 25 mugeres ó hijas de los principales magistrados; y los hijos de los comerciantes mas ricos, vestidos de uniforme de seda, sirvieron á la mesa. El salon se cubrió de esteras, gran lujo entonces: las paredes y el techo se adornaron de guirnaldas y hojas de parra entrelazadas, y de los escudos de armas

del rey, de la reina, del duque de Guisa, del cardenal de Lorena, y lo que fue mas estraño, de Diana de Poitiers, duquesa del Valentinés.

La falta de órden quitó á esta fiesta todo su lucimiento. La muchedumbre ocupó los sitios de los convidados, y se apoderaba de los platos antes que llegasen á la mesa; de modo que muchos se levantaron del banquete sin haber comido ni bebido. El poeta Jodelle habia dispuesto la representacion del *Orfeo*, que era una especie de ópera; pero apenas los actores podian moverse en el teatro, lleno de gente. El principal estaba resfriado, y á pesar de su tos quiso continuar; pero se le mandó callar. Los bailes comenzaron, y la concurrencia se retiró á las once de la noche. Brantome da el nombre de *tragicomedia* á este drama, compuesto de representacion, canto, música y baile: «nunca visto hasta entonces, añade, porque antes solo se representaban farsas, cuya moda habia venido de Italia.»

La conquista de Calés realzó en gran manera la gloria que habia adquirido el duque de Guisa en la defensa de Metz; y cuando llegó á la corte, ademas de los honores que se le hicieron, tuvo la satisfaccion de asistir á las bodas de su sobrina Maria Estuarda, reina de Escocia, con Francisco el delfin. En esta solemnidad hizo las funciones de gran maestre de la casa del rey, en lugar del condestable Montmorency que estaba prisionero en poder de los españoles. Poco despues le dieron libertad ba-

jo su palabra de honor, y fue recibido en la corte con disgusto; pero no tardó en recobrar su antiguo favor con el rey.

Entretanto los calvinistas aumentaron considerablemente su partido, ganando al almirante Coligny, y á su hermano Dandelot, coronel general de la infantería, que abrazaron los principios de su secta. Entonces entraron en la corte misma las disensiones en materia de religion, añadiéndose este motivo mas al de la ambicion que dividia los partidos. Los católicos se adhirieron al cardenal de Lorena y al duque de Guisa, coronado entonces de la gloria mas pura; y los calvinistas al partido de Coligny y Dandelot, y despues al de la casa de Borbon, mal vista en la corte desde la defeccion del condestable del mismo nombre.

Protegidos, pues, los sectarios por personas tan principales, siendo ya tan numerosos no era posible que los tribunales ejecutasen contra ellos los edictos sino con suma indulgencia. El rey, por consejo de los cardenales de Tournon y de Lorena, envió al parlamento un edicto creando la inquisicion, pero bajo la inspeccion inmediata de los obispos de Francia. El parlamento no lo archivó, sino declarando al mismo tiempo que la jurisdiccion del nuevo tribunal solo se estenderia á los eclesiásticos y no á los legos. En esta época se abolieron los semestres del parlamento, y se dividió esta corporacion en tres cámaras, la de los consejos, la de los pleitos, y la criminal, llamada de la

Torrecilla, por el sitio en que se reunia.

Guisa volvió al ejército, y encargó al mariscal de Termes que entrase en Flandes con un cuerpo de 6 á 7.000 hombres para llamar la atencion del enemigo, mientras él sitiaba á Thionville, plaza la mas fuerte de la frontera. Termes arruinó gran parte del territorio; pero al volverse cargado de botin, fue acometido por el conde de Egmont, general flamenco que tenia fuerzas superiores. Los franceses se atrincheraron cerca del mar junto á Gravelinas, se defendieron con intrepidez y aun hicieron dudosa la victoria; pero algunos navios ingleses que cruzaban por aquella costa, se acercaron al estruendo de los cañonazos, y dirigieron su artillería contra los franceses, que sorprendidos por este nuevo ataque, fueron desbaratados: la caballería huyó, y la infantería y los generales se rindieron á los españoles.

Entretanto Guisa habia tomado á Thionville, y marchó sobre Amiens para defender la Picardía. El ejército enemigo se puso á la vista de él, y se esperaba una batalla decisiva; pero Enrique la temia por no arriesgar las provincias cercanas; y Felipe, dueño ya de Italia, no queria esponer su fortuna á un trance inútil; pues aunque saliese vencedor, tendria que volver á la paz cuanto adquiriese por la victoria.

Los dos partidos opuestos de la corte de Francia trataban la paz con España: Montmorency por inclinacion; y el cardenal de Lorena, porque su rival en el favor del rey no

tuviese la gloria de haberla hecho. Las conferencias se celebraron en la abadía de Cercamp, cercana á Amiens, y desde los primeros dias convinieron los plenipotenciarios en publicar una tregua y despedir los mercenarios que servian en ambos ejércitos. Durante estas conferencias, falleció María, reina de Inglaterra y muger de Felipe II, y subió al trono su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena.

Paz de Cateau Cambresis (1559). La nueva reina de Inglaterra, para asegurarse en el trono, deseaba la paz con Francia; pero la altivez inglesa llevaba muy á mal ceder la plaza de Calés. Para salvar este oprobio, Enrique II se obligó á restituir dentro de ocho años aquella plaza, la de Guines y todo el condado de Oye, y dar fianza por el cumplimiento de esta promesa; y los ingleses á no emprender nada contra Francia ni contra Escocia.

La paz general se hizo en Cateau Cambresis en el mes de marzo. Los franceses la llamaron la *paz desgraciada;* y lo fue en efecto, si se la considera bajo el aspecto de la gloria y no de la utilidad. Enrique II abandonó las ciudades que le quedaban en Italia, á escepcion de Turin, Quiers, Pignerol, Chivas y Villanova (que conservó hasta que se examinasen sus derechos), toda la Saboya, el Bresse, el Bugey, el título de protector de Sena, y sus derechos sobre Génova, la isla de Córcega, el reino de Nápoles, el condado de Aost y el

principado de Orange. Felipe restituyó las plazas que habia conquistado en Picardía, el territorio de Terouenne, y recobró el Luxemburgo y el Charolais. Metz, Verdun y Toult quedaron unidos á Francia; y se estipuló desmantelar la plaza de Ivoi en represalias de la destruccion de Terouenne.

Afirmóse esta paz con nuevos vínculos de parentesco. Isabel, hija mayor del rey, prometida esposa en otro tiempo de Don Cárlos, príncipe de España, casó con Felipe II, padre de Cárlos: Claudia, hija segunda de Enrique, con Cárlos, duque de Lorena; y Margarita, su hermana, con Filiberto, duque de Saboya. En esta paz fueron incluidos todos los potentados de Alemania é Italia, los reyes de Inglaterra, Escocia, Suecia, Dinamarca y Polonia. Entonces cesó la infausta guerra de Italia que habia durado 76 años con grande riesgo y sin utilidad alguna de la monarquía francesa.

Establecida la paz del estado, aquejaba grandemente al rey la discordia religiosa; pues habia llegado el atrevimiento de los calvinistas á tal punto, que en un paseo público de Paris, y aun en las calles mismas de esta capital, aparecian en procesion cantando salmos. Enrique se presentó un dia en el parlamento: mandó que se discutiesen ante él los medios de estirpar el calvinismo; y oyendo sus varias opiniones, creyó conocer por ellas los individuos que pertenecian á esta secta, y los mandó prender y formar causa. Entonces se reunió el

primer sínodo calvinista que hubo en Francia, en una casa del arrabal de san German de Paris; y sus diputados suplicaron por cartas al Elector palatino y al duque de Wurtemberg, que intercediesen con el rey en favor de los presos. Hiciéronlo asi: pero Enrique, que hecha la paz, no tenia ya necesidad de los príncipes de Alemania, gravemente ofendido de que se reuniesen sin su permiso asambleas clandestinas, mandó continuar el proceso con todo rigor.

Mientras la causa se seguia, se celebraban en la corte con todo género de regocijos las bodas de la princesa Isabel con el rey de España. Enrique, que era el hombre mas gallardo de su tiempo cuando se vestia las armas, y el mas diestro en los torneos, gustaba mucho de este simulacro militar. Justó durante dos dias, y venció á todos los que se le opusieron. El tercero, que era 26 de Junio, y último del torneo, despues de haber roto algunas lanzas, dejó el palenque; pero habiendo encontrado á Montgomery, capitan de sus guardias, que conservaba aun la lanza en ristre, baja la visera sin tener la precaucion de atarla, y se fue contra él. Montgomery rompió su lanza en el peto del rey, y con el choque se levantó la visera: el capitan no pudo retener el impulso dado ya á su brazo, y con el pedazo que le quedaba en la mano, hirió al rey tan violentamente en el ojo derecho, que una astilla salió por la parte posterior de la cabeza. El golpe fue mortal: Enrique vivió 15 dias mas,

pero contínuamente aletargado, y murió á los 40 años de edad y 12 de reinado. Dejó cuatro hijos, de los cuales reinaron tres despues de él, y tres hijas. De sus mancebas tuvo algunos hijos naturales; pero ninguno de Diana de Poitiers que poseyó siempre su afecto.

Enrique estaba adornado de todas las prendas de un caballero; pero carecia de las virtudes propias de un rey. Amante de los placeres, disipador descuidado, hizo la guerra con vario suceso, dejó la Italia, precio de tan larga y sangrienta lid, á su rival Felipe II, y no atendió hasta el fin de su reinado á la nueva secta que carcomia el estado. Su aficion á los deleites, heredada de su padre Francisco I, contaminó su corte; y la lascivia, por un efecto natural, introdujo en ella los demas vicios. Vivió entre los partidos sin saber dominarlos ni sacar ventajas de ellos; y murió, dejándolos mas vivos, mas impetuosos, mas animados que nunca. En su tiempo se sostuvo la monarquía mas bien por su propio vigor que por la habilidad del monarca.

CAPITULO V.

Francisco segundo.

Francisco II, rey de Francia. Conjuracion de Amboise.

Francisco II, *rey de Francia.* Francisco II subió al trono á la edad de 16 años, el 10 de julio de 1659, casado ya con María Estuarda, reina de Escocia. Los dos jóvenes esposos poseian dos cetros que siendo harto pesados para sus manos débiles, vinieron al poder de los que supieron ganar su confianza. Durante los dias que pasaron desde que fue herido Enrique hasta que falleció, Ana de Montmorency, condestable de Francia, su ministro y privado, hizo grandes esfuerzos para conservar algun influjo en el gobierno; y escribió á los príncipes de la sangre, exhortándolos á venir á la corte y á tomar el puesto que les pertenecia en el consejo real: dirigiendo principalmente sus instancias á Antonio de Borbon, rey de Navarra, el mas cercano heredero de la corona despues de los hermanos del rey. Escribióle que se apresurase: que la menor tardanza

podria dar á los *estrangeros* (con este nombre designaba á los Guisas que eran loreneses) una superioridad que despues no seria posible quitarles.

Los Guisas tomaban disposiciones mas eficaces que las del condestable. Eran tios de la reina, y por medio de ella cautivaron el corazon de su esposo, é imprimieron en su ánimo todas las ideas que les convenian. «Montmorency, le susurraban, es un viejo austero, que gobierna con dureza, de carácter imperioso; y apenas se vea con la autoridad, desterrará de la corte los placeres, y dictará como ley su voluntad, aun al mismo monarca.» A los príncipes de la sangre los pintaban como ambiciosos y de almas atrevidas y amantes del desórden, principalmente á los Borbones, uno de los cuales, el famoso condestable, habia hecho guerra á Francia: «y asi, añadian los Guisas, Francisco I y Enrique II los tuvieron siempre muy separados del gobierno; y acaso desean tener parte en él solo para vengarse de este desaire.» Con estos discursos, apoyados por la reina, que era la muger mas hermosa de su tiempo, y adorada de su esposo, cautivaban los Guisas al jóven rey, y separaban de él todos sus rivales.

Solo Catalina de Médicis, viuda de Enrique II, podia contrabalancear el crédito de los príncipes de Lorena: pero estos la ganaron, sacrificando á su resentimiento las personas que miraba con ojeriza, entre ellas á Diana de

Poitiers, dama de Enrique, á quien los Guisas se mostraron muy afectos cuando tenia poder, y recibieron de ella muchos beneficios, llegando la intimidad hasta casarse Claudio de Aumale, hermano del de Guisa, con una hija de Diana, como ya hemos dicho. Pero apenas dejó de serles útil, permitieron á Catalina desterrarla con todos sus amigos, que no conservaron una parte de sus bienes, sino sacrificando la otra. Al contrario, los amigos de la reina madre, condenados á la nulidad bajo Enrique II, volvieron á la corte en triunfo, y fueron muy bien acogidos por los Guisas, que añadiendo á la complacencia el doblez, indispusieron á Catalina por medio de detracciones contra el condestable y sus partidarios. Estos artificios surtieron el efecto que sus autores deseaban.

Cuando los diputados del parlamento se presentaron al nuevo rey, este les dijo que habia escogido á sus tios el cardenal de Lorena y el duque de Guisa para gobernar el estado, y que en lo sucesivo se entendiesen con ellos. El duque se apoderó del mando de las tropas, y el cardenal de la administracion de la hacienda, sin que nadie se quejase ni murmurase. Condé y Montpensier, príncipes de la sangre, fueron enviados á la corte de Felipe II, el primero para ratificar la paz, y el segundo para llevarle el collar de la órden de san Miguel; pero en la realidad para alejarlos de Paris.

El condestable renovó las instancias que ya

habia hecho á la reina madre para que no dejase tanta autoridad á los Guisas. Catalina le recibió muy mal, é indignada le echó en cara la preferencia que en otro tiempo manifestaba á la dama de Enrique II sobre la esposa. El rey le aconsejó que se retirase á sus tierras á descansar. Montmorency obedeció, despues de haber enumerado, con modestia y entereza, sus antiguos servicios, y ofrecido otros nuevos.

Entretanto se iban manifestando los obstáculos que habia opuesto el condestable á la ambicion de los Guisas. El rey de Navarra, aunque despacio, se acercaba á la corte, y en el camino se le reunieron los príncipes de la sangre y los barones mas principales del reino, descontentos unos y otros del poder soberano que ejercian los loreneses. Reuniéronse todos en Vendoma, y formaron una asamblea, cuya alma invisible era el condestable por el intermedio de Dardois, su secretario. Hablóse en ella con sinceridad y confianza, cosa rara entre cortesanos: los que en otro tiempo habian sido enemigos, se reconciliaron: las nuevas pasiones borraron los vestigios de las antiguas, y se deliberó, como entre amigos, acerca del estado presente de los negocios. Pusiéronse dos cuestiones: *¿Debe quitarse el gobierno á los Guisas? ¿Qué medios hay para lograrlo?* En cuanto á la primera cuestion, todos estuvieron conformes á favor de la afirmativa. «Invadir la autoridad, decian, en perjuicio de los príncipes, de los ministros anteriores y de los gran-

des dignatarios de la corona, era un oprobio para la nacion que lo sufria, y un crímen de lesa magestad en el primer grado.»

En cuanto á los medios de separar á los Guisas del gobierno, hubo diversidad de pareceres, prefiriendo unos la violencia y otros las negociaciones. «La fuerza abierta de las armas, decian los mas exaltados, es el único recurso que nos queda; porque los Guisas no han de ceder de su propia voluntad el poder que han usurpado. Comenzar por quejas es tocar la trompeta para que el enemigo esté sobre aviso. Sorprehendámosle pues con un golpe inesperado, y debamos á la celeridad el logro de una empresa, que la menor tardanza haria funesta para nosotros.»

«No, replicaban los mas moderados: en Francia no se puede pelear contra el nombre del rey. En vano declarariamos que nuestra intencion es sacarle del cautiverio en que le tienen sus tios. ¿Quién nos creeria, mientras él dijese lo contrario? Es mayor de edad, y tiene derecho de elegir sus ministros. Se nos dará el nombre de traidores y rebeldes, y serán muy tristes las consecuencias de estas calificaciones, que producirán por lo menos el destierro, las confiscaciones, la ruina de nuestras familias. Caminemos á nuestro intento con prudencia: procuremos ganar á la reina madre, y agotemos todos los medios de negociacion antes de venir á las manos.»

Este dictámen prevaleció, y se dió el en-

cargo al rey de Navarra de ir á la corte, hablar al rey, manifestarle los abusos que sus tios hacian de la autoridad, inclinar á Catalina á favor de los malcontentos, y solicitar para él y para los suyos algunos destinos, gobiernos, pensiones y otras gracias. No ignoraban los Guisas lo que pasaba en Vendoma; porque tenian cerca del rey de Navarra espías que les avisasen de todo lo que hacia, y tambien, segun algunos historiadores, emisarios que le aconsejasen mal. Bien informados pues, hicieron al negociador un recibimiento segun la idea que tenian de su carácter.

Antonio de Borbon, gefe de una familia pobre y desacreditada en los reinados anteriores por la rebelion del famoso condestable, no podia, aunque valiente guerrero, despojarse enteramente de la timidez que acompaña en las cortes al infortunio. Estaba casado con Juana de Albret, heredera del trono de Navarra: su suerte por los estados que logró con este casamiento, era sosegada, y nada temia tanto como ver amenazada su quietud. Solo un deseo era capaz de vencer su indolencia: el de recobrar la parte de Navarra que retenian los españoles. Esperaba que el influjo de Francia le podria ser útil para conseguir la restitucion, y asi dependia enteramente de la corte, temia á los ministros y mendigaba su favor, recelaba hasta de su indiferencia, y observaba sus manejos, no para dirigirlos, sino para que no le fuesen dañosos. Asi vacilaba siempre entre

el temor y la esperanza, y fue el instrumento de las pasiones y el juguete de la política agena.

El plan de los Guisas fue manifestarle la arrogancia propia de los privados. Cuando llegó á san German, donde estaba la corte, en vez de dirigir la montería del rey por el camino que él traia, segun era costumbre en casos semejantes con personas de su clase, la llevaron por la parte opuesta. No pudo ver al rey: no halló sitio en que dejar sus equipages ni alojamiento; porque el que le correspondia, estaba ocupado por el duque de Guisa que no quiso cederlo, y que al desaire añadió palabras insultantes. Todos miraban á Borbon con ceño y desden. Cuando queria hablar al rey, le hallaba siempre enmedio de sus tios; y si hacia alguna proposicion, le remitia á ellos, diciendo que estaba muy satisfecho de sus servicios.

Antonio, mal recibido del rey, acudió á la reina madre, la cual oyó con agrado sus quejas, y manifestó condolerse de su infortunio; pero al mismo tiempo le aconsejó que cediese á las circunstancias. «El rey, añadió, está preocupado: las primeras impresiones son muy fuertes, y mas en su edad. Tened paciencia, y confiad en mí.» Asi le despidió mas tímido é incierto que nunca.

De la corte pasó á Paris el rey de Navarra, porque le habian dicho que su presencia produciria grande efecto en el pueblo. Halló la capital en el mayor sosiego. Todo esto era mas

que suficiente para desanimarle; pero como no salia de la corte, los Guisas movieron contra él máquinas mas poderosas.

Catalina de Médicis, en los primeros dias de su viudedad, habia pedido socorro al rey de España, que iba á ser su yerno, á favor del trono de Francia contra sus enemigos interiores y esteriores; y Felipe II habia contestado que admitia aquella honrosa comision, y que aniquilaria con todo el peso de su poder á los temerarios que osasen desobedecer al gobierno. Mostróse esta carta á Antonio de Borbon, á quien pareció ver ya ocupados los estados de su muger por las terribles falanges españolas. Dominado por este temor, solo buscaba un pretesto para separarse de la conjuracion de Vendoma. Los Guisas se lo proporcionaron, dándole la comision de conducir á España la princesa Isabel, esposa de Felipe II; y al mismo se le dió á entender que era esta ocasion favorable para reclamar el reino de Navarra, y que en esta pretension le apoyaria la corte de Francia. El rey de España, avisado de todo, acogió la solicitud con aparente benevolencia, opuso despues dificultades, la negociacion se prolongó, y Antonio, cansado y desesperado, la encargó al embajador de Francia, y se retiró á su principado de Bearne, resuelto á no intervenir en los negocios públicos.

Este fue el éxito de la liga de Vendoma. Los Guisas, acometidos con flojedad y tan fácilmente vencedores, se atrevieron cada vez á

mas; y desplegaron una altanería despótica, indecente en los ministros, y que se avenia mal con los pocos años del rey; pero muy propias del cardenal de Lorena, hombre que, segun Brantome, era orgulloso en la prosperidad y despreciaba á todos. El duque de Guisa parecia mas moderado. Entrambos poseian, cada uno en su estado, prendas muy recomendables.

Cárlos, cardenal de Lorena, era sabio y amante de los sabios, elocuente, celoso por la gloria de la Iglesia, grave y venerable, pero de costumbres poco severas. Francisco de Lorena, duque de Guisa, era de estatura magestuosa: altivo sin ceño, popular sin bajeza, de hermoso rostro, muy diestro en todos los ejercicios. Llegó á ser general en la edad que apenas son soldados los demas. La heróica defensa de Metz contra todas las fuerzas de Cárlos V, y la conquista de Calés, le hicieron amable á la Francia, que creyó deberle su salvacion. A las virtudes de un héroe añadia las prendas de un buen caballero, la afabilidad, la franqueza, la generosidad y la sincera correspondencia con sus amigos: pero ¡desgraciado del que se declarase contrario suyo! porque no estaba seguro en ninguna parte: bien que en esto no era tan inexorable como su hermano, que llevaba la venganza hasta el estremo. El duque parecia ambicionar la victoria para tener el placer de perdonar. Ni uno ni otro perdian ocasion de ganar clientes, y hacian grandes gastos para conservarlos.

Por carácter y por política derramaron favores á manos llenas en el principio de su gobierno sobre todos los que podian serle útiles; y el collar de san Miguel se hizo tan comun, que se le dió el nombre de *cabestro para toda bestia*. Llovian pensiones, dignidades y beneficios: mas no siempre conseguian los Guisas su objeto, porque favoreciendo á unos, disgustaban á muchos; y como en la distribucion de las gracias no se olvidaban á sí mismos, escitaban mucho la envidia. El duque de Guisa indignó á la corte y á la ciudad quitando al condestable y tomando para sí el empleo de gran maestre de la casa del rey. Censuróse tambien la parcialidad odiosa con que dió á Brissac, su confidente y amigo, el gobierno de Picardía, que Coligny cedió engañado, porque se le dijo que iban á darlo al príncipe de Condé. Pero lo que mas irritó los ánimos fue un acto de inhumanidad del cardenal de Lorena.

La corte estaba durante el otoño en Fontainebleau. Era muy numerosa, como sucede siempre al principio de un nuevo reinado, y abundaba principalmente en personas que solicitaban unos su sueldo, otros los atrasos de pensiones, otros en fin premios é indemnizaciones; porque la penuria del tesoro habia obligado á hacer reformas severas en todos los ramos del gasto. El cardenal, fatigado de estos importunos, mandó poner una horca cerca del castillo, y publicar, á son de trompa, que todos los pretendientes saliesen de la corte, so-

pena de ser ahorcados en el término de 24 horas. Los franceses, acostumbrados á que una sola mirada de su rey pagase sus servicios, obedecieron á este edicto bárbaro, llevando á sus provincias y comunicando á los habitantes de ellas la rabia que ardia en sus corazones.

Ya se ha visto, que á pesar de los suplicios con que se castigaba la nueva secta en los dos reinados anteriores, el calvinismo se propagaba; y que Enrique II, poco antes de morir, habia mandado poner en prision y formar causa á cinco consejeros del parlamento, que parecian adictos á la reforma. Uno de ellos era Ana du Bourg, de una familia ilustre de Auvernia, y sobrino de Antonio du Bourg, que fue canciller de Francia en el reinado de Francisco I.

En el ministerio de los Guisas se siguió esta causa con actividad; y se creia que el gobierno se dirigia principalmente contra Du Bourg, á quien se miraba como gefe de los demas. El reo empleó para salvar su vida todos los privilegios de consejero y de eclesiástico: pero como persistiese en sus opiniones, la *oficialidad*, ó tribunal del crímen, le condenó. Elevada su causa al parlamento, recusó al presidente Minard, por ser amigo de los Guisas. Declaróse nula la recusacion; y Minard continuó tomando asiento entre los jueces, aunque el acusado le instó y aun le amenazó para que se retirase. Pero el 12 de diciembre, volviendo el presidente del tribunal, fue muerto de un

pistoletazo. Diez dias despues Du Bourg, condenado á horca y fuego, sufrió el suplicio con la mayor firmeza. El favor de sus compañeros y la habilidad de Francisco Marillac le hubieran salvado á haber guardado el silencio que habia prometido á este último. Pero hizo escrúpulo de las atenuaciones que Marillac dió á sus doctrinas religiosas, y del arrepentimiento que el abogado supuso: dijo al tribunal que ni se arrepentia, ni disminuia un punto de sus opiniones; y no fue posible á los jueces eludir la ley.

Castigado asi el mas culpable, los demas reos fueron tratados con indulgencia, condenados á algunas multas, y puestos despues en libertad. Súpose de donde habia procedido el golpe de que murió el presidente Minard; y todos los hombres virtuosos gimieron de ver establecido en Francia un partido que recurria á la violencia para sostenerse.

Desde entonces en los libelos que circulaban, empezó á mezclarse la política con la religion. Los malcontentos, entre las quejas que daban contra los Guisas, incluian su intolerancia, para ganar á los calvinistas. Por el contrario, los apologistas del ministerio celebraban su celo contra los novadores, para inflamar los católicos á su favor. Asi se confundieron las causas con las personas. Los católicos, viendo acometidos á los Guisas, creyeron que solo lo eran en odio de la fe; y en virtud de la misma preocupacion, los calvinistas cre-

yeron que los descontentos eran hombres que arriesgaban sus vidas solo por preservarse de la persecucion: asi llamaban á los esfuerzos que hacia la corte para abolir el calvinismo. Quejábanse de que se publicasen contra ellos calumnias atroces, como la de querer pegar fuego á Paris, y dar libertad á los presos de las cárceles para escitar una sedicion con el auxilio de ellos. «Es evidente, decian, que se nos imputan estas abominaciones, cuya sola idea horroriza, para hacernos odiosos, y despojarnos de nuestros bienes y vidas por medio del populacho engañado.» Algo de esto habia; pues cuando los católicos maltrataban en las calles de Paris á los que no querian participar de sus actos de devocion á la Vírgen, estos insultos quedaban impunes; pero la parcialidad del ministerio no habria tenido consecuencias, á no ser por los malcontentos, interesados en demostrarla y exagerarla.

Al frente de este partido se presentaba un hombre, á quien las dificultades animaban en lugar de abatir: alma de gran temple, inflexible, incapaz de volverse atras, cuando se habia decidido á una empresa. Tal era el mayor de los Chatillones, mas conocido generalmente con el nombre de almirante de Coligny. Habia sido amigo del duque de Guisa; pero la emulacion de los honores y la diversidad de intereses los hizo enemigos irreconciliables. El almirante tenia en sus dos hermanos dos escelentes auxiliares: Dandelot, coronel de la infante-

ría francesa, y el cardenal de Chatillon. El primero era intrépido soldado, pero de carácter sombrío, tan reservado como el almirante, aunque menos taciturno. «Uno y otro eran tan serenos, dice Brantome, que jamas se demudaba su rostro, por mas súbito é inesperado que fuese el acontecimiento.» Dandelot habia inspirado á su hermano el amor á la nueva creencia, y se sabia que era muy adicto á ella. El cardenal tenia mucha penetracion: era suave, amable, cortesano y hábil diplomático. La capacidad de los tres hermanos, su amistad íntima, sus enlaces, sus destinos y sus estensas relaciones, hicieron muy temible para la corte el partido que formaron en el estado.

No se sabe si dieron los calvinistas ó los malcontentos el primer paso para su mútua union; y es muy probable que siendo igualmente maltratados por el ministerio, tomaron al mismo tiempo la resolucion de auxiliarse unos á otros. Lo cierto es que esta union se propuso y efectuó en una asamblea que el príncipe de Condé, hermano del rey de Navarra, tuvo hácia fines de año en la Ferté, uno de sus castillos, situado en la frontera de Picardía.

Si se hubiera hecho mas caso de este príncipe, nunca habria entrado en la conspiracion; porque su carácter franco y alegre no era á propósito para las maquinaciones políticas, y mucho menos para la austeridad de la reforma. Fue calvinista muy poco celoso; y un

áutor religionario dice de él, que se convirtió al calvinismo sin dejar sus placeres ni sus mancebas. La corte le hubiera podido conservar con algunos honores y pensiones, porque era orgulloso y pobre: pero los Guisas, ó le desairaban abiertamente, ó si tal vez aparentaban atenderle, solo era para indisponerle con sus mejores amigos. Negáronsele gratificaciones y gobiernos, y se le obligó en cierta manera á dar oidos á los malcontentos y entregarse sin reserva al almirante, con cuya sobrina Isabel de Roye estaba casado. Sin embargo, se dice que al entrar en la trama, puso esta restricion: «con tal que nada se haga contra Dios, el rey, el estado, mis hermanos ni los príncipes de la sangre.» Esta cláusula, añadida, ó para satisfacer su delicadeza, ó para salvarle en caso de ser contraria la fortuna, no tuvo influencia alguna en las deliberaciones de la asamblea. El almirante demostró, con listas seguras en la mano, que habia en Francia mas de dos millones de reformados en estado de llevar armas; y con este dato se formó la singular empresa, conocida con el nombre de *conjuracion de Amboise*. Consistia en apoderarse de la persona del rey, prender á sus ministros y formarles proceso. Para esto era forzoso alistar tropas, nombrar capitanes, y conducirlas de todas las partes de Francia á Blois, donde se sabia que el rey iba á pasar la primavera para gozar de un temple mas saludable, necesario á su débil constitucion. Como el se-

creto debia ser el principal fundamento de la empresa, importaba que el gefe ocupase en la escala social un puesto ni muy alto, para no escitar nuevas sospechas, ni tan bajo, que desacreditase el partido, y tal que los calvinistas creyesen tomar las armas solo para defender la religion, y los malcontentos para derribar á los Guisas.

Conciliaronse estos intereses diversos, nombrando para dirigir la empresa á La Renaudie, caballero de una familia distinguida del Perigord. Era hombre capaz de dar un golpe imprevisto, y esperimentado en muchos peligros, para los cuales habia hallado recursos. Obligado por sus delitos, primero á ocultarse y despues á abandonar su patria, pasó á Ginebra y á Lausana, y alli conoció á los franceses espatriados por causa de religion, y sirvió como de lazo, por su vida errante, entre los disidentes refugiados y los regnícolas.

Se hallaban pues establecidas las correspondencias entre los conjurados, y solo se trataba de reunirlos bajo un caudillo hábil, y cuando llegase la ocasion, intrépido hasta la temeridad, elocuente y capaz de inspirar á otros el fanatismo que ardia en su pecho.

Conjuracion de Amboise (1560). Mas no se fiaron los autores secretos de la conspiracion de los impulsos de un celo fanático, de manera que no tomasen disposiciones prudentes para determinar á los escrupulosos y alentar á los tímidos. Se consiguió de los teólogos y juris-

consultos reformados de Alemania un dictámen legal, en que afirmaban ser lícito sublevarse en defensa de la religion contra los ministros del rey. Se dió ademas á La Renaudie un plan de operaciones, en que estaban previstos todos los obstáculos y asegurado el éxito. Tambien se le permitió insinuar que en el momento de la ejecucion se pondria el príncipe de Condé al frente de los conjurados: en fin, ya fuese cierto, ya ficcion política, se estendió la voz de que la reina madre y los principales señores del reino aprobaban la empresa. La Renaudie escribió á sus confidentes que estuviesen en Nantes para el 1 de enero; porque entonces celebraba sus sesiones el parlamento de Bretaña, y habian de hacerse grandes fiestas con motivo de las bodas de muchos señores del pais: circunstancias muy á propósito para reunirse sin nota ni sospecha un grande número de forasteros.

Concurrieron exactamente á la cita. La mayor parte ignoraba el objeto de la convocacion; pero ninguno manifestó sorpresa ni desaliento, cuando se les dijo que iban á acometer, casi entre los brazos del rey, á los ministros que mandaban en su nombre. La Renaudie les hizo un discurso artificioso, en que habló del establecimiento de los príncipes de Lorena en el reino de Francia á costa de las familias mas ilustres: supuso que los Guisas habian formado desde sus principios el proyecto de trastornar la constitucion del estado: les atribuyó la persecucion de los calvinistas, el disfavor de los

grandes, el destierro de los príncipes, la ruina de los pueblos, y todos los desórdenes cometidos en Francia desde que pusieron el pie en ella. «La vida del rey, añadió, corre peligro. Ya esparcen con afectacion la voz de que su corta salud no promete larga vida, con el objeto de darle muerte cuando lo juzguen á propósito: entonces siendo dueños del poder, por estar alejados de la corte los príncipes y grandes, estinguirán el resto de la familia real, que consiste en tres niños, y usurparán el trono. En cuanto á mí, juro, protesto y tomo á Dios por testigo, que no pensaré, diré ni haré nada contra el rey, contra la reina su madre, contra los príncipes sus hermanos, ni contra los de su sangre; pero defenderé hasta el último aliento la magestad del trono, la autoridad de las leyes y la libertad de la patria contra la tiranía de los estrangeros.» «Todos lo juramos,» esclamaron los circunstantes: hicieron el juramento y lo firmaron: dieronse las manos en señal de union, abrazaronse despues vertiendo lágrimas de ternura y cargando de imprecaciones á los pérfidos que fuesen capaces de hacer traicion á la fe jurada. Antes de separarse acordaron el modo de realizar el alistamiento, y se fijó lugar y tiempo para ejecutar la empresa, que fue en Blois á 15 de marzo: despues de lo cual partió cada uno para la provincia que se le habia asignado.

Todo se combinaba para el buen logro de la empresa. Los Guisas condujeron el rey á

Blois, y le proporcionaron allí todo género de diversiones. Estaban en la mas profunda seguridad, mientras los conjurados hacian su alistamiento á la manera de Alemania: esto es, que los soldados se alistaban sin saber para qué, obligándose á marchar bajo las órdenes del capitan que los pagaba. Los de las provincias mas lejanas estaban ya en movimiento, y avanzaban en partidas que se aumentaban conforme se iban acercando al centro del reino. Todavía los Guisas no entraban en sospecha; pues aunque recibian algunos avisos de los reinos estrangeros, en que les decian que se guardasen, que habia una conjuracion formada contra ellos, no espresaban ni circunstancias ni personas. Sin embargo, en virtud de estas escasas indicaciones transfirieron la corte de Blois á Amboise, pequeña ciudad mas fácil de defender contra una sorpresa, y que tenia un castillo bastante fuerte para esperar socorros. Allí se creyeron en seguridad; y estos hombres tan hábiles iban á dejarse sorprender, si el mismo gefe de los conjurados no se hubiese descubierto por un esceso de confianza.

La Renaudie vivia en Paris en casa de un abogado amigo suyo, llamado Avenelles. Este, viendo concurrir tantas personas de diferentes clases al cuarto de su huesped, concibió algunas sospechas y las comunicó á su amigo, el cual le confesó la empresa. Avenelles le oyó con interés, y aun pareció desear su buen éxito; pero meditando despues la importancia del

asunto, y sus dificultades y peligros, se amedrentó y fue á revelar cuanto sabia al secretario del duque de Guisa, que estaba entonces en París. El secretario le envió con cartas á Amboise, los Guisas le interrogaron, y conocieron con asombro el abismo que tenian á sus pies. A la seguridad sucedieron el terror y las sospechas. Tenian que defenderse, no de algunos particulares aislados, sino de un partido formidable con caudillos, consejeros y soldados. Como Avenelles, poco instruido en los pormenores, no podia darles las luces necesarias, todos los que tenian á su rededor les eran sospechosos; y no sabian, cuando daban órdenes, si se confiaban en un amigo ó en un enemigo.

Estaba preso en las cárceles de Vincennes un hombre, llamado Roberto Stuart, inquieto, atrevido y amigo de peligros; y con él otras muchas personas que le eran muy semejantes en carácter. Los Guisas sospecharon que hombres de esta especie podian muy bien, aun desde sus calabozos, estar iniciados en la conjuracion, y mandaron llevarlos á Amboise en posta, atados, para hacerles que confesasen la verdad en el tormento. El consejo adivinó mejor sospechando que los Chatillones serian partícipes de la trama. La reina madre, á súplica de los ministros, los envió á llamar socolor de consultarlos acerca de lo que debia hacerse en aquellas circunstancias. Acaso se creyó que conservándolos en la corte no osarian declararse á favor de los conjurados. Los Chatillones acudie-

ron de buena gana, lisonjeándose de que su presencia seria útil para la ejecucion del plan.

El almirante de Coligny, introducido en el gabinete de la reina madre, habló con ardor contra los abusos del gobierno; insistió principalmente sobre el descontento de los pueblos, y manifestó cuán temible era el espíritu de discordia que dominaba en la nacion. Defendió á los reformados, y aconsejó que se suspendiese, hasta la decision del concilio, la pena capital fulminada contra ellos. Los mas moderados del consejo, entre ellos el canciller Olivier, eran del mismo dictámen, y se redactó un decreto en favor de los calvinistas; esceptuando no obstante de la amnistía á los predicantes; á los que socolor de religion, habian conspirado contra el rey, la reina, sus hermanos, y á los que habian arrancado los reos de manos de la justicia, robado los caudales públicos, y detenido las cartas y correos del rey. Este edicto se publicó el 12 de marzo.

Pero llegó demasiado tarde, y nada remedió. La Renaudie, viendo la traslacion de la corte á Amboise, habia mudado el lugar de la cita, señalado otros puestos, y transferido del 15 al 16 el dia de la ejecucion. El príncipe de Condé vino á Amboise con grandes esperanzas, acompañado de hombres resueltos, á quienes mandó ocultarse en varios parages del pueblo y del castillo para favorecer, cuando llegase la hora, los intentos de los conjurados de fuera.

El duque de Guisa veia el peligro sin desalumbrarse, y no omitió ninguna de las disposiciones que podia tomar en el estado de incertidumbre en que se hallaba. Su hermano queria que se reuniesen las tropas empleadas en guarnecer las fronteras, que se convocasen los alistamientos de primera y segunda clase, y que se diese muerte á todas las personas que se encontrasen con armas en los caminos. El duque se opuso á esta providencia, que sin duda sofocaria la conspiracion, pero que pondria á sus cómplices en situacion favorable de negarla, y de acriminar al gobierno por la crueldad de sus medidas. Al contrario, queria que los enemigos se despeñasen y fuesen cogidos con el hurto en las manos. Se confirmó mas en esta determinacion, cuando supo de cierto el proyecto de los rebeldes.

Linieres, uno de los conjurados de los pocos que denunció Avenelles, tenia dos hermanos que servian en casa de la reina madre. Por medio de ellos se entró en negociacion con él, y se le ofreció su indulto y una recompensa si daba noticia al gobierno de las resoluciones de los conjurados. Desde entonces el duque caminó sabiendo donde debia poner los pies, supo de qué parte vendrian los golpes mas terribles, conoció las emboscadas, los sitios donde habian de reunirse los enemigos, las estratagemas y los artificios, y por consiguiente los medios de contraminarlos.

El jóven monarca veia todos estos movi-

mientos, y no sabia qué pensar de ellos. Aunque sus tios no le perdian de vista, sin embargo llegaban á su noticia algunas cosas, que no le permitian dudar de la sublevacion, y le faltaba su buen sentido para conocer que los conspiradores no se dirigian contra él personalmente. «¿Qué he hecho yo, decia algunas veces á los tios, para que me aborrezcan? Yo quiero ir y satisfacer las quejas de mi pueblo. Me dicen que el tiro se dirige solo contra vosotros. No seria malo que os retiraseis de la corte por algun tiempo, y asi conoceriamos á quién tienen por enemigo, á vosotros, ó á mí.» Pero los Guisas se guardaron muy bien de arriesgar esta prueba: al contrario, el duque se aprovechó del temor que inspiraban los rebeldes para obtener la dignidad de lugar-teniente general del reino, que se le confirió el 17 de marzo.

Desde el 16 empezaron á aparecer los hombres de la faccion de La Renaudie, y siguieron, en cuanto les fue posible, el plan aprobado en la asamblea de Nantes, y que era este. Una multitud de calvinistas, desarmados, y con toda la apariencia de hombres pacíficos que venian á pedir algunas cosas, debian entrar en la ciudad, con el pretesto de presentar un memorial al rey. Si se les dejaba libre el paso, se apoderarian inmediatamente de las murallas y de las calles. Si no, un gran cuerpo de caballería, que iria detras de ellos, acudiria con prontitud y tomaria las puertas, mientras la infantería, esparcida al rededor de la ciudad, pene-

traria por las brechas de las murallas y los jardines del palacio. Al mismo tiempo los conjurados que habian entrado en Amboise con la comitiva de los Chatillones y del príncipe de Condé, y que eran todos hombres determinados, tenian órden de prender á los Guisas, y en caso de resistencia, matarlos. El príncipe de Condé se pondria inmediatamente al frente de los vencedores, y apoderándose de la persona del rey, formaria causa en nombre de S. M. á los ministros y á sus adictos, y se constituiria gefe del gobierno.

El duque de Guisa, instruido del plan de ataque, formó conforme á él su plan de defensa. Mudó la guardia del rey: amuralló las puertas amenazadas; y no queriendo dejar ociosos al de Condé, al de Chatillon ni á sus cómplices, que podrian acometerle por la espalda cuando fuese atacado por el frente, los puso en los sitios de mas peligro, con tropas que los observasen y les impidiesen reunirse con los rebeldes. Hizo salir de la ciudad y del castillo partidas numerosas, que acometieron los destacamentos enemigos, antes que formasen cuerpos considerables, y los dispersaron. Todos los prisioneros que se hicieron, fueron ahorcados de las ventanas y almenas del castillo, para intimidar á los otros.

Pero los rebeldes, no aterrados con la funesta suerte de sus cómplices, avanzaban siempre, y apenas era derrotado un cuerpo, ocupaba otro su lugar. Unas veces resistian mani-

fiestamente, otras huian y se ocultaban esperando refuerzos. La Renaudie andaba por el campo, acompañado de un solo hombre: apresuraba la marcha de los unos y retardaba la de los otros para reunirlos y formar cuerpos capaces de defensa. Mientras entendia en estos movimientos, fue rodeado por una partida de realistas: defendióse con intrepidez, y dió muerte con su propia mano á su pariente Pardaillan que le hostigaba mas de cerca; pero casi en el mismo momento cayó atravesado de un arcabuzazo, disparado por un page de Pardaillan, y espiró en el momento. Su cadáver fue llevado á Amboise, y colgado de una horca, con esta inscripcion: *gefe de rebeldes.*

Creyóse que su muerte desalentaria el resto de la faccion; y así para terminar prontamente tan infausta querella, facilitando la retirada de los conjurados, el canciller Olivier, á pesar de los Guisas, hizo que se aprobase un edicto de completa amnistía en favor de los que habian tomado las armas, por ignorancia (decia el decreto) mas bien que por malicia; con tal que las dejasen al momento y se retirasen á sus casas, salvo el derecho de representar despues sus quejas al monarca. La mayor parte, contenta con este edicto, se puso en camino, cada uno para su provincia.

Pero mientras que se volvian pacíficamente, algunos restos de la conjuracion, creyendo hallar descuidada la corte, á favor de la oscuridad se acercaron á Amboise una noche y em-

prendieron penetrar en la ciudad; pero fueron descubiertos y rechazados. Esta última tentativa enfureció á los Guisas, y lograron que se revocase la amnistía. Al príncipe de Condé se le mandó no salir de su cuarto. Enviaronse órdenes á los gobernadores de las ciudades, comandantes y capitanes, de ponerse con sus tropas en campaña, y de esterminar á todos los rebeldes que encontrasen. Los que se retiraban tranquilamente bajo la salvaguardia del edicto, no fueron esceptuados: cayeron presos, y á la menor señal de resistencia se les mataba sin piedad, ignorando los infelices por cuál nuevo delito se les trataba de aquella manera.

Algunos oficiales enviados para perseguirlos tuvieron lástima de ellos, y dejaron escapar á muchos: pero en Amboise no hubo piedad: todos los que fueron descubiertos, perecieron, unos en la horca, otros por la espada. La sangre corria por las calles, y no habia bastantes verdugos para los suplicios. Sin formar causa, y sin prévia sentencia, los arrojaban atados de pies y manos al Loira, que estuvo muchos dias cubierto de cadáveres.

Pasado el primer movimiento de furor, se quiso dar cierto colorido de justicia á las matanzas ya hechas, condenando jurídicamente algunos gefes de conjurados que estaban presos: uno de los mas considerables fue Castelnau, caballero distinguido por su probidad anterior y sus servicios. Santiago de Saboya, du-

que de Nemours, le sitió en Noizai, castillo en que estaba el depósito de armas de los conjurados. Habiéndose tratado de capitulacion, el de Nemours que le apreciaba, se acercó al muro á hablarle, y le preguntó por qué habia tomado las armas contra su rey. «Nuestro designio, respondió Castelnau, no era hacer la guerra á nuestro rey, sino presentarle nuestras humildes peticiones contra la tiranía de los Guisas.» «Y ¿es de esa manera, replicó Nemours, como deben presentarse los vasallos para poner al pie del trono los votos de su pueblo? Si dejais las armas, os prometo hacer que hableis al rey, y que volvais seguro.» El duque hizo el juramento, lo escribió y lo firmó. Castelnau fue con él; pero apenas llegó á Amboise le pusieron preso. En vano el duque de Nemours hizo todo lo posible para conseguir su gracia: los ministros le respondieron siempre que en mala hora habia dado su palabra, y que el rey no estaba obligado á cumplírsela á un rebelde. «Esto causó, dice en sus *Memorias* el mariscal de Vielleville, grande pesar y descontento al duque de Nemours, á causa de su firma; pues en cuanto á su palabra, siempre hubiera desmentido al que hubiera osado echársela en cara.» Idea singular del pundonor: ¡no sentir la culpa, y sentir que se pruebe la culpa! Castelnau murió en el cadalso, como mártir de su religion para los calvinistas, y como mártir de la patria para los malcontentos. Con él murieron muchos de sus cómplices, protestando la

inocencia de sus intenciones, y pidiendo venganza al cielo contra la crueldad de los Guisas.

El príncipe de Condé, sobre quien recaian violentas sospechas, aumentadas por las declaraciones de La Bigne, secretario de La Renaudie, y por las que dieron en el tormento otros conjurados, pidió que se le oyese. El rey le dió audiencia en presencia de toda la corte y de los embajadores estrangeros, á quienes se convocó para este efecto. Condé se quejó amargamente de las sospechas con que se le injuriaba, y defendió su causa aparentando el valor de un inocente calumniado. Dijo que si por sugestiones agenas ó por los dolores del tormento unos malvados, á quienes nadie conocia, habian abusado de su nombre, como pudieron hacerlo del de cualquier otro príncipe de la sangre, no creia que se le quisiese atribuir á crimen lo que él no habia podido evitar; y concluyó con esta protesta: «si alguno tiene la osadía de afirmar que he procurado sublevar á los franceses contra la persona sagrada del rey, y que soy autor de la conspiracion, renuncio al privilegio de mi nacimiento, y estoy pronto á desmentirle en desafío.» «Y yo, dijo entonces el duque de Guisa, que queria impedir el proceso, á causa de que faltaban pruebas completas, no sufriré que tan gran príncipe sea denigrado con tan odiosa imputacion; y os suplico que me admitais por segundo.»

Asi acabó de una manera casi cómica uno

de los mas trágicos sucesos de la historia de Francia. «En la conjuracion de Amboise, dice un escritor contemporáneo, influyeron mas los descontentos que los calvinistas.» Esto mismo consta de los escritos que en aquella época publicaron los protestantes: en todos se decia que no tomaron las armas por causa de religion, sino para acabar con la tiranía de los Guisas, y solicitar la convocacion de los estados generales, que hubiera puesto fin á los abusos. Al contrario, en los escritos que envió la corte á los parlamentos, á los gobernadores de provincia y á los príncipes estrangeros, se dice que la conspiracion se formó contra el rey, contra la reina su madre y contra sus hermanos, para mudar la religion y establecer en Francia una república semejante á la de los suizos.

Las opiniones fueron varias en aquella época, segun las pasiones individuales. El condestable, á quien los Guisas, no sin malignidad, dieron el encargo de informar al parlamento de todo el suceso, redujo á pocas palabras lo que se podia decir en pro y en contra. Los ministros esperaban sacar de su discurso algunas espresiones con que hacerle odioso al rey si aprobaba ó disculpaba á los conjurados, ó sospechoso á sus amigos si los condenaba. El condestable dió brevemente cuenta del hecho, y añadió que los conjurados habian delinquido; porque si un particular no debe sufrir que se haga violencia á sus amigos en su casa, con

mayor razon debia indignarse el rey de que se amotinasen para acometer, en su palacio y á su vista, á sus tios y ministros.»

Pero el condestable no elogió la conducta de los Guisas, como estos esperaban, y con su silencio dió á entender que no carecian de culpa en haber escitado, por su mal gobierno y su dureza, aquella sublevacion. Muchos de los que no estaban en el secreto, deseaban la caida de los ministros: este deseo se leia en sus ojos; lo que daba lugar á que se sospechase de personas enteramente inocentes del delito. Despues de la amnistía se halló que habia mas rebeldes de lo que se creía. Brantome escribe que oyó decir á un gran número de hugonotes: «ayer no eramos de la conjuracion, y no lo hubieramos dicho por todo el oro del mundo; pero hoy lo diremos por un escudo, y añadiremos que la empresa era buena y santa.» ¡Desgraciado el reino, donde los ánimos llegan á pervertirse hasta ese estremo!

Los criminales que habian quedado presos á pesar de la amnistía, hallaban en todos los corazones mas piedad que indignacion; y en la conversacion se procuraba atenuar su delito, cuando no se podia justificar enteramente. Todos se apresuraban á ofrecerles medios de salvarse. Algunos se escaparon por la connivencia de las personas principales de la corte; y varios de estos, apenas se vieron libres, empezaron á insultar á los Guisas. Stuart, aquel hombre intrigante, que segun hemos dicho

fue trasladado á Amboise de la cárcel de Vincennes, escribió al cardenal: «la fuga de vuestros presos nos ha dado gran sentimiento por el que juzgamos que causaria á V. Emma. Nos hemos puesto inmediatamente en seguimiento suyo; y apenas los alcancemos, os los llevaremos bien acompañados.» Esta carta irónica dió algun cuidado al cardenal, que era tímido, porque al mismo tiempo hubo movimientos en las provincias del mediodia y en el Delfinado. Desde entonces trataron los dos hermanos á los calvinistas con mas afabilidad, y se promulgó un decreto en que se concedió amnistía por todos los delitos cometidos por causa de la religion, con tal que los reos volviesen al gremio de la Iglesia.

La última víctima de la conspiracion de Amboise fue el canciller Olivier, sospechado como otros muchos de cómplice en la empresa. Sea por humanidad, sea por interés, no mostraba en el castigo de los culpados todo el ardor que los Guisas quisieron; y se reprendia á sí mismo por el rigor que su empleo le obligaba á ejercer. Dicen que el pesar que esto le causaba, abrevió sus dias. Poco antes de morir vino á visitarle el cardenal; pero el enfermo se volvió hácia la pared, esclamando: «¡oh maldito! tú te condenas y nos condenas á todos!»

A Olivier sucedió Miguel de l'Hopital que habia ascendido por todos los grados de la magistratura: grande poeta, pero en asuntos se-

rios y filosóficos, de costumbres austeras, firme, valeroso, y mas á propósito que otro alguno para preservar el reino, á ser posible, de los males que le amenazaban. Debió su elevacion á la reina madre, deseosa, segun se dijo, de valerse de sus consejos contra la prepotencia de los Guisas; porque estos, despues que afirmaron sólidamente su poder, se desdeñaban de darle parte en los negocios; y entonces comenzó la versatilidad, de que la culpan los historiadores, atribuyéndola á causas muy diversas.

Catalina de Médicis, ni era tan mala como dicen los libelos escritos contra ella, ni tan buena como quieren sus panegiristas: tuvo grandes cualidades y grandes defectos. Como reina de Francia, encargada de dar brillo y magnificencia á la corte, ninguna la igualó, como dice Brantome, que era uno de sus cortesanos. Era hermosa, de estatura elevada, llena de magestad y de gracia: rodeada siempre de las primeras señoritas del reino, se divertia con ellas en la pesca, en la caza, en el baile, en bordar telas de seda. Amaba las artes y las protegia. Tanto los franceses como los estrangeros que se presentaban en la corte, quedaban admirados de oir en boca de la reina y de sus damas el elogio de las acciones heróicas que los hacian recomendables á ellos ó á sus antepasados. Catalina se encargaba de presentar á Francisco II y á su esposa los caballeros del reino, y lo hacia con aquel interés que aleja la corte-

dad é inspira confianza. Su corte, en una palabra, era libre, alegre, bulliciosa, aun en medio de los horrores de la guerra, y de los sombríos furores del fanatismo.

Pero muchas veces la libertad degeneró en licencia. Catalina, ó no velaba bastantemente la juventud que le servia de comitiva; ó mas bien toleraba demasiado sus inclinaciones amorosas, de las cuales se acusa á ella misma no haber estado exenta; como tambien de haberse servido de la hermosura y de las gracias de sus damas, autorizando sus debilidades, á lo menos con harta paciencia, para tener sujetos y encadenados á los príncipes y grandes, cuyo valor ó política temia. Sea lo que fuere de esta imputacion, es cierto que en su reinado desapareció enteramente de la corte la austeridad decente de la antigua galantería francesa, desterrada por el furor de los vestidos y adornos. El pudor fue hollado; y como todas las virtudes estan ligadas entre sí, á la antigua franqueza de los descendientes de Clodoveo sucedieron la sutileza y la astucia, por la cual eran entonces malamente célebres los pueblos de Italia, bajo los auspicios de una reina italiana.

Como madre de los reyes, tutora de sus hijos y gobernadora del reino, es tambien su carácter muy problemático para los espíritus no preocupados. Era mas circunspecta que emprendedora: carecia del vigor propio de un guerrero, pero poseia toda la astucia de su sexo y de su pais. No fue mala por el placer de

serlo, ni buena por principios ó por inclinacion natural: sus virtudes y sus vicios dependieron siempre de los momentos y de las circunstancias. Antes de la conjuracion de Amboise y mucho despues, impelida por los sucesos y juguete de ellos, careció de política fija. Favorable unas veces á los protestantes, aceptaba sus escritos y los leia con apariencias de consentimiento y aprobacion: otras veces seguia la bandera de los Guisas, y les servia de instrumento para conocer los secretos de sus enemigos. En todo el reinado de Francisco II no fue mas que una muger débil y versátil. Entablar negociaciones y conferencias, presentándose como árbitra y mediadora, y ganar tiempo durante la convocacion y celebracion de estas asambleas, era su gran recurso.

La primera asamblea que se reunió despues de la conjuracion de Amboise, fue la de Fontainebleau, convocada para el 21 de agosto, con el objeto de averiguar de buena fe la causa de las turbulencias y poner término á los males del reino. Fueron convocados á ella los caballeros de la órden de san Miguel y los principales magistrados del reino, ademas de los príncipes y señores.

Pero antes de reunirse, los Guisas irritaron de nuevo los ánimos. No pudiendo incomodar de otra manera á los Montmorencys, compraron los derechos de un tercero que pleiteaba contra ellos; pero el parlamento tuvo la prudencia de impedir que la causa siguiese

adelante. Los Montmorencys no olvidaron nunca esta injuria. Tanta altanería y orgullo en los depositarios del poder soberano hizo temer que la asamblea de Fontainebleau fuese un lazo para coger á los enemigos de los Guisas. El príncipe de Condé, que desde Amboise habia ido á Nerac, donde residia su hermano el rey de Navarra, para quejarse á él del mal tratamiento que se le habia dado en la corte, se quedó allí, é incitó á Antonio á la venganza y á acometer á Poitiers y Limoges.

Los Montmorencys y los Chatillones, no atreviéndose á infringir abiertamente las órdenes del rey, se presentaron en la asamblea; pero escoltados de una tropa numerosa de caballería y dispuestos á repeler la fuerza con la fuerza. Mas no hubo necesidad de esto: la asamblea, de la cual tanto se esperaba, se redujo á un espectáculo teatral, en que cada uno salió á la escena cuando le tocaba. Pronunciaron grandes discursos, hicieron alarde de sus sentimientos de adhesion á la fe y al trono, y echaron la culpa de todo á sus contrarios, á los cuales procuraban aterrar con la ostentacion recíproca de sus fuerzas.

Montluc, obispo de Valencia del Ródano, se quejó de los desórdenes del clero, y del rigor de las leyes promulgadas contra los novadores: propuso que se predicase en palacio con mas frecuencia, y que al sonido de las canciones mundanas sucediese el de los cantos: acabó pidiendo que se tuviesen conferencias con

los reformadores sobre su doctrina. Marillac, arzobispo de Viena, y hermano del abogado que defendió á Du Bourg, escelente hombre, á quien la prevision de los males que amenazaban á su patria, llevó al sepulcro este mismo año, pidió un concilio nacional para curar las llagas de la religion, y los estados generales para las de la monarquía. Coligny presentó un memorial en nombre de 50.000 calvinistas para que se les diesen templos, y atacó sin miramiento alguno á los ministros. El duque de Guisa le respondió con indignacion: el cardenal fue mas dueño de sí mismo, y adoptó el dictámen de convocar un concilio nacional y los estados generales. La asamblea aprobó esta opinion, y decidió que por entonces quedasen las cosas en la misma situacion que se hallaban.

No falta quien diga que el objeto de la asamblea de Fontainebleau fue apoderarse de todos los gefes de los malcontentos, y disponer de ellos segun les pareciese á los Guisas. Los que opinaban así, se fundaban en lo que hicieron despues de la asamblea; porque enviaron tropas á los lugares sospechosos, mudaron los comandantes, rodearon de espías y emisarios al rey de Navarra y al príncipe de Condé; y cuando llegó el tiempo de reunirse los estados, no perdonaron instancias, promesas ni amenazas para obligar á los príncipes á que concurriesen. Pero otros creen que no tomaron los ministros un partido violento contra el prín-

cipe de Condé hasta que le vieron conspirar otra vez, y supieron que las turbulencias se renovaban en todas partes: que en la Provenza, Delfinado y otros paises habia reuniones de gente armada; de modo que no les quedó duda de que se habia formado nueva conspiracion para arrojarlos de la corte y perderlos.

Los Guisas creyeron poseer el secreto de esta trama en las cartas que se interceptaron á un caballero llamado La Sague, enviado por el príncipe de Condé para que le informase de todo lo que se hiciese en el congreso de Fontainebleau. Las cartas no contenian nada importante á primera vista; porque eran cumplimientos que los Montmorencys escribian á los Borbones. En la de Francisco de Vendoma, vidame de Chartres, le ofrecia este sus servicios *en caso de que emprendiesen algo en bien del reino:* palabras equívocas, de las cuales no podia formarse ningun artículo de acusacion. Pero La Sague, amenazado del tormento, confesó que se habia formado una conjuracion para el dia en que se reuniesen los estados en Orleans, que era la ciudad designada: que el rey de Navarra y el príncipe de Condé debian concurrir á ella bien armados, apoderarse en el camino de Poitiers y de Tours, hacer que al mismo tiempo se sublevasen la ciudad de Paris y las provincias de Picardía, Bretaña y Provenza; y en fin, escitar un clamor universal que pidiese la caida ó la muerte de los Guisas.

La Sague, siempre amenazado y deseando conservar la vida, advirtió que se mojase en agua el sobre de la carta del vidame de Chartres: lo cual hecho, aparecieron letras, invisibles antes, y de la misma mano de Dardois, secretario del condestable, en que decia, que el dictámen de su amo era mudar los ministros y derribar á los loreneses: que esperaba conseguirlo, á pesar del rey, por el crédito que tenia en los estados; y que ya no era tiempo de tergiversar, sino de atacar á los Guisas manifiestamente.

Fue preso y conducido á la Bastilla el vidame de Chartres, caballero amable y que gustaba de amoríos. Decíase que no era mal visto de Catalina, y que su rencor á los Guisas nació de la preferencia que la viuda de Enrique II daba al duque. A pesar de esto, la reina le abandonó en el riesgo, y fue tratado con mucha dureza en la prision. Los Guisas le dejaron ignorar por mucho tiempo cuál seria su suerte; y al fin murió, no sin sospecha de veneno, cuando á favor de una asamblea de la órden de San Miguel, cuyos privilegios habia reclamado, acababa de conseguir su libertad por las instancias del condestable. En él perdieron los Borbones un partidario muy celoso.

Estos príncipes se hallaban entonces en la mayor incertidumbre; porque las órdenes del rey no les permitian dejar de concurrir á los estados, sin esponerse á ser perseguidos como criminales. El de Condé, que nada tenia que

perder, no se negaba á arriesgarse; pero el rey de Navarra, que se sentia inocente, no queria esponerse por su inobediencia á que le despojasen de sus bienes. Hablaron entre sí de este negocio varias veces. Jaquelina de Longwy, duquesa de Montpensier, confidente de la reina madre, les aconsejaba en secreto, que cuando viniesen á los estados, sorprendiesen á los hijos del duque de Guisa, y los custodiasen en Sedan como rehenes; y este parecer fue aprobado por muchos amigos de los príncipes. Otros aconsejaban que no se arriesgasen ambos hermanos juntos, y que el príncipe de Condé se pusiese en seguro mientras el rey de Navarra estuviese en Orleans. La señora de Roye, suegra del príncipe, y Leonor su esposa, atemorizadas insistian en este dictámen. Dudóse por mucho tiempo: meditáronse los peligros y los recursos; pero la mala fortuna del príncipe triunfó, y los Borbones salieron para Orleans, donde debian reunirse los estados á fin de octubre.

Francisco II, desde el momento de su exaltacion al trono, solo habia visto al rededor de sí perfidias y traiciones. Su alma estaba imbuida de ideas funestas; y consumido por una enfermedad de languidez, veia abrir su sepulcro á la edad de 17 años, enmedio de las rebeliones de sus parientes y de las conjuraciones sanguinarias de los grandes de su reino. La tristeza y la melancolía, consecuencias necesarias del mal estado de su salud y de los sinies-

tros acontecimientos que se preparaban, hicieron lúgubre y sombría su entrada pública en Orleans. El aparato amenazador que le acompañaba, heló todos los còrazones. Llenóse la ciudad de soldados: pusiéronse cuerpos de guardia en todas las puertas, y corrieron por las calles y plazas públicas patrullas de ordenanza.

Con estos preparativos se esperaba á los príncipes de Borbon. Para aumentar su seguridad el rey habia enviado á recibirlos á Cárlos, cardenal de Borbon, su hermano, que les anunció de parte de Catalina, que no se les haria mal alguno. Ellos, animados por una parte con esta promesa, y asustados por otra con las noticias que recibian en el camino, vacilaban entre el temor y la esperanza; pero aunque quisiesen, ya no podian volver atras; porque algunas compañías de caballos, encargadas de observar su conducta, los seguian de lejos. Llegaron á Orleans el 30 de octubre.

Al punto se presentaron en la corte; y desde su entrada todo les anunció la ira del soberano: los palaciegos huian de ellos: los ministros los miraron con frialdad; y el rey con aire severo reprendió al príncipe de Condé en pocas palabras los delitos de que se le acusaba, escuchó apenas sus respuestas, y le mandó prender. Todo estaba preparado para apoyar la acusacion. El mariscal de San Andrés, enviado á Leon para reprimir un tumulto de los calvinistas, habia vuelto con muchas declaraciones

en contra del príncipe. Varios testigos deponian que habia hecho tomar las armas en diversos lugares. Aprehendiéronse sus papeles y cómplices, y ya solo faltaba ponerle en juicio.

Á este efecto se estableció una comision compuesta de jueces del parlamento de Paris, al frente de la cual estaba Cristóval de Thou, padre del historiador, y que fue aumentada despues con el canciller, algunos maestres de memoriales y caballeros del orden de san Miguel, que se hallaban en Orleans. En vano el príncipe reclamó el derecho de ser juzgado por el rey al frente de los pares del reino y del parlamento con todas sus cámaras reunidas: se le mandó responder ante la comision, sopena de ser condenado como contumaz. Pidió, pues, abogados; y este favor, que no pudo negársele, fue su ruina; porque los medios de defensa que escribió para sus defensores, uno de los cuales era Francisco de Marillac, se le obligó al príncipe con artificios á firmarlos, y el rey mandó que aquella instruccion se tuviese por respuesta judicial, y que el consejo sentenciase en vista de ella.

Por grande que fue la prontitud con que se evacuaron estas formalidades, siempre daban tiempo á los parientes y amigos del príncipe para salvarle. Leonor de Roye, su esposa, jóven y madre de muchos hijos, se arrojaba á los pies del rey bañada en lágrimas; y solo recibia esta respuesta: «vuestro marido ha querido quitarme la corona y la vida.» Si implo-

raba el crédito de los Guisas, le decian: «es preciso cortar de un solo golpe la cabeza de la heregía y de la rebelion.» El rey de Navarra llegó hasta humillarse al cardenal de Lorena, que le recibia sentado y cubierto, cuando el príncipe se le presentaba en pie y con la cabeza descubierta. Todo en valde.

Mientras rogaba Antonio de Borbon por la vida de su hermano, estaba espuesto á perder la suya propia. Habianle advertido secretamente, que recibiria órden de presentarse al rey inmediatamente: que entonces mirase bien lo que decia; porque habia gentes apostadas para darle la muerte á la menor señal de descontento que diese el rey. El órden llegó: el rey de Navarra hizo que se lo repitiesen tres veces; y no pudiendo escusarse, dijo á uno de sus confidentes: «yo iré, y me defenderé mientras viva. Si muero, tomad mi camisa teñida de mi sangre, llevadla á mi hijo, y decidle que muera antes que pierda el deseo de vengarme.» Dicho esto, fue á palacio, oyó serenamente lo que el rey le dijo, respondió con modestia, y se retiró sin recibir mal alguno; mas pudo escuchar á uno de los Guisas, que despechado de verle escapar, esclamó: «¡qué corazon tan ruin tenemos por rey!»

Si este atentado infame fue tan cierto como la imaginacion atemorizada del rey de Navarra se lo hizo siempre creer, es de los mas horribles que cuenta la historia; principalmente si se atiende á que se aconsejó á un rey casi

niño, cuya salud vacilante descaecia diariamente, y que podia haber precipitado en la tumba la conmocion que sintiese al ejecutarse el asesinato. Los Guisas debian prever este peligro; y si no los contuvo, sin duda entraba en sus designios la muerte de Francisco II.

El príncipe de Condé fue condenado á muerte á pluralidad de votos, y se señaló para su suplicio el 10 de diciembre, dia de la abertura de los estados. Algunos de los jueces habian ya firmado la sentencia, cuando se estendió por la ciudad la noticia de que el rey, cuya salud se deterioraba cada vez mas, estaba ya á la estremidad. Con esta novedad los partidarios y los enemigos de Condé se suspendieron: él, dispuesto á todo, habia manifestado siempre en la prision una serenidad de ánimo á prueba de todos los peligros. Recluido, incomunicado, rodeado de guardias que le querian mal, reducido á servirse de criados estraños, porque se le habia negado que le asistiesen los suyos, no perdió su alegría ordinaria: escribió á su muger, á quien se habia prohibido que le viese, cartas de consuelo. El infortunio no doblegó su ánimo altivo, mucho menos cuando la agonía del rey empezó á darle algunas esperanzas. Entonces se le propuso hacer un ajuste con los Guisas; pero él respondió: «no hay mejor ajuste que con la punta de la lanza.» Obstinacion funesta, que le hubiera costado la vida, á no haber fallecido tan pronto Francisco II. Todos sabian que este monarca no podia

vivir mucho; pero su muerte, acaecida tan á propósito y con tanta celeridad, causó sospechas que la historia no ha podido desvanecer ni justificar. Murió el 6 de diciembre demasiado jóven, demasiado afligido por las enfermedades para que se le puedan imputar las desgracias de su reinado.

La conjuracion de Amboise fue el principio de la guerra civil y religiosa, cuyos elementos existian ya desde la predicacion de la reforma, y se habian envenenado con la ambicion y osadía de los partidos que se formaron en la corte del descuidado Enrique II. Dicha conjuracion fue tambien la era de un nuevo periodo de peligros y calamidades para la monarquía francesa, harto mas temibles y crueles que los que le produjo la rivalidad de Inglaterra; porque en las guerras de Juan II, Cárlos V y Cárlos VII se conservaba á lo menos el espíritu nacional, el odio á la dominacion estrangera y el amor de la independencia, que daban siempre fundadas esperanzas de la victoria; pero en las luchas civiles que ensangrentaron los últimos años de la dinastía de los Valois, eran franceses los que volvian las armas contra el seno de su patria, y el espíritu reinante no era nacional, sino faccioso. Los que defendian la monarquía, no tanto la defendian por ella misma, como por sostener á los Guisas, los cuales la atacaron á su vez, cuando lo juzgaron útil para los intereses de su ambicion.

La prudencia de Cárlos V, la fortuna de Cárlos VII y la política de Luis XI habian dado estraordinario vigor á la fuerza y poder de la corona: con él resistió las pérdidas y calamidades que ocasionaron á Francia las empresas de Cárlos VIII, Luis XII y Francisco I en Italia, y la guerra de rivalidad que sostuvieron contra los españoles y alemanes. Los males que producen las lides estrañas y en paises estraños, se curan fácilmente con la paz: mas no fue así con las crueles llagas que produjeron en el reino las disensiones intestinas, en que la ambicion se disfrazaba con el velo de la religion, del amor al rey y del patriotismo. Mucho tiempo despues que la bondad de Enrique IV el grande y la energía de Richelieu encadenaron la hidra de la guerra civil, levantaba todavía este mónstruo algunas de sus cabezas, y solo se retiró enteramente vencida por la gloria de Luis XIV.

La monarquía, que habia luchado con felicidad contra el feudalismo, pudo al fin triunfar de los dos nuevos enemigos que la acometieron, el fanatismo religioso y la ambicion de una familia estrangera. Presentóse en el ilustre gefe de los Borbones como el númen de la bondad que habia descendido del cielo para consolacion de los mortales: Richelieu le dió un fundamento solidísimo, arruinando todas las oposiciones, é identificándola con el principio del equilibrio y de la independencia europea. Luis el grande la rodeó con todo el esplendor

que puede comunicar la gloria humana. Pero antes de llegar á este auge y á esta grandeza, tuvo que atravesar mares de sangre, espantosos peligros é inauditas calamidades.

No es dudoso que los franceses en la guerra que sostuvieron en Italia desde Cárlos VIII hasta Enrique II hubieran triunfado, y acaso señoreádose de gran parte de Europa, á no ser por la oposicion de la potencia española, que despues de haberlos arrojado de Italia, los obligó á pelear en defensa de sus propias fronteras, y á firmar las paces de Crespi y de Cateau Cambresis. Tambien es cierto que los españoles no hubieran tenido ni pretestos ni medios para dominar á Italia, á no ser por las impolíticas espediciones de los franceses. Los italianos temian á estos mas que á los españoles, porque los tenian mas cercanos. La union de las casas de Castilla, Aragon y Austria les impuso un yugo, que procuraron en vano arrojar de sus cuellos formando inútiles alianzas con los mismos franceses que antes aborrecian.

CAPITULO ADICIONAL.

Historia de las Islas Británicas bajo las dinastias de Tudor y de Stuart.

ENRIQUE VII, *rey de Inglaterra* (1486). Muerto y vencido el usurpador Ricardo III en los campos de Bosworth, Enrique, conde de Richmont, ascendió al trono sin dificultad: recibió por esposa á la princesa Isabel, hija de Eduardo IV; y reuniendo y confundiendo de este modo los derechos de las casas de York y de Lancáster, dió fin á la terrible y calamitosa guerra de las dos Rosas. Pero siempre fue mas inclinado al partido de Lancáster que era el de su familia, y por cuyos derechos creia reinar; y asi para que el pueblo no atribuyese su elevacion á los de su muger, difirió su coronacion hasta dos años despues. Nunca fue amigo sincero de la familia de York ni de sus partidarios.

Esta aversion se manifestó en muchas ocasiones. Dejó preso en la torre de Londres al conde de Warwik, hijo del desgraciado duque de Clarence, muerto por las intrigas del usurpador Ricardo en el reinado de Eduardo IV: trató siempre mal á la reina su muger, muy amada de los ingleses por sus virtudes, solo

porque pertenecia á la familia de York: despues de su advenimiento al trono marchó hácia el norte del reino á disipar las reliquias de los partidarios de Ricardo, como lo logró efectivamente; y habiendo cogido en una iglesia cercana á Abingdon al conde de Stafford y á su hermano, mandó decapitar al primero con el pretesto de que aquel templo no gozaba del derecho de asilo para los rebeldes, en una época en que los ingleses ansiaban por la paz, y la clemencia le hubiera sometido todos los corazones.

Esta reaccion produjo sus efectos ordinarios: el odio público que escitó, dió osadia á los malcontentos y á los que siempre especulan con las disensiones civiles, para formar conspiraciones, que no dejaron de ser peligrosas; bien que la fortuna de Enrique hizo que sus enemigos fuesen personas de poca capacidad, lo que junto con el cansancio general de las guerras civiles, le adquirió fácilmente el triunfo contra todos los conspiradores.

Impostura de Simnel: batalla de Stoke (1487). Ricardo Simon, sacerdote de Oxford y yorkino fanático, se valió de un jóven de 15 años, llamado Lamberto Simnel é hijo de un panadero, para suscitar un concurrente á la corona; pero con tan mala maña, que le hizo tomar el nombre del conde de Warwik, preso entonces en la torre, fingiendo haberse escapado de ella. El rey para desvanecer esta impostura, no tuvo mas que hacer que presen-

tar al infeliz recluso al pueblo de Londres: pero Simnel habia conseguido ya sublevar en su favor la Irlanda; y los malcontentos, aunque le tuviesen por impostor, querian valerse de él para destronar á Enrique y dar la corona al verdadero conde y legítimo heredero del reino, si las leyes hubiesen prevalecido contra la fuerza.

Simnel fue proclamado rey en Irlanda con el nombre de Eduardo VI, pasó á Inglaterra, desembarcó en el condado de Lancáster, y su ejército, mandado por el conde de Lincoln, se adelantó hasta el condado de Nottingham, donde se encontró junto á Stoke con el que Enrique mandaba en persona, muy superior en número y disciplina. Pero á pesar de esta desigualdad, fue la batalla reñidísima y sangrienta. El conde de Lincoln y lord Lovel, partidarios del impostor, perecieron en ella, y el rey consiguió una victoria decisiva. Simnel y su director Simon fueron hechos prisioneros. Este, en razon de su estado, fue condenado solamente á reclusion: á Simnel le dió Enrique el empleo de pinche en su cocina, del cual ascendió despues á la dignidad de alconero: venganza y castigo sumamente políticos, y que han sido elogiados con razon: mas no la cruel persecucion que movió contra todos los que habian favorecido la empresa; porque los sometió á consejos de guerra ó á comisiones especiales, que los condenaban sin formalidad alguna de justicia.

Espedicion de Enrique á Francia (1489). Enrique VII era hombre de intrépido valor y de grande capacidad política, que le mereció el título de Salomon de Inglaterra; pero inaccesible á la gloria, porque en la dominacion no tenia mas objeto que el de satisfacer su avaricia. Estaba pues muy distante de declarar la guerra á Cárlos VIII, rey de Francia, que solicitaba entonces la mano de la duquesa Ana de Bretaña; y aunque las consecuencias de este matrimonio hubiesen de ser la incorporacion de la Bretaña en la monarquía francesa, y la pérdida para la Inglaterra de una soberanía, constante aliada suya, y de una puerta siempre abierta para penetrar en Francia, ninguna de estas consideraciones era á propósito para empeñar en la guerra á un hombre del carácter de Enrique.

Pero los ingleses la querian, y el rey afectó condescender. Juntó el parlamento, recibió cuantiosos subsidios, desembarcó en Calés al frente de 25.000 hombres de á pie, y 16.000 caballos, hizo proposiciones puramente pecuniarias, y vendió la paz por 200.000 libras esterlinas que el rey de Francia prometió pagarle, y por una pension anual de 25.000 escudos para él y sus herederos; despues de lo cual se volvió á Inglaterra.

Conspiracion de Perkins (1492). La duquesa de Borgoña, viuda de Cárlos el temerario y hermana de Eduardo IV de York, gobernaba entonces los Paises-bajos en nombre de su

nieto el archiduque Felipe, menor de edad, é hijo del emperador Maximiliano, y de Maria, hija de Cárlos, y que ya habia fallecido. Esta princesa no podia consolarse del desastre de su familia, y procuraba suscitar en todas partes enemigos contra Enrique. En la conspiracion de Simnel habia dado á este impostor socorros de hombres y dinero; y despues del mal éxito de aquella empresa, resolvió formar otra mejor concertada, y cuyo efecto le parecia mas seguro.

Publicó pues, por medio de sus emisarios, que Ricardo, duque de York y hermano de Eduardo V, no habia muerto, como se creia, en la torre de Londres asesinado de órden de Ricardo III; sino que habia logrado escaparse de la prision y vivia oculto. Cuando esta ficcion habia ya echado raices en el pueblo inglés, que siempre miraba con aversion el gobierno de Enrique, mandó la duquesa instruir secretamente en el papel de Ricardo, que habia de representar, á un jóven, el mas á propósito que pudiera hallar para el caso; porque ademas de su talento y gracias personales, era tan parecido á Eduardo IV, que muchos le tuvieron despues de descubierta la impostura por hijo natural suyo. Llamábase Pedro Perkins, y era hijo de un judio convertido, que habia morado algunos años en Inglaterra.

Este, favorecido secretamente por la duquesa de Borgoña, pasó, como su antecesor Simnel, á Irlanda, donde se conservaba el afec-

to á la casa de York, y que se declaró inmediatamente por él. De alli viajó á Francia, donde Cárlos VIII le recibió muy bien, aunque despues tuvo que mandarle salir de su corte por las reclamaciones de Enrique VII. Fue despues á visitar á la duquesa de Borgoña, la cual afectó ignorar quién era, y fingió no dar crédito á sus pretensiones, alegando que ya habia sido engañada por Simnel, y que no queria volverlo á ser por otro. Vencida en apariencia de sus instancias, le vió y oyó, se manifestó persuadida, le abrazó como á sobrino suyo, y se declaró su protectora.

Estableciόse pues una correspondencia directa entre los descontentos de Inglaterra, y los que habian seguido á Perkins á Flandes, y se movió contra Enrique una vasta conspiracíon, tanto mas peligrosa, cuanto no fue posible hallar los cadáveres de los dos príncipes hijos de Eduardo IV. Pero el rey logró, por medio de sus confidentes en los Paises-bajos, descubrir el origen de la intriga y los nombres de los principales conjurados que habia en Inglaterra, y que fueron inmediatamente presos; y muchos pagaron su delito con la cabeza, entre ellos lord Stamley, camarero mayor, y persona de mucha importancia, tanto por su destino, como por sus conexiones con las mejores familias del reino.

Perkins emprendió desembarcar en Inglaterra en la costa de Kent; pero rechazado de todas partes, se retiró á Escocia, donde reinaba

entonces Jacobo IV, el cual, ó engañado por el impostor, ó fingiendo ser engañado para tener un medio de introducir la guerra civil en casa de su vecino, le dió por esposa á Catalina Gordon, princesa de su sangre, le reconoció por rey de Inglaterra, y entró con ejército en los condados del norte; pero como no encontrase en ellos quien favoreciese su causa, porque los últimos suplicios habian aterrado todos los ánimos, se volvió á Edimburgo, hizo paces con Enrique y arrojó á Perkins de sus estados.

Sublevacion de Cornwalles: batalla de Blackheath (1497). Aunque esta guerra no diese gran cuidado á Enrique, pidió sin embargo subsidios al parlamento, y el parlamento se los concedió. Pero los habitantes de Cornwalles no quisieron pagarlos; porque decian que no era obligacion de ellos contribuir para la defensa de los condados septentrionales. Miguel José, herrador de Bodmin, y Tomas Flammock, abogado, fueron los gefes de esta sedicion. Toda la provincia se armó en masa. Los rebeldes atravesaron el condado de Devon, entraron en el de Somerset, donde se unió á ellos el lord Andley, y marcharon contra la capital, jurando dar muerte á Bray y á Morton, ministros de Enrique. Con estas disposiciones llegaron á Eltham, villa cercana á Londres, donde se acamparon sin hacer daño á nadie.

El rey dividió sus tropas en tres cuerpos, mandados los dos primeros por el conde de Oxford y lord Daubeney, y el tercero que servia

de reserva, se apostó en los campos de san Jorge. Mandó al de Oxford que se apostase detras de la montaña donde estaba el campamento de los rebeldes; y habiendo echado voz de que no daria batalla hasta algunos dias despues, para confirmar al enemigo en esta opinion y sorprenderle mas á su salvo, no empezó la acción hasta la tarde. Daubeney derrotó un destacamento de los rebeldes que estaba en el puente de Deptford, subió á la montaña, atacó impetuosamente, se arrojó enmedio de los enemigos, y fue hecho prisionero; pero los suyos le salvaron muy pronto. Si bien el número de los rebeldes era muy superior, careciau de artillería y de caballería; y asi, despues de alguna resistencia, fueron vencidos, y casi todos los que no murieron, quedaron prisioneros. El rey los envió á sus casas, escepto á los gefes, que fueron degollados. El herrador subió al cadahalso, muy consolado con la idea de que la historia hablaria mucho de él.

Perkins, que fugitivo de Escocia se habia refugiado en las lagunas y desiertos de Irlanda, persuadido de sus amigos pasó á Cornwalles, cuyos pueblos estaban prontos á sublevarse; y apenas se presentó en Bodmin, se le reunió un ejército considerable, con el cual llegó hasta Execter, que no quiso abrirle sus puertas. El rey marchó contra él: Perkins se retiró, tomó asilo en un templo; y perdonada la vida, fue conducido preso á Londres. El Cornwallés se sometió.

Perkins, fastidiado de estar en la cárcel, se escapó y se refugió al convento de Sheene, cuyo prior intercedió de nuevo por él. El rey le perdonó la vida segunda vez, y le mandó encerrar en la torre de Londres; pero despues de haberle obligado á repetir en alta voz en las calles de Wetsminster y de Cheapride la confesion de sus imposturas.

Suplicio de Perkins y del conde de Warwik (1499). Preso en la torre, recurrió á sus ordinarios artificios. Ganó á cuatro criados del alcaide, y por medio de ellos se puso en comunicacion con el conde de Warwik. Deseosos uno y otro de conseguir su libertad, emprendieron matar al alcaide. Descubrióse la conspiracion, y Perkins fue ahorcado. Casi al mismo tiempo Wilford, hijo de un zapatero, alentado por el crédito que el vulgo habia dado á las anteriores imposturas, fingió ser el conde de Warwik, y aun hubo un clérigo que desde el púlpito lo anunció como tal al pueblo.

Enrique exasperado por este nuevo incidente, ó valiéndose de él para estinguir el último resto de la dinastía de los Plantagenet, mandó formar causa á Warwik, y este príncipe fue condenado y degollado. El descontento que su muerte causó, fue universal; y para acallarlo, calumnió Enrique á Fernando el católico, rey de España, diciendo que este monarca no condescendia en el casamiento de su hija Catalina con el príncipe de Gales, mientras quedase algun descendiente de la dinastía estinguida.

Enrique habia dado á su hijo el nombre de Artus ó Arturo, en memoria del príncipe breton del mismo nombre que habia peleado valerosamente contra los sajones en el siglo VI; porque se creia que la familia de Tudor era descendiente de aquel guerrero. El matrimonio del príncipe de Gales con Catalina, infanta de España, se efectuó en 1501; pero al año siguiente falleció Arturo, y Enrique, ya por no devolver la dote que ascendia á 200.000 ducados, ya por conservar la alianza con España, obligó á su hijo segundo, llamado tambien Enrique, á la sazon de 12 años, á contraer esponsales con la princesa viuda, prévias las dispensaciones necesarias. Al mismo tiempo casó á su hija mayor Margarita con Jacobo IV, rey de Escocia. Uno y otro matrimonio tuvieron consecuencias muy importantes para Inglaterra y para Europa.

El fin del reinado de Enrique VII fue pacífico: su política era celebrada y temida de los demas estados; mucho mas despues que su alianza con España, Escocia y Austria le daba gran preponderancia en occidente. Entonces estaba llamada la atencion de los políticos hácia Italia, donde luchaban por la dominacion de aquella península con vario suceso Luis XII, rey de Francia, Fernando el católico y el emperador Maximiliano I.

Enrique, asegurado en el trono, satisfizo su pasion dominante, que era la avaricia, ya con los subsidios que le concedia el parlamen-

to, ya con las causas que mandaba formar á aquellos de cuyos bienes confiscados esperaba grandes sumas. Cometiéronse horribles injusticias por la intervencion de sus ministros Empson y Dudley, muy hábiles en enredar á los incautos con las marañas judiciales. Los acusados eran puestos en la cárcel sin hacerles sumaria; y para recobrar su libertad se veian obligados á pagar grandes sumas, á las cuales se dió el nombre de *mitigaciones y composiciones.*

Enrique VII falleció, de una enfermedad de consuncion, á los 52 años de edad y 23 de reinado: fue aborrecido de su nacion; pero temido, venerado y obedecido. Construyó el primer navio de la marina inglesa, llamado el *gran Harry*; porque antes los reyes de Inglaterra, cuando querian hacer guerra por mar, no tenian otro medio que el de embargar los buques mercantes. Cuando vió que Cristóval Colon habia descubierto un nuevo mundo para Castilla, envió en 1498 á Sebastian Cabot, veneciano, establecido en Bristol, para que hiciese descubrimientos. Este marino vió el continente de América á los 60 grados de latitud boreal, la isla de Terranova y otros paises; pero no hizo establecimiento en ninguna parte. Elliot y otros comerciantes de Bristol hicieron una tentativa de la misma especie en 1502.

Enrique VIII, rey de Inglaterra (1509). Enrique VIII empezó á reinar á los 18 años de edad con el tesoro y el poder casi absoluto que

heredó de su padre, con el amor del pueblo que le habian grangeado su hermosura, su afabilidad y su instruccion; pero con pasiones violentas que no supo ó no quiso templar. Disipó los caudales que su padre le habia dejado, en guerras estrangeras que le adquirieron poca gloria, ó en fiestas y diversiones. Su amor á las mugeres le hizo desechar la autoridad de Roma, formar un cisma en la Iglesia anglicana, é imitar á Lutero, haciéndose gefe de una nueva reforma; y su presuncion por los conocimientos teológicos que creia poseer, le puso un velo en los ojos para justificar sus violencias, injusticias y crueldades.

El primer acto de su gobierno fue muy agradable al pueblo; porque mandó formar causa á Empson y Dudley, ministros de su padre é instrumentos de la avaricia de Enrique VII. Mas no fue fácil condenarlos; porque ellos se defendian diciendo que nunca habian sentenciado ninguna causa sino en virtud del testo de una ley; y que si habia leyes malas, la culpa no era de ellos, que como jueces tenian que aplicarlas; sino de los legisladores que no las habian abrogado. Pero como el rey estaba decidido á sacrificarlos al odio público, se les imputaron crímenes improbables, como el de haber conspirado contra la soberanía, y el de haber emprendido apoderarse del gobierno cuando falleció Enrique VII. Los jurados se dejaron seducir por las hablillas del vulgo y por la influencia de la corte, pronunciaron

sentencia contra ellos; el parlamento la confirmó con un bill de proscripcion, y fueron degollados de órden del rey.

Guerra con Francia (1512). Duraba todavia la grande querella de Julio II, sumo pontífice, y Luis XII, rey de Francia; solicitando este deponer al papa, y Julio arrojar á los franceses de Italia. Aliados de Roma fueron Fernando el católico y su yerno Enrique VIII, el cual, deseoso de emplear sus fuerzas en una guerra muy agradable á los ingleses, y distinguirse en Europa por sus cualidades militares, envió á Fuenterrabía un cuerpo de tropas auxiliares al mando del marques de Dorset, mientras él se preparaba á entrar con todas sus fuerzas por la frontera de Picardia.

Dorset fue muy útil para los intentos de Fernando el católico; porque mientras el general inglés observaba á los franceses, y les impedia dar socorro á Juan de Albret, rey de Navarra, y aliado de Luis XII, las tropas españolas se apoderaron de cuanto poseia este príncipe al mediodia del Pirineo. Pero Dorset no pudo hacer conquista alguna para su nacion, por lo cual fue muy mal recibido del rey cuando volvió de esta campaña.

Enrique desembarcó en Calés con un ejército numeroso, y tuvo el honor de que el emperador Maximiliano le sirviese á sueldo en el sitio de Terouenne. Todas sus espediciones militares se redujeron á la *jornada de las espuelas*, en que la caballería francesa, despues de

haber introducido un socorro en la plaza, huyó á toda brida de los ingleses que la perseguian, la toma de Terouenne, y la de Tournay. Como los suizos, que èran tambien aliados del papa, se volvieron á su pais desde Dijon, hasta donde habian penetrado, Enriquè creyó que no era prudente luchar solo contra todo el poder de Francia, y se volvió á su reino, donde ya el rey de Escocia, aunque cuñado suyo, le habia declarado la guerra por no abandonar á sus aliados naturales los franceses.

Batalla de Flodden (1513). Pero los escoceses no comenzaron las hostilidades sino cuando la campaña estaba casi concluida en Francia. Jacobo IV juntó un ejército de 50.000 hombres, pasó el Tweed y asoló la parte septentrional de Nortumberlandia. Estas devastaciones produjeron su efecto ordinario: los soldados no tuvieron víveres, y empezaron á desertarse. El general inglés conde de Surrey, que solo tenia 26.000 hombres, se acercó al ejército enemigo, acampado sobre una altura cerca de la montaña de Teviot. No pudiendo atraer los escoceses á la llanura, fingió marchar contra Berwik: el enemigo le picó la retaguardia; y Surrey, á favor del humo de las barracas incendiadas que impidió á los escoceses advertir su movimiento, pasó un riachuelo que le separaba de los enemigos.

Los dos ejércitos, viendo que el combate era inevitable, se prepararon á él con gran denuedo. El general inglés dividió sus fuerzas en

dos líneas, y se puso al frente de la segunda, confiando la primera al lord Howard. Los escoceses se presentaron en tres divisiones: el rey mandaba la del centro, el conde de Huntley y lord Hume la derecha, y los condes de Lennor y de Argile la izquierda: el cuerpo de reserva estaba á las órdenes del conde de Rothwel. Huntley comenzó el combate, y cargó con tanto brio la línea de lord Howard, que la puso en derrota; pero lord Dacres, que mandaba una parte de la segunda línea, acudió á tiempo y restableció el combate, que entonces se hizo general.

Peleóse con suma obstinacion por ambas partes, hasta que los montañeses de Escocia, irritados de los estragos que hacia la artillería inglesa, se arrojaron espada en mano, llevando al rey á su frente, sobre el cuerpo del conde de Surrey, con tanta impetuosidad, que su segunda línea no pudo seguirlos, y un cuerpo inglés les cortó la retirada. Jacobo, aunque pudo retirarse antes de este movimiento, no quiso, y continuó peleando con valor tan heróico, que restableció el combate, y los ingleses tuvieron que usar segunda vez de la artillería y de los flecheros. Llegó la noche, y separó á los combatientes.

Los ingleses no conocieron hasta el dia siguiente cuan grande victoria habian conseguido. Casi toda la nobleza de Escocia con su rey Jacobo y 10.000 soldados habian perecido en la batalla. Los ingleses no perdieron ninguna per-

sona de cuenta. El cadáver de Jacobo IV fue remitido á Londres, donde se le hicieron honrosas exequias; pero los escoceses creyeron y aseguraron entonces y mucho tiempo despues, que aquel no era el cuerpo de su rey, sino de un capitan, llamado Elphinston, que llevaba una armadura semejante á la del monarca, y que este habiendo escapado de la batalla, partió en secreto á la peregrinacion de la Tierra-santa.

Jacobo IV dejó en menor edad á su hijo Jacobo V bajo la tutela de la reina viuda Margarita. Esta escribió á su hermano Enrique VIII pidiéndole la paz, y le fue concedida. Al mismo tiempo se firmaron treguas con Francia. En esta época comenzó el gran favor que tuvo con el rey de Inglaterra el célebre Wolsey, uno de los personages mas célebres de su nacion y de su siglo.

Tomas Wolsey era hijo de un caballero de Ipswich, y no de un carnicero, como creyó despues el vulgo. Estudió en Oxford, y sus progresos fueron tan rápidos, que á la edad de 14 años recibió el grado de bachiller, y se le llamaba *el bachiller niño*. Concluidos sus estudios, fue preceptor de los hijos del marques de Dorset, y en premio de este servicio se le dió el rectorado de Lymington. Por recomendacion del capellan de Enrique VII se le envió á Bruselas con una comision de este príncipe para el emperador Maximiliano; y la desempeñó con tanta celeridad, que cuando al presentarse

en la corte le iba á reprender el rey porque no habia partido, le entregó la respuesta del emperador. En premio de su celeridad se le dió el deanato de Lincoln.

Cuando Enrique VIII subió al trono, el obispo de Winchester, celoso del favor que gozaba el conde de Surrey con el nuevo monarca, introdujo á Wolsey en palacio para que suplantase al favorito, como lo consiguió. Wolsey era hombre de mucha capacidad y osadía, amable en el trato, seductor y lisongero con los mayores, altivo con los iguales, afable con los inferiores; justo y virtuoso cuando no dañaba á los intereses de su desmedida ambicion; liberal y amigo de la magnificencia, de los placeres y del lujo mas de lo que conviene á un sacerdote. Se cita de él como una cosa estraordinaria, que fue el primer prelado británico que usó ropas de seda.

Ganó el cariño de Enrique de tal modo, que vino á parar á sus manos todo el manejo del gobierno. Obtuvo el obispado de Lincoln, la mitra arzobispal de York, reteniendo el obispado de Tournay que le dió el rey cuando esta plaza estaba en poder de los ingleses, y las rentas de Bath, Worcester y Hereford, obispados que poseian prelados italianos, que obligados á residir en Roma por otras dignidades, se compusieron con él abandonándole gran parte de sus emolumentos. A la mitra de York añadió despues las de Durham y Winchester. El papa le hizo su legado en Inglaterra: el rey su

gran canciller; y la iglesia y el estado, puestos á disposicion de Wolsey, aun no satisfacian su insaciable ambicion.

Conferencias de Ardres (1520). Wolsey buscó pábulo para satisfacerla fuera de la isla; y Francisco I, rey de Francia, cuya rivalidad contra Cárlos V comenzaba entonces, trató de ganarle con regalos y lisonjas. El ministro de Enrique VIII no fue insensible á estos halagos; y por su intervencion logró Francisco que se le restituyese la plaza de Tournay, y que se celebrase entre Guines y Ardres una entrevista de ambos reyes, que ha sido célebre en la historia por la magnificencia de las fiestas que se hicieron, y por su inutilidad; pues aunque Francisco no omitió medio alguno para ganar á Enrique y asentar con él un tratado de alianza, apenas el rey de Inglaterra volvió á Londres, el hábil Cárlos V, que pasaba entonces de Alemania á España, le visitó, le halagó con la idea de que seria árbitro de la Europa confederándose con él, y separó á Wolsey del partido de Francisco con la perspectiva, tan seductora para su ambicion, de la tiara, que esperaba conseguir por el influjo del emperador. Sin embargo, dos veces estuvo vacante poco despues la santa Sede, y las esperanzas del ambicioso Wolsey quedaron frustradas; pues la primera vez fue exaltado Adriano VI, y la segunda Clemente VII.

Pero en tanto mandaba despóticamente en Inglaterra. El duque de Buckingham, hijo

del que pereció por haberse rebelado contra Ricardo III, perdió la vida, solo porque habló indiscretamente contra la prepotencia y el lujo del cardenal. Tomóse por pretesto para perderle su afectacion de popularidad, y la costumbre de que se le acusó de consultar á los gitanos y embaucadores que decian la buena ventura, acerca de la sucesion á la corona. Un tribunal inícuo le condenó á muerte, y la sentencia se egecutó de orden del rey.

A pesar de este inmenso poder no pudo lograr de la cámara de los comunes subsidios tan cuantiosos como el rey deseaba y necesitaba; pues los tesoros que habia juntado la avaricia de Enrique VII estaban ya disipados por el lujo y la prodigalidad de su hijo. Enrique VIII, hombre de carácter violentísimo, llevó muy á mal esta oposicion; y atribuyéndola á la debilidad ó connivencia del cardenal, empezó á mirarle desde entonces con menos agrado.

Principios del pleito matrimonial entre Enrique VIII y su muger (1527). Enrique VIII habia vivido muchos años con su esposa Catalina de Aragon en grande amor y concordia. La hermosura y las virtudes de esta princesa habian cautivado su corazon. Tuvo de ella muchos hijos, de los cuales solo le quedaba María, habiendo fallecido los demas en tierna edad. Pero al fin, la reina tenia mas años que Enrique, su belleza comenzó á marchitarse, y el rey se dejó prender de otros amores.

Ana Boleyn (que los españoles llamamos *Bolena*), hija de un caballero inglés, que habia sido embajador de Enrique en varias cortes, reunia al atractivo de la juventud y de una belleza estraordinaria, la instruccion, el conocimiento de las lenguas estrangeras y todas las habilidades que habia aprendido en los viages de su padre, señaladamente en la corte de Francia, que era mirada entonces como el centro de la galantería y de la urbanidad de Europa. Admitida en palacio como dama de la reina, fue vista y amada del rey; y tuvo bastante virtud ó ambicion para resistir á las persecuciones del monarca.

Entonces empezó Enrique á tener escrúpulos de su matrimonio con Catalina, viuda de su hermano Arturo, aunque habian sido bastante comunes los matrimonios de esta especie con licencia del papa: entonces empezó á dudar de si eran ó no ciertas las causas que se espusieron en Roma para adquirir la dispensa, como si la falsedad de dichas causas, espuestas por Enrique VII, pudiese invalidar los derechos de un matrimonio de tantos años, ni la suerte de su inocente hija. Wolsey atizaba su pasion, por vengarse de Cárlos V, sobrino de Catalina, y que le habia engañado con falsas esperanzas de la tiara: irritábale la ambicion y la invencible resistencia de Ana Bolena; y en fin, la corte de Francia, deseosa de romper el lazo que unia á Inglaterra con España, y sabedora de todo lo que pasaba en

Londres, contribuyó tambien á precipitarle, negándose al casamiento que proponia Enrique de la princesa María con uno de los hijos de Francisco I, alegando que era ilegítima, y fruto de un enlace incestuoso.

Enrique pues pidió al papa Clemente VII, que declarase nulo su matrimonio. Clemente se hallaba entonces bajo la dependencia de Cárlos V, omnipotente en Italia despues de la batalla de Pavía, y no queria disgustarle, injuriando á su tia Catalina. Era defensor, por el alto puesto que ocupaba, de los principios de la moral, favorables siempre al matrimonio contraido de buena fe; y por otra parte, tampoco queria desagradar á Enrique VIII, á quien antes habia dado el título de *Defensor de la fe* por un libro que escribió contra los errores de Lutero. Resolvió pues dar largas al negocio, y envió á Inglaterra al cardenal Campeggio, con órdenes para que se examinase el proceso en Londres, y se viese la causa en el tribunal supremo eclesiástico de este reino.

El rey y su esposa comparecieron en dicho tribunal: el rey para pedir el divorcio: la reina para arrojarse á los pies de su marido, quejarse de la violencia é iniquidad de semejante juicio, y retirarse. El pleito se prosiguió; pero cuando despues de todos los trámites judiciales, prolongados cuanto era posible, parecia haber llegado el caso de darse la sentencia, fue avocada la causa á Roma, y Enrique perdió las esperanzas que con tanto ardor habia concebido.

Caida del cardenal Wolsey (1529). Enrique, incitado por Ana Bolena, cuyas esperanzas ambiciosas habian sido tambien engañadas, despojó á Wolsey del sello de canciller, y lo dió á Tomas Moro, célebre en aquella edad por su saber y por su virtud. Al punto todá la cábala de los enemigos del privado, que eran muchos y encarnizados, se arrojó sobre él, formósele causa; y aunque nada se le probó, le despojaron de todos sus bienes. Uno de ellos era el célebre palacio de Witehalt, que habia construido y alhajado con suma magnificencia: morada despues de los reyes de Inglaterra y cadalso de alguno. El cardenal se retiró á Cawood, pueblo de su arzobispado de York.

Alli vivia sosegado y querido de los que le trataban. Enfureció á los cortesanos que en su desgracia hubiese hallado un asilo, y que viese en él con tranquilidad, y le formaron causa de alta traicion. Cuando pasaba preso á Londres á comparecer en este juicio, en que sin duda hubiera perecido, falleció en la abadía de Leicester. Las últimas palabras que dijo á un cortesano que estaba con él, fueron estas: «si llegais á ser consejero de Enrique, cuidad de lo que le meteis en la cabeza con vuestros dictámenes; porque no se lo sacareis fácilmente.» Sucedióle en el favor del rey Tomas Cranmer, hombre de mucho talento y adicto á las opiniones de la reforma. El consejo que sugirió, de consultar á las universidades de Europa sobre el divorcio, fue el motivo de su privanza.

Enrique VIII, gefe de la iglesia anglicana (1531). Las universidades de Europa fueron consultadas; y el rey de Inglaterra gastó muchas sumas para lograr dictámenes favorables á sus deseos. De esta causa y del influjo de Cárlos V nació la variedad de estos dictámenes, que inutilizó el consejo de Cranmer. Enrique instaba al papa que diese sentencia definitiva: Clemente, siempre deseoso de prolongar la causa, exigia que el rey compareciese en su tribunal, ó en persona ó por procurador. Esta dilacion era sumamente contraria á las intenciones de Enrique, y resolvió cortar el nudo que no podia desatar.

Juntó su parlamento, y fue declarado en él gefe de la iglesia anglicana. Ni el rey ni la nacion conocieron en aquel momento las consecuencias de una declaracion, que aniquilaba con respecto á Inglaterra el centro de la unidad católica, y que enlazando el poder espiritual con el temporal, creaba la tiranía mas espantosa y opresiva. El rey fue poco á poco desenvolviendo el principio de fuerza que le daba su nuevo título, y rompiendo los vínculos de su nacion con la santa Sede. Tomas Moro, que siendo mas sabio, preveia mejor lo futuro, renunció á su empleo de canciller.

Enrique comenzó aboliendo las sumas que por antigua costumbre pagaba la iglesia de Inglaterra á la Sede romana; y prohibió despues el recurso á Roma en apelacion de los tribunales eclesiásticos ingleses, en todas las

causas de matrimonios, divorcios, dispensas, &c. Estos fueron los primeros pasos, necesarios entonces al amor delirante del rey; que procuraba ganar al clero y al pueblo, libertándole del pago de las grandes sumas que la curia romana sacaba de Inglaterra.

Casamiento de Enrique VIII con Ana Bolena (1533). Enrique celebró en secreto su matrimonio con Ana Bolena: declaró nulo el que habia contraido con Catalina, la cual acabó sus dias en Amptill, pueblo cercano á Dunstable, en el seno de la resignacion: hizo pública su union con Ana: la coronó por reina: declaró heredera presuntiva del trono á su hija Isabel, que nació poco despues, y desheredó á la princesa Maria como ilegítima. Tales fueron los principios de la reforma inglesa: un desvarío amoroso, favorecido por las circunstancias, que eran las siguientes.

Inglaterra estaba dividida en tres creencias: católicos, luteranos unidos con los restos de los wiclefitas y lolardos, y cortesanos que no tenian por lo general mas fe que la del monarca. Gran parte de los primeros, ó por ignorancia ó por alucinacion, creyeron, á lo menos en los principios, que la traslacion del supremo poder espiritual de las manos del papa á las del rey, no alteraba en nada la fe católica; pues se enseñaban los mismos dogmas y la misma moral, y no se habia alterado la disciplina esterior. Los innovadores, á cuya frente estaba Cranmer, que fue nombrado por el rey

arzobispo de Cantorbery, aplaudian á todo cuanto el rey determinaba, porque era contra Roma; y espiaban la ocasion favorable para reformar la doctrina; y los cortesanos seguian siempre las máximas de Enrique: solo que en las deliberaciones del parlamento, cada uno procuraba sacar partido á favor de la religion que ocultamente profesaba, tratando las materias de las conciencias como los diplomáticos tratan las de territorio, y creyendo que hacia gran servicio á su creencia cuando conservaba un artículo á costa de dos ó tres perdidos y abrogados. Estas causas contribuyeron á que fuesen tan lentos y tan variables los progresos de la reforma en Inglaterra.

Enrique, conociendo perfectamente la situacion de los ánimos y de los partidos, los manejó con suma destreza, para someterlos todos á su voluntad, y desplegó la tiranía mas imperiosa á efecto de que nadie se atreviese á profesar otra religion que la que él dictaba. Conforme iba adelantando la reforma, iban aumentándose las causas de proscripcion para los católicos: pero ¡ay del innovador imprudente que se anticipaba á las órdenes del déspota! subia al cadahalso por predicar lo mismo que al año siguiente se mandaba creer so pena de muerte. Bainham, Badley y otros muchos amantes de la reforma fueron quemados, casi al mismo tiempo que Fisher, obispo de Rochester, y Tomas Moro subian al cadahalso por ser católicos.

Tomas Moro manifestó en sus últimos momentos la serenidad y alegria de ánimo, que nunca le habian abandonado y que le eran características. Al tiempo de subir al cadahalso, se apoyó en el brazo de uno de sus criados, y le dijo: «amigo, ayúdame á subir: si llega el caso de bajar, yo lo haré solo.» Cuando vió al verdugo, le dijo sonriéndose: «poco renombre ganarás en cortar un cuello tan delgado como el mio.» Cuando puso la cabeza sobre el tajo, dijo al verdugo: «no me cortes la barba, porque la pobre no ha cometido ninguna traicion.»

Suplicio de Ana (1536). La escomunion que lanzó Roma contra Enrique VIII, como cismático y herege, no hizo mas que irritar á este príncipe, y disponerle á romper absolutamente con la santa Sede. Entonces emprendió la supresion y ruina de los monasterios con dos intenciones: primera, la de complacer á los protestantes; y segunda, la de aumentar el partido anglicano con los despojos de los conventos que repartió entre un gran número de caballeros. Desde entonces la mayor parte de la nobleza, dispuesta ya á obedecer al rey, se vió obligada por su interes propio en sostener la reforma. El pueblo se conmovió viendo profanados los templos, arrojados de sus moradas los religiosos, y entregadas á la rapiña las riquezas que la piedad de sus antepasados consagrara á la magestad del culto divino: pero estas sediciones y otras de la misma especie que

se formaban á cada novedad que se introducia en la religion, fueron fácilmente estinguidas apenas se presentó la fuerza armada. Era agente principal del rey en todas las innovaciones religiosas Tomas Cromwel, sirviente en otro tiempo del cardenal Wolsey, y que habia adquirido el favor de Enrique por el celo y valor con que defendió en la cámara de los comunes al ministro caido y acusado.

Este mismo año falleció la virtuosa reina Catalina. Enrique tributó lágrimas sinceras á su memoria; pero Ana Bolena manifestó una alegría indecente en la muerte de su rival. Su triunfo fue de muy pocos momentos. Entre las pasiones violentas que dominaban el corazon del rey, ninguna lo era mas que la de los celos; y ésta se despertó contra Ana, ya por las imprudencias de esta muger, que gustaba de ser galanteada, aunque no correspondiese, ya por las sugestiones de la vizcondesa de Rocheford, muger de su hermano, que perversa por carácter, y celosa tambien de su marido, hizo creer á Enrique que Ana seguia un comercio criminal é incestuoso con su mismo hermano, sin que por eso dejase de corresponder á los amoríos de otros caballeros. Las sospechas del rey se convirtieron en evidencias, cuando en un torneo se le cayó á Ana por inadvertencia un pañuelo, que Enrique creyó destinado á un amante favorecido. Desde entonces arrojó de su corazon á la muger que tanto le habia dominado, puso su amor en Juana Sey-

mur, dama de la reina, y juró la ruina de su criminal esposa.

Ana fue presa en la torre, juzgada por el tribunal de los pares, condenada á muerte, y degollada de orden de su bárbaro marido, que el dia despues de su suplicio casó públicamente con su nueva querida. Poco despues, burlándose de todas las leyes, aun de las mismas que él habia hecho, declaró ilegítima á la princesa Isabel, hija de Ana, y mandó que fuesen únicamente herederos de la corona los hijos de Juana Seymur.

Entretanto continuaban los progresos de la reforma. Tradujéronse en lengua vulgar las Escrituras: proscribióse á los que defendiesen la supremacía espiritual del papa: escluyéronse de las reglas de creencia la tradicion de los padres y las decisiones de los concilios: omitiéronse en el catálogo de los Sacramentos la confirmacion, la extrema-uncion, el órden y el matrimonio; y en fin, todas las cuestiones de gracia y auxilios se decidieron segun los principios de los protestantes. Al mismo tiempo estendia el rey su prerogativa; pues se le concedió la facultad de anular las actas del parlamento que no tuviesen 24 años de fecha.

Al año siguiente dió á luz Juana Seymur un hijo, que tuvo por nombre Eduardo; pero la reina murió de sobreparto. Algunos meses despues se verificó la célebre disputa de Enrique VIII que ambicionaba la gloria de doctor en teología, con el infeliz Lambert, maestro

de escuela, que predicaba el luteranismo, cuya secta perseguia el rey con tanto furor como á los que se conservaban fieles á la creencia de Roma. Celebróse este acto singular en la sala de Westminter con asistencia del clero superior y de la corte. El teólogo coronado, asistido de los obispos, redujo fácilmente al silencio al desgraciado pedante; mas habiéndose éste mostrado firme en su secta, fue condenado á perecer en fuego lento: sentencia que se egecutó con la mayor crueldad. Entretanto el parlamento, que habia puesto en manos del rey toda la autoridad eclesiástica, le abandonaba gradualmente la civil, y por su acta de 1539 dió fuerza de ley á los edictos del monarca.

Casamiento del rey con Ana de Cléves: caida y suplicio de Cromwel (1540). Enrique pensaba en volver por cuarta vez á los vínculos del matrimonio; y para esto trató de hacer indagacion esquisita de las gracias y hermosura de las diferentes princesas de Europa, á cuya mano podia aspirar. Cromwel, luterano secreto, deseaba dar al rey por esposa á Ana, hija del duque de Cléves, que profesaba la misma religion. Elogió la hermosura de esta princesa, le presentó un retrato infiel y lisongero de ella, y se decidió que seria reina de Inglaterra. Cuando llegó á Londres, conoció el rey que le habian engañado; porque ademas de ser muy inferior en hermosura á su retrato, no hablaba mas lengua que la holandesa, de modo que era imposible á Enrique entenderla ni hacerse en-

tender de ella: tenia cortísimo entendimiento; y segun el rey dijo, carecia de las señales que en aquel siglo se atribuian á la virginidad: cosa á que daba Enrique suma importancia.

El despecho de Enrique cayó sobre Cromwel. Acusósele de alta traicion; y como era igualmente aborrecido de los católicos que perseguia, de los protestantes á quienes no auxiliaba segun sus deseos, y de los cortesanos, enemigos natos de todos los que se elevan, fue condenado en la cámara de los pares, y el parlamento lanzó contra él decreto de proscripcion, que el rey mandó egecutar á pesar de las instancias y súplicas del ministro para que le perdonase.

El mismo parlamento que le dió los medios de vengarse de Cromwel, disolvió su matrimonio con Ana de Cléves; tomando por pretesto que esta princesa, siendo niña, habia estado desposada con el duque de Lorena. Ana manifestó la mayor indiferencia por esta decision; y continuó viviendo en Inglaterra con una pension de 3.000 libras esterlinas que se le señalaron. El rey casó inmediatamente con Catalina Howard, sobrina del duque de Norfolk, de la cual se habia enamorado despues de su casamiento con Ana de Cléves.

Suplicio de la reina Catalina Howard: guerra con Escocia: muerte de Jacobo V (1542). La persecucion contra los disidentes del rey, fuesen católicos ó protestantes, continuaba siempre. El doctor Barnes y otros dos lutera-

nos subieron al cadahalso por haber negado la intercesion de los santos en el cielo; y juntamente con ellos otros católicos. La condesa de Salisbury, madre del cardenal Polo, pereció en esta persecucion.

A estos suplicios se siguieron otros de diferente especie y por diverso motivo. La reina Catalina de Howard era una muger estraordinariamente disoluta, y sus crímenes fueron probados con evidencia. No era necesario tanto, conocido el carácter celoso del rey, para hacer que pereciese en el cadahalso con todos sus amantes, cómplices y encubridores. Entre ellos vió el pueblo con sumo placer sufrir el último suplicio á la vizcondesa de Rocheford, cuyas sugestiones habian inspirado á Enrique las sospechas que causaron la ruina de Ana Bolena.

En esta época confiscó el rey las rentas de los colegios, hospitales y otras fundaciones de esta especie. Al mismo tiempo mandó redactar el libro de la *Instruccion del cristiano*, en el cual volvió á enseñarse que eran siete los Sacramentos. Pero poco contento con este libro, escribió otro, titulado *las Ciencias del cristiano*, en que modificó las resoluciones anteriores. Volvió á prohibir la lectura de la Biblia en lengua vulgar, escepto á los caballeros y mercaderes, é hizo algunas alteraciones en el Misal.

Enrique estaba ofendido del rey de Escocia, porque habiéndole citado á una conferencia en York, no asistió á ella. Jacobo V era

católico celoso; y su muger, que era princesa de la casa de Lorena, contribuyó á sostenerle en la fe, á pesar de la nobleza de su reino, inclinada á las nuevas doctrinas, y deseosa de tener parte, como la de Inglaterra, en los despojos de la Iglesia. Los católicos perseguidos por Enrique hallaban asilo en Escocia; y en fin, Jacobo, incitado por su familia, se inclinaba á la alianza de Francia, que era natural para los escoceses.

Enrique pues declaró la guerra á su sobrino, alegando los antiguos derechos de soberanía de Inglaterra sobre Escocia, y dió el mando de su ejército al duque de Norfolk, á quien llamaba *azote de los escoceses*. Mientras Norfolk reunia las tropas en Newcastle, Roberto Bowes, acompañado de otros caballeros, hizo una incursion con el objeto de tomar y saquear á Jedburgh. En el camino se les reunieron el conde de Angus y su hermano Jorge Douglas, que en su largo destierro de Escocia habian subsistido por los dones de Enrique; pero el conde de Huntley que defendia aquella frontera, auxiliado por el lord Hume, se encontraron con los ingleses, los derrotaron y los obligaron á volverse á su reino.

Entretanto Norfolk pasó el Tweed en Berwic al frente de 20.000 hombres: pero sabiendo que el rey Jacobo V marchaba contra él con 30.000 desde Fala y Sautrey, se replegó sobre la frontera. Jacobo queria perseguirle: mas sus nobles, irritados contra él por su ad-

hesion á la fe católica, se negaron á seguirle. No por eso dejó de enviar hácia las fronteras occidentales un cuerpo de 12.000 hombres, que penetraron en Inglaterra por Solway Frith: él los siguió con el resto de sus fuerzas, muy descontentos porque habia quitado á lord Maxwell el baston de general y lo habia dado á Oliveros Sinclair.

Un pequeño cuerpo inglés de 5.000 hombres, mandado por lord Dacres, que se presentó en Solwaymoss, bastó para dispersar aquel ejército indisciplinado; y Jacobo V murió poco despues de pesar y enojo en la flor de su juventud, dejando en menor edad á Maria Estuarda, su hija única, y heredera de un reino donde ya existian todos los elementos de la guerra civil y religiosa, bajo la tutela de la reina viuda. Enrique formó el proyecto de casar su hijo Eduardo con Maria, para unir por este medio las dos coronas: pero la corte de Francia se opuso á ello; y el monarca inglés, irritado de esta intervencion, renovó su antigua alianza con Cárlos V, mas dispuesto á amistarse con Enrique despues del fallecimiento de su tia Catalina de Aragon, y resolvieron ambos acometer las fronteras de Picardía y Champaña, y no detenerse hasta entrar en Paris.

Un año despues que murió en el suplicio Catalina de Howard, pasó el rey á sus sestas y últimas nupcias con Catalina Parr, viuda de lord Latimer, señora de buenas costum-

bres, aunque algo inclinada á las nuevas doctrinas. El vulgo habia dicho por burla, que si Enrique era tan escrupuloso en materia de virginidad, lo mejor que tenia que hacer era tomar una viuda por esposa; y parece que este consejo fue adoptado.

Incendio de Edimburgo: toma de Boloña (1544). En el parlamento que se reunió al principio de este año, declaró el rey legítimas á sus dos hijas, y capaces de suceder en la corona, si fallecia su hijo Eduardo, á pesar de los decretos anteriores; pero con tal que se sometiesen á las condiciones que él les impondria.

Hecho esto, dirigió todos sus pensamientos á la guerra contra Francia y Escocia. El lord Dudley tomó el mando de la escuadra, y desembarcó en Leith, puerto de Escocia, un ejército inglés á las órdenes del conde de Hertford, que se apoderó sin resistencia de aquella plaza, marchó á Edimburgo, y la saqueó y entregó á las llamas. Despues de haber devastado el Lothian, se retiraron los ingleses para acompañar al rey en la grande espedicion que meditaba contra Francia, en cuyo reino habia penetrado ya el emperador por la frontera de Champaña.

Enrique desembarcó en Calés con 30.000 hombres, y todas sus hazañas se redujeron al sitio y toma de Boloña; pues cuando emprendió el de Montreuil, hizo Cárlos V la paz de Crespy con Francisco I, en la cual no quiso ser

comprendido el inglés, y se volvió despechado á su reino.

La guerra con Escocia se reducia á incursiones recíprocas con grave daño de los pueblos, y sin resultados militares ni políticos. Cansado Enrique de esta lid ingloriosa, hizo la paz con Francisco en 1546, á condicion que restituiria la plaza de Boloña mediante una suma que le pagarian los franceses como rescate. En este tratado fue comprendida la Escocia.

La salud del rey descaecia visiblemente, pero no su despotismo religioso ni su crueldad. Ana Ascue, dama muy apreciada por su hermosura y por sus costumbres, y otros muchos que como ella negaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sufrieron el último suplicio, y la misma reina estuvo muy espuesta.

Ya hemos dicho que era inclinada á las doctrinas de los protestantes; y por esa razon recibia algunas veces con distincion á Ana Ascue. Un dia se atrevió á manifestar algunas dudas sobre la presencia real en una conversacion con su marido. Enrique se acordó entonces de las visitas anteriores de la Ascue en palacio, y receló de la fe de la reina. Comunicó sus sospechas á Gardiner, obispo de Winchester, y al canciller Wicotesley, y ambos le afirmaron en la resolucion de castigar á su esposa si era delincuente. Mandó pues intentar contra ella acusacion jurídica.

Como segun las leyes inglesas, es delito

capital hablar mal de la reina, el canciller escribió los artículos de que se la acusaba. Un amigo de Catalina vió este papel, y la dió inmediatamente aviso de lo que contenia. Catalina conoció su peligro; pero tuvo la destreza de evitarlo. Fue á visitar al rey segun acostumbraba; y Enrique, como solia hacer ordinariamente, trajo la conversacion á materias de teología, preguntando á la reina su parecer. «Señor, respondió ella con mucha modestia y sagacidad, la muger que tiene la dicha de poseer un marido tan sábio como vos, y al mismo tiempo gefe de la iglesia, ni puede ni debe adoptar otras doctrinas que las que le inspire su esposo. Tal vez me complazco en oponeros algunas objeciones para admirar la copia de sabiduría con que las disipais.» Enrique quedó contentísimo de esta respuesta, y Catalina se libertó de una acusacion que infaliblemente la hubiera conducido al cadahalso.

El duque de Norfolk y el conde de Surrey fueron las víctimas postreras de la crueldad de este monarca sanguinario: el conde por sospechas de que aspiraba á la mano de la princesa María; y su padre por haber dicho que el rey estaba enfermo y que no viviria mucho tiempo. El conde de Surrey murió en el cadahalso: Norfolk se libró, porque la noche antes del dia señalado para su suplicio falleció el rey á los 56 años de edad y 37 de reinado.

Enrique VIII tuvo los vicios mas odiosos de los tiranos, y ninguna de las prendas de un

buen rey. Fue incontinente, suspicaz, cruel, inconstante en materia de religion, y fánatico en sumo grado á cada alteracion que producia su inconstancia. Amante del despotismo, dictó como leyes sus caprichos. Ningun rey egerció en Inglaterra un poder mas estenso; pero dejó á sus sucesores una larga serie de calamidades en el imperio misto de temporal y espiritual que quiso fundar; porque habiendo destruido la autoridad de la Iglesia, no era fácil conservar la del trono, como lo probará la historia de la casa de Estuardo. Se le sufrió por la costumbre de obedecer á su padre, y porque supo ganar á los nobles, enriqueciéndolos con los despojos de los monasterios; pero dió en su reino el primer impulso á una reforma, que empezando por trastornar los principios morales de la sociedad, habia de acabar necesariamente, como acabó, alterando los políticos.

Eduardo VI, rey de Inglaterra (1547). Enrique VIII, en el testamento que hizo un mes antes de su fallecimiento, declaró por su heredero á Eduardo su hijo, que á la sazon tenia 9 años, y en caso de su muerte, á su hija María, y despues de ella á Isabel; pero á condicion de que estas dos princesas perderian el derecho á la sucesion de la corona casándose sin el consentimiento del consejo de regencia que estableció para la menoría de su hijo, compuesto de seis comisarios.

Eduardo tenia un talento prematuro para el estudio de las lenguas y de las ciencias; y el

célebre matemático Cardano le miraba como un prodigio de la naturaleza. Su carácter era benévolo, sus pasiones dulces, correspondientes á la habitual flaqueza de su salud. Amaba con entrañable afecto al conde de Hertford, su ayo y su tio, como hermano que era de su madre Juana de Seymur. Hertford se aprovechó de la ocasion que tenia en las manos, é hizo que el niño rey firmase unas letras patentes en que le declaraba protector del reino durante su menor edad. El consejo de comisarios no hizo oposicion alguna á esta violacion del testamento de Enrique VIII. A Hertford se le dió el título y ducado de Somerset, y con el nombre de protector gobernó la monarquía, transformó el consejo de regentes en consejo de estado, introduciendo en él muchos de sus amigos y clientes.

Guerra con Escocia: batalla de Pinkey. El protector solicitaba, como Enrique VIII, la mano de la reina de Escocia para Eduardo; pero como la Francia se oponia constantemente á este enlace, resolvió conseguirlo á fuerza de armas. Alistó un ejército de 18.000 hombres, y se dirigió á las fronteras, socolor de castigar á algunos señores escoceses que habian hecho incursiones en Northumberland.

Entró en Escocia por Berwik, y llegó hasta Edimburgo, sin haber hallado resistencia; pero á cuatro millas de esta capital se habia apostado el conde de Arran, gobernador del reino, en una posicion ventajosa defendida por el rio Eske, con un ejército mucho mas numeroso que

el inglés. Somerset llegó á su vista, y se acampó en Faside, y despues de una refriega de caballería, en que los ingleses llevaron lo mejor, hizo propuestas de negociacion. Los escoceses, creyendo que su deseo de paz procedia de su debilidad, resolvieron cortarle la retirada; y abandonando su posicion, pasan el Eske, y se estienden por la llanura divididos en tres cuerpos: el conde de Angus mandaba la vanguardia, el de Arran el centro, y lord Huntley la retaguardia. Sũ caballería, colocada en el flanco izquierdo, era toda ligera, y estaba reforzada por algunos flecheros irlandeses que habia traido el conde de Argyle.

Somerset, que deseaba la batalla, colocó su vanguardia en la izquierda, y el centro y la retaguardia en la derecha; y mas allá de la vanguardia los gendarmas mandados por lord Grey, á quien dió órden de acometer el flanco de la vanguardia enemiga, cuando la viese ya muy empeñada con la inglesa.

Mientras los escoceses avanzaban en la llanura, recibieron mucho daño de la artillería de los navíos ingleses, los flecheros irlandeses se desordenaron, y toda la vanguardia empezó á manifestar aquella incertidumbre que suele ser precursora de la derrota. Viendo esto lord Grey, dejó su puesto, y acometió con sus caballeros pesadamente armados á la infantería escocesa, creyendo segura la victoria; pero tuvo que atravesar un foso y un cenagal, detrás del cual estaban los escoceses con sus lanzas: el

campo, que era de barbecho, interrumpia con los surcos el movimiento de la caballería inglesa, mientras los escòceses herian en ella á su salvo.

Somerset bajó inmediatamente de la altura en que estaba, se paso al frente de la caballería y contuvo su retirada, y la infantería inglesa ocupó el lugar de los gendarmas, y restableció el combate. Al mismo tiempo los arcabuceros y flecheros ingleses y la artillería de tierra dirigieron sus tiros contra la vanguardia enemiga, mientras la de los navíos le mataba mucha gente por el flanco. Los escoceses, acometidos por todas partes, no pudieron resistir el choque de la vanguardia inglesa, que descendia en buen órden de la altura. Hicieron su retirada, que no tardó en convertirse en fuga, y con la cual desordenaron su centro y retaguardia. Todos los cuerpos ingleses entraron entonces en el campo de batalla, y la accion se convirtió en carnicería. Los escoceses fueron completamente derrotados con pérdida de mas de 10.000 muertos y 1.500 prisioneros. La pérdida de los ingleses fue solo de 200 hombres.

Conspiracion y suplicio de lord Seymur: progresos de la reforma (1549). La batalla de Pinkey no produjo mas resultado que el de algunas plazas que cayeron en poder de los ingleses. El protector tuvo que volverse á Londres para disipar la conspiracion que su hermano habia tramado contra él. Los escoceses

convinieron en el casamiento de su reina con Francisco, delfin de Francia é hijo de Enrique II; y durante el reinado de Eduardo VI sostuvieron, auxiliados por los franceses, una guerra de puestos y sitios contra los ingleses, procurando estos conservar las plazas ocupadas, y aquellos recobrarlas.

Lord Seymur, hermano del protector, y almirante de Inglaterra, era ambicioso, atrevido, tenia celos de la elevacion de su hermano mayor, y aspiraba á suplantarle. El primer paso que dió para ello, fue casar con Catalina Parr, viuda de Enrique VIII; y aunque esta princesa falleció de parto un año despues, no por eso renunció Seymur á sus proyectos ambiciosos. Somerset, hombre moderado, hizo todos los esfuerzos posibles para calmarle y atraerle á la razon: pero fue en vano, y tuvo que fulminar acusacion contra él. Esta acusacion tuvo el efecto ordinario en aquella época: Seymur fue proscrito y degollado en el patio de la torre.

La reforma anglicana siguió una marcha mas rápida y mas conforme á las opiniones de los novadores desde la muerte de Enrique VIII; porque Somerset era reformista, é inspiró los mismos sentimientos á su alumno Eduardo. Ya el protestantismo habia ganado la superioridad en las cuestiones de gracia y auxilios. En el protectorado de Somerset se anuló la fuerza de los Sacramentos, la veneracion de los santos, y el dogma de la presencia real, en cuya defensa

había derramado Enrique VIII tanta sangre. Dejóse á los obispos muy poca autoridad, y esa sometida constantemente al poder civil. Formóse una comision contra los disidentes, que envió muchos de ellos al cadahalso. Gardiner fue preso en la torre, y perdió su obispado de Winchester, porque no quiso adherir á las nuevas opiniones; y solo á la princesa María se le toleró, por mediacion del emperador su primo, una capilla en su cuarto, en la cual se celebraba el culto católico.

Conspiracion de Warwik: destitucion de Somerset (1550). Estas innovaciones, no protegidas por una autoridad tan absoluta como la de Enrique VIII, produjeron muchos motines en diversos condados del reino. Dos causas contribuyeron á aumentar la sedicion: una, que los nobles, cuyas riquezas se habian aumentado estraordinariamente con los despojos de los monasterios, cerraron sus tierras, incluyendo en ellas pastos, hasta entonces comunes, y aun parte de los caminos públicos: otra, que los arrendadores de las tierras, hallando mas beneficio en la ganadería de lana, que en el cultivo de los cereales, convirtió en pastos gran parte de los sembrados: lo que produjo una escasez horrible.

La sublevacion de los condados de Wilt, Oxford y Gloecster fue sofocada con facilidad: pero las de Devonshire y Norfolkshire fueron mas peligrosas. Los rebeldes de Devonshire juntaron fuerzas bastantes para acometer la ciu-

dad de Exeter, aunque no pudieron tomarla; y para disiparlos fue preciso formar un ejército, cuyo mando se confió al lord Russel. Los de Norfolk, mas numerosos y furibundos, vencieron al marques de Northampton que se envió contra ellos; pero fueron vencidos y estermi-nados por 6.000 hombres mandados por el conde de Warwik, el cual en esta espedicion cobró nombradía y fuerzas para lograr la empresa, que mucho antes meditaba, de derribar al protector.

Somerset, aunque popular por su moderacion, era aborrecido de la nobleza por la altura á que se habia elevado. Los soberbios palacios que edificó, la autoridad soberana de que fue revestido despues de la batalla de Pinkey en premio de aquella victoria, y el afecto del rey que gozaba, inspiraron envidia á todos los grandes; y el pueblo le aborrecia en esta época por los progresos de la reforma y por los suplicios á que dieron motivo las sublevaciones.

Formóse pues contra él una alianza, cuyo gefe era Warwik, tan numerosa y potente, que cuando los confederados presentaron á Eduardo su acusacion contra Somerset, todo el consejo se declaró contra el protector, y no halló mas recurso que ceder á la tempestad. Fue preso en la torre, se le obligó á confesar de rodillas en presencia del consejo los capítulos de la acusacion, y despues le puso el rey en libertad. El consejo permitió al conde de Warwik apoderarse del gobierno.

Suplicio de Somerset: ambicion de Warwik (1552). La reconciliacion de Warwik con el protector, mediante el casamiento de su hijo lord Dudley con Juana Seymur, hija de Somerset, no fue sincera. Apenas el pueblo vió caido al antiguo ídolo, le restituyó su amor, lo que dió sumo cuidado á Warwik, duque ya de Northumberland, cuyo estado solicitó y logró de Eduardo, habiéndose estinguido la familia que lo poseia. Por otra parte, Somerset no olvidaba su anterior fortuna ni su reciente humillacion. Tal vez prorumpia en amenazas y en injurias contra el que le habia suplantado; y estas espresiones indiscretas fueron causa de su ruina. Acusósele de haber formado una conspiracion para apoderarse de la torre, escitar una conmocion en Londres, y dar muerte á los individuos del consejo: Somerset solo confesó haber atentado contra la vida de Warwik. El tribunal de los pares le condenó á muerte, se arrancó al jóven rey con mucha dificultad el permiso de ejecutar la sentencia, y el protector acabó su vida en el cadahalso con grande sentimiento del pueblo.

El nuevo ministro no conocia mas Dios que el poder, ni mas religion que su interes; y si la reforma progresó durante su gobierno, fue en quitar gran parte de las rentas á los obispos para darlas á los cortesanos, y en el saqueo de las bibliotecas de los establecimientos piadosos, que se hizo á la manera de los vándalos; pues los libros de teología fueron proscritos

como favorables á Roma, y los de matemáticas como obras de mágia.

El único acto laudable de la administracion de Northumberland fue la ruina de la compañia de los *ostrelinos*. Llamabanse asi los diputados y factores de las ciudades anseáticas, que eran los que habian hecho hasta entonces todo el comercio de Inglaterra. Suprimidos sus privilegios, se abrió á la actividad inglesa la carrera del comercio y de la navegacion, que ha sido el fundamento de su fuerza, gloria y poder.

Vengamos ya al acta mas importante del reinado de Eduardo VI. El ambicioso Northumberland, despues de haber convocado un parlamento á su devocion, emprendió escluir de la sucesion de la corona á Maria de Escocia, y á las dos hijas de Enrique VIII. De la primera decia, que aunque biznieta de Enrique VII por su hija mayor Margarita que casó con Jacobo IV, rey de Escocia, debiendo ser reina de Francia por su matrimonio con el delfin, los ingleses no consentirian que su isla se convirtiese en una provincia de aquel reino. De las princesas María é Isabel aseguraba, que habiendo sido declaradas ilegítimas por actas del parlamento, no pudieron despues ser legitimadas.

Todo esto era con el objeto de hacer recaer la corona en la descendencia de María, hermana menor de Enrique VIII. Esta princesa habia casado en primeras nupcias con

Luis XII, rey de Francia, de quien no tuvo hijos, y en segundas con el duque de Suffolk, de quien tuvo una hija, la cual casó con el marques de Dorset. De este matrimonio quedaron varias hijas, y la mayor de ellas era Juana Grey, casada con lord Guilford, cuarto hijo de Northumberland, que queria alterar el órden de la sucesion, para que la corona recayese en su nuera.

Eduardo VI era enfermizo, y su salud empezó á declinar visiblemente desde que recibió por camarero mayor á lord Dudley, hijo mayor de Northumberland. Ni antes ni despues de la muerte del rey hubo pruebas de envenenamiento; pero todo se temia del ambicioso ministro. Despues que hubo atraido á su dictámen todos los individuos del consejo, y al rey mismo, en el asunto de la sucesion, fueron llamados á presencia del rey en su consejo privado cuatro jueces con el procurador y el abogado general, y se les mandó redactar en forma de letras patentes un acta que declarase á Juana Grey heredera de la ocrona.

Los magistrados se negaron á obedecer á pesar de las amenazas de Northumberland y de las instancias de otros consejeros; y despues de largos debates se tomó el arbitrio siguiente: el rey y su consejo mandaron á los jueces redactar las patentes tocante al nuevo órden de sucesion; é inmediatamente se les espidió por el mismo consejo un perdon general por el delito en que incurriesen obedeciendo. Todos los

jueces, menos uno, firmaron las patentes, siendo única en la historia la iniquidad de un gobierno que mandaba cometer la injusticia, y tenia al mismo tiempo la impudencia de perdonarla.

Eduardo VI falleció pocos dias despues, á los 16 años de edad y 7 de reinado. Nada puede atribuirsele ni de lo bueno ni de lo malo que se hizo mientras reinó, atendida su corta edad y su poca salud. Solo se observó que era muy adicto á la reforma, no en el sentido de su padre, sino en el de los calvinistas. Careció de voluntad propia; y en su tiempo vemos á los grandes recobrar la antigua turbulencia y la ambicion desmedida que habian tenido á raya el vigor prudente de Enrique VII y la tiranía caprichosa de Enrique VIII.

María I, reina de Inglaterra (1553). Northumberland, cuando ya estaba próximo á la muerte Eduardo VI, obligó al consejo á que escribiese á las princesas Isabel y María, que viniesen á ver al rey, con el pretesto de que el enfermo necesitaba de su compañía. Su intencion era tenerlas en su poder para que no hiciesen oposicion á los proyectos de la usurpacion, que ocultó cuidadosamente, no dando al último acto publicidad alguna.

Antes que llegasen las princesas, falleció el rey; pero el ministro mandó tener oculta su muerte; de modo que María, que estaba ya en Hoddesdon, á media jornada de la corte, hubiera caido en el lazo, á no haberla avisado se-

cretamente el conde de Arundel de lo que se tramaba contra ella. María se retiró á Framlingham, villa del condado de Suffolk, desde la cual le era fácil pasarse á Flandes, si no podia hacer valederos sus derechos á la corona. Escribió á todos los nobles del reino que viniesen á favorecerla, y mandó al consejo que la proclamasen reina en Londres, dando á entender que no ignoraba la muerte de su hermano; pero ofreciendo al mismo tiempo el perdon por todas las injurias anteriores.

Northumberland, viendo que ya era inútil la disimulacion, fue en compañia del padre de Juana, ya duque de Suffolk, del conde de Pembroke y de otros nobles, á Sion House, donde vivia la infeliz princesa, entregada al estudio de las bellas letras, que eran su diversion esclusiva. Todos la saludaron reina. Ella, que estaba muy ignorante de cuanto se habia tramado en favor suyo, rehusó al principio la corona, y solo las instancias de su padre, de su suegro y de su marido la obligaron á aceptarla. Fue proclamada en Londres con disgusto visible del pueblo.

Entretanto María, habiendo prometido que no alteraria las leyes de Eduardo VI en materia de religion, tuvo en favor suyo todo el pueblo del condado de Suffolk: Eduardo Hasting, hermano del conde de Huntingdon, le llevó 4.000 hombres que habia levantado en Buckingham, de órden de Northumberland, en favor de Juana Grey; y la escuadra que habia enviado el

ministro á la costa de Suffolk, obligada por una tempestad á entrar en Yarmouth, se declaró por la hija de Enrique VIII.

Northumberland, que habia reunido todas sus fuerzas en Londres, marchó para oponerse á las de María, con el siniestro agüero del descontento general: «todo el pueblo, dijo á lord Grey, ha salido para vernos partir; pero nadie nos ha dicho: *Dios os favorezca.*» Su ejército constaba de 10.000 hombres; y como el de María era de doble número, escribió al consejo que le enviase refuerzos. Pero los condes de Arundel y Pembroke persuadieron á los demas consejeros y al corregidor y municipalidad de Londres sacudir el yugo del tirano y proclamar á la reina legítima. Suffolk se reunió al partido de María, viendo inútil la resistencia; y su hija Juana Grey volvió á la vida privada despues de 10 dias de una sombra de reinado. La mayor parte de los amigos de Northumberland le abandonaron; y él mismo proclamó reina á María. Esta fue recibida en Londres con demostraciones de júbilo, y casi á la puerta de la ciudad encontró á su hermana Isabel que le traia un cuerpo de 1.000 hombres de caballería para oponerse al usurpador.

La clemencia política y la tolerancia religiosa hubieran sido el mejor agüero del reinado de María; pero estas virtudes ni eran de aquel siglo, ni de aquella nacion, ni de la sangre de Enrique VIII: mucho menos de María, cuya juventud habia pasado entre pesares y

humillaciones que deslustraron sus gracias naturales, y que siendo católica y reina, creia que debia vengar su rèligion, su trono y su madre.

Fueron presos en la torre de Londres Northumberland, sus hijos y partidarios, como tambien Juana Grey, y su padre el duque de Suffolk. Era fácil de juzgar y de sentenciar la causa de Northumberland, y asi fue condenado á muerte juntamente con Palmer y Gates, confidentes suyos. Sus cabezas cayeron en el cadahalso. La misma sentencia se dió contra Juana Grey y su marido; pero la reina no consintió que se ejecutase por entonces. La juventud de ambos, pues ninguno llegaba á 17 años, los disculpaba bastantemente.

Despues del suplicio de Northumberland hizo María muchas acciones agradables al pueblo. Puso en libertad al duque de Norfolk, que estuvo para subir al cadahalso á fines del reinado de Enrique VIII, y que permaneció preso en la torre durante el de Eduardo VI: como tambien á los obispos Gardines, Tonstaly Bonner, perseguidos por su afecto al catolicismo. A estos y á todos los demas obispos depuestos en el protectorado de Somerset se les devolvieron sus sillas: se permitió el culto católico, prohibido antes; y se puso en prision á muchos obispos protestantes, principalmente á Cranmer, arzobispo de Cantorbery, agente principal del divorcio de Catalina de Aragon, y gefe de la reforma anglicana. Renováronse las an-

tiguas leyes contra los lolardos. A las sesiones del parlamento precedió una misa solemne de Espíritu santo, como en los tiempos anteriores á la reforma. Inglaterra se halló de nuevo católica con aplauso del pueblo y sin grande pesar de los poderosos, á quienes se dió seguridad que no se les quitarian los bienes usurpados á la Iglesia.

Faccion de Wyart: suplicio de Juana Grey: casamiento de María con Felipe, príncipe de España (1554). La enemistad de María con su hermana Isabel tuvo su origen en la misma cuna de estas dos princesas: continuóse por la diferencia de religion, porque Isabel era adicta á la reforma, en cuyo seno fue educada; y se aumentó al estremo cuando tratando María de casarse para dar sucesion al trono, puso los ojos en el conde de Devonshire, que la despreció por seguir su galanteo á Isabel, que ni le admitia ni le desechaba. Desde entonces trató la reina á su hermana con sumo rigor, que llegó hasta ponerla arrestada, primero en la torre y despues en Woodstock.

Entre las varias proposiciones de casamiento que se hicieron á María, la que aceptó fue la de Felipe, hijo de Cárlos V, y heredero de sus coronas hereditarias. Su padre le habia cedido ya los estados de Italia. Felipe estaba viudo de su primera muger, de la cual le habia quedado el príncipe Don Cárlos: tenia á la sazon 27 años, cuando la reina de Inglaterra contaba ya 38.

Este proyecto fue mal recibido de la nacion inglesa, que temia el gran poder de Felipe, y asi en los artículos del contrato matrimonial se tomaron precauciones inusitadas. Resolvióse que Felipe tuviese solo el título de rey, pero sin parte alguna en el gobierno: que ningun estrangero podria obtener oficios públicos: que en nada se alterarian las leyes, costumbres y privilegios del reino: que Felipe no podria sacar á María de Inglaterra sin su consentimiento, ni á ninguno de los hijos que tuviese, sin permiso de la nobleza: que los hijos varones de este matrimonio heredarian la Inglaterra, la Borgoña y los Paises-bajos, y que si el príncipe Don Cárlos, hijo de Felipe, moria sin sucesion, los hijos de María, varones ó hembras, heredarian á España, Nápoles y Milan.

A pesar de todas las ventajas que concedia este tratado á la nacion inglesa, fue muy poco agradable, y se murmuraba abiertamente contra él: lo que dió atrevimiento á Tomas Wyatt, caballero del Kent, para ponerse al frente de 4.000 insurgentes, marchar á Londres y pedir á la reina, por medio de un parlamentario, que *eligiese marido inglés*. Pero el pueblo de la capital, que estaba contento con María, no quiso tomar parte en esta faccion: los partidarios abandonaron á Wyatt, y fue preso con 400 hombres que le quedaban. Estos pidieron perdon y se les concedió, escepto á Wyatt, que acabó su vida en el cadahalso, declarando en el último trançe que Isabel estaba inocente

de su conspiracion; lo que impidió formar causa á esta princesa, como se queria.

Mas funesta fue á lady Grey y á su marido la faccion de Wyatt: porque habiéndose comprometido en ella el duque de Suffolk, padre de Juana, se resolvió poner en ejecucion la sentencia pronunciada contra ellos. Lord Guilford fue ajusticiado antes de su muger; y cuando esta caminaba al cadahalso, encontró el tronco ensangrentado de su marido que llevaban á enterrar á la capilla de la torre. Juana murió con intrepidez, declarando que su único crímen era no haberse resistido á las instancias de los suyos para que aceptase el trono que ella no queria. Su padre Suffolk fue poco despues condenado y degollado, sin gran sentimiento del pueblo, que atribuia á su temeridad los infortunios de su hija. Nicolas Trogmorton, indiciado en la misma conspiracion, se defendió con elocuencia; y no habiendo pruebas suficientes contra él, fue puesto en libertad.

A pesar de la rebelion de Wyatt, la oposicion al matrimonio de María con el príncipe de España no fue de larga duracion. Los historiadores ingleses dicen que el oro que derramó Cárlos V entre los consejeros de la reina, allanó todas las dificultades: pero el parlamento, aunque consintió en los artículos del contrato, se negó á declarar crímen de alta traicion atentar contra la vida del marido de la reina.

Felipe llegó á Inglaterra el 19 del mes de julio: pocos dias despues se celebró el matrimonio en Westminter, y los nuevos esposos fijaron en Windsor su residencia. Casi al mismo tiempo llegó á Inglaterra el cardenal Pole, pariente de la reina, en calidad de legado del papa, que completó la restauracion religiosa en aquel reino, reconciliándolo con la santa Sede; pero el parlamento no consintió nunca en que se restituyesen los bienes que se habian quitado á la Iglesia; y María tuvo que costear y dotar de su propio peculio algunas casas religiosas que fundó.

El nuevo rey con su profunda política trató de ganar el afecto de los hombres que influian mas en la corte y en el parlamento de Inglaterra; y logró de su esposa María, que renunciase al desden y á la severidad con que trataba á su hermana Isabel. Esta conducta de Felipe era conforme á la política mas sana; pues escluida Isabel del trono, era legítima heredera María Estuarda, la cual casada entonces con el delfin, podria agregar un dia á la casa de Francia los reinos de Escocia y de Inglaterra.

Persecucion contra los reformadores: suplicio de Cranmer (1556). El cardenal Pole, y Gardiner, obispo de Winchester, dominaban en el consejo de la reina. El primero, aunque católico por estado y conviccion, no era de dictámen que se pusiesen en práctica los decretos contra los herejes: Gardiner, al con-

trario, á quien se vió acomodarse hasta cierto punto con las innovaciones de Enrique VIII, queria que se persiguiese. El obispo Bonñer, hombre fanático y feroz, llevó la crueldad hasta el estremo de atormentar por sus propias manos á las víctimas.

En esta persecucion perecieron entre las llamas cinco obispos anglicanos, 21 sacerdotes, 84 artesanos, 100 labradores y jornaleros, 55 mugeres y cuatro niños. Esta reaccion fue muy funesta al catolicismo en Inglaterra; porque el pueblo, que habia aceptado con tanto placer á la reina María y la religion de sus padres, se cansó pronto de tantos suplicios. Sin embargo, si el reinado de María hubiese durado mas tiempo, es probable que concluida la persecucion con el suplicio de Cranmer, y manejando los ánimos con prudencia y suavidad, hubiera continuado la religion católica siendo dominante en Inglaterra, como continuó en Francia despues de sus guerras religiosas.

Cranmer habia profesado siempre las máximas de la reforma; pero las ocultó durante el reinado de Enrique VIII, cuya intolerancia temia, y se contentó con apartarle del gremio de la Iglesia romana, hacerle destruir los conventos, y adoptar muchos artículos favorables á los reformantes. En el reinado de Eduardo VI, durante el protectorado de Somerset, manifestó á las claras su doctrina, y completó la obra de la reforma anglicana, debida enteramente á él desde sus primeros fundamentos.

Asi no pudo volver atras en la reaccion del reinado de María; y despues de muchos años de prision, pereció en las llamas. Su arzobispado de Cantorbery se dió al cardenal Pole.

María entonces sufria en el cuerpo y en el alma, y sus tormentos irritaban su espíritu y le disponian á la crueldad. Amaba á su esposo, y manifestaba su amor con celos que enfadaban á Felipe; y como este príncipe via su autoridad casi nula en Inglaterra, pasó á Bélgica, donde el emperador su padre renunció en él los estados de Borgoña y el reino de España, retirándose á acabar sus dias en la soledad de san Yuste. Agregáronse á los pesares de la ausencia una hidropesía que acometió á la reina, y que creida al principio un embarazo, dió motivo á que se le administrasen medicinas que la hicieron incurable.

Guerra con Francia: pérdida de Calés (1557). La última operacion política de María fue empeñar á la nacion inglesa en la guerra que se movió de nuevo entre Francia y España. El cardenal Pole y otros consejeros se opusieron á este proyecto, alegando contra él los artículos del contrato matrimonial, la violencia de las facciones domésticas en Inglaterra, y el mal estado de la hacienda; y añadiendo que la guerra solo serviria para hacer dependiente el reino del gobierno español. Felipe vino á Londres para sostener sus partidarios; y dijo á la reina, que no volveria á poner los pies en Inglaterra, si no se accedia á su demanda. María,

aterrada con esta declaracion, hizo los mayores esfuerzos para vencer la inflexibilidad del consejo; pero á pesar de sus amenazas, no pudo conseguir un solo voto, hasta que la casualidad se los dió todos. Descubrióse en aquellos dias la conspiracion de un hombre llamado Stafford, que con algunos partidarios intentó sorprender la plaza de Scarborough; y como confesase en el proceso que se le formó, que su designio habia sido fomentado por el consejo del rey de Francia, la importunidad de la reina prevaleció. Resolvióse fundar la querella en este acto de hostilidad, y en otros no mejor averiguados. Declarada la guerra á Francia, se empezaron á hacer los preparativos para atacarla.

Considerando la aversion que entonces tenian los ingleses al gobierno por la persecucion religiosa y por la arbitrariedad en exigir contribuciones, la reina no podia esperar grandes socorros del parlamento; y por consiguiente continuó exigiendo dinero arbitrariamente. Obligó á la ciudad de Londres á darle 60.000 libras esterlinas como don gratuito cuando su marido hiciese la entrada solemne: cobró antes del tiempo legal el segundo subsidio concedido por el parlamento para la subsistencia del ejército: publicó edictos sellados privadamente, en virtud de los cuales sacó algunas sumas prestadas. Con estos recursos equipó una armada; pero no hallando medios para proveerla de víveres, mandó coger todo el ga-

nado de los condados de Suffolk y Norfolk, sin pagar nada á los propietarios. Asi pudo juntar un ejército de 10.000 hombres, que envió á los Paises-bajos á las órdenes del conde de Pembroke.

Felipe, que habia vuelto al continente, se halló con un ejército de 60.000 hombres, despues que se le reunieron los ingleses: el duque Filiberto de Saboya, que lo mandaba, ganó á los franceses la famosa batalla de san Quintin, que obligó á las tropas de esta nacion y al duque de Guisa que las mandaba, á evacuar la Italia. Este general logró en medio del invierno una empresa, que hirió en la parte mas sensible, si no el interes, por lo menos el honor de Inglaterra.

Habia 200 años que Calés pertenecia á los ingleses; y como en diferentes épocas se le habian añadido nuevas fortificaciones, se tenia esta plaza por inespugnable. El duque de Guisa la obligó á capitular despues de 8 dias de ataque. Este suceso produjo en Inglaterra grandes murmuraciones contra María y contra su gobierno, que empeñándose en una guerra inútil por intereses estrangeros, habian espuesto la nacion á aquella desgracia. La reina se manifestó muy afligida por tan grande pérdida; y al tiempo de morir dijo que «se encontraria el nombre de Calés grabado en su corazon.» Al año siguiente falleció despues de un reinado de 5 años, á los 43 de su edad, mal vista del pueblo por las cantidades de dinero

que habia exigido violentamente, y por las persecuciones, cuyo fruto inmediato fue el aumento de la heregía. Tuvo poco talento, la obstinacion de su padre, el mismo amor al despotismo; pero sin medios para imponer la ley á su nacion. El cardenal Pole, estimado generalmente por sus virtudes y por la amenidad de su trato, murió pocas horas despues.

Isabel, reina de Inglaterra (1558). Isabel, que sucedió inmediatamente en la corona á su hermana María con grande aplauso de toda la nacion, habia sido educada, como ella, en la escuela del infortunio; pero le aprovechó mas por tener mas talento ó mas prudeucia. Su espíritu penetrante y cultivado parecia haber nacido para las combinaciones de la política; y tenia el arte de valerse hasta de las mismas pasiones mugeriles que tanto afearon su carácter y mancillaron su reputacion. En el reinado de Isabel comenzó la gloria marítima de Inglaterra; y el impulso que en él recibió la nacion inglesa hácia la industria, el comercio y la navegacion, se conserva todavia. El gran mérito de esta muger estraordinaria consistió en haber conocido donde estaba la verdadera fuerza de su pueblo, y en haber empleado todos sus esfuerzos para promoverlas y aumentarlas.

Felipe II, justo apreciador del mérito, estimaba mucho á Isabel, y quizá hubiera aceptado su mano á habérsela ofrecido. Pero las miras de la reina eran otras; porque habia resuelto restablecer la Iglesia anglicana, á la

cual ella pertenecia como hija de Ana Bolena, y que en su largo reinado se consolidó, y adquirió con poca diferencia la forma que tiene en el dia. Para esto le era forzoso sustraerse al influjo de la política española, dirigida entonces casi esclusivamente á la conservacion del principio católico; y asi, á pesar de todos los esfuerzos de Felipe, que se negaba á hacer la paz con Francia, si no se restituia la plaza de Calés á Inglaterra, firmó Isabel en 1559 un tratado con Enrique II, en el cual se estipuló que este monarca compraria la fortaleza, para disimular con esta frase una real y verdadera cesion.

Casamiento de María Estuarda con el conde de Darnley (1565). Jamas hubo perspectiva mas brillante que la que presentaba la fortuna á Maria Estuarda, reina de Escocia. Casada con Francisco, delfin y despues rey de Francia; heredera del trono de Inglaterra, porque Isabel habia declarado que jamas someteria la dignidad de reina al yugo de un marido, tenia fundadas esperanzas de que su descendencia, uniendo estas tres coronas, formase un imperio poderoso. Su hermosura era estraordinaria, sus gracias le grangeaban el afecto general, y su espíritu elevado y lleno de instruccion conservaba los corazones que sometia su belleza. Tres cosas de muy diversa naturaleza, que se reunieron contra ella, la sumergieron en el abismo del infortunio. Estas fueron su firme y constante adhesion á la reli-

gion católica, la rivalidad mugeril de Isabel, que no podia oir sin envidia las alabanzas de María, y sus propias imprudencias.

Pero el odio de la reina de Inglaterra á su rival tuvo un principio meramente político. Cuando falleció María, hermana de Isabel, Francisco, delfin de Francia, tomó el título de rey de Inglaterra por el derecho de su muger María Estuarda, fundándose en que Isabel habia sido declarada ilegítima por su mismo padre Enrique VIII y por el parlamento. Isabel pues se acostumbró á mirar á Francisco II, que poco despues subió al trono de Francia, y á la reina de Escocia su muger, como sus mas crueles enemigos; y para vengarse y atender á su seguridad, se coligó secretamente con los protestantes de Escocia, hombres los mas feroces é hipócritas de toda la reforma, y que afectaban grande rigorismo de costumbres, para saciar con esta máscara su odio á la corte y al episcopado católico.

Francisco II falleció sin sucesion en 1560, y su viuda María Estuarda, que nada era ya en Francia, pasó á Escocia á ponerse al frente del gobierno, administrado hasta entonces por una regencia. Al punto declararon una guerra terrible contra los placeres inocentes de la corte de María los predicadores fanáticos de la reforma, alentados por la reina de Inglaterra que les prometia impunidad y favor. Desde entonces fulminaron las sátiras mas atrevidas é insolentes en sus declamaciones furibundas,

que el gobierno no podia castigar, porque casi todos los miembros del consejo eran protestantes, y ademas estaban ganados secretamente por la Inglaterra.

María, jóven, hermosa, y obligada tambien á formar un enlace que la pusiese á cubierto de los tiros de la maledicencia, dió su mano al conde de Darnley, hijo del de Lenox, caballero de estraordinaria hermosura; pero que no tenia otra calidad que lo recomendase, y poseia todos los vicios de su siglo. Era grosero, feroz, disoluto: en fin, muy propio para inspirar aversion á una princesa educada en la corte brillante de Enrique II. Darnley conoció esta aversion, y juró vengarse con la muerte de todos aquellos á quienes la atribuia.

David Rizzio, músico italiano, habia venido á la corte de Escocia en la comitiva de un embajador del duque de Saboya. Siendo eminente en su profesion, fue admitido á los conciertos de palacio; y la reina, deseosa de conservarle, le encargó la formacion de una academia de música, poco despues le nombró secretario suyo, y contenta de su buen discernimiento, le consultaba en todas las materias importantes: lo que acarreó al infeliz Rizzio el odio de los cortesanos, y principalmente de los reformadores, que le creian espia de la corte de Roma.

Darnley, creyendo al nuevo privado causa del desden con que le trataba la reina, determinó vengarse; y habiéndose coligado con el

che en su palacio, porque tuvo que asistir al casamiento de uno de sus oficiales. Asi pereció el padre del primer monarca que habia de ceñir su frente con todas las coronas británicas. Generalmente se atribuyó este homicidio á Bothwell, cuya pasion á la reina era ya conocida: los enemigos de María la supusieron cómplice en el delito, y propagaron esta voz en pasquines y libelos.

La primer imprudencia notable que cometió esta reina desventurada, fue prometer grandes premios á los que descubriesen los autores de aquellas voces y escritos infamantes, al mismo tiempo que no se vió que tomase providencia alguna para descubrir á los asesinos de Darnley. La segunda imprudencia fue conservar á su lado á Bothwell, á quien todos acusaban del delito. Pero estos fueron defectos de poca consideracion, comparados con los que se siguieron.

Un dia que pasaba María de Edimburgo á Stirling á ver á su hijo, fue sorprendida por un cuerpo de 800 hombres de á caballo, y conducida á Dumbar, donde halló á Bothwell que la obligó á permanecer en aquella plaza. Todos los escoceses creyeron que el homicida del marido y el robador de la viuda debia espiar sus delitos en un cadahalso. ¡Cuánta fue la sorpresa general, cuando se supo que la reina le habia admitido por esposo, á pesar de que estaba casado!

La indignacion pública, á vista de tantos

horrores, no conoció freno alguno: la principal nobleza se reunió en Stirling, y lord Hume con un cuerpo de tropas que levantó, sorprendió á la reina y á Bothwell. Este malvado consiguió escaparse, y fue á acabar sus dias en Dinamarca, donde murió loco diez años despues.

Jacobo VI, rey de Escocia: batalla de Langside (1568). La reina fue trasladada al castillo de Lochlevin, donde el parlamento la obligó á renunciar la corona en su hijo. Durante su menor edad fue nombrado regente del reino el conde de Murray. Asi acabó el infausto reinado de María Estuarda.

Isabel no habia tenido otra parte en los sucesos que precipitaron del trono á su sobrina, sino la de haber atizado el fuego de la discordia en Escocia por cuantos medios estaban á su alcance, y la de irritar los ánimos contra María. Cuando nació el príncipe Jacobo, hubo grande movimiento en Inglaterra para que se diese á la reina de Escocia el título de heredera presuntiva de Isabel: mas esta escusó el golpe, diciendo que estaba resuelta á casarse por complacer á sus vasallos. Cuando María cayó prisionera en poder de sus enemigos, envió Isabel por embajador á Escocia á Nicolás Trogmorton con el objeto ostensible de ofrecer su mediacion; pero en la realidad para continuar sus secretas inteligencias con los gefes de la reforma.

Por grande que fuese el cuidado con que

era custodiada María, un jóven de la familia de Douglás consiguió darla libertad, sacándola disfrazada del castillo, que estaba en medio de un lago, y llevándola en una barca hasta la orilla. El pueblo, apenas supo que estaba libre la reina, y que no la acompañaba Bothwell, objeto del odio general, acudió á sus banderas, y en breve tuvo María un ejército de 6.000 hombres. El regente Murray juntó algunas tropas; y aunque muy inferior en número, acometió á los enemigos junto á Langside, pueblo cercano á Glaskow, y logró una victoria decisiva. María, por no caer en poder de su hermano, se refugió en Inglaterra, y se puso ella misma en manos de su mas cruel enemiga. Desde Wirkington, pueblo del condado de Cumberland, donde desembarcó, escribió á Isabel implorando su proteccion.

La reina de Inglaterra se halló de este modo árbitra de la suerte de su rival y de la del reino de Escocia, y resolvió no perder ninguno de los frutos que la fortuna le prodigaba para su venganza y su dominacion. Á María respondió que seria recibida con toda la distincion debida á una huéspeda y á una parienta, á cuyo efecto le envió al lord Scrope y á Francisco Knolles; pero que no podria admitirla á su presencia hasta que se justificase de la complicidad que se le atribuia en la muerte de Darnley. Al mismo tiempo mandó á Murray (por que no puede darse otro nombre al pliego que le envió, sino el de mandato) que dejase de per-

seguir á los partidarios de María, y enviase á Londres algunas personas para disculpar la conducta que habia observado con su hermana. A tal estado de humillacion llegan los gobiernos y las naciones cuando se abandonan al furor de las discordias civiles.

El maquiavelismo de Isabel triunfó completamente. El mismo Murray, regente de Escocia, vino á Inglaterra á acusar á su hermana en las conferencias, comenzadas en York y concluidas en Hamptoncourt, entre los comisarios nombrados por el parlamento de Escocia y los defensores de María. Estos cometieron una grave imprudencia en haberse negado á responder á las acusaciones relativas al asesinato de Darnley, con el pretesto de que su reina, siendo soberana, no podia reconocer ningun tribunal; porque aquella conferencia no era un juicio, sino un medio de poner á salvo la reputacion de María para reconciliarla con los escoceses. La defensa era tanto mas fácil, cuanto los acusadores solo presentaban algunas cartas y versos escritos, segun se suponia, por la misma reina á Bothwell, de las cuales constaba que este fue el asesino de Darnley.

Inutilizada pues la conferencia, María pidió á Isabel una entrevista con ella, ó á lo menos el permiso de pasar á Francia. Isabel respondió mandando que estuviese prisionera en el castillo de Tutbury, bajo la custodia del conde de Shrewsbury. Murray volvió á Escocia, y á pocos dias fue asesinado por un caba-

llero enemigo personal suyo. El partido de la reina volvió á levantar la cabeza, se apoderó de Edimburgo, é hizo una irrupcion en Inglaterra para libertar á María; pero el conde de Sussex derrotó á estos escoceses leales, y bajo su influencia y la del partido protestante se dió la regencia de aquel reino al conde de Lenox.

Conspiraciones del duque de Norfolk: guerra con España (1572). Mientras Isabel dominaba con absoluta potestad en entrambos reinos, la hermosura y la inocencia de María, y la adhesion sin límites que profesaban los católicos á esta princesa, suscitaron algunas conspiraciones peligrosas. El duque de Norfolk, gefe de la ilustre familia de Howard, hallándose viudo y en edad competente, vencido de las gracias de Maria y del esplendor de la corona de Escocia, solicitó libertar á la reina, casarse con ella y restituirla á su trono. Su proyecto fue conocido de Isabel, que empezó á tratarle con desvío. Atemorizado Norfolk, huyó de la corte, se arrepintió de su fuga, y volvió á Londres; pero la reina que espiaba todos sus movimientos, mandó ponerle preso en la torre, y transferir á María á la fortaleza de Coventry.

La reaccion de este suceso se sintió en el norte, donde los condes de Westmoreland y de Northumberland, amigos y cómplices de Norfolk, y que estaban en inteligencia secreta con el duque de Alba, gobernador de los Paises-

bajos, y con la reina de Escocia, levantaron 4.000 hombres de infantería y 1.600 caballos, que se dispersaron á la primer aparicion de las tropas del conde de Sussex. Northumberland huyó á Escocia, donde fue preso de órden del regente: Westmoreland se refugió en Flandes. A esta sedicion sucedió otra movida por el lord Dacres, que fue comprimida con la misma facilidad, y castigada con sumo rigor; pues perecieron á manos del verdugo 800 personas implicadas en ella.

Pero el duque de Norfolk, ó porque faltaron pruebas contra él, ó porque la reina le tenia en mucho, consiguió casi al mismo tiempo su libertad. Norfolk continuó sus anteriores negociaciones con María, con el gobierno español de Flandes y con los escoceses afectos á su reina; mas con tanto secreto, que ni Isabel, ni su astuto ministro Cecil hubieran descubierto la conspiracion, á no ser por una casualidad, y fue esta: Norfolk envió una suma de dinero á un gran señor de Escocia de su partido por medio de un mensagero: el cual notando en el peso que habia mucha mas cantidad de plata que la que se le habia dicho, sospechó lo que podia ser, y entregó á Cecil el dinero y la carta.

Los criados del duque y el obispo de Ross, agentes de María en toda esta trama, confesaron la existencia y los pormenores de la conspiracion, y Norfolk pagó su delito en el cadahalso, como tambien el conde de Northum-

berland, á quien el regente de Escocia entregó á la venganza de Isabel.

Las relaciones políticas de Inglaterra con el resto de Europa se reducian á favorecer, en cuanto le era posible, la rebelion de los holandeses contra España: lo que aumentó en gran manera la mala inteligencia entre las dos cortes, nacida de la persecucion contra los católicos y de la prision de la reina de Escocia. De la aversion se pasó á las hostilidades. Un cuerpo de 700 españoles y algunos italianos, que hizo un desembarco en Irlanda, fue vencido y esterminado por el conde de Orenond; y el célebre Francisco Drake, que fue el primer inglés que dió vuelta al mundo, acometió y saqueó gran parte de los establecimientos españoles en la América meridional.

Isabel, deseosa de unirse con Francia para sostener la guerra con que España la amenazaba, entabló negociaciones de casamiento con el duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia, y que pasó entónces á Inglaterra á visitar la reina. Isabel le vió, mostró agradarse de él, dudó cuando llegó el caso de firmar el contrato, y se resolvió en fin en no casarse. El duque volvió desairado á Francia.

Asesinato jurídico de María Estuarda (1587). Despues de un cautiverio prolongado, la infeliz reina de Escocia acabó sus dias en un cadahalso; y la historia ha fulminado sus mas terribles anatemas contra la muger rencorosa, que hollando todas las leyes divinas

y humanas, se atrevió á juzgar, condenar y enviar al último suplicio á una reina, parienta suya, madre de su sucesor, y sobre la cual no tenia mas derecho que el de la violencia.

María, cautiva en Inglaterra contra toda justicia, imploraba favor á cuantos podian ser sus valedores contra la tiranía de su opresora. Un gran número de ingleses, principalmente católicos, eran afectos á su causa, y formaron muchas conspiraciones para libertarla; pero todas fueron descubiertas, y solo sirvieron para regar el cadahalso con la sangre mas noble de Inglaterra, y para renovar las leyes crueles de Enrique VIII y Eduardo VI contra el catolicismo.

En algunas de estas conspiraciones era parte del proyecto asesinar á la reina Isabel. La última, llamada de Babington, por un caballero del condado de Derby, llamado asi, que la dirigía, tenia ramificaciones muy estensas. Walsingham, secretario de estado de Inglaterra, tuvo la habilidad de descubrirlas todas; y los cómplices fueron presos, juzgados y enviados al suplicio. Isabel determinó valerse de esta conjuracion para terminar el drama cruel que ella y su rival representaban á los ojos de la Europa.

María fue trasladada al castillo de Fotheringay: se puso en prision separada á sus secretarios Nau y Curle, y se le anunció que seria juzgada por 40 comisarios nombrados por

la reina. En vano alegó sus derechos como soberana, y su independencia de todo tribunal de la tierra. Respondiósele que se la juzgaria como contumaz. Protestó contra la violencia, y comenzó el juicio.

Los dos artículos capitales de la acusacion eran haber implorado el auxilio de las armas de España, y aprobado que se atentase contra la vida de Isabel. Al primero contestó que no podia negarse el derecho de solicitar su libertad al que estaba preso violenta é inícuamente. El segundo lo negó siempre. Cuando le presentaban para convencerle cartas de su letra, decia que eran fingidas, y en efecto algunas fingió Walsingham, para descubrir á los conspiradores, y pudo haber supuesto las demas. Si le decian que Nau y Curle, sus secretarios, lo confesaban, respondia que los interrogasen en su presencia, lo que nunca quisieron conceder los comisarios.

La sentencia que pronunciaron contra ella fue de muerte. Isabel mandó á su secretario Davison, que estendiese el decreto de la egecucion, diciéndole que *solo era para servirse de él* en el caso de que hubiese otra conspiracion. Despues que se hubo firmado, le envió al canciller para que lo sellase; pero al dia siguiente, cuando ya estaba hecha esta operacion, mandó á Davison que no la hiciese, y se enfadó mucho al saber que la habia hecho. Davison, inquieto por la indecision de la reina, consultó al consejo, y le persuadieron á que

enviase el órden: «si la reina se enoja, le decian, nosotros os defenderemos.»

El rayo partió, y María fue degollada en una sala del castillo de Fotheringay. Murió como reina y como cristiana. Su muerte será en todas las edades el oprobio eterno de su rival, que enseñó á los pueblos á ver derramada en el cadahalso la sangre de sus reyes. Esta reina infeliz dió origen á la dinastía de Stuart, reservada por el cielo á grandes infortunios.

Isabel manifestó grande sentimiento por la muerte de María, é hizo poner en juicio al secretario Davison. Condenaronle á pagar una multa de 10.000 libras esterlinas. Quedó pobre y arruinado, y solo subsistia de algunas pequeñas sumas que le enviaba la reina de cuando en cuando, solo para impedir que muriese de hambre.

La armada invencible (1588). Este año fue mas glorioso y feliz para la nacion inglesa que el anterior. Los reyes de Francia y de Escocia, aunque ofendidos en gran manera contra Isabel, por haber desatendido sus súplicas á favor de una amiga y de una madre, tenian harto que hacer con la guerra civil y religiosa que devoraba sus reinos, para mostrarse hostiles contra la poderosa reina de Inglaterra. Solo Felipe II, rey de España, y recientemente de Portugal por la muerte de su sobrino don Sebastian, tenia poder suficiente para vengar á la infeliz María, ya que no le fue dado libertarla.

Irritado al mismo tiempo con las depreda-

ciones frecuentes qué hacian Drake, Cavendish y otros marinos ingleses en los puertos de España y Portugal y en las carreras de entrambas Indias, determinó acabar con el poder de Inglaterra, mirada entonces por la corte de España como una guarida de piratas; y puso en la mar la escuadra mas formidable que hasta entonces se habia visto en Europa. Debia mandarla el célebre marqués de Santa Cruz, el primer marino de su siglo; pero habiendo muerto poco antes que la armada diese la vela, se nombró por sucesor suyo al duque de Medina Sidonia, poco versado en la guerra, y menos en la marítima. La escuadra salió de Lisboa con 20.000 hombres de escelentes tropas. Tenia órden de ir á Dunkerque y Nieuport, donde el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, gobernador de los Paises-bajos, debia reunírsele con la escuadra de Flandes, embarcar 30.000 hombres de su ejército, tomar el mando de todas las fuerzas terrestres, acometer á Inglaterra y sojuzgarla. La victoria parecia segura; porque no era posible que la isla pudiese resistir á 50.000 españoles mandados por Farnesio. Las fuerzas navales inglesas no pasaban de 30 navíos, muy inferiores en tamaño y fuerza á los españoles; y asi se dió á la armada de Felipe II el sobrenombre de *invencible*.

En efecto, solo los vientos y las tempestades impidieron la ruina de Inglaterra, sin negar por eso el valor y habilidad que desplegaron en esta memorable campaña los marinos

ingleses. A su primer salida del puerto dispersó un uracan la armada española, y tuvo que volver á él para reparar sus averías. En fin, dió la vela con un viento favorable del sur, y llegó al canal de la Mancha el 19 de julio: el almirante español fue engañado por las falsas noticias que le dieron unos pescadores, y creyó que los ingleses habian desarmado su escuadra, y no temian invasion alguna, persuadidos á que la tempestad anterior habia hecho grande estrago en la armada española, y no podria salir al mar en aquel verano.

El duque pues, en vez de dirigirse á las costas de Flandes, como le mandaban sus instrucciones, hizo vela directamente á Plymouth con el intento de quemar la escuadra inglesa. Lord Effingham, que la mandaba, teniendo bajo sus órdenes á Drake, Hawkins y Frobisher, avisado á tiempo de la direccion de la armada española por un pirata escocés, salió inmediatamente de Plymouth, cuando ya se aproximaba el enemigo, maniobró fuera del alcance de cañon, y sin recibir daño alguno, logró apresar dos buques menores.

La grande armada pasó entonces á la playa de Calés á esperar al príncipe de Parma. Los ingleses arrojaron de noche en medio de ella ocho buques pequeños con materias combustibles encendidas: el desórden que causaron en los navíos españoles, obligados á picar cables y á separarse, proporcionó al enemigo apresar ó destruir 12 bajeles.

De alli pasó el duque de Medina Sidonia á las aguas de Zelanda; y reunido el consejo de guerra se resolvíó volverse á España, tanto por la falta de municiones, como porque Alejandro Farnesio se negaba á embarcarse. El camino que tomaron para volver fue doblando las islas Orcades, temiendo los vientos tempestuosos del canal de la Mancha: pero cuando llegaron, seguidos siempre de la escuadra británica, al cabo Flamborough, se levantó una horrible tempestad, que arrojó sobre las costas de las islas 17 buques españoles con 5.000 hombres á bordo; y de toda la armada invencible no llegaron á España mas de 53 bajeles en muy mal estado.

Asi se libertó Inglaterra de uno de los mas grandes peligros que ha corrido en la larga série de su historia. Isabel manifestó, mientras duró el riesgo, un valor invencible: pasó revista á las tropas, dispuestas á pelear con el enemigo, si desembarcaba: las animó con su palabra y egemplo, y les dijo que el dia del combate pelearia al frente de ellas.

Al año siguiente hicieron los ingleses dos espediciones, en que fueron rechazados, y perdieron mucha gente: una contra Lisboa y otra contra las islas Azores: consolaron estos reveses con el botin de muchos buques de comercio españoles y portugueses que apresaron en el mar. En estas espediciones se distinguió mucho el conde de Essex, jóven de grandes esperanzas, que sucedió al conde de Leicester

en el favor, y segun se creée, en el amor de la reina.

Toma y saqueo de Cádiz (1597). Isabel, despues de la ruina de la armada de Felipe II, se vió asegurada sobre su trono; dirigió las miras de su política hácia el occidente europeo, y tuvo hasta el fin de su vida grande influencia en todos los sucesos. Auxilió poderosamente á los holandeses, rebelados entonces contra la potencia española; y el general inglés Francisco Vere, que mandaba las tropas auxiliares de su nacion en los Paises-bajos, se distinguió peleando á favor de aquellos republicanos, y contribuyó mucho á su independencia.

Tambien la reina de Inglaterra dió auxilios eficaces á Enrique IV el grande, primer rey de Francia de la dinastía de Borbon, obligado á conquistar su corona despues del asesinato de Enrique III, contra la liga, á cuya frente estaban los Guisas, y contra el poder de España. Otro cuerpo auxiliar inglés, al mando del general Norris, se reunió al ejército de Enrique, y le acompañó en los combates. La plaza de Dieppe que se dió á los ingleses en seguridad para el caso de una retirada, y que por algun tiempo se creyó que seria el equivalente de Calés, estaba ocupada por un cuerpo inglés al mando del conde de Essex; pero la quietud de una guarnicion no se acomodaba bien con el ardor de su espíritu, y pidió y obtuvo permiso para servir en algunas de las numerosas espediciones marítimas que enviaba entonces

Inglaterra contra las posesiones españolas.

Hawkins y Drake, que infestaron el seno mejicano, fallecieron en esta espedicion, donde, aunque causaron notables daños al comercio y á la marina de España, fueron rechazados, el primero de Puerto-Rico, y el segundo del istmo de Panamá. Raleigh que se habia dirigido hácia las costas de Caracas, Venezuela y desembocadura del Oricono, despues de haber hecho considerable botin y haber peleado con vario suceso, volvió á Inglaterra. Pero la mas notable de estas empresas marítimas fue la que se dirigió contra Cádiz, una de las principales escalas del comercio de España con América. Mandaba las fuerzas de mar el lord Effinghan y las de tierra el conde de Essex. El fuego de ataque y defensa fue horrendo: Essex, á pesar de que se le habia mandado de órden de Isabel que no espusiese su persona, alentó á los suyos poniéndose al frente de ellos en los mayores peligros, desalojó á los buques españoles de la entrada de la bahía, desembarcó en el Puntal con sus tropas, y atacó inmediatamente y tomó la ciudad espada en mano. Apenas fue dueño de ella, mandó cesar la matanza. El botin de aquel emporio opulentísimo fue muy considerable; pero casi nada, en comparacion de lo que se perdió en la escuadra y galeones españoles, que sus gefes quemaron porque no cayesen en poder de los enemigos. El conde de Essex propuso conservar á Cadiz, ofreciéndose á defenderla con muy corta guar-

nicion: mas no siendo esa la intencion del gobierno inglés, hubo de embarcarse con sus tropas, despues de bien saqueada la ciudad, y volvió á Londres victorioso.

Suplicio del conde de Essex (1601). Este favorito de la fortuna y de su reina pereció por no haber sabido domar su propio orgullo. Creia que el amor de Isabel y la gloria que habia adquirido, le daban derecho para despreciar á los ministros, y no podia tolerar su oposicion. En una disputa que tuvo un dia con Raleigh en presencia de la reina, como esta dijese algunas palabras para moderar su ardor, le volvió Essex la espalda con insolencia. Irritada Isabel le dió un bofeton. El conde, echando mano á su espada, dijo: *no lo hubiera yo sufrido ni de Enrique VIII.*

La pasion de la reina hizo que se olvidase esta demasía; y poco despues, en 1598, le dió el mando del ejército que enviaba contra el conde de Tirone, que se habia rebelado en Irlanda. En esta espedicion quedó Essex muy inferior á lo que se esperaba de su valor y de su nombre. Dió el mando de la caballería al conde de Southampton contra el mandato espreso de la reina, que no lo queria: en lugar de atacar á los rebeldes en Ultonia, donde se habian refugiado, fatigó sus tropas con marchas inútiles en la provincia de Momonia; y en fin, en vez de someterlos, hizo un armisticio con ellos. Toda su conducta, que puede esplicarse por el resentimiento del orgullo ofendi-

do, pareció y debió parecer en la corte una traicion, dirigida á ganar partidarios para conspirar algun dia contra su reina, su amante y su bienhechora. Completó el peso de la sospecha que gravitaba sobre él, abandonando el ejército, viniendo á Londres sin permiso de la reina, y presentándose en la corte, donde fue aplaudido del pueblo que le adoraba.

Isabel le amaba, como suelen amar á sus amantes jóvenes las mugeres de mucha edad; pero el amor cedió á la dignidad y á los deberes de reina, y le mandó prender. Essex cayó enfermo, y desarmó, afligido y consternado con el mal y con la pesadumbre, á la que no habia podido domar con la soberbia. Envióle sus médicos y palabras de consuelo; y cuando se hubo restablecido, en lugar de hacer que se viese su causa en la cámara estrellada, que seguramente le hubiera condenado, mandó que le juzgase el consejo, cuyos miembros, aunque enemigos del reo, eran aun mas amigos de la reina; y se contentaron con despojarle de sus dignidades militares. Isabel le puso en libertad, y le dejó el destino de escudero suyo: tratóle con benignidad, pero con desvio; resuelta á elevarle otra vez y admitirle á su gracia, si veia en él señales de arrepentimiento.

Essex, en vez de aprovecharse de estas disposiciones favorables, arrastrado de su orgullo, comenzó á conspirar, uniéndose con algunos señores descontentos, y halagando á los doctores *puritanos*: llamábanse asi los protestantes

calvinistas de Inglaterra, que siendo enemigos de todo sacerdocio, señaladamente del episcopado, eran perseguidos por las leyes de la iglesia anglicana. Al mismo tiempo exhalaba su enojo contra Isabel, llamándola *vieja*, y diciendo que su entendimiento estaba tan encorvado como su cuerpo: insulto el mas cruel de todos para una muger, que á pesar de sus 70 años tenia la flaqueza de no sufrir que se dudase de su hermosura.

La reina, sabedora de la conspiracion, envió algunos señores á casa de Essex para que averiguasen el motivo de las reuniones numerosas que tenian en ella los conjurados. Essex mandó á los suyos que prendiesen á estos enviados, y salió con 200 de sus amigos, con las espadas desnudas, y sin otras armas, gritando: « viva la reina: me quieren matar. » Pero viendo que el pueblo no se conmovia en su favor; que sus compañeros atemorizados le abandonaban, y que ninguno de sus amigos, cuyo auxilio invocó, acudia á unirse con él, volvió casi solo á su casa, donde uno de sus cómplices, por conseguir perdon, habia puesto ya en libertad á los enviados de la reina.

Essex, y Southampton, único amigo que le quedaba, fueron presos y condenados á muerte. La reina tardó mucho en dar su decreto para la ejecucion de la sentencia, porque resuelta á perdonarlo, solo esperaba que el reo implorase su clemencia. Essex en efecto la imploró, y en prenda de ello le envió un anillo

que Isabel le habia dado en otro tiempo, diciéndole que de cualquier peligro en que se hallase, le libertaria aquella memoria; pero la persona á quien se lo dió para que lo presentase á la reina, era la condesa de Nottingham, enemiga secreta de Essex, y que por vengar antiguos resentimientos, no dijo nada á Isabel. Esta, creyendo incurables el orgullo y la ostinacion del conde, firmó el órden, y el conde pereció con su amigo en el cadahalso, víctima de su imprudencia y de su soberbia.

Pero los dos años que vivió la reina despues de la muerte de su amante, fueron para ella un suplicio contínuo. Ni la sumision de Irlanda, ni los progresos de los holandeses, ni el triunfo de su aliado Enrique IV, que logró poseer pacíficamente el trono de Francia, ni ver su nombre respetado en toda Europa y aplaudido en gran parte de ella, pudieron borrar de su memoria la imágen de Essex. Su dolor aumentó cuando la condesa de Nottingham, hallándose próxima á morir, le envió el anillo, confesando en descargo de su conciencia la perfidia que habia cometido. Isabel acude furiosa á la cabecera de su cama, y le grita: *Dios te puede perdonar; pero yo nunca.*

Desde entonces se negó á tomar alimento, y su única ocupacion era gemir y llorar á todas horas. Viendo que su fin se acercaba, declaró heredero del trono á Jacobo VI, rey de Escocia, hijo de la infeliz María Estuarda. Poco tiempo despues perdió el habla, y cayó en

un letargo, en el cual murió á los 70 años de edad y 45 de reinado.

Asi falleció la última de la familia de Tudor, la mas despótica de cuantas dinastías han ocupado el trono de Inglaterra; pero que mudando la religion del estado, preparó grandes infortunios á la de Stuard, que le sucedió. Ya en el mismo reinado de Isabel empezaron á verse los anuncios de las tempestades futuras; porque el hábito de las discusiones contrarias á la autoridad religiosa, fue por grados introduciendo el mismo espíritu de independencia contra la auteridad civil; y en el parlamento, no siempre dócil á la voz de la reina, empezaron á pronunciarse discursos y á esplicarse doctrinas opuestas á las máximas inglesas acerca del poder régio. El vigor de Isabel acallaba estas primeras voces de revolucion; pero era fácil de prever que dado ya el impulso, bajo príncipes menos firmes ó menos estimados del pueblo, se desencadenarian todas las pasiones y acabarian con el trono.

Isabel tuvo la gloria de haber conocido la primera en su nacion, que el verdadero cimiento del poder de Inglaterra son el comercio y la marina, y de haber elevado uno y otro, ya en la guerra contra Felipe II, ya en sus relaciones diplomáticas que favorecian el tráfico de su nacion hasta en Rusia, á un alto grado de esplendor y de prosperidad. Fue tambien la primera que enseñó á sus sucesores á intervenir útilmente en los negocios de Europa, favo-

reciendo á los estados menos fuertes contra las potencias dominantes: ejemplo que ha sido seguido despues con bastante exactitud por todos los monarcas británicos. Conservó la paz de su nacion con Francia; peleó felizmente contra España; dominó en Escocia, dirigiendo en utilidad suya las facciones de aquel pais, y supo domar las de Inglaterra. Tuvo grandes cualidades, y cualquiera de ellas pudiera haberle dado en la historia un sobrenombre ilustre; pero la sangre de María Estuarda borró todos los títulos de gloria que pudo haber merecido la hija de Enrique VIII, y no es conocida en los anales sino por solo el nombre de *Isabel*.

Jacobo I, rey de Inglaterra (1603). Habiéndose estinguido la descendencia de Enrique VIII, era indudable el derecho de Jacobo I á la corona de Inglaterra, como viznieto de la princesa Margarita, hija de Enrique VII. Fué recibido pues en Londres con grandes demostraciones de júbilo, mucho mas cuando se vió que dejaba los principales empleos á los ministros de Isabel. Cecil fue creado conde de Salisbury, y conservó su puesto de presidente del consejo. Este hombre hábil y astuto, aunque causa de la muerte de María Estuarda y del conde de Essex, que habian sido madre y amigo del nuevo rey, tuvo siempre una correspondencia secreta con Jacobo, y logró persuadirle que á sus buenos oficios debia la facilidad con que subió al trono de Inglaterra.

No fueron tan hábiles ó tan felices los lo-

res Grey y Cobham, ni sir Gualtero Raleigh. Jacobo los privó de sus empleos, poco despues fueron acusados de conspiracion, y aunque nada se les probó, condenados á muerte. Los dos primeros recibieron el perdon cuando ya tenian la cabeza en el tajo para ser degollados. Raleigh logró una próroga en la ejecucion de la sentencia: estuvo preso muchos años, y al fin murió por un delito de que estaba inocente.

Jacobo, aunque persuadido de la omnipotencia de su autoridad, que insistió porque fuese declarada artículo de fe la iglesia anglicana, era el hombre menos á propósito para hacerla respetar. Su vanidad y presuncion igualaban á su cobardía y á su incapacidad para el gobierno. Temblaba de ver una espada desnuda: lo que las tradiciones de aquel tiempo atribuian á la impresion que hizo sobre él, estando en el vientre de su madre María Estuarda, el asesinato de Rizzio. Por esta razon le pintaban los satíricos de su tiempo con una vaina al lado sin espada. Conocia bastante bien la literatura latina, y era muy dado á los estudios teológicos, como Enrique VIII; pero este era un fanático, y Jacobo pedante. Sus aduladores le llamaban *el Salomon de Inglaterra*; y oyendo este sobrenombre Enrique IV, rey de Francia, dijo: «sí, ese es el hijo de David el tocador de harpa;» aludiendo á las voces que entonces corrian, de los amores adúlteros de María Estuarda con el músico David Rizzio.

No es estraño pues, que el primer acto de

su reinado fuese la conferencia de Hampton-court entre anglicanos y puritanos. Estos, que aun no eran bastante fuertes, ocultaban su odio al episcopado, mucho mas cuando Jacobo se declaró defensor de esta institucion, y proclamó la máxima de que *sin obispos no hay reyes.* Asi toda la disputa versó sobre algunos puntos de liturgia, como el uso de la sobrepelliz y la genuflexion. Despues de resolver algunas pequeñas variaciones, se separaron aborreciéndose cordialmente, como debia esperarse de un partido dominante que conoce las intenciones de su enemigo, y de un partido de oposicion, que aspira al poder y no se atreve á decirlo á las claras.

Uno de los primeros cuidados de Jacobo fue hacer la paz con España, que se firmó en Londres en 1604. Ya habia muerto el temible Felipe II. Su hijo y sucesor Felipe III era tan pacífico como Jacobo; y asi no fue dificil la negociacion, mucho mas no habiendo entre ambas naciones territorios que reclamar ni conquistas que devolver.

Conspiracion de los barriles de pólvora (1605). Aunque Jacobo por temperamento y carácter era moderado, no podia, atendida su creencia y su posicion, favorecer á los católicos, y dejaba libre y espedita accion á las leyes promulgadas contra ellos. Muchas personas, perseguidas por causa de religion, formaron una conspiracion horrible, que estuvo muy próxima á conseguir su efecto.

Catesby, de noble estraccion y de bastantes riquezas, fue el primero que concibió la idea de volar con pólvora la casa del parlamento cuando el rey y su familia asistiesen á él. Percy, de la casa de Northumberland, Tomas Winter, Fawkes, oficial inglés al servicio de España, que vino al efecto desde Flandes, y otras varias personas, entraron en la conjuracion, obligándose al secreto con juramento y comulgando despues. En el estío de 1604 tomó Percy en alquiler una casa inmediata á la del parlamento; y los conjurados abrieron una comunicacion en la pared de medianía; pero oyendo ruido en el piso bajo, é ignorando lo que podia ser, tomaron informes, y supieron que se arrendaba á pública subasta un gran sótano, sobre el cual daba la cámara de los pares, que servia de almacen de carbon. Percy lo tomó tambien en arrendamiento. Metieron en él de noche 36 barriles llenos de pólvora: los cubrieron con fajos de leña, y tuvieron la osadía de dejar abierto el sótano, como para mostrar que alli no habia ninguna cosa sospechosa.

Hecho esto, esperaron el dia de la abertura del parlamento, á la cual debian asistir los reyes, y su hijo mayor Enrique, príncipe de Gales. Su hijo segundo el duque de York no vendria por ser muy niño; y asi se encargó Percy de ir á asesinarle, mientras Everardo Digby, otro de los conjurados, marchó al condado de Warwik, donde se educaba la princesa Isabel

en casa de lord Harrington, para apoderarse de su persona y proclamarla reina.

Parecia infalible el logro de este plan: los conjurados eran inaccesibles á todo movimiento de humanidad, pues tan á sangre fria habian dispuesto la ruina de tantas personas principales y de muchas del pueblo que habitaban las casas y calles vecinas. El remordimiento, escitado por la amistad, evitó tan horrible catástrofe.

Diez dias antes de la abertura del parlamento recibió el lord Monteagle, que era católico, una carta anónima y de letra desconocida, que entregó á uno de sus criados un hombre, tambien desconocido. La carta decia asi: «Milord: la amistad que me une á personas que os quieren bien, hace muy preciosa para mí vuestra conservacion. Por tanto os advierto, que si quereis salvar vuestra vida, deis una escusa para no asistir al parlamento; porque Dios y los hombres estan de acuerdo en castigar la perversidad del siglo. No desprecieis este consejo: retiraos á vuestras tierras, donde esperareis los sucesos con seguridad. No hay apariencia alguna de alborotos; pero el parlamento recibirá un terrible golpe, sin conocer de donde le ha venido. Seguid mi consejo; porque os lo doy por vuestro bien, y no querria que os sobreviniese alguna desgracia. Quemad esta carta. Espero que Dios os concederá el favor de hacer buen uso de ella, y os recomiendo á su santa proteccion.»

Monteagle, aunque tuvo ésta carta por una burla, la entregó á Cecil, presidente del consejo, y este sin hacer gran caso de ella, la enseñó al rey en la corte. Jacobo fue el primero que dió importancia al estilo severo y exaltado de la carta, y adivinó que en aquel *golpe terrible é imprevisto* contra el parlamento era natural que se hiciese uso de la pólvora. Se acordó pues visitar todos los sótanos de la casa del parlamento; y el conde de Suffolk, lord camarero, encargado de esta visita, la difirió de intento hasta la víspera de la abertura.

Encontró en el sótano los grandes montones de leña, y observó en un rincon oscuro á Fawkes, que era tenido por sirviente de Percy. Nada mas vió; pero le infundió sospecha una cantidad tan grande de combustible en casa de un hombre como Percy, que vivia muy pobremente. Y asi á media noche envió á un juez de paz con el correspondiente acompañamiento á registrar de nuevo el sótano. En la misma entrada sorprendieron á Fawkes con una linterna sorda, que iba á preparar todo lo necesario para la esplosion. Halláronsele en las faltriqueras las mechas y otros utensilios para prender fuego: encontráronse los barriles; y aunque el reo negó al principio, amenazado del tormento, confesó los nombres de sus cómplices.

Catesby y Percy, apenas supieron que Fawkes estaba preso, huyeron al condado de Warwik, donde Everardo Digby, creyendo se-

guro el éxito de la empresa, habia tomado ya las armas. Reuniéronse hasta unos 80 hombres. Perseguidos por la justicia, se refugiaron á una casa donde tenian un repuesto de pólvora, que se incendió por casualidad: Percy y Catesby quedaron muertos en la esplosion. Los demas fueron presos, juzgados y llevados al cadahalso. Algunos señores que no asistieron al parlamento, fueron multados por sospechosos de haber sabido la conjuracion, y no haber dado parte de ella al gobierno. Este suceso exaltó en gran manera la ira y el odio del pueblo inglés contra los católicos. Jacobo se mostró mas moderado, y declaró en el parlamento, que seria inflexible contra el crímen; pero que protegeria la inocencia, sin atender á la diversidad de las creencias religiosas: lo que desagradó mucho á los partidarios de la persecucion.

Ministerio de Somerset (1614). Enrique, príncipe de Gáles, falleció en 1612; y se dió este título á Cárlos, su hermano menor, heredero de la corona. Al año siguiente casó Jacobo á su hija Isabel con Federico, elector palatino: matrimonio que fue una de las causas inmediatas de la revolucion que poco despues sufrió la Inglaterra.

En esta época llegó al mayor auge de su elevacion el conde de Somerset, valido del rey. Su nombre era Roberto Carre, y descendia de una familia distinguida de Escocia. Despues de haber concluido sus estudios y viages, llegó á Londres, cuando apenas tenia 20 años. Era de

buena presencia, y anunciaba en sus modales una escelente educacion. El lord Hay que era paisano suyo, y para el cual tenia cartas de recomendacion de su familia, le dió el destino de escudero de S. M. en los torneos: su cargo era presentar al rey el escudo y la lanza en estas funciones.

Un dia que se presentó á cumplir su deber, cayó del caballo y se rompió una pierna á vista del rey: el cual compadecido se acercó á él, mandó que fuese curado con todo esmero, y empezó desde este momento á amarle. Despues que sanó, se elevó rápidamente. Fue nombrado caballero y vizconde de Rochester, recibió el órden de la jarretiera, se le nombró consejero privado, y en fin, conde de Somerset.

Ya era el primer personage de la corte y poseia muchas riquezas, fruto de la prodigalidad del monarca. Sin embargo, no se ensoberbeció con su fortuna. Su amigo Tomas Overbury, caballero muy instruido, le daba prudentes consejos, á los cuales debió haberse conservado en el favor del rey, y ser al mismo tiempo bien visto de la corte y del pueblo, hasta que una pasion criminal acabó con su virtud y con su ventura.

Estaba tratado el casamiento del jóven conde de Essex con Francisca Howard, hija del conde de Suffolk; pero mientras el novio concluia sus viages en Europa, el favorito se enamoró de la novia y le inspiró la mas vehemente pasion. Overbury, que amaba sinceramente

á Carre, empleó todos sus esfuerzos para separarle de aquella pasion, y su amistad fue causa de su ruina; porque Carre no ocultó á su amante las amonestaciones de Overbury; y entre aquella muger despiadada y su débil galan tramaron la perdicion del consejero de la manera siguiente. Carre logró del rey que nombrase á su amigo para la embajada de Rusia; y al mismo tiempo suplicó á este que no la aceptase, pretestando que no podria vivir sin él. Cuando Overbury, vencido de las instancias de su pérfido amigo, hubo rehusado aquel honor, Carre no cesó de acriminarlo ante el rey de desobediente, de modo que el débil Jacobo mandó ponerle preso en la torre. Entretanto los dos amantes declararon su pasion al rey, que les dió licencia para casarse. En esta ocasion concedió al nuevo esposo el título de conde de Somerset, para que su clase fuese igual á la de la ilustre familia de los Howard.

La condesa, no contenta de tener á Overbury preso y sin comunicacion, logró de su marido que acabase con él; y un veneno satisfizo el resentimiento de aquella furia; pero el aprendiz del boticario que lo habia preparado, huyó á Flesinga, y divulgó aquel misterio de iniquidad. El rey mandó hacer informaciones, y el delito se averiguó. Los reos subalternos fueron condenados á muerte. Jacobo perdonó á Somerset y á su esposa. Despues de algunos años de prision les dió libertad y una pension con que vivieron reti-

rados de la corte, y acabaron su vida en la infamia, aborreciéndose mútuamente con tanto furor, como habia sido el de su pasion criminal.

Espedicion de Raleigh á la Guayana (1618). A Roberto Carre sucedió en el favor de Jacobo Jorge Villiers, de ilustre familia, que fue creado duque de Buckingham, gran almirante de Inglaterra, y condecorado con otros destinos y dignidades. Jacobo, para prodigar riquezas al nuevo valido y á su familia, entregó á los holandeses las plazas de Flesinga, Brille y Ramekins, que habian puesto en manos de la reina Isabel, como prendas de los socorros que esta les enviaba para hacer guerra á los españoles.

Gualtero Raleigh, preso desde el principio del reinado de Jacobo, y con una sentencia de muerte dada contra él, para lograr su libertad esparció la voz de haber reconocido en la Guayana, provincia de la América meridional, una mina abundantísima de oro, que él beneficiaria, si pudiese, con grande provecho de la Inglaterra.

El rey le dió libertad y el mando de una espedicion para la Guayana; mas nunca quiso abrogar la sentencia de muerte que pesaba sobre Raleigh; diciendo que el temor de la ejecucion le aseguraba de la conducta futura de aquel marino. Raleigh llegó á las orillas del Orinoco, y en vez de buscar la mina, desembarcó su gente, y mandó atacar la ciudad de

santo Tomás, colonia española, que fue entregada á las llamas con las pocas riquezas que contenia. En este asalto pereció un hijo de Raleigh. Los ingleses de la espedicion, viéndose engañados, en vez de atacar los demas establecimientos españoles de aquella costa, como les aconsejaba Raleigh, le pusieron preso, y volviendo á Inglaterra, le entregaron al rey. Jacobo, indignado de que en plena paz hubiese acometido las posesiones de una nacion con la cual estaba en paz y deseaba formar una alianza íntima, mandó ejecutar la sentencia dada muchos años antes contra él. Raleigh pereció en el cadahalso, y su muerte fue muy sentida del pueblo, que le amaba por su valor y por sus prendas militares, aunque su conducta habia sido siempre pérfida. A él se atribuia principalmente la muerte del infeliz conde de Essex, amante de Isabel. Casi al mismo tiempo sucedió la destitucion del célebre Bacon de Verulamio, el mayor filósofo de su siglo, y á quien tanto deben las ciencias y las letras; pero magistrado complaciente y venal. Quitósele el honroso cargo de canciller que egercia desde el reinado anterior, y fue condenado á una multa de 30.000 libras esterlinas; pero el rey se la perdonó.

Jacobo trataba entonces con sumo empeño de casar á su hijo Cárlos, príncipe de Gales, con la infanta María, hija de Felipe III, rey de España; tanto por la grandeza de este enlace, como por favorecer con la alianza de España

las pretensiones de su yerno el elector palatino á la corona de Bohemia. Este proyecto de Jacobo no podia ser nunca aceptado por la corte de España; que ni podia dar, segun las ideas de aquel siglo, una princesa suya á un príncipe herege, ni abandonar los intereses de la casa de Austria en Alemania. Pero Buckingham, que poseia el favor del rey, le persuadió que nada seria mas á propósito para vencer las dificultades que oponia Felipe IV, hijo y sucesor de Felipe III, que enviar á España á su hijo Cárlos; ofreciéndose á acompañarle en este viage. Su intencion era ganar el afecto del heredero de la corona, como ya poseia el de su padre.

El viage se efectuó; y Cárlos fue recibido en la corte de Madrid con todos los honores debidos á su elevada clase: pero nada pudo conseguir sobre el objeto principal de su espedicion. La conducta petulante de Buckingham hubiera bastado para arruinar su pretension; pues ademas de intentar empresas amorosas en una corte que no conocia, tuvo la insolencia de insultar al primer ministro el conde duque de Olivares, que le despreció. Cárlos volvió á Inglaterra, y casó despues con Enriqueta, hija de Enrique IV, y hermana de Luis XIII, rey de Francia, á la cual habia visto cuando pasó por París de incógnito con direccion á España, y de cuya hermosura se habia prendado.

Guerra con España y el imperio (1624). El elector palatino se arruinó en su empresa de

Bohemia. Vencido en la batalla de Praga, perdió aquel reino que queria usurpar al emperador Fernando II, y sus estados hereditarios, y se vió obligado á refugiarse á Holanda. El pueblo inglés se manifestó muy interesado á favor de un príncipe, yerno del rey, y ademas protestante, en una guerra contra la casa de Austria, propugnáculo del catolicismo. Jacobo resolvió arrojar á fuerza de armas del palatinado á las tropas españolas que lo ocupaban por Fernando II, y declaró la guerra á España y al imperio. Envió 6.000 hombres al príncipe Mauricio de Nassau, para que le auxiliase en la guerra que pensaba hacer contra los españoles en los Paises-bajos; y ademas de este cuerpo, envió otro de 12.000 hombres, bajo las órdenes del conde de Mansfeld, general aleman del partido del elector, que debian reunirse en Calés con otras tropas francesas; porque la corte de Paris habia prometido favorecer al elector. Pero la política española neutralizó las intenciones del gobierno de Luis XIII: la espedicon inglesa no fue admitida en Calés, y dió la vela para Zelanda, donde no se habia tomado disposicion alguna para el desembarco. Entretanto una enfermedad contagiosa hizo grandes estragos en las tropas y tripulaciones, y la espedicion se volvió á los puertos de Inglaterra sin haber logrado efecto alguno.

Al año siguiente falleció Jacobo I, á los 59 años de edad, y 22 de un reinado insignificante; pero durante el cual se desenvolvieron, á

favor de las divisiones religiosas, todos los gérmenes de la revolucion, comprimidos por la mano vigorosa de Isabel. Los puritanos, secta pérfida y cautelosa, profesaban los principios de la libertad republicana que deducian del evangelio mismo, interpretándolo á su manera; y proyectaban trasladar al gobierno civil el mismo desprecio de la autoridad que profesaban en su sistema religioso. La debilidad é inepcia del gobierno de Jacobo les dió alas y pretéstos para aumentar considerablemente su partido, que ya era muy fuerte y tenia la mayoría en el parlamento, cuando subió al trono Cárlos I. Como los principios políticos de estos sectarios estaban ligados á los religiosos, y hacia muchos años que en Inglaterra se disputaba acerca de la religion, todo se hizo problemático; y la autoridad del rey, la de las cámaras, y la de todas las magistraturas, fueron objeto de disputas contínuas é interminables, exaltadas por los errores del gobierno. Tales fueron los tristes presagios del nuevo reinado.

Cárlos I, rey de Inglaterra (1625). Cárlos I era inocente de las prodigalidades necias de su padre: emprendió con ardor y buena fe la guerra contra las dos ramas de la casa de Austria, guerra popular en Inglaterra, y recomendada á su padre por el parlamento. Sin embargo, cuando se pidieron á esta corporacion los subsidios necesarios para continuar las hostilidades, se negó á darlos. El partido de la

oposicion, seguro de la mayoría, estaba resuelto á destruir el trono; y á lo menos á despojarlo de muchas de sus prerogativas; y para esto no habia mejor medio que quitarle al erario los recursos. Cárlos disolvió el parlamento, envió una escuadra á Cádiz con el objeto de apoderarse de los galeones que acababan de llegar de Indias; esperando que el producto de aquel rico botin socorreria sus necesidades. La espedicion se malogró, porque los ingleses, habiéndose apoderado de un fuerte donde hallaron gran cantidad de vino, se embriagaron y perdieron la ocasion oportuna de lograr la empresa; y la escuadra, acometida de enfermedades contagiosas, volvió á Inglaterra, muy disminuidas sus tropas y tripulaciones.

Cárlos se vió al año siguiente en necesidad de recurrir al parlamento. La cámara de los comunes votó subsidios, aunque insuficientes; y para compensarlos impuso condiciones, tales como la reforma de los abusos y el juicio del duque de Buckingham. Estos *abusos* eran sin embargo prerogativas de la corona adquiridas ó por leyes antiguas ó por costumbre, y justificadas por la necesidad en que se habia visto el rey de buscar medios para continuar la guerra cuando el parlamento se obstinaba en negárselos.

En cuanto al duque de Buckingham, su rápida elevacion, el favor del rey y su petulancia y violencia natural escitaban en algunos la envidia y en todos el odio. Al principio

de su carrera se mostró, para hacerse popular, muy afecto á los puritanos: pero desde que subió al trono Cárlos I, rompió con ellos viendo que su conducta y sus doctrinas se dirigian visiblemente al trastorno de la autoridad real.

En la cámara de los comunes, y en la de los pares, se declamó terriblemente contra el ministro; y Digges y Elliot, miembros de la primera, redactaron un acta de acusacion por el delito de concusion, el mas lejano de todos del carácter de Buckingham. El rey mandó prender á aquellos dos diputados, aunque poco despues los puso en libertad á reclamacion de la cámara. El resultado de esta disputa fue, que no se dió al erario el complemento de los subsidios, y que el rey disolvió el parlamento.

Guerra contra Francia: espedicion de la Rochela (1527). Cárlos recurrió para tener dinero á tres arbitrios: los préstamos de la nobleza, *el impuesto de buques* (Shipmoney) establecido en tiempo de la reina Isabel para formar una escuadra contra la armada de Felipe II, y un préstamo forzado y general sobre todos sus vasallos. Negaronse á pagarlo cinco personas que fueron presas, y á las cuales se negó el derecho que la ley les concedia de salir libres bajo fianza. Era imposible, enmedio de la efervescencia de los partidos, cada vez mas irritados, que ninguno de ellos se contuviese en los límites de la justicia.

Causó admiracion que el rey, en las circunstancias en que se hallaba, aumentase el

número de sus enemigos, declarando guerra á la Francia. Gobernábala entonces el cardenal de Richelieu, ministro de Luis XIII, y queria dar el último golpe al calvinismo, apoderándose de la Rochela. Sin duda creyó Cárlos que una guerra contra Francia le restituiria el afecto de su nacion, mucho mas siendo en defensa de los protestantes.

Dió pues el mando de su escuadra, en la cual habia 7.000 hombres de desembarco, al duque de Buckingham, que nada entendia de marina. Sus disposiciones fueron tan mal concertadas, que los rocheleses no admitieron la escuadra en su puerto, porque no se les habia dado aviso de que la Inglaterra tomaba las armas en su socorro. Atacó despues la isla de Rhé, los franceses acudieron, y tuvo que embarcarse, despues de haber perdido los dos tercios de sus tropas.

Al año siguiente, hostigado por la falta de dinero, reunió el tercer parlamento, que le concedió subsidios: pero al mismo tiempo presentó á su sancion la famosa *peticion de derecho*, que era en sustancia una declaracion de los privilegios y prerogativas del parlamento, los mas de ellos contrarios á la autoridad de la corona, como la habian egercido los reyes anteriores. Cárlos cometió la imprudencia de sancionarla; pero apenas vió que los miembros de la cámara de los comunes empezaban á apoderarse del poder egécutivo, suprimiendo comisiones creadas por el rey, y trataban de

formar un acta de acusacion contra el duque de Buckingham, prorogó el parlamento, y poco despues lo disolvió resuelto á no volver á convocar otro. No por eso se libertó la víctima del odio público. El conde de Denbigh, cuñado del duque de Buckingham, enviado con una escuadra al socorro de la Rochela, volvió sin haber hecho nada, con grave nota de cobardía ó de mala intencion; pues pudo pelear con la armada francesa, que bloqueaba estrechamente el puerto, y no lo hizo. Buckingham pasó á Portsmouth á activar los preparativos de otra espedicion, destinada á vengar el desaire de la primera, y fue asesinado por Felton, un oficial á quien habia negado el año anterior el grado de capitan. Felton estaba tan ciego de venganza, y tan fanatizado por las quejas que oia en todas partes contra el gobierno de Buckingham, que despues de cometido el delito, se entregó en manos de la justicia, aunque pudo huir, y sufrió la muerte con la misma firmeza que la habia dado.

Paz con Francia y España (1629). Cárlos, determinado á no reunir otra vez el parlamento, tomó la resolucion que debiera haber adoptado apenas conoció las malas intenciones de las cámaras de los comunes, é hizo paces con Francia y España, contentándose con la promesa que hizo esta última potencia de interponer sus buenos oficios con el emperador á favor del elector palatino.

Los nuevos ministros de Cárlos fueron To-

mas Wenworth, conde de Strafford, y Laud, obispo de Londres y despues arzobispo de Cantorbery. El primero poseia la honradez y espíritu caballeroso de los siglos anteriores, y el rígido estoicismo de un romano de la antigüedad: por carácter pues, y por principios, era enemigo de todas las innovaciones políticas que meditaban los puritanos. El segundo, sinceramente adicto á la religion anglicana, era contrario á las doctrinas religiosas de aquella secta; y por lo mismo, deseando dar nuevo esplendor á su iglesia, introdujo en la liturgia algunas ceremonias, semejantes á las de la Iglesia romana, y las sostuvo con mucho ardor. El rey, que no era menos celoso por el anglicanismo, favoreció todas las innovaciones disciplinarias del prelado; y con esta imprudencia, mas funesta mil veces que todas las disputas del poder, dió nuevos pretestos á la hipocresía farisaica de los puritanos, que hacian consistir la santidad en apartarse lo mas que era posible de la Iglesia católica, é introdujo el fermento de la division religiosa en un siglo fanático, y en un pais amenazado ya de la guerra civil.

Sublevacion en Escocia (1637). Mientras la especie de persecucion que las innovaciones de Laud causaban contra los que no querian obedecerlas, aumentaban el encono de los ánimos, no causaban menos irritacion los impuestos que Cárlos no cesaba de cobrar con sumo rigor. A la contribucion de los buques oponian

los refractarios, que habia sido establecido *solo para los casos de necesidad:* pero los jueces del rey respondian, que *solo al monarca tocaba decidir cuándo habia llegado el caso de necesidad.* Juan Hampden, que se negó á pagar la contribucion, y fue preso y multado por esta causa, adquirió gran popularidad entre los enemigos de la corte.

En esta época hubo mucha emigracion á las colonias inglesas de América: tan grande y general era el terror de una guerra civil. El gobierno creyó que debia impedirla, y mandó detener ocho bajeles que estaban en el Támesis prontos á dar la vela. En uno de ellos iba á emigrar el célebre Oliveros Cromwel, á quien estaba reservado el execrable destino de ser el asesino y el sucesor de su rey.

Desde la mayor edad de Jacobo I hasta esta época habia reinado la tranquilidad en Escocia. La doctrina religiosa de la poblacion era el puritanismo; y aunque se conservaban los títulos y honores de obispos, como estos carecian de rentas, no tenian influjo alguno. Cárlos formó el proyecto de establecer la iglesia anglicana en aquel pais; y esta determinacion, mal aconsejada por el fanático Laud, le fue tan funesta, como á su abuela María Estuarda su adhesion á la creencia de sus padres.

Los escoceses tomaron las armas en defensa del puritanismo: se apoderaron de Edimburgo: abolieron el episcopado: se coligaron secretamente con el numeroso partido de la opo-

sicion inglesa; y formaron una *convencion*, es decir, una asamblea de sus diputados, encargada de defender su creencia y sus libertades. La liturgia de Laud fue anatematizada: predicadores exaltados y mugeres fanáticas incitaban en todas partes el pueblo á acudir á las banderas de la convencion, y en breve tiempo se presentaron los escoceses con un ejército considerable en las fronteras de Inglaterra.

Cárlos se habia adelantado para defenderlas al frente de las tropas mejor disciplinadas que habia podido reunir: pero perdió el tiempo, contra el consejo de Straford, en negociaciones, cuya inutilidad era fácil de prever. La penuria de sus recursos le obligó á licenciar casi todo su ejército. Entre un pueblo sublevado que se negaba á admitir obispos, y un rey que los miraba como el principal apoyo de su autoridad, no podia haber transaccion. Cárlos se vió obligado, para formar un nuevo ejército, á convocar el parlamento inglés y pedirle subsidios.

Cuarto parlamento: accion de Newburn: parlamento largo (1640). El parlamento, en vez de darle dinero, le presentó quejas de la conducta del ministerio contra los privilegios de la cámara de los comunes, contra la propiedad violada por impuestos arbitrarios, y contra la libertad personal y religiosa de tantos hombres perseguidos por ser contrarios á la liturgia de Laud. Cárlos tuvo que disolver este parlamento como los anteriores.

Entretanto los escoceses marchaban hácia Newcastle, «con el objeto, decian, de presentar á su amado soberano las quejas de su nacion.» El rey, apurando todos los recursos de que podia disponer, habia juntado un ejército de 20.000 hombres. Gran parte de él estaba en Newcastle, y un cuerpo de 4500 hombres, á las órdenes de lord Conway, se hallaba apostado en Newburn para impedir al enemigo el paso del Tyne. Los escoceses rogaron encarecidamente á este general, que les permitiese pasar adonde estaba el monarca; y como no hiciese caso de esta súplica, le acometieron denodadamente, le derrotaron con gran pérdida de los suyos, y tomaron á Newcastle, abandonada por el ejército del rey.

Ya no quedaba recurso á Cárlos. En York, donde se hallaba, convocó la cámara de los pares; y viendo que esta no queria tomar á su cargo la concesion de subsidios, reunió en Londres el tres de noviembre el célebre parlamento, llamado *largo* por su duracion, que acabó con el trono, con el rey y con la libertad.

Apenas se reunió, y recibió la peticion de subsidios, sin hacer caso de ella, la cámara de los comunes fulminó un acta de acusacion contra el conde de Straford, primer ministro, y el mas querido del rey. El diputado Pym tuvo el encargo de sostener la acusacion en la cámara de los pares. Esta célebre causa duró cuatro meses. Straford se defendió con las fuerzas que le daba su inocencia; porque durante

su ministerio no se habian cometido abusos considerables de autoridad. El parlamento abusó de su poder mucho mas que lo habia hecho el gobierno, lanzando contra el mejor hombre de Inglaterra un decreto de proscripcion.

Cárlos se resistió mucho á firmar el decreto de ejecucion. Straford le escribió, que no dudase en sacrificarle, si su cabeza podia servir para reconciliar al rey con la nacion. La generosidad engañaba al ilustre proscrito: un acto de injusticia y de debilidad no podia ser favorable á la causa de un monarca. Cárlos firmó el decreto fatal; pero el remordimiento de haber sido causa de la muerte de su ministro y amigo, le acompañó hasta el último momento de su vida.

Habiendo triunfado el parlamento del principal de los ministros, no le fue dificil derribar á los otros. Laud, arzobispo de Cantorbery, objeto principal del odio de los puritanos, fue acusado y preso en la torre. Los demas consejeros del rey huyeron á Holanda y á Francia. La cámara de los comunes empezó entonces á demoler la monarquía piedra á piedra. Puso en juicio, de que no escaparon sino dando grandes sumas de dinero, á los delegados y subdelegados militares de los condados, que tenian autoridad en ellos por el rey: á los sherifes, que habian percibido el impuesto de los buques: á los asentistas y oficiales de las aduanas: revocó todos los privilegios conce-

didos por el rey, y arrojó de su seno á los diputados que tenian asiento en virtud de privilegio.

La fermentacion del parlamento pasó al pueblo. Los predicadores puritanos exaltaban sus pasiones: libelos infames calumniaban al rey y á la corte. Se hacian procesiones en obsequio de los que habian sido perseguidos en el régimen anterior. La cámara admitia todo género de peticiones. En fin, era completa la anarquía, cuyos fautores estaban en el seno mismo del parlamento.

Mientras esto pasaba en Inglaterra, hubo en Irlanda una conmocion, dirigida por un noble, llamado Rugero More, que creyendo la ocasion oportuna para libertar su patria del yugo inglés, armó á los irlandeses, emprendió apoderarse de Dublin, y no pudiendo lograrlo, asoló los campos, y asesinó con la mayor inhumanidad á todos los naturales de Inglaterra que pudo haber á las manos. El ejército que reunió, ascendia á 20.000 hombres.

Cárlos se hallaba entonces en Escocia para la abertura del parlamento, y le pidió socorro contra los irlandeses rebelados; pero los que dirigian los negocios de aquel reino, queriendo reservar todas sus fuerzas para el parlamento inglés en la guerra civil que se preparaba, no solo no le auxilió, sino le calumnió esparciendo rumores en el pueblo de que el movimiento de Irlanda tenia su origen en las sugestiones de la corte.

El parlamento de Inglaterra imitó su ejemplo. Ya en él se hablaba libremente contra el trono, contra el episcopado y contra la mayor parte de los pares. El arzobispo de York fue maltratado en la calle por el populacho: amedrentados los obispos determinaron dejar de asistir á la cámara alta; y la baja lanzó acusacion contra ellos, porque abandonaban la causa pública.

La corte, paciente espectadora de la ruina de la monarquía, quiso mostrar vigor cuando ya habia perdido toda su fuerza, y el rey se empeñó en que habian de ser presos y puestos en juicio un individuo de la cámara alta y cinco de la baja, que eran los oradores mas furibundos. Esta imprudencia le costó cara: el parlamento resistió, Cárlos tuvo que ceder, y fue manifiesto á todos que el cetro carecia de medios de ataque y de defensa.

El parlamento habia ya despojado á la corona de casi todas sus prerogativas: habia destruido los tribunales de alta comision, ahuyentado á los obispos, vilipendiado á los pares. Solo le faltaba apoderarse de la fuerza armada. La torre, Hull, Portsmouth y la escuadra cayeron en su poder, con el pretesto ridículo de que temian á los católicos. Ultimamente pidieron á Cárlos el permiso de levantar tropas, y de tener el ejército bajo sus órdenes por un tiempo limitado. Cárlos respondió: *ni una hora.* Y estas palabras fueron la señal de la guerra civil.

Principio de la guerra civil: batalla de Edgehill (1642). El rey se hallaba á la sazon en Douvres, donde habia ido á despedir á su esposa, que pasaba á Francia; y desde aquel puerto marchó á York, donde se le reunieron la principal nobleza del reino, y los vecinos mas ricos. El rey se creyó entonces restituido á su trono; desechó las proposiciones insolentes y usurpadoras del parlamento, y se preparó á hacer la guerra con vigor, á pesar de la estrechez de sus medios.

El parlamento, dueño de todas las fuerzas del estado, levantó un ejército en nombre del rey, separando con la sutileza propia de aquel siglo bárbaro la dignidad de la persona, y dió el mando de las tropas al conde de Essex. El rey se adelantó con los suyos hasta Nottingham, y enarboló en esta plaza la bandera real; pero al saber que los parlamentarios habian entrado en Northampton con fuerzas muy superiores, se retiró á Shrewsbury para reforzarse.

Servian en su ejército los príncipes Roberto y Mauricio, hijos del elector palatino Federico. Roberto se puso al frente de un cuerpo de caballería, y fue enviado á observar los movimientos del conde de Essex, que se habia acercado á Worcester. Al llegar á esta ciudad, vió un destacamento enemigo, tambien de caballería, lo atacó denodadamente, lo puso en fuga, y lo persiguió por el espacio de una milla. Este encuentro, aunque de poca importan-

cia, fue muy glorioso para los realistas, alentó sus esperanzas, y les dió un presagio favorable del éxito de la guerra.

Cárlos, habiendo reunido 10.000 hombres, resolvió marchar á Londres. Cuando llegó de Shrewsbury á Bambury, supo que el ejército parlamentario estaba en Keinton, villa del condado de Warwik, en número de 15.000 combatientes. Encontráronse en Edgehill; y Cárlos, aunque el dia estaba muy adelantado, dió la señal de la batalla.

Al principio de la accion Fidel Fortescue, que mandaba un regimiento en el ejército parlamentario, se pasó con todo él á las banderas del rey; y esta desercion aterró tanto las tropas del parlamento, que toda la caballería se puso en huida, y á su ejemplo el ala derecha. Persiguiéronla los realistas con imprudencia, y el conde de Essex los acometió por la espalda con su reserva. Los de Cárlos se repusieron de este ataque imprevisto, y ambos ejércitos estuvieron observándose sin atreverse á renovar el ataque. En esto sobrevino la noche, y á la mañana siguiente se encontraron en los mismos puestos, sin mostrar ninguno de los dos partidos deseos de pelear. Essex fue el primero que abandonó el campo de batalla, y se retiró á Warwik. En este combate perecieron 5.000 hombres, y la pérdida fue igual de ambas partes.

El rey, confiando en el valor de su gente y en la especie de terror que su nombre y digni-

dad infundia en los parlamentarios, marchó á Reading con intento de penetrar en Londres. El parlamento atemorizado pidió que se entablasen negociaciones, y se designó á Windsor para las conferencias. No por eso cesaron las hostilidades. Cárlos atacó á dos regimientos que tenian sus cuarteles en Brentford, y los arrojó de este pueblo haciéndoles 500 prisioneros. Entretanto Essex llegó á marchas forzadas á la capital, reunió á su ejército los nuevos reclutas que habian armado á su costa los vecinos de Londres, y se presentó en campaña al frente de 24.000 hombres. Cárlos, atendida la superioridad del número de los enemigos, se retiró á Oxford.

Batallas de Straton, Landsdown, Roundwaydown y Newbury (1643). Despues de negociaciones tan inútiles como las anteriores, que se entablaron en Oxford, se dispusieron ambos partidos á continuar la guerra con grande vigor. Pero los principales ejércitos que estaban en el centro del reino, no hicieron espediciones de importancia al principio de esta campaña. Essex al frente de 18.000 hombres se apoderó de Reading, é inutilizó con las posiciones ventajosas que ocupaba, todos los esfuerzos de las tropas del rey. En el norte, el conde de Newcastle defendió los condados de aquella frontera contra Fairfax, general parlamentario; y Waller, destacado del ejército de Essex, hizo una correría insignificante por las ciudades del Saverna.

Las empresas mas notables se verificaron en el sudeste. El condado de Cornwall se declaró por el rey, y armadas sus milicias vencieron á Ruthven, gobernador de Plimouth por el parlamento. Hamford, otro general parlamentario, entró en el Cornwall al frente de 7.000 hombres, y se apostó en una altura cercana á Straton. Las milicias cornwalianas, mandadas por lord Mohun y otros caballeros del pais, no tenian la mitad de aquel número: sin embargo, atacaron las colinas, divididas en cuatro cuerpos, por sus cuatro partes. La escasez de municiones los obligó á no disparar hasta que se hallaron en lo alto cuerpo á cuerpo con el enemigo, que huyó desbaratado, quedando un gran número de parlamentarios cogidos prisioneros entre las cuatro columnas, cuando se reunieron en la cima del monte.

Esta célebre batalla hizo que ambos partidos fijasen la atencion en los condados del oeste. El rey envió al Cornwall al marques de Hertford y al príncipe Mauricio con algunas tropas, que se apoderaron del condado de Devon é infestaron el de Somerset. El parlamento envió á aquella parte al general Waller con un ejército completo. Despues de varios movimientos y reencuentros parciales, combatieron en Landsdown, villa cercana á Bath, con grande encarnizamiento y mucha pérdida de una y otra parte, pero sin ventaja conocida por ninguna.

Los generales del rey determinaron mar-

char á Oxford á reunirse con el ejército principal; pero Waller, que acababa de recibir grandes refuerzos, acometió su retaguardia y alcanzó al grueso de las tropas en Devizes; de modo que no les era posible seguir adelante sin dar batalla á un enemigo muy superior. En situacion tan crítica resolvieron que Hertford y Mauricio marchasen á Oxford con la caballería, y diesen parte al rey del peligro en que se hallaban. La infantería se apostó ventajosamente. Waller le cortó los víveres, y estaba tan seguro de hacerla prisionera, que escribió al parlamento, anunciando para el correo próximo tan alegre noticia.

El rey, sabiendo aun antes de la llegada de Hertford el peligro que corrian los suyos, habia enviado para socorrerlos á lord Wilmot con un cuerpo considerable de caballería. Waller se adelantó con la suya hasta Roundway-downd, á dos millas de Devizes; y despues de un sangriento combate, fue completamente derrotado, y huyó con pocos de los suyos á Bristol. Su infantería, acometida por los vencedores y por el ejército de Cornwall, fue esterminada. La artillería y los bagages cayeron todos en poder de los realistas.

El conde de Essex, viendo la derrota de Waller, y debilitado en una escaramuza en que el príncipe Ruperto acuchilló dos regimientos parlamentarios, abandonó sus posesiones de Aylesbury y Reading, y se retiró mas cerca de Londres. En este tiempo habia vuelto

la reina de Holanda, trayéndole á Cárlos algun dinero, y un refuerzo considerable de soldados. Deseando emplear sus fuerzas en alguna empresa de importancia, sitió el rey á Bristol y la tomó; mas no fue tan dichoso en Glocester, defendida por el valiente Massey, que rechazó con increible fortaleza todos los asaltos de un ejército tan superior, y dió lugar á que Essex acudiese en su socorro.

El rey levantó el sitio, resuelto á dar batalla á los enemigos: Essex la escusaba por ser inferior en caballería; y asi, habiendo logrado el intento de socorrer la plaza, trató de volverse á Londres sin encontrarse con el ejército de Cárlos. A este fin se apostó en Tewkesbury, y aparentó ir hácia Worcester; pero haciendo una marcha forzada, llegó á Cirencester, donde cogió un convoy de los enemigos. Desde alli continuó su camino á Londres por Newbury: mas ¡cuánta fue su sorpresa, cuando al llegar á esta plaza, la vió en poder de los realistas, y acampado en sus cercanías todo el ejército de Cárlos que á marchas dobles se le habia anticipado!

La batalla era inevitable, y Essex se preparó á ella con serenidad y pericia. Peleóse todo el dia con sumo ardor, y la noche separó los combatientes, sin ventaja conocida por ninguna parte. A la mañana siguiente se puso Essex en marcha para Londres, adonde llegó sin mas daño que una leve pérdida en su retaguardia. La retirada de este general le gran-

geó mucha reputacion: tanto mas, cuánto tuvo que defenderse en Newbury con solos los cuadros de su infantería contra la caballería numerosa de los realistas.

El parlamento creó dos nuevos ejércitos, mandados uno por Waller, que á pesar de su derrota era el ídolo de los puritanos, y otro por el conde de Manchester, que pasó á los condados del norte, donde Fairfax acababa de ser derrotado junto á Atherton por Newcastle. En el ejército de Fairfax servia entonces como lugarteniente suyo Oliveros Cromwel, y se hizo célebre por la accion de Gaintborow, en la cual derrotó al valiente Cavendish, general realista que pereció en ella.

Batalla de Marston Moor (1644). La campaña anterior, poco favorable á los parlamentarios, los obligó á admitir la alianza que los escoceses deseaban hacer con ellos. El vínculo de esta alianza fue la muerte del arzobispo Laud, que subió al suplicio, sin haberse senteciado su causa, por decreto del parlamento inglés, y la abolicion del episcopado y de la liturgia en entrambos reinos. El puritanismo triunfaba, señaladamente despues de la jornada de Marston Moor, en la cual empezó la ruina de Cárlos I.

Este infeliz príncipe, para contrabalancear las nuevas fuerzas que adquirieron sus enemigos en la alianza de Escocia, hizo treguas con los irlandeses rebelados, y mandó al marques de Ormond, comandante de las fuerzas inglesas

en aquella isla, que pasase á Inglaterra á reunirse con él. Los puritanos gritaron contra esta determinacion de la corte, á la cual la obligaba la necesidad, y la pintaron como un acto de catolicismo. El marques desembarcó con sus tropas en el condado de Chester, donde fue atacado y vencido por el general Fairfax. Asi Cárlos no sacó ventaja alguna de una resolucion, que aumentó en gran manera el furor y el odio de los puritanos contra su persona y su poder.

El ejército escocés se reunió con el de Manchester en los condados del norte, y pusieron sitio á York. El marques de Newcastle observaba los movimientos de los parlamentarios; pero la inferioridad numérica de sus fuerzas le impedia acometer ninguna empresa de consideracion. Cárlos, viendo que la pérdida de aquella plaza traeria consigo la de toda la parte septentrional del reino, envió al príncipe Roberto con un cuerpo considerable de tropas en socorro de la ciudad. Los parlamentarios levantaron el sitio al acercarse Roberto: este reunió sus fuerzas con las de Newcastle, y resolvió dar batalla al enemigo.

Newcastle se opuso, aunque inútilmente, á esta-resolucion; porque preveia que perdida la accion, no quedaba esperanza ninguna al partido del rey; pero Roberto, incapaz de reflexiones políticas cuando se trataba de pelear, no dió oidos á sus observaciones, y acometió al enemigo apostado en Marston Moor, á poca dis-

tancia de York. Roberto peleaba en el ala izquierda, y tenia por adversario á Cromwel que le derrotó y arrojó del campo de batalla. Lo mismo hizo Newcastle en el ala derecha con los parlamentarios que tenia al frente; de modo, que cuando Cromwel volvia victorioso, encontró á Newcastle á su opósito, hallándose cada uno de los dos ejércitos en la posicion que tenia el otro al empezarse la batalla. Esta se renovó con grande furia, y la victoria quedó definitivamente del lado de los parlamentarios. Newcastle pasó al continente, y Cárlos perdió en él uno de sus mayores amigos, cuya influencia en los condados del norte habia ganado á favor del trono toda la nobleza de aquellos paises. Roberto, perdida la artillería, volvió á Oxford con las reliquias del ejército, y todo el norte de Inglaterra quedó sometido á los parlamentarios.

El partido del rey se debilitó en gran manera con este golpe. En vano logró ventajas considerables en el mediodia: en vano neutralizó las fuerzas superiores del enemigo con hábiles marchas desde el Saverna al Támesis: en vano se ensangrentaron segunda vez los campos de Newbury con la guerra civil; y aunque la batalla quedó indecisa, logró Cárlos libertar su artillería, que los parlamentarios tenian sitiada en el castillo de Dennington. El enemigo tenia sobre él una ventaja reconocida, no solo en cuanto á los recursos pecuniarios, sino tambien en cuanto al número y calidad de las

tropas, mejor disciplinadas porque se les pagaba mejor; y no era dudoso ya el triunfo de la rebelion y del puritanismo.

Pero este partido tuvo la suerte de todos los que se forman en tiempo de revoluciones. El temor de las fuerzas realistas los tenia unidos: la victoria los dividió en dos clases, cuyos nombres fueron *presbiterianos é independientes*. Los primeros, que conservaban la doctrina de los puritanos de Escocia, eran enemigos del episcopado y de las prerogativas de la corona; pero querian un rey, que fuese el primer magistrado de la nacion, y admitian la clase de los presbíteros, con tal que fuesen nombrados por el pueblo. Los independientes querian la república, y no reconocian sacerdocio alguno: lo cual era mas consecuente á los principios de la reforma fundada sobre la ruina de la autoridad, y el predominio de la razon individual de cada hombre. Los presbiterianos dominaban en el parlamento: los independientes en el ejército, y reconocian por gefe á Cromwel; pues era evidente, que establecida la república, sus gefes naturales serian los que la hubiesen fundado con la espada.

Un decreto del parlamento separó entrambos partidos, disponiendo que no pudiesen tener mando en el ejército los individuos de las dos cámaras. Essex, Manchester y otros oficiales generales resignaron sus comisiones; pero Cromwel, aunque miembro de la cámara de los comunes, halló medio de permanecer al

frente de las tropas: Fairfax pidió al parlamento que no le quitase por entonces un oficial de cuyas luces y consejos necesitaba.

Batalla de Naseby (1645). Llegó en fin el momento en que se decidiese esta terrible lid. El rey marchó con sus fuerzas al condado de York, resuelto á recobrar su preponderancia en el norte, y se encontró junto á Naseby con el ejército de Fairfax, cuyas operaciones dirigia enteramente Cromwel. Cárlos mandaba el centro de su ejército, el príncipe Roberto el ala derecha, y Marmaduke Langdale la izquierda. En las tropas parlamentarias Fairfax mandaba el centro, Cromwel el ala derecha, y su yerno Ireton la izquierda. Roberto empezó el combate, con su impetuosidad ordinaria, contra las tropas de Ireton, y las arrolló hasta Naseby; pero perdió mucho tiempo por el empeño de apoderarse de la artillería enemiga. El rey peleaba en el centro con el mayor denuedo, y aunque Fairfax le resistió con suma intrepidez, logró desordenar la infantería parlamentaria, que no se repuso hasta que la reserva entró en combate. Entretanto el terrible Cromwel, despues de haber desbaratado y ahuyentado el ala izquierda de los realistas, volvió al campo, cayó sobre la infantería del rey y la derrotó completamente. Entonces llegó Roberto; pero ya era tarde. Cárlos abandonó el campo de batalla, dejando en poder del enemigo su artillería, su bagage, cerca de 5.000 prisioneros, y 800 cadáveres. La pérdida del ene-

migo consistió en 1.000 hombres muertos.

Las tropas parlamentarias se apoderararon de todas las plazas fuertes que aun se mantenian por el rey, escepto Oxford, donde Cárlos se habia retirado con las reliquias de su ejército. Fairfax se acercó á esta plaza, resuelto á sitiarla; y como el rey no temia ninguna cosa tanto como caer en poder de los soldados del parlamento, determinó ponerse en manos de los escoceses, se fugó una noche de Oxford, disfrazado de sirviente, llegó á Newark, donde estaba el ejército escocés, se descubrió á Leven, comandante de aquellas fuerzas, fue tratado con respeto, y se le dió una guardia de seguridad. El parlamento inglés reclamó la libre disposicion de la persona del rey; y sabiendo Leven que las tropas inglesas se acercaban á Newark, se retiró al norte con su prisionero, y se acampó en Newcastle. Asi perdió su corona y su libertad Cárlos I. Los historiadores ingleses le acusan de no haberse puesto en poder del parlamento, que era presbiteriano, aceptando sus condiciones. Pero la esperiencia probó que nada hubiera adelantado, aunque hubiese consentido en su envilecimiento. El poder caido arruina siempre á aquellos en quienes tiene ó busca un apoyo.

Fairfax, generalísimo: el parlamento sometido al ejército (1647). Aunque el parlamento de Escocia estaba dispuesto á favorecer al rey, cuyos infortunios lamentaba, la asamblea general ó convencion del reino, intima-

mente ligada con el parlamento inglés y sometida al imperio de los predicantes puritanos, solo pensó en sacar un partido pecuniario é ignominioso de la casualidad que puso al rey en sus manos, y le vendieron infamemente á los ingleses por 400.000 libras, en las cuales iban inclusos tambien los sueldos del ejército auxiliar escocés que los ingleses se habian obligado á pagar. El rey cayó en poder de los comisarios del parlamento que le transfirieron á la fortaleza de Holmby, en el condado de Northampton, donde fue tratado con increible dureza, no permitiéndole ver á ninguna persona de su familia ni á sus amigos.

La victoria, como ya hemos dicho, dividió á los vencedores. El parlamento, temiendo á los independientes que dominaban en el ejército, trató de licenciar una parte de él y enviar otra á Irlanda, donde se continuaba la guerra contra los rebeldes. El ejército se amotinó, y en oposicion del parlamento de Westminter, creó otro militar con cámara alta y baja, compuesta la primera de agentes de los oficiales, y la segunda de diputados de las tropas. De esta manera se organizó el poder moustruoso de la fuerza armada, cuya alma secreta era Cromwel.

Este hábil político, previendo cuán poderoso seria en todos los casos posibles el partido que tuviese á su disposicion la persona del rey, envió á Holmby un destacamento de 500 caballos, á las órdenes de un oficial llamado Joyce, que en otro tiempo habia sido sastre.

Este se presentó á Cárlos, y le rogó què le siguiese. «¿Con qué órden?» le preguntó el monarca. Joyce no le dió mas respuesta que mostrarle su tropa vigorosa y bien armada. «La ortografía, replicó Cárlos, no es muy buena; pero se lee bien la órden.» Fue conducido á Triple Head, cerca de Cambridge, de donde despues le transfirieron á Hamptoncourt, donde le trataron con sumo respeto, y tuvo la libertad de ver á sus hijos y criados.

Entretanto se acercaba la ruina del partido presbiteriano. El parlamento ya se sometia á conceder las peticiones del ejército, ya se negaba á ellas cuando se creia mas fuerte. Las tropas, fatigadas de estas contradicciones, nombraron generalísimo á Fairfax, marcharon á Londres, dieron la ley al parlamento, eliminaron de él á todos los miembros que se oponian á la omnipotencia de la fuerza armada, y formaron asi un cuerpo legislativo, instrumento servil del ejército. A este punto queria Cromwel traer las cosas; porque dirigiendo absolutamente todas las determinaciones del generalísimo, que conocia su superior capacidad, y que ademas carecia de ambicion, tenia seguridad de gobernar el reino, sin incurrir en la envidia, á que estan espuestas las grandes dignidades.

En cuanto al rey, usó con él de la mas horrenda perfidia y la mas infame hipocresia. Ademas del respeto y atencion con que le trataba, le dió tan lisongeras esperanzas de sacar buen

pártido del ejército, que Cárlos engañado respondió al parlamento, cuando este le propuso unir sus fuerzas á las de los presbiterianos contra el partido de los independientes, que él no creia que hubiese bases mejores para la constitucion futura del reino, que las que propusiese el ejército.

Despues que Cromwel hubo desbaratado este principio de negociacion entre el parlamento y el rey, no cesó de inspirarle terrores, por medio de sus espias secretos, dándole noticias siniestras de conspiraciones imaginarias contra su vida. Su objeto era que Cárlos saliese del reino, ó á lo menos que se aumentase el odio público contra él solicitando escaparse. El rey cayó en el lazo: huyó disfrazado de Hampton-court; pero antes de hallar proporcion de embarcarse para Francia, cayó en manos del gobernador de la isla de Wight, y fue conducido al castillo de Carisbroke.

Entretanto los escoceses, presbiterianos celosos, y por tanto enemigos de los independientes, se declararon en favor del rey, y capitaneados por el marques de Hamilton, hicieron una invasion en Inglaterra con el objeto de libertar á Cárlos. Este nuevo obstáculo, opuesto á la ambicion de Cromwel, decidió la ruina del infeliz monarca.

El ejército marchó contra los escoceses, llevando al frente á su ambicioso general, que con su actividad ordinaria venció al enemigo, le persiguió hasta Edimburgo, entró en esta capital,

organizó el gobierno del modo que mejor le convenia, y se volvió á Londres, donde negocios de mayor consideracion le aguardaban.

Asesinato de Cárlos I: república de Inglaterra (1649). El partido presbiteriano, siempre deseoso de sustraerse á la prepotencia del ejército, viéndole alejado en la espedicion de Escocia, volvió á cobrar fuerzas y ánimo, y entabló con el rey una negociacion. Los comisarios de una y otra parte se reunieron en Newport, ciudad de la isla de Wight.

Cárlos cometió en entrar en negociaciones con el parlamento una grande imprudencia, á no ser que estuviese convencido de que reuniendo su partido al presbiteriano podrian triunfar del despotismo militar de Cromwel; y si creia posible este triunfo, cometió un grave yerro en no haber concluido pronto el tratado, mientras el ejército se hallaba ocupado en Escocia. La prontitud le hubiera dado tropas quizá invencibles; y una vez puesto al frente de ellas, ¿qué podria contra él un parlamento mutilado y envilecido? Pero la sinceridad de su carácter le impidió prometer lo que estaba resuelto á no cumplir. Llegó hasta conceder que el parlamento dispusiese por 20 años de las fuerzas, de los tesoros y de los empleos del reino, como tambien el establecimiento del presbiterianismo por tres años; pero no quiso consentir que á su esposa se le prohibiese el ejercicio del culto católico en su capilla privada. En este estado se hallaba la negociacion, cuan-

do llegó Cromwel victorioso de Escocia: el parlamento se redujo á su servilismo habitual: el coronel Pride, que habia sido en otro tiempo carretero, eliminó 200 miembros de la cámara baja, que desde entonces solo se compuso de independientes y del partido del *vientre*: asi se llamó á los que votaban siempre á favor del poder dominante; y á aquella violacion de los derechos del parlamento se dió el nombre de *medicina del coronel Pride*.

El partido de los independientes gritaba venganza contra el rey. La cámara baja decretó que fuese juzgado por la de los pares: el corto número de los que componian esta, se negó á semejante infamia. Pero la de los comunes nombró un tribunal de 133 comisarios: Cárlos fue conducido ante estos jueces, declinó siempre su jurisdiccion con la mayor firmeza, oyó sin emocion su sentencia de muerte, y sin emocion la recibió el 30 de enero de 1649 en la calle que está enfrente de Whitehall, á los 49 años de edad y 24 de reinado. El pueblo que asistió á aquella horrible catástrofe, se retiró lloroso y arrepentido de haber dado tanta fuerza á los malvados, que mancharon la patria con la sangre de su rey. ¡Arrepentimiento tardío! Estaba escrito que la Inglaterra sufriese el destino de las naciones que se abandonan al espíritu revolucionario.

El cadahalso de Cárlos I fue construido de antemano por Enrique VIII y su hija Isabel: esta acostumbró su pueblo á ver derramada la

sangre de una reina: aquel, rompiendo el freno de la autoridad espiritual, enseñó á romperlos todos. Enrique, por obtener el título de gefe de la iglesia anglicana, tan dulce para su vanidad y su pedantismo, introdujo la reforma, cuyo resultado fue la introduccion de nuevas doctrinas que debian arruinar aquel título, y con él la monarquía.

Es inútil hablar de la inocencia de Cárlos I. En todas sus acciones brilló siempre la generosidad de un caballero, la pericia y el valor de un capitan, la dulzura y magnanimidad de un buen rey. Ninguna agresion de su parte pudo disculpar al parlamento de háberle negado los subsidios necesarios para una guerra que el mismo parlamento aprobó y promovió en vida de su padre. Cárlos fue derribado, no por alguna maldad suya, sino porque el parlamento, imbuido en nuevas teorías religiosas y políticas, quiso derribarlo para sucederle en el poder. Pero cuando Cárlos pereció, ya el poder habia pasado á otras manos; y ese parlamento rebelde no cometió tantos crímenes, no hizo derramar tanta sangre, no puso las manos sacrílegas en su monarca, sino para erigir el trono sangriento de un hipócrita hábil y afortunado.

El parlamento, despues del asesinato que acababa de cometer, proclamó la república, y se declaró á sí mismo depositario de la soberanía, con el título de *representante* del pueblo. En consecuencia quedó abolida la cámara de los pares; y se nombró una comision ejecuti-

ya, llamada *de los conservadores de la libertad de Inglaterra*. Creóse tambien un tribunal supremo de justicia, que juzgó y condenó á muerte al duque de Hamilton, á lord Cappel y á otros acusados de haber llevado las armas contra el parlamento.

Entretanto Cárlos, príncipe de Gales, hijo mayor del infeliz Cárlos I, supo en la Haya, donde estaba, el trágico fin de su padre. En el momento tomó el nombre de Cárlos II y el título de rey de Inglaterra, y se preparó á hacer valederos sus derechos. Su primera intencion fue hacerse fuerte en Irlanda, donde el marques de Ormond con algunas tropas de tierra, y el príncipe Roberto con una escuadra, se sostenian contra las fuerzas del parlamento; pero las noticias favorables que recibió de Escocia, le movieron á fijar su atencion en este reino.

Batalla de Dumbar (1650). Escocia estaba dividida en tres partidos, el de los presbiterianos rígidos, cuyo gefe era el conde de Argyle; el de los presbiterianos moderados, á quien los otros daban el nombre de *malos*, y cuyos gefes eran el duque de Hamilton, hijo del que fue condenado á muerte en Inglaterra, y el general Lesley; y en fin, el de los realistas, dirigido por Montrose.

Los presbiterianos eran igualmente enemigos de los realistas y de los independientes de Inglaterra. El ódio hácia estos llegó á lo sumo cuando supieron el execrable regicidio come-

tido por el parlamento inglés; é inmediatamente proclamaron rey los escoceses á Cárlos II, y le enviaron diputados para que aceptase la corona: mas las condiciones eran tales, que Cárlos dudó mucho tiempo en aceptarlas; porque eran las mismas que la convencion de Escocia habia propuesto á su padre.

Pero el marques de Ormond fue completamente derrotado en Irlanda por Cromwel. Montrose fue cogido y ahorcado en Escocia; y no le quedaba al rey otra esperanza de recobrar su cetro, que la enemistad de los puritanos contra los independientes. Firmó pues las capitulaciones. Por ellas no se le dejaba mas que el nombre de monarca: pues los negocios civiles habian de ser dirigidos por el parlamento, y los eclesiásticos por la asamblea general de los presbiterianos: pero á favor de aquel nombre esperaba reconquistar el poder verdadero.

Cuando Cárlos llegó á Escocia, se vió en medio de ambiciosos fanáticos que separaron de su lado á todos los que ellos llamaban *malos*; esto es, á todos los que no tenian su misma creencia: le obligaron á hacer penitencia pública: á confesar las transgresiones de su padre, y lo que aquel partido hipócrita llamaba la idolatria de su madre: en fin, envilecieron en su persoua la autoridad real, interviniendo en todas las acciones públicas y privadas del rey, y sospechando siempre de la rectitud de sus intenciones, porque á pesar de su talentó

para la disimulacion, nunca pudo adoptar el idioma místico y farisáico de un partido tan furibundo.

Entretanto el terrible Cromwel se acercaba. Despues de sometida la Irlanda, tomó en propiedad el título de generalísimo, que abandonó Fairfax, fastidiado de los escesos que se habian cometido en su nombre, y marchó contra el heredero del rey, á quien habia asesinado. Lesley, general de los escoceses, se atrincheró entre Edimburgo y Leith, habiendo antes devastado los condados de Merze y de Lothian, para que los ingleses no encontrasen víveres. Cromwel empleó toda su táctica para hacerle abandonar su posicion, y obligarle á dar una batalla; pero el hábil escocés, cuyo proyecto era vencer sin pelear, no se movió de sus posiciones, á pesar de que los diputados del clero presbiteriano hicieron todo lo posible para destruir sus planes; porque obligaron al rey, cuya presencia daba mucho ánimo á las tropas que le querian, á volverse á la corte: arrojaron del ejército á 4.000 combatientes, solo porque eran malos: acusaron á Lesley de cobardia, porque sus tropas, ya purificadas y compuestas solo de *elegidos*, debian ser invencibles; pero no le permitieron pelear un domingo que se le proporcionó ocasion ventajosa para hacer daño á los ingleses.

Cromwel, careciendo de víveres, se retiró á Dumbar. Lesley se apostó en Lammermoor, y se apoderó de todos los pasos que habia entre

Dumbar y Berwik; de modo que al general inglés no quedó mas recurso que enviar por mar á Inglaterra su artillería é infantería, y procurar abrirse paso con su caballería. El fanatismo de los presbiterianos le salvó de este peligro; porque obligaron á Lesley á descender á la llanura para esterminar al enemigo en su retirada: Cromwel le atacó, aunque los escoceses tenian doble número, y consiguió una señalada victoria sobre los *elegidos*, matándoles 3.000 hombres, haciéndoles 9.000 prisioneros, apoderándose de Edimburgo y Leith, y obligando al resto del ejército escocés á retirarse á Stirling. La llegada del invierno y una enfermedad que acometió al generalísimo inglés, le obligó á acuartelar sus tropas en las cercanías de la capital de Escocia.

Batalla de Worcester (1651). El objeto de Cárlos, de Lesley y de Hamilton, que mandaban el ejército escocés, era defenderse en las líneas inespugnables de Stirling, á pesar de todas las vociferaciones de los presbiterianos, y dejar á Cromwel que consumiese inútilmente su ejército delante de aquellos atrincheramientos. El general inglés, resuelto á obligarlos á que los evacuasen, envió á Lambert, su lugarteniente, hombre de mucha capacidad y no menos ambicioso que él, al condado de Fife á destruir algunos cuerpos escoceses que lo ocupaban; y él le siguió despues para cortar los víveres al formidable campamento de Stirling.

En estas circunstancias meditó Cárlos y pu-

so en ejecucion una empresa, digna de quien peleaba por recobrar el imperio heredado de sus mayores. Viendo abierto ante sí el camino de Inglaterra, marchó á este reino con su ejército, confiado en que todos los realistas ingleses se le unirian. Cromwel, sorprendido de esta determinacion que cambiaba enteramente la faz de la guerra, dejó á Monk, otro de sus lugartenientes, en Escocia con 7.000 hombres para terminar la conquista de este reino: envió á Lambert con un cuerpo de caballería para picar la retaguardia al enemigo, y él le siguió con el grueso de sus tropas.

El gobierno de Cromwel era tan firme, que los realistas de Inglaterra no se atrevieron á moverse, escepto el conde de Derby que levantó algunas tropas en los condados de Chester y Lancáster, las cuales fueron interceptadas por los parlamentarios. Los escoceses que iban en el ejército del rey desertaban en gran número, atemorizados de no recibir auxilios en ninguna parte. El rey habia llegado hasta Worcester. Allí le alcanzó Cromwel. Casi todo el ejército de Cárlos que se habia hecho fuerte en la ciudad, fue degollado en las calles ó hecho prisionero. El rey, despues de haber peleado valerosamente al frente de los suyos, cuando vió decidida la victoria, huyó á una casa de campo donde se cortó el cabello y se disfrazó de aldeano. Aun no asegurado con esto, estuvo oculto 24 horas entre las ramas de una encina, desde la cual veia pasar á sus perseguidores; y que

despues que súbió al trono fue tenida en mucha veneracion, con el nombre de *encina real*.

De la casa de campo pasó al condado de Stafford, de allí á Bristol, despues al condado de Dorset, donde se embarcó y llegó á Fecamp, puerto de Normandía, despues de 41 dias de fuga. Cuarenta personas diversas le conocieron en los viages que hizo de un condado á otro. Una vez tuvo que atravesar por medio de un regimiento inglés. En otra ocasion su caballo, que era escocés, infundió sospechas en los concurrentes á una venta donde se habia alojado y tuvo que huir á pie.

Fin del parlamento largo: Cromwel, protector de Inglaterra (1652). La revolucion triunfaba despues de la batalla de Worcester; pero triunfaba por la espada de Cromwel: su yerno Ireton acabó de someter á Irlanda, y Monk á Escocia. Este reino fue unido á Inglaterra, enviando algunos representantes al parlamento.

Hallábase ya la revolucion en aquel estado, en que satisfechas las pasiones que le dieron origen, y cansados todos de sangre, de suplicios y de ruinas, se hace sentir la necesidad de poner término al movimiento político, y de crear un poder que haga disfrutar del descanso; y este poder en ninguna revolucion es otro que el de quien tiene en su mano la fuerza armada. Cromwel, dotado de una rara capacidad y de una ambicion desmedida, era dueño del ejército, y aspiró á la suprema autoridad civil.

El parlamento, que le habia servido para destruir la monarquía, asèsinar al rey, y preparar los caminos á su elevacion, era á sus ojos no mas que un vil instrumento, que podia romper cuando quisiese.

Así lo hizo. Un dia se presentó en la cámara, les mandó que se fuesen á sus casas y *dejasen el puesto á otros mas honrados*, los echó fuera, cerró él mismo las puertas, y juntó otro parlamento, que le proclamó protector de Inglaterra: título con el cual gobernó casi absolutamente hasta el año de 1555 en que falleció. Un año antes de morir le ofreció el parlamento la corona: mas no quiso aceptarla; y se contentó con el derecho de designar su sucesor al protectorado en una especie de constitucion que se publicó entonces.

Su gobierno fue respetado y reconocido en toda Europa. Desde 1652 hasta 1654 tuvo guerra con la república de Holanda, en que se distinguió mucho el almirante inglés Blake, peleando contra el holandés Tromp, que era estimado como el primer marino de su siglo. Esta guerra se originó de haber sido asesinado en Holanda un agente diplomático inglés, llamado Dorilao, por algunos realistas ingleses, cuyo crimen no persiguieron con la energía debida los magistrados holandeses.

Cromwel obligó á la Francia, donde reinaba entonces Luis XIV, á negar, no solamente socorro, sino tambien la hospitalidad á Cárlos II, que hubo de refugiarse á los Paises-bajos es-

pañoles. De acuerdo con el cardenal Mazarino, ministro de Luis XIV, declaró guerra á España; y los almirantes ingleses Penn y Venables, despues de una espedicion infructuosa contra la isla de santo Domingo, se apoderaron en 1655 de la Jamaica, que desde aquella época ha permanecido en poder de Inglaterra, y es hoy la principal de sus colonias en las Indias occidentales; pero entonces se estimó tan poco su adquisicion, que cuando los dos almirantes volvieron á Inglaterra, fueron enviados presos á la torre por haberse malográdo su ataque contra santo Domingo. La plaza de Dunkerque, que en esta época conquistaron los franceses, fue entregada á Cromwel, segun el convenio hecho entre ambas potencias. Poco antes de declarar la guerra á España, para obligar á la Francia á arrojar de su seno á Cárlos II, favoreció el almirante Blake á los españoles que tenian puesto sitio á la misma plaza, apoderándose de una escuadra francesa que le llevaba socorro; por lo cual se vió obligada Dunkerque á rendirse. Cuando despues la recobraron los franceses, Cromwel la reclamó con el objeto de hacer de ella una segunda Calés.

Nada faltaba pues al gobierno de este hombre estraordinario para ser glorioso, que haber sido su poder legítimo. En lo interior domó con su firmeza y vigilancia una pequeña conspiracion de realistas en Salisbury. Mas cuidado le dió la de los *milenarios* en el ejército. Llamábanse así los mas exaltados de los indepen-

dientes, y que aborrecian no solo la monarquía, sino tambien la república. En religion adoptaron la heregía antigùa del reinado temporal de Jesucristo, que habia de durar 1.000 años sobre la tierra; y decian que no reconocian mas gefe temporal ni espiritual que al Salvador, y que todos los hombres eran iguales: por lo cual se les llamó tambien *niveladores.* Estos fanáticos, último eslabon de la cadena de la anarquía, no podian formar un partido, porque no presentaban ninguna idea de gobierno; pero tenian al protector en un terror contínuo de ser asesinado.

Este ambicioso, á quien la fortuna coronó de sus favores, fue despues que hubo alcanzado el poder supremo, uno de los seres mas infelices que han existido sobre la tierra: digno castigo de sus crímenes y de su hipocresia. El ejército, á quien habia fanatizado para elevarse, se manifestó muy descontento cuando vió que se le queria desterrar de los negocios públicos; y el recelo de los puñales hizo á Cromwel rehusar la corona que el parlamento le ofrecia. Su hija mas amada, casada con Claypole, ya moribunda, le reprendió su frenética ambicion. Fletwood, otro de sus yernos, renunció al gobierno de Irlanda, y se separó del tirano. El terror le dominaba contínuamente. Llevaba peto bajo sus vestidos, y pistolas en sus faltriqueras. Jamás iba á ninguna parte sin guardias ni por el camino mas corto, ni volvia por el mismo camino que habia ido. No dormia

tres noches seguidas en el mismo cuarto; y nadie sabia cuál era el elegido cada noche para dormir.

El miedo acabó con la salud y con la vida del capitan mas intrépido de su siglo, á los 59 años de edad y 9 de protectorado. La ambicion y las circunstancias en que se halló, echaron á perder las sublimes prendas con que la naturaleza le habia dotado. Cromwel hubiera sido un Camilo en Roma virtuosa, un César en Roma corrompida, un Cortés en España bajo Cárlos V, y un Bonaparte en la revolucion francesa. Nació para dominar, y en su tiempo y en su nacion no se dominaba sino con el valor y la hipocresía.

Ricardo, protector de Inglaterra (1658). Ricardo Cromwel, su hijo, á quien habia designado para sucederle, fue proclamado protector en Lóndres y en Westminter. Enrique, otro hijo de Cromwel, que gobernaba á Irlanda, reconoció á su hermano: como tambien el general Monk, que mandaba en Escocia. Pero Lambert, que aspiraba al supremo poder; Desborow, tio de Ricardo, y republicano celoso; su cuñado Fletwood, milenario entusiasta, se reunieron con otros muchos oficiales, y obligaron al nuevo protector á abdicar, á pesar del parlamento, é Inglaterra cayó segunda vez bajo el despotismo militar. Ricardo pasó el resto de su vida alejado de los negocios, y entregado al estudio de las letras, que era su pasion dominante.

Restauracion: Cárlos II, rey de Inglaterra (1660). Los militares, dueños del poder, convocaron el parlamento largo, que apareció en la escena política como un espectro odioso y cubierto de sangre: lo disolvieron cuando notaron que no se prestaba á sus miras, y nombraron generalísimo á Fletwood, y su mayor general á Lambert, que era en la realidad quien todo lo mandaba. A Monk se le conservó por el pronto el mando de Escocia.

Este hombre, á quien estaba reservada la gloria de restaurar en su patria el gobierno legítimo, era de una familia noble del condado de Devon, y militar valeroso y hábil. Sirvió á Cárlos I en la guerra civil, y mandó un regimiento. Hecho prisionero por Fairfax, fue encerrado en la torre: Cromwel le vió, se aficionó á él, le llevó consigo á Irlanda, donde hizo grandes servicios peleando contra los rebeldes, y despues le dió el mando de Escocia. Monk era rival y enemigo de Lambert: su ruina era cierta, apenas este ambicioso se afirmase en el nuevo poder que egercia; y así trató de anticiparse, marchando contra Lóndres con los 8.000 hombres que mandaba, y que eran la flor del ejército, socolor de defender los derechos del parlamento oprimido. Nadie le creyó; porque nadie ignoraba su ódio contra los gefes del parlamento largo; y así la opinion comun era que trabajaba á favor suyo propio, ó á favor de los Estuardos. Esto último parecia mas verosímil, atendida la fama de probidad de que

habia gozado constantemente en su carrera. Sin embargo, á nadie descubrió su secreto, ni aun á los amigos mas entusiastas de Cárlos II, hasta que se halló con el poder en las manos.

Apenas se supo en Lóndres la marcha de Monk, Lambert salió para oponérsele. Monk propuso por dos veces negociaciones para ganar tiempo, y entre tanto Portsmouth y la escuadra se declararon por un parlamento libre, la guarnicion de Lóndres siguió la misma voz: el parlamento se restableció, y el ambicioso Lambert se vió abandonado de sus tropas. Tenia la ambicion y las miras de Cromwel; pero le faltaban su talento y el arte de mover las masas.

Monk no esperó órdenes del parlamento, y continuó marchando hácia la capital. De todas partes se le reunian tropas, pidiéndole un parlamento libre. El mismo Fairfax vino á ponerse á sus órdenes con un cuerpo considerable para ayudarle, decia, á restablecer la familia real; pero Monk no le descubrió su secreto, y el antiguo republicano se retiró.

Monk, habiendo llegado á san Alban, escribió al parlamento que saliese de la capital la guarnicion que habia. El parlamento cedió, y solo un regimiento se manifestó, aunque inútilmente, resuelto á defender la entrada al ejército del norte. El parlamento, viéndose en manos de Monk que le instaba á que se convocase una cámara libre, cometió una perfidia con el objeto de hacer que el general perdiese

su popularidad. A este fin le dió órden de ir á la ciudad, prender doce pèrsonas que le designó, y echar abajo las puertas y rastrillos de Londres, encargándole que hiciese todo esto dentro de pocas horas. Monk obedeció por no haber tenido tiempo para reflexionar las consecuencias; pero apenas entendió que por complacer á unos tiranos artificiosos habia deshonrado la capital de la monarquía, volvió de nuevo á la ciudad, pidió que se reuniese el consejo municipal, se disculpó de la injusta violencia que habia cometido, y juró que no volveria á hacer ninguna cosa de consideracion sin el dictámen del consejo. Desde entonces se estableció una íntima concordia entre el ejército y la capital.

Monk, viendo que nada conseguiria del parlamento sino por medio de la fuerza, llevó á él los miembros escluidos por el coronel Pride, é hizo que volviesen á ocupar sus puestos. Muchos de los independientes se retiraron, y los presbiterianos volvieron á tener la mayoría. Entre tanto Monk componia su ejército de la manera mas conveniente á sus designios. Hizo jurar á todos los oficiales que obedecerian á la cámara: los que no quisieron, fueron despedidos del servicio; y asi se desterró de las tropas el fermento de republicanismo.

La cámara, segun la promesa que habian hecho á Monk los individuos restituidos, convocó un parlamento libre. Casi todas las elecciones fueron favorables á Cárlos II. Apenas se

reunieron sus indivíduos, admitieron á Juan Granville, enviado de este príncipe, y se aceptaron las proposiciones que hizo. Las principales eran la libertad de conciencia, la paga del ejército de Monk, y la admision de sus oficiales en los grados respectivos cuando entrasen al servicio de la corona.

Los pares volvieron á reunirse en su cámara y á gozar de su autoridad antigua. Cárlos II fue proclamado rey de Inglaterra con alegría inesplicable del pueblo y de la nobleza. Este príncipe salió de la Haya para Scheveling, donde estaba la escuadra inglesa que debia restituirlo á su corte. Dió el mando de ella á su hermano Jacobo, duque de York, se embarcó, llegó á Douvres, donde fue recibido por el general Monk; y el 29 de mayo, dia aniversario de su nacimiento, entró en Londres enmedio de las aclamaciones y vivas de todos sus habitantes. De este modo fue restaurado el trono de Inglaterra. La república y el despotismo militar, creaciones de una minoría hábil y atrevida, cedieron el puesto al gobierno legítimo.

Cárlos II subió al trono á la edad de 30 años. No carecia de talentos políticos, y ademas era tolerante; pero amaba demasiado los placeres, y así se dejaba gobernar por sus ministros y por su hermano Jacobo, estremamente adicto á sostener y estender las prerogativas de la corona, y muy poco á propósito para conseguir su intento en Inglaterra, porque profesaba el catolicismo.

El parlamento concedió al rey todo lo que quiso, escepto dinero; porque los subsidios fueron insuficientes. El gobierno volvió al mismo pie que en el reinado de Jacobo I. Los obispos, arrojados de sus sillas, volvieron á ellas y á la cámara de los pares. La liturgia de la iglesia anglicana se restableció, aunque sin las funestas innovaciones que habia introducido en ella el arzobispo Laud. Concedióse amnistía general á todos los que habian delinquido durante la revolucion, escepto el general Lambert, Enrique Vane, gefe del partido independiente en el parlamento largo, y los que tuvieron parte directamente en el asesinato de Cárlos I. Lambert huyó á Francia, donde murió en la oscuridad: Vane y todos los regicidas que no lograron escaparse, fueron juzgados y condenados por el parlamento, y subieron al cadahalso.

Monk, en recompensa de sus grandes servicios, fue creado duque de Albermarle: Eduardo Hide, que acompañó fielmente al rey en su destierro, recibió el título de lord Clarendon, y se le nombró gran canciller y primer ministro de estado. Este caballero se distinguia por su virtud, talento y moderacion; pero tuvo siempre por enemigas á las damas del rey, cuyo influjo en la corte era mayor de lo que convenia. Sin embargo, se sostuvo mucho tiempo, por ser deudo de la familia real. El duque de York casó en secreto con su hija Ana Hide, antes de la restauracion, y despues fue aprobado este matrimonio por el rey.

Guerra con la república de Holanda (1664). Cárlos, que hubiera deseado estender sus principios de tolerancia á todos los disidentes de la iglesia anglicana, sin esceptuar á los católicos, tuvo contra sus ideas, en esta parte, el fanatismo de su siglo y de su nacion; y así, los presbiterianos sufrieron todas las persecuciones que antes habian egercido contra los anglicanos. Fueron arrojados de las parroquias, privados de los beneficios, y quedaron sometidos á las penas del *acta de uniformidad*. Llamóse así un bill que obligaba á todos los eclesiásticos no ordenados por el obispo, á recibir de él el orden sacerdotal, y á someterse á su autoridad.

La falta de dinero, que afligia siempre al rey, por la severa economía del parlamento, le obligó á tomar por esposa á Catalina, hija de don Juan de Braganza, rey de Portugal, princesa muy estimable por sus virtudes, pero que carecia de hermosura. Su dote fueron 300.000 libras esterlinas, y las plazas de Tanger y de Bombay. No bastando esta suma para pagar las deudas del rey y sus contínuas necesidades, vendió á la Francia la plaza de Dunkerque en 400.000 libras.

La cámara de los comunes, informada de las vejaciones que causaban los holandeses al comercio inglés en las costas de Africa, y en los mares de la India oriental, suplicó al rey que pidiese satisfaccion de aquellas injurias; y no habiéndola conseguido, se declaró la guer-

ra entre ambas naciones. El almirante inglés Holmes echó á los holandeses del castillo de cabo Corso en Africa, y de sus establecimientos de cabo Verde y de la isla de Gorea: pasó despues á la América del norte, y los echó de la provincia de nueva Bélgica, llamada desde entonces nueva York. Pero el almiranie holandés Ruyter destruyó todas las factorías inglesas de la costa de Guinea; y aunque fue rechazado de cabo Corso y de la Barbada, hizo mucho daño al establecimiento inglés de Long Island.

En esta guerra tuvo Holanda por auxiliares á Francia y á Dinamarca. En 1665 el duque de York, que mandaba una escuadra inglesa de 114 buques, peleó contra la del almirante holandés Opdan, que tenia casi el mismo número. Unos y otros se batieron con la mayor intrepidez. Pero la almiranta holandesa se voló en lo mas recio del combate: los ingleses, sin perder un solo navío, apresaron ó echaron á pique 19 de los enemigos; y la escuadra enemiga se volvió derrotada á sus puertos.

Al año siguiente restableció el almirante Ruyter el honor de la marina de su patria. Reunido en la entrada de la Mancha con 16 buques franceses, peleó durante cuatro dias contra la escuadra inglesa, que constaba de 64 velas, y estaba mandada por el célebre Monk y por el príncipe Ruperto. No se reconoció ventaja por ninguna de las dos partes en esta

larga y sangrienta accion. Algunos dias despues volvieron á pelear. Los holandeses abandonaron el campo de batalla, reconociéndose vencidos; pero el duque de Beaufort, comandante de la escuadra francesa, se les reunió cuando iban ya á acogerse á sus puertos. Ruyter toma la ofensiva, entra en el Támesis, rompe la cadena que tenian puesta los ingleses para defender la embocadura del Medway, penetra en este rio, destruye todos los buques enemigos que encuentra, lanza cinco brulotes á Uprore Castle, y quema tres navios de guerra que alli habia. La consternacion fue general en Londres. El pueblo esperaba á cada momento ver llegar al puente al terrible Ruyter, cuyo intento era efectivamente destruir aquella capital: mas no pudo lograrlo, porque la escuadra francesa no le auxilió.

Paz de Breda: caida del ministro Clarendon (1667). La Inglaterra salió desairada de esta primer lucha que emprendió despues de la restauracion; y para acallar el orgullo nacional, fue necesario sacrificarle una víctima. Esta fue el lord Clarendon, desagradable al rey porque censuraba sus amoríos y sus locas disipaciones; y desagradable al pueblo, porque era suegro del duque de York, en quien no podian sufrir que profesase la religion católica. Fue su sucesor en el destino de gran canciller Orlando Bridgeman. Clarendon tuvo que huir de Inglaterra y retirarse á Francia, para evitar las consecuencias de la causa que se le

formó. El parlamento le condenó á destierro, y le declaró inhábil para obtener ningun destino.

La paz se hizo con los holandeses en Breda, y de ella resultó la triple alianza entre Inglaterra, Holanda y Suecia, con el objeto de impedir que los franceses se apoderasen de los Paises-bajos españoles. Ya daba cuidado á toda Europa el inmenso poder de la casa de Borbon y las victorias de Luis XIV; y empezaban á coligarse contra este príncipe las potencias interesadas en el equilibrio de Europa, como antes se habian coligado contra la casa de Austria.

Pero Cárlos se hallaba sin recursos para cumplir los empeños á que le obligaba esta alianza; y el parlamento, cuya intolerancia no se desmentia nunca, bajo cualquier partido que lo dominase, no queria concederle subsidios, irritado por la benignidad con que el rey trataba á los *no conformistas*: asi se llamaban los católicos, los presbiterianos y las demas sectas que no admitian la doctrina anglicana.

Ministerio de la cabala (1670). Para lograr pues algunos subsidios, tuvo Cárlos que aprobar una ley contra las asambleas ilícitas, por la cual era prohibido, en aquel pais, que despues se ha llamado tierra clásica de la libertad, reunirse mas de cinco no conformistas en ninguna casa, ademas de los individuos de la familia.

En este año se mudó enteramente el consejo de negocios estrangeros, y se confió este de-

partamento á Cliford, Ashley, Buckingham, Arlington y Lauderdale: llamóse este ministerio *cábala* (cabal), palabra compuesta de las letras con que empezaban los nombres de los cinco ministros.

Tomas Cliford era atrevido é impetuoso, intrigante y fuerte por su elocuencia. Lord Ashley que poco despues fue creado conde de Shatesbury, era el hombre mas hábil de su siglo. Fue miembro del parlamento largo, presbiteriano ardiente, muy querido despues de Cromwel, y al fin tuvo mucha parte en la restauracion. Era turbulento, ambicioso y emprendedor. El duque de Buckingham era hombre de mas vivacidad que fondo, é incapaz de sentimientos morales que le contuviesen en sus designios. Arlington era débil y de poco talento, aunque su probidad era reconocida: servia para recomendar el consejo á los ojos del vulgo, no para dirigirlo. El duque de Lauderdale era violento, tiránico, obstinado en su parecer; pero de gran talento y mucha instruccion.

Estos hombres, ó ganados por la Francia, ó guiados por sus mismas inclinaciones y la del rey, resolvieron libertar á Cárlos del yugo del parlamento, que ademas de conceder muy pocos subsidios, impedia á la corona desplegar sus antiguas prerogativas, perdidas en los desórdenes de la revolucion. Para lograr este objeto se convinieron en romper la alianza que el rey habia hecho contra Luis XIV, y formar otra

nueva con este monarca, cuyos abundantes subsidios bastarian para hacer á Cárlos independiente de su parlamento, y cuyos socorros en caso de necesidad le harian triunfar de los principios democráticos que tanto se habian generalizado en Inglaterra. Aquellos estadistas invocaban pues el auxilio estrangero, y mudaban las alianzas naturales del reino en otra impolítica y contraria al equilibrio europeo; y asi su plan fue justamente condenado por la generacion de su siglo y por las futuras.

La duquesa de Orleans, hermana del rey, pasó á Inglaterra á tratar boca á boca con Cárlos sobre las condiciones de la nueva alianza. Esta princesa falleció á su vuelta á Francia, y el duque de Buckingham, enviado á París con el objeto ostensible de dar el pésame al de Orleans, llevaba poderes secretos para firmar el tratado. Al mismo tiempo se pedian al parlamento subsidios para sostener la triple alianza; y la cámara engañada los concedió.

Entre tanto los agentes del rey buscaban todos los medios posibles para romper con Holanda; y no hallando ninguno, procuraron ellos mismos dar origen á la desavenencia. La esposa de Guillermo Temple, embajador inglés en la Haya, volvia á Inglaterra en un pequeño buque particular, cuyo capitan exigió de la escuadra holandesa que se hallaba sobre las costas de la república, que amainase su pabellon mientras él pasaba. El almirante vino á bordo del buque inglés, y dijo al comandan-

te, que los holandeses estaban dispuestos á hacer todos los honores de uso á la marina británica; pero que no era posible que una escuadra entera amainase ante un solo bajel, que ni aun era de guerra. El capitan no tuvo por conveniente hacer fuego á una armada; pero cuando llegó á Londres, fue preso en la torre por no haber sostenido dignamente el pabellon nacional: el gobierno inglés se quejó á los estados generales, pidiendo satisfaccion en un término tan corto, que no era posible darla, atendidos los trámites lentos que llevan los negocios en aquella república: los holandeses enviaron á Londres un embajador, y se le dijo que ya no era tiempo de entrar en negociacion.

Segunda guerra contra Holanda (1672). Los subsidios que el parlamento habia concedido al rey, apénas bastaban para sus placeres; y así tomó el partido, para tener dinero con que hacer la guerra á Holanda, de apoderarse de los fondos del Echiquier. Muchas casas pudientes, que contaban con el pago de las letras que tenian contra aquel establecimiento, se arruinaron; y para impedir que el mal creciese, el rey se concertó con los principales banqueros de Londres, para que satisfaciesen las letras, prometiendo reembolsarlos sobre los primeros fondos que le concediese el parlamento.

Otro de los recursos en que confiaba, era apoderarse de la flota holandesa que volvia de Esmirna, ricamente cargada; pero se defendió

valerosamente contra el almirante inglés Holmes, que la atacó en el Mediterráneo, y que solo pudo apresar un navío de guerra holandés, y otros cuatro buques de los menos considerables. El resto de la flota se escapó á favor de una niebla, y logró ponerse en salvo en los puertos de la república.

A pesar de estas hostilidades, Holanda, amenazada por todo el poder de Luis XIV, no queria tener por enemiga á la Inglaterra; y Cárlos, para cumplir sus estipulaciones con Francia, se vió obligado á declarar la guerra á aquella república bajo frívolos y falsos pretestos de injurias, que se suponian recibidas por los buques ingleses en la India oriental.

Batalla naval de Solevay. Declaróse pues la liga de Inglaterra con Francia contra la república de Holanda: liga desagradable al pueblo inglés por muchos motivos: el primero era la antigua aversion que profesaba á los franceses: ademas, el poder de Luis XIV era cada dia mas formidable y amenazador, principalmente á las potencias protestantes. Los ingleses pues miraban como monstruosa la alianza de Cárlos con un soberano católico y absoluto, contra un pueblo de la misma religion que Inglaterra, y conforme con ella en los principios políticos. Otro gran motivo de descontento habia, y era una declaracion del rey que anulaba el bill contra las asambleas ilícitas: declaracion contraria al mismo tiempo á las preocupaciones religiosas del pueblo inglés, y

á sus leyes fundamentales; pues segun ellas no podia el gobierno quebrantar una ordenanza aprobada por las cámaras y por el monarca.

Las escuadras combinadas de Inglaterra y Francia, mandadas la primera por el duque de York, y la segunda por el mariscal de Etrées, se encontraron en las aguas de Solebay con la holandesa, á las órdenes del almirante Ruyter. La batalla fue sangrienta. El conde de Sandwich, comandante de la vanguardia inglesa, avanzó hasta el centro de la línea enemiga: venció á la almiranta de los holandeses, que lo acometió, echó á pique otro navío, que quiso abordarlo, y tres brulotes que se le acercaban; pero el cuarto fue mas feliz, se pegó al buque del conde y lo voló. La noche separó las dos escuadras, sin reconocerse ventaja por ninguna parte: los holandeses se retiraron, y los ingleses no los persiguieron.

La campaña por tierra fue mas decisiva. Luis XIV pasó el Rin con su ejército, penetró en Holanda, y amenazó á la república su ruina total. Pero, como era de esperar, toda Europa se declaró contra él, España y Alemania se confederaron con la república, y la potencia holandesa se levantó de su infortunio mas fuerte y poderosa.

Entre tanto Cárlos luchaba con su parlamento. Apenas se reunió en 1673, el primer cuidado de la cámara de los comunes fue arrojar de su seno los diputados que en él se habian introducido elegidos por recomendacion

del canciller Shatefbury, que con esta providencia pretendia resucitar una prerogativa antigua de la corona, abolida en la revolucion. Despues se anuló la declaracion de Cárlos contra la ley de las asambleas ilícitas. El rey hubo de ceder, porque esperaba subsidios, no bastando para sus disipaciones las 100.000 esterlinas que recibia anualmente de la corte de Francia.

Shatefbury previó en esta condescendencia del monarca para con el parlamento, la suerte que le estaba reservada. Su objeto era restituir á la corona su antiguo poder, y aun estenderlo, si las circunstancias eran favorables; pero no tenia el carácter firme y honrado del conde de Strafford, ministro de Cárlos I; y así, apenas vió que la corte cedia, la abandonó, y se pasó al partido de la oposicion, que le recibió con los brazos abiertos.

Este año casi no hubo guerra marítima. Las escuadras francesa é inglesa aparecieron en las costas de Holanda; y la armada de la república se mantuvo al ancla detrás de las arenas de Schonvelt. La escuadra inglesa estaba mandada por el príncipe Ruperto. El duque de York no podia egercer el empleo de grande almirante; porque siendo católico, no pudo hacer el juramento llamado del *Test*, que negaba la transustanciacion. El último parlamento, en ódio del hermano del rey, exigió este juramento de todos los empleados públicos.

Aumentóse el ódio con el nuevo enlace del

duque de York, que habiendo fallecido su primera muger Ana Hide, hija del lord Clarendon, pasó á segundas nupcias con una princesa de la casa de Módena, muy unida entonces con la de Francia. El rey prorogó el parlamento, aunque no sin oposicion de la cámara de los comunes, que cerró sus puertas al ugier de la vara negra que venia á anunciarle la prorogacion. El juramento del Test obligó al ministro Tomás Clifford, que era católico, á dejar su empleo. Sucedióle Tomás Osborne, creado despues conde de Danby, que debió su elevacion al talento, habilidad y elocuencia, de que habia dado pruebas en las sesiones del parlamento.

Paz con Holanda (1674). El ministerio de la cábala se disolvió. Shatefbury y Buckingham estaban ya al frente del partido de la oposicion: Clifford murió, y Lauderdale y Arlington no tenian bastante mérito para sostenerse contra el favor del conde de Danby en palacio, y contra el ódio general que habian escitado.

Decayó, pues, el partido de la alianza con Francia, y se hizo la paz con Holanda. Sus artículos fueron gloriosos para Inglaterra. Los holandeses cedieron el honor del pabellon de la manera mas estensa: se estipuló un reglamento mercantil para ambas naciones: se restituyeron mútuamente todas las conquistas hechas durante la guerra: se permitió á los cultivadores ingleses de Surinam retirarse cuando

quisiesen de aquella colonia: en fin, se obligaron los estados generales á pagar 300.000 esterlinas al rey de Inglaterra.

Luis XIV no manifestó disgusto alguno por la defeccion de Cárlos; porque temiendo que Inglaterra cediese á la alianza de sus numerosos enemigos, procuró conservarla neutral, ya que no le era posible tenerla por amiga. La guerra siguió con vario suceso. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, y Stathouder de Holanda, gran capitan, aunque desgraciado, tuvo la habilidad de inutilizar casi siempre las brillantes victorias que le ganaban los franceses.

Entre tanto continuaba Cárlos su lid contra el parlamento. En la sesion de 1675 votó la cámara de los comunes un nuevo bill contra los católicos: presentó humildes súplicas al rey contra los ministros Lauderdale y Danby: le pidieron que hiciese volver á Inglaterra un cuerpo auxiliar de 10.000 ingleses que servia en los ejércitos de Luis XIV: declaró delito de alta traicion cobrar impuestos no votados por la cámara: esceluyó de ella á todos los diputados que aceptasen destinos: en fin, se puso en guerra abierta con la corte.

Dos años despues se hizo en la misma cámara una mocion, dirigida á que se convocase otra, alegando que la prorogacion que se habia hecho, y que duró mas de un año, equivalia á una disolucion. Buckingham, Salisbury, Shatefbury y lord Warton sostuvieron esta mocion; esperando que las nuevas elecciones

serian mas contrarias á la corte. El rey mandó prender en la torre á aquellos cuatro pares, como culpables ó sospechosos de sedicion; pero despues fueron puestos en libertad, mediante la declaracion de obediencia que hicieron.

El parlamento concedió al rey subsidios para que se opusiese á las empresas de Luis XIV; y Cárlos, deseoso de restituir á su hermano el duque de York la popularidad que habia perdido enteramente, casó á su sobrina María, hija mayor de dicho duque, y heredera presuntiva de la corona, con Guillermo, príncipe de Orange. Al mismo tiempo firmó alianza ofensiva y defensiva con Holanda, España y el imperio: lo que obligó á Luis XIV á hacer la paz de Nimega en el año siguiente de 1678.

Este año fue notable en los anales de Inglaterra; porque en él se derramó, contra la voluntad del rey, la sangre mas pura de la nacion en los cadahalsos, por las delaciones de hombres perdidos, acogidas ansiosamente del pueblo, que aborrecia á los católicos; y por el parlamento, siempre deseoso de suscitar embarazos y de manifestar su aversion á la familia real. Al frente de los delatores estaba el célebre Tito Oates, que ya se habia distinguido como falso testigo en la causa de la conjuracion de las pólvoras, y hecho perecer con su declaracion á algunas personas inocentes.

Estos hombres malvados fingieron una conspiracion dirigida á asesinar al rey, y á someter al imperio de la santa sede el reino de

Inglaterra, que en otro tiempo habia sido su tributario, con el auxilio de las tropas francesas y de los católicos de la isla. Acusaron como agentes de esta imaginaria conspiracion á muchos jesuitas, entre ellos al confesor de Jacobo, duque de York. La impostura estaba tan mal urdida, que Oates se contradijo muchas veces en su declaracion en presencia del consejo. En una ocasion dijo, que estando en España, habia hablado con don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, y éste habia manifestado mucho celo por la causa de los católicos de Inglaterra. Y habiéndosele preguntado por las señas de aquel príncipe, hizo una descripcion de su persona, enteramente contraria á la verdad, que era bien sabida de los circunstantes; pues muchos de ellos le habian conocido en Flandes, donde fue algunos años gobernador. Pero á pesar de tanta impudencia, falsedades y contradicciones, el fanatismo del vulgo y la malicia del parlamento le creyeron, porque querian creerlo; y un gran número de personas fueron juzgadas y sentenciadas á pena de muerte: hasta que al fin, cansados todos de tanta sangre, pudo el rey, que habia sido espectador tranquilo de aquellas iniquidades, comprimir la insolencia de los delatores, que llegó al punto de acusar á la misma reina. El conde de Danby fue acusado en este mismo tiempo por Montagne, embajador inglés en la corte de Francia, de haber vendido á Luis XIV por una suma de dinero los intereses de los aliados

en la negociacion de Nimega. El rey, por cuya órden emprendió Danby aquella comunicacion secreta con la corte de Francia, disolvió el parlamento para impedir que esta causa pasase adelante.

Viage del duque de York á Bruselas: bill de esclusion (1679). Cárlos hizo todos los esfuerzos posibles para que las elecciones de la nueva cámara le fuesen favorables; pero las preocupaciones de la época hicieron inútiles todos sus ardides. Casi todos los hombres de mérito eran enemigos de la corte. El pueblo era tan injusto, que atribuia al rey las conspiraciones forjadas por Oates, aunque todas ellas empezaban con el proyecto de asesinar á este príncipe. Y así todos los miembros del parlamento anterior, que se habian declarado contra la corte, fueron reelegidos, y se añadieron á ellos otros no menos violentos, señaladamente de la secta de los presbiterianos.

El rey, previendo la tempestad que le amenazaba, resolvió hacer frente á ella con una firmeza, de que no habia dado pruebas hasta entonces; pero sin perder nada de su afabilidad esterior. La primer cosa que hizo para mitigar la animosidad del pueblo y del parlamento, fue invitar al duque de York á salir de Inglaterra por algun tiempo, á lo que este príncipe accedió; y partió con su muger y su hija Ana para la corte de Bruselas.

El parlamento emprendió una lucha contínua con la corte. Habiendo desaprobado el

rey el orador nombrado por la cámara, quiso esta sostenerlo, aunque en vano. Vengóse enviando preso á la torre al conde de Danby. Cárlos siguió entonces el consejo de Guillermo Temple, é introdujo en el consejo los miembros de la oposicion para debilitarla. Tales eran los condes de Essex y de Sunderland, y el célebre Shatefbury, que fue nombrado presidente del consejo; pero nunca abandonó el partido de la oposicion, porque conoció que la corte no tenia confianza en él.

El objeto de la oposicion en esta época era escluir de la corona al duque de York por ser católico. En vano el rey, para calmar las inquietudes de la cámara baja, propuso limitar la autoridad de su sucesor por medio de los artículos siguientes: no podria disolver el parlamento durante cierto tiempo: si era católico, no podria disponer de los empleos eclesiásticos, ni destituir los que los obtuviesen; y la misma limitacion de autoridad tendria en cuanto al nombramiento y destitucion de los oficiales de marina y de los lugartenientes militares de los condados. Al mismo tiempo declaró el rey, que si creian necesarias otras limitaciones para la seguridad de la religion y del estado, sin destruir el derecho de sucesion, las propusiesen.

La cámara, agitada de las pasiones populares, despreció estas condiciones, y votó el bill de esclusion por una mayoria de 71 votos. En él se declaró traidor al duque de York y á sus partidarios, siempre que egerciese algun acto

de autoridad en los reinos de Inglaterra y de Irlanda. Al lado de este bill anárquico votó la famosa ley *Habeas corpus*, antemural de la libertad civil de los ingleses, por el cual se prohibe, bajo penas muy severas, enviar ningun preso al otro lado del mar, ni retenerlo sin causa formada. Esta ley se sancionó antes de concluirse la sesion. El rey, viendo que nada podia conseguir de la cámara baja, prorogó y despues disolvió el parlamento.

El duque de York, con permiso de su hermano, pasó desde Bruselas á residir en Escocia. En esta época favorecia Shatefbury las pretensiones del duque de Monmouth, hijo natural del rey, á la corona. Cárlos, conociendo cuán dañoso era un hombre de su carácter en el consejo, le privó del empleo de presidente, y nombró en su lugar al conde de Radnor.

En el parlamento de 1680 volvió á presentarse el bill de esclusion, que fue votado en la cámara de los comunes, y desechado en la de los pares. El rey declaró públicamente la ilegitimidad del duque de Monmouth, para quitar todo pretesto á los que habiendo escluido al de York, fundaban sus esperanzas en aquel jóven, mas ambicioso que hábil. En esta época comenzaron á distinguirse los partidos de la corte y de la oposicion, con los nombres políticos de *Torys* y *Wighs*. El primer nombre fue tomado de los ladrones irlandeses: el segundo, de los fanáticos que concurrian á los conventículos de los puritanos de Escocia. Cada parti-

do impuso á sus enemigos estas denominaciones ridículas. Los torys sostenian las prerogativas de la corona: los wighs querian estender las libertades públicas; y esta lid se ha continuado siempre hasta nuestros dias con vario suceso.

Parlamento en Oxford (1681). El deseo y la necesidad que Cárlos tenia de subsidios, le obligó á reunir otro parlamento; y para castigar á Londres por su espíritu de oposicion, y premiar la fidelidad no desmentida de los habitantes de Oxford, lo convocó á esta última ciudad. Los miembros del parlamento concurrieron á ella, pero armados como si fuesen á una batalla. Los cuatro diputados de Londres llevaban un acompañamiento mas numeroso que el del rey, con banderas y emblemas contra el catolicismo y á favor de la libertad.

El rey, que en sus anteriores discursos al parlamento habia usado siempre de espresiones muy benignas, habló en esta ocasion con firmeza. Quejóse de la conducta imperdonable de la cámara de los comunes; y dijo, que asi como él no habia querido nunca egercer la autoridad arbitraria, asi no sufriria que otros se apoderasen de ella. Pero la nueva cámara siguió el mismo sistema de las anteriores, y propuso por tercera vez el bill de esclusion; y mientras los ministros del rey luchaban sin esperanza contra la animosidad de sus adversarios, ocurrió un suceso, que puso fin á los debates parlamentarios durante el reinado de Cárlos II.

Escribianse muchos libelos infamatorios de un partido contra otro. La duquesa de Portsmouth, dama en otro tiempo de Cárlos, madre del duque de Monmouth, y por consiguiente enemiga de la corte, encargó á Fitzharris, un irlandés de su servidumbre, que buscase quien escribiese un papel contra el rey y contra el duque de York. Fitzharris encargó esta operacion á un escocés, llamado Everard: el cual temiendo las consecuencias, dió parte de lo que se tramaba al juèz de paz de la corte, y le puso donde pudiese oir escondido una conversacion suya con Fitzharris. El juez puso preso al irlandés, y se le encontró en la faltriquera un ejemplar del libelo.

Fitzharris, para salir del peligro en que se hallaba, fingió una nueva conspiracion mas absurda que las de Oates: la cámara baja la tomó en consideracion; y para salvarle de las manos del juez, lanzó acusacion contra él, y la presentó á la cámara de los pares, que no quiso admitirla. De aqui se originaron nuevos debates entre estas dos corporaciones; y el rey, para imponerles fin, disolvió el parlamento, resuelto á no volver á convocar otro, y á tomar en su mano las riendas del gobierno.

Apenas se promulgó en el reino la proclama de disolucion, recibió la corte de todas partes testimonios de adhesion y fidelidad. Fitzharris pereció en el cadahalso como libelista, y los hombres juiciosos esperaban á ver el uso

que haria la corte del poder casi absoluto que tenia en sus manos.

Por desgracia se cometieron muchos actos de venganza; porque la cuadrilla de delatores, que hasta entonces habia estado á sueldo del partido de la oposicion, viendo que la corte era la mas poderosa, ofrecieron sus servicios al ministerio, y este tuvo la flaqueza de aceptarlos, escepto los de Tito Oates, á quien se prohibió acercarse á palacio.

La primera víctima de la venganza ministerial fue College, amigo de Shatefbury, y que habia sido diputado de Londres en el parlamento de Oxford. Acusósele de haber emprendido apoderarse de la persona del rey. Los sherifes de Londres le defendieron, y los jurados le declararon inocente. Pero fue trasladado á Oxford, con el pretesto de que habia tramado su conjuracion en aquella ciudad. En vano objetó en el nuevo juicio, que los testigos que le acusaban eran delatores y perjuros conocidos; porque se le respondió, que habian sido buenos cuando los jueces eran wighs, para llevar los católicos al cadahalso. College pereció, víctima del espíritu de partido.

Despues se formó causa á lord Shatefbury, el mas implacable enemigo de Cárlos y de la monarquía; pero los delatores acumularon sobre él tantas acusaciones inverosímiles y sin pruebas, que los jurados le absolvieron con grande aplauso del público de Londres. El ministerio puso en actividad una ley del reinado

de Isabel contra los *no conformistas*, y destituyó en virtud de ella á todos los magistrados presbiterianos, poniendo en su lugar torys reconocidos. Pero en Londres, donde el cuerpo municipal era casi todo wigh, y defendia á los presbiterianos, despues de grandes debates que hubo en las elecciones de 1682, consiguió la corte un corregidor y dos sherifes de su eleccion. Asi quedó el rey dueño de la magistratura; y queriendo asegurar su influjo para lo sucesivo, quitó la carta de los privilegios á la ciudad de Londres, con el pretesto de que el cuerpo municipal habia dirigido al rey una representacion que contenia espresiones injuriosas á su persona y gobierno, y no volvió á conceder la carta, sino con la condicion de que si el rey desaprobaba dos veces las elecciones de corregidor y sherifes, podria dar estos empleos en comision. Las demas ciudades, temerosas por lo que habia pasado á la de Londres, entregaron sus cartas al rey, y no las recobraron sino despues de pagar sumas considerables.

Conjuracion de Rye House (1683). Una administracion tan arbitraria en un pueblo que tenia ideas muy exageradas de libertad, escitó el descontento público y fomentó conspiraciones.

Shatefbury, aun antes del parlamento de Oxford, habia incitado al duque de Monmouth y á los lores Russel y Grey, á que tomasen las armas y se opusiesen á la sucesion del duque de York, en ocasion que el rey estaba indis-

puesto. Despues incitó á lo mismo á los condes de Essex y de Salisbury, y estableció correspondencias y fomentó insurrecciones en diferentes partes del reino. Los conjurados fiaban principalmente en los ciudadanos de Londres, adictos al partido y á la persona de Shatefbury; y este, no creyéndose seguro en otra parte, se ocultó en aquella inmensa poblacion meditando los proyectos que le sugerian su carácter ambicioso, y la hambre y sed de venganza. Propúsose que los amigos de los conjurados tomasen las armas en Londres ỳ Bristol, y en los condados de Devon y Chester: pero algunos preparativos necesarios retardaron la ejecucion del proyecto; y Shatefbury, no creyéndose seguro en Londres, donde el ministerio habia adquirido grande influencia, se retiró á Amsterdan, y alli murió poco despues. Su vasto genio y su carácter perverso abrieron el precipicio en que se despeñó la dinastía de Stuard.

Despues de él fueron gefes de la conspiracion el duque de Monmouth, el conde de Essex, los lores Russel y Howard, Algernon Sidney, hijo del conde de Leicester, y Juan Hambden, nieto del fomoso parlamentario del mismo nombre que se negó á pagar el impuesto de los buques en el reinado de Cárlos I. Todos estaban determinados á continuar el proyecto de la rebelion; pero cada uno tenia sus miras particulares. Monmouth aspiraba á la corona: Russel y Hambden querian el triunfo de los principios democráticos: Sidney era republica-

no ardiente: Essex seguia la misma doctrina, y Howard solo pensaba en satisfacer su ambicion.

Subordinada á esta habia otra conspiracion, á la cual pertenecian el coronel Rumsey, antiguo oficial republicano, el teniente coronel Walkot, de la misma época, Goodenough, subsherife de Londres, Ferguson, hombre de talento é influjo, y muchos procuradores y comerciantes de la capital; pero ninguno de estos trataba con los lores, sino Rumsey y Ferguson. Meditaron los planes mas violentos. Uno de ellos fue asesinar á Cárlos cuando fuese á Newmarket. Rumbald, uno de los conjurados, poseia una hacienda en el camino, llamada Rye House, de donde tomó su nombre la conspiracion. El plan era poner en el camino una carreta derribada para que detuviese el coche del rey, y matar á Cárlos á tiros desde los vallados. Pero habiéndose quemado por un accidente la casa que el rey tenia en Newmarket, hizo su viage ocho dias antes de lo que se creia, y asi se libertó del peligro.

Otro conjurado llamado Keiling, que andaba huyendo de la justicia por otro delito, resolvió lograr su perdon descubriendo la conjuracion á los ministros. Parece que los conjurados tuvieron alguna sospecha ó noticia de la delacion, porque todos se ocultaron. En fin, el coronel Rumsey y un abogado llamado West quisieron salvar sus vidas á costa de la de sus cómplices, y se presentaron para servir como testigos.

Habiendo sido cogido Shephard, uno de los conspiradores, este nombró á los que conocia, y se dieron órdenes para prender á los gefes. Monmouth se ocultó: Grey se escapó de las manos del mensagero que le conducia: se pusieron presos en la torre á Russel, Sidney, Essex, Hambden, y otros en diferentes cárceles. Walcot, Hone y House confesaron en el suplicio la conjuracion.

Lord Russel fue condenado á muerte, y en vano imploraron sus amigos la clemencia del rey. Cárlos fue inexorable, porque Russel habia sido en el parlamento uno de los mas ardientes contrarios de la corte. En el proceso del conde de Staford, uno de los acusados en la supuesta conspiracion de los católicos, habia dicho que el rey no tenia facultad para perdonar al conde; y asi Cárlos respondió á los que le suplicaban por Russel, que le perdonaba la parte ignominiosa del suplicio de los traidores, y añadió: *asi sabrá lord Russel que gozo de la prerogativa que me negaba en el proceso de Staford.*

Contra Sidney no habia mas que el testimonio de lord Howard, y algunos papeles que se le encontraron, en que se inculcaban principios favorables á la libertad: con solo estas pruebas le condenaron á muerte los jurados, impelidos de Jefferies, que ya era gefe de justicia, y cuyo nombre será eterno oprobio de la magistratura inglesa. Sidney subió al suplicio congratulándose de perecer por la causa de la

república. Hambden fue condenado á una multa de 40.000 libras. Essex amaneció un dia degollado en su prision. De todos los indiciados en la conspiracion de Rye House, apenas se libró uno solo del rigor de la justicia, sino el duque de Monmouth, que era el mas culpable de todos.

En esta época era el gobierno de Cárlos tan absoluto como el de Luis XIV: sin embargo, para complacer al pueblo, casó á su sobrina Ana, hija segunda del duque de York, con el príncipe Jorge, hermano del rey de Dinamarca, protestante de religion. El duque de York, que ya habia vuelto á la corte, fue restablecido en el empleo de grande almirante, á pesar de la ley que le escluia, y sin prestar el juramento del *Test*.

Algunos meses despues falleció el rey en 1685, á los 55 años de edad y 25 de reinado. Durante su última enfermedad oyó con indiferencia las exhortaciones de los sacerdotes anglicanos; y recibió los últimos auxilios de la religion segun el rito católico. En su gabinete se hallaron dos papeles escritos de su mano, que contenian algunos argumentos á favor de la Iglesia romana: los cuales mandó publicar despues su hermano y sucesor Jacobo.

Cárlos II, generalmente hablando, fue mal rey. Entregado á los placeres y á la disipacion durante los primeros años de su reinado, cuando eran mas felices los dias de la restauracion, descuidó los negocios, no supo aprovechar con

economía los recursos que le daba el parlamento, hizo la guerra mal, y dejó que sus ministros buscasen en el poder arbitrario y en la alianza monstruosa con Francia, los medios de sostener la monarquía. Si á lo menos hubiese mostrado en la primera oposicion del parlamento el vigor con que supo dominar las últimas, habria conservado á Shatefbury, hombre ansioso de poder, y el mas hábil estadista de su siglo. Puede decirse que todo su reinado fue una série de yerros. Pudo libertarse de la suerte que le amenazaba, y que era la misma que sufrió su padre Cárlos I de parte de los parlamentarios: pero por no haber tenido firmeza contra las oposiciones, ni moderacion en la victoria, dejó á su sucesor un reino descontento y dividido, sabiendo muy bien que el carácter de Jacobo no era á propósito para unirlo y hacerlo feliz.

Jacobo II, rey de Inglaterra (1685). Apenas murió Cárlos, Jacobo reunió el consejo privado, y prometió mantener el gobierno establecido en la iglesia y en el reino de Inglaterra. Pero sus primeros actos fueron una violacion de esta promesa. Siguió cobrando los derechos de aduana y otras contribuciones que se habian concedido á Cárlos II durante su vida, sin reunir el parlamento; y no contento con asistir públicamente á la misa con las insignias de la dignidad real, envió á Roma un agente para preparar los medios de introducir en Inglaterra la religion católica. Inocencio XI,

que ocupaba entonces la santa Sede, le aconsejó que procurase en esta grande obra usar de la precaucion mas bien que de la fuerza; y el embajador de España dijo al rey en una ocasion, que habia en su palacio mas clérigos de los que convenia. «*Pues qué*, dijo Jacobo, *el rey de España no consulta los negocios de su reino con su confesor?*» «*Si*, replicó el español, *y por esa razon van tan mal.*» Reinaba entonces en España el débil y enfermizo Cárlos II, cuya piedad poco ilustrada habia puesto en manos del clero el gobierno del estado y su propia persona.

Sin embargo, el ministerio inglés se componia enteramente de protestantes. El primer parlamento que convocó el rey, era todo de torys exaltados, y aprobaron los actos de Jacobo: el cual en recompensa ofreció gobernar segun las leyes; pero nada quiso prometer en materia de religion. Para facilitar la conversion del reino, procuró desengañar á la nacion mostrándole la falsedad de las conspiraciones que en el reinado anterior se habian atribuido á los católicos. Oates, fraguador principal de aquellos delitos, fue puesto en juicio por perjuro; crímen que se le probó hasta la evidencia, y condenado á pagar una multa de 2.000 marcos, y á ser azotado públicamente. Los azotes fueron tan crueles, que se creyó que moriria de ellos. Sin embargo, sanó, y vivia aun en el reinado de Guillermo III, que le dió una pension de 400 libras. Así, dice un escritor in-

glés, Tito Oates mancilló casi toda la historia de aquel siglo.

Rebelion de Monmouth: batalla de Sedgemore. El duque de Monmouth, despues que su padre Cárlos II le perdonó por la conspiracion de Rye House, pasó á vivir á Holanda, donde el príncipe de Orange le trató muy bien, sabiendo cuán amado era del rey de Inglaterra. Pero apenas subió al trono Jacobo II, le despidió de su corte. Monmouth se retiró á Bruselas, y resuelto á hacer una tentativa contra el nuevo rey, juntó como unos cien partidarios, y desembarcó en Lyme, puerto del condado de Dorset. Su nombre era tan agradable al pueblo, como aborrecible el de su tio; y así en menos de cuatro dias se le reunieron unos 2.000 hombres, bien que entre ellos no habia persona alguna distinguida.

El parlamento, que entonces estaba reunido, hizo protestas públicas de fidelidad al rey. El duque de Albermale, hijo del célebre Monk, á quien se debió la restauracion, reunió la milicia del condado de Devon en número de 4.000 hombres, y marchó contra los rebeldes: pero conociendo que aquellas tropas estaban inclinadas al partido de Monmouth, se retiró con precipitacion.

Monmouth llegó á Taunton, donde habiéndose aumentado considerablemente sus fuerzas, tomó el título de rey. Su ejército ascendia á 6.000 hombres, y tenia que despedir á muchos que se le presentaban, por falta de

armas. Ocupó á Bridgewater, Wells y Frome; y en todas aquellas ciudades fue proclamado: pero perdió un tiempo precioso en vanas ceremonias. Entre tanto el rey mandó venir de Holanda seis regimientos ingleses del cuerpo auxiliar que Inglaterra tenia en aquel pais para asegurarlo contra las empresas de Luis XIV; aumentó su ejército y destacó de él 3.000 hombres á las órdenes de Feversham y de Churchill, que fue despues el célebre duque de Malborough, para que observasen á los rebeldes. Estas tropas se apostaron en Sedgemore, aldea cercana á Bridgewater, y allí se les reunieron las milicias de las cercanías.

Entre tanto la sublevacion de los partidarios de Monmouth en Londres habia sido reprimida: el conde de Argyle, que levantó bandera por él en Escocia, fue vencido y hecho prisionero. Estas noticias desanimaron mucho al rebelde, viéndose reducido á solas las fuerzas que tenia presentes. Sin embargo, la desesperacion le obligó á pelear. Atacó la posicion de Feversham con sumo valor contra soldados superiores en número y disciplina, pero que despreciaban al enemigo y peleaban con negligencia, y logró desbaratar la infantería del rey. Ya casi tenia la victoria en sus manos; pero su caballería, mandada por lord Grey, huyó á la primer descarga. Los del rey atacaron su infantería por el flanco, y despues de un combate de tres horas fue derrotada y perseguida, con pérdida de 1.500 hombres en el com-

bate ó en la fuga. Así acabó esta rebelion, emprendida con temeridad, y dirigida sin prudencia ni vigor.

El duque huyó hasta que reventó el caballo. Entonces trocó sus vestidos con un aldeano. Este cayó en manos de los perseguidores; que creyendo que no podria estar muy lejos Monmouth, registraron con cuidado todo el campo, y le hallaron oculto entre las yerbas de una gávia. Jacobo mandó que fuese conducido á su presencia. Monmouth le pidió con lágrimas y gemidos que le perdonase; pero cuando oyó de boca de su tio que su delito era demasiado grave para dar lugar á la clemencia; recobró toda la altivez de un inglés, y subió al cadahalso con valor y resignacion. Pidióle al verdugo que le matase de un solo golpe, y no hiciese con él lo que con el lord Russel, á quien habia tenido que dar dos hachazos. El verdugo se turbó con esta peticion inesperada, y no pudo separar la cabeza del tronco sino al quinto golpe. Así pereció á la edad de 36 años Jacobo, duque de Monmouth, ídolo del pueblo inglés, que le amaba por su valor, afabilidad y gallarda presencia; pero era inconsiderado, faccioso, y amigo de empresas contrarias á la justicia y superiores á sus fuerzas.

El rey triunfaba; y con juicio, clemencia y consideracion á las leyes de su patria, podria haber conservado el poder que heredó de su hermano, y conseguido la conveniente libertad para la religion católica, dejando al

tiempo y á la conviccion que consolidasen su obra. Ya habia decaido el fanatismo de la reforma, tan terrible durante la revolucion, en el pueblo inglés; y era imprudente despertarlo mostrando un fanatismo ciego en sentido contrario. La nacion estaba contenta con las libertades que le habian quedado: no era tiempo de despojarla de ellas, y sobre todo, de mostrarse el poder enemigo encarnizado de cuantos no opinaban como él en materia de religion. Pero no podia esperarse tanta prudencia de un carácter violento, como era el de Jacobo, amigo de la venganza y profundamente ofendido de las oposiciones que habia sufrido en vida de su hermano su advenimiento al trono.

Una amnistía, despues de vencida la rebelion de Monmouth, le hubiera grangeado las bendiciones públicas: mas no solo no la concedió, sino que encargó á dos mónstruos, el coronel Kirke, y el juez Jefferies, el castigo de los delincuentes. Ya el general Feversham habia hecho ahorcar, inmediatamente despues de la batalla de Sedgemore, veinte de los prisioneros que se hicieron en esta accion. El coronel Kirke hizo ahorcar otros 19 en Bridgewater; y porque no *bailasen sin música*, como él decia, mandó que se tocasen las trompetas durante el suplicio. Todos los habitantes de la parte occidental, inocentes ó culpables, quedaron espuestos á la crueldad caprichosa de aquel bárbaro. A los soldados que mas se dis-

tinguian por sus escesos, los llamaba *sus corderitos*, y este nombre se pronunció con horror por mucho tiempo en aquellas provincias.

Pero estos desórdenes de la tropa no eran nada en comparacion de los que cometió Jefferies, enviado para castigar á los delincuentes en nombre de la ley. Este hombre declaró á los reos, que si no alargaban los procesos con sus denegaciones, los trataria con mas benignidad. Muchos confesaron, y solo les sirvió su confesion para acelerar su suplicio. Perecieron en el cadahalso 80 personas en Tauton y en Wells. Intimidaba á los jurados con sus amenazas, y era dueño de sus votos por el terror. Muchos inocentes fueron confundidos con los culpables, y ascendió á 251 el número de las causas y de los ajusticiados. Las mugeres no estaban tampoco libres del furor de este bárbaro, y envió al suplicio á muchas por haber dado asilo en sus casas á los parientes mas cercanos. Lady Lisle, que aunque viuda de un regicida, era realista celosa, fue acusada de haber ocultado en su casa á dos fugitivos de la batalla de Sedgemore. En vano alegó la respetable anciana que ignoraba que fuesen delincuentes sus huéspedes: en vano los jurados votaron dos veces en su favor: el inhumano Jefferies los insultó, los amenazó y los obligó á declararla culpable.

La suerte de la señorita Gaunt fue todavía mas terrible. Uno de los rebeldes buscó acogida en su casa, y aquella muger, que era muy

caritativa, le ocultó en ella: pero habiendo sabido el perverso que se habia prometido perdon y una recompensa á los que descubriesen los cómplices, delató á su bienhechora, fue absuelto, y la infeliz Gaunt fue quemada viva en premio de su humanidad.

Goodenough, subsherife de Lóndres, que habia emigrado por ser cómplice en la conjuracion de Rye House, volvió á Inglaterra con el duque de Monmouth, fue hecho prisionero en Sedgemore, y salvó su vida acusando al sherife Cornish, que aunque inocente, era muy mal visto de la corte. El proceso se siguió con tanta precipitacion, que en menos de una semana fue Cornish juzgado, condenado y enviado al suplicio. Despues de su muerte fue notoria su inculpabilidad y el perjurio de los testigos: el rey los condenó á una prision perpétua, y restituyó los bienes de Cornish á su familia; pero el odioso Jefferies fue elevado á la dignidad de par, y poco despues á la de canciller.

Jacobo, creyendo entonces invulnerable su autoridad, pensó que no era necesario disimular mas, y en su discurso al parlamento anunció la intencion de suprimir las milicias de los condados, pidió subsidio para suplirlas aumentando el ejército, y dijo que habia admitido algunos oficiales católicos á su servicio, dispensándolos del juramento del Test. El parlamento concedió un subsidio de 700.000 libras: pero hizo al rey fuertes representaciones con-

tra aquella dispensa. Jacobo respondió con enojo; y Croke, diputado de Derby, dijo á la cámara consternada: «yo creo que todos somos ingleses, y que no nos intimidarán algunas palabras duras.» La cámara le envió preso á la torre por esta espresion. El rey prorogó el parlamento, y poco despues le disolvió á principios de 1686.

Entoncès Jacobo continuó su plan, introduciendo indivíduos católicos en el consejo privado, y elevándolos á las primeras dignidades del reino. Su objeto era laudable, pero imposible de conseguir por la autoridad y la fuerza; porque tenian que luchar contra leyes que llevaban cerca de dos siglos de antigüedad.

Jacobo se condujo ademas con suma imprudencia, y se notaron varias contradicciones en su política. En vez de anular los establecimientos antiguos por medios legales, los quebrantó. Era católico, y creó, en calidad de gefe de la iglesia anglicana, una comision eclesiástica, compuesta de siete indivíduos, con autoridad sin límites sobre los negocios de la religion, con el objeto de suspender al obispo de Londres que no quiso complacerle quitando las licencias de predicar á Sharpe, sacerdote anglicano, que con sus furibundos sermones contra el catolicismo se oponia á los intentos de Jacobo: en fin, derogó las leyes fulminadas contra los no conformistas, con el objeto de atraerse el afecto de los puritanos, y concedió la libertad de conciencia; pero en Escocia la

limitó solamente á los católicos, dando á entender con esta imprudencia, que cuando pudiese, perseguiria á todos los que no se conformasen con su religion.

La misma corte de Roma reprobó esta conducta, cuya consecuencia infalible debia ser la ruina de la poblacion católica de Inglaterra; y asi cuando el rey envió un embajador á la santa Sede en 1687 para que reconciliase el reino con el centro de la unidad católica, la única señal de condescendencia que le dió el papa, fue enviarle un nuncio que residió en Windsor durante el reinado de Jacobo.

Queriendo este introducir con violencia los católicos en las universidades y en el clero, quebrantó los estatutos de la universidad de Cambridge, instándola á recibir por maestro en artes á un benedictino; pero la resistencia de los doctores le obligó á desistir de su intento. Mas tenaz fue y mas feliz con el colegio de la Magdalena de Oxford: él mismo pasó á esta ciudad, como si se tratase un negocio el mas importante del estado, é intimó á los colegiales á elegir por presidente al que él les designó; y como se negasen á ello, los arrojó del colegio y lo entregó á maestros católicos.

Revolucion segunda: la dinastía de Stuard arrojada del trono de Inglaterra (1688). En fin, la imprudencia de Jacobo llegó á su estremo. Publicó de nuevo el edicto de libertad de conciencia, mandando á todos los sacerdotes que lo leyesen en sus iglesias despues del oficio

divino. Los obispos de san Asaf, de Bath, de Ely, de Chichester, de Peterborough y de Bristol presentaron al rey una peticion en que decian que no podian leer ni permitir que se leyese en sus parroquias, sin faltar á su conciencia y á su honor. El rey indignado los mandó poner presos en la torre. Esto era convertirlos en mártires y esponerlos á la veneracion pública, sin grave riesgo de ellos; pues puestos en juicio, fueron absueltos con grandes aclamaciones y vivas de la muchedumbre.

El pueblo, el ejército y la escuadra daban cada dia nuevas señales de su descontento. Ya se habia amotinado la escuadra, porque el almirante Stricland que la comandaba, habia despedido al capellan anglicano de la capitana, y puesto en su lugar otro católico que decia en ella la misa. El rey se proponia llenar el ejército de reclutas irlandeses, y ensayó este sistema en el regimiento del duque de Berwik, su hijo natural; pero el teniente coronel Beaumont no quiso recibirlos, y cinco capitanes le favorecieron en su oposicion. Estos oficiales fueron depuestos, y aun se les hubiera formado causa, á no ser por el temor de que se sublevase el ejército.

El rey quiso conocer hasta qué punto podia confiar en sus tropas, y formó el proyecto de obligar á todos los regimientos á consentir en la revocacion del juramento del Test y de las leyes penales contra los disidentes. Pasó revista á uno, dijo que todos los soldados que no

aprobasen el edicto de la libertad de conciencia, dejasen las armas; y vió con terror que muy pocos soldados las conservaron.

El príncipe de Orange, yerno de Jacobo, afectaba no tomar parte alguna en los asuntos de Inglaterra, por no dar sospechas al rey; y así ni favorecia á los malcontentos ni animaba á los facciosos. La primera vez que intervino en los negocios del reino, fue á peticion del mismo Jacobo, el cual deseando que sus edictos se convirtiesen en leyes, le suplicó que los aprobase y que usase de su influjo para que las cámaras los aprobasen tambien: prometiéndole en pago de este servicio que le favoreceria con tropas y dinero en todas las guerras que emprendiese en el continente.

Con este salvo-conducto entró el astuto Guillermo en comunicacion con los hombres de mas influencia en Inglaterra, y su agente Dikevelt, halagando los gefes de todas las sectas, las ganó á favor del príncipe de Orange; porque apenas vieron una vislumbre de esperanza de libertarse del rey que aborrecian, se volvieron hácia Holanda los ánimos y los votos de los ingleses. Muchas personas de distincion presentaron sus quejas contra Jacobo al príncipe de Orange por medio de Dikevelt: los almirantes Herbert y Russel pasaron en persona á ver al Stathouder y presentarle sus homenages y los de la nacion: Enrique Sidney, hermano de Algernou, hizo el viage de Spa, con el pretesto de tomar los baños, y se vió allí con el de

Orange. Lord Dumblaine, hijo del conde de Danby, hizo muchos viages á Holanda con el mismo objeto. El obispo de Londres, los condes de Danby, Nottingham, Devon y Dorset, y otros muchos caballeros y ciudadanos distinguidos se unieron para enviar á Guillermo una representacion, en que le pedian que hiciese un desembarco en Inglaterra, y libertase la nacion.

El pueblo inglés, aunque dividido en wighs y en torys, habia olvidado sus facciones, y reunídose contra Jacobo. Guillermo se resolvió á aceptar las ofertas que se le hacian. Entónces estaba toda Inglaterra en fermentacion por el proceso de los seis obispos. Ya habia aumentado el príncipe considerablemente la escuadra holandesa, y los buques estaban preparados. Alistó tropas y juntó dinero con otros pretestos: para lo cual no halló oposicion ninguna; porque los holandeses tenian confianza ciega en él, y los príncipes vecinos le miraban como su protector. Guillermo estaba persuadido, que si desembarcaba en Inglaterra, no le abandonarian sus holandeses: pero sin embargo, no omitió la precaucion de tomar á su sueldo algunas tropas estrangeras. Todo estaba en movimiento: toda Europa sabia el objeto de la espedicion y esperaba el desembarco: solo Jacobo lo ignoraba. Luis XIV, enemigo personal de Guillermo, fue el primero que advirtió al rey de Inglaterra el peligro que corria, y le ofreció su escuadra y sus tropas para oponerse á la in-

vasion: pero Jacobo no le dió crédito, y rehusó sus ofertas. Luis insistió, y propuso enviar un ejército francés á la frontera de Holanda para detener al Stathouder: ni aun esto fue admitido. El rey de Francia, no queriendo abandonar un aliado cuyos intereses estaban íntimamente ligados con los suyos, hizo representaciones á los estados generales contra los preparativos que se hacian para invadir á Inglaterra: pero la república las miró como un absurdo oficioso, y Jacobo formó de ellas la misma idea.

Pero poco tiempo despues el embajador inglés en la Haya le envió á decir que era ya público en Holanda el proyecto del desembarco. Jacobo, que poseia en alto grado el valor militar, de que habia dado pruebas en el mando de la armada, carecia de la constancia varonil que tanto ennoblece al hombre en las adversidades y cometió dos imprudencias: la primera, deshacer todo lo que antes habia hecho contra el juramento del Test, reponiendo al obispo de Londres, devolviendo el colegio de la Magdalena de Oxford á sus antiguos colegiales, y restituyendo sus empleos á todos los que los habian perdido por oponerse á los edictos; providencias inútiles, porque se atribuyeron al miedo; y la segunda, volver atrás algunas de estas providencias, por haber sabido que una tempestad habia causado averías en la escuadra holandesa. Se puede decir que desde entonces no le quedó un amigo.

El príncipe de Orange publicó un manifiesto en que enumeraba todas las quejas de la nacion inglesa, prometia su socorro para satisfacerlas, aseguraba que su único deseo era dar al pueblo inglés el libre egercicio de su religion y de sus privilegios; y decia que su designio en la espedicion de Inglaterra era conocer los votos de la nacion por medio de un parlamento libre.

Este príncipe habia arreglado tan acertadamente sus disposiciones, que en el espacio de tres dias juntó 400 buques de transporte. El ejército se embarcó con las municiones necesarias, y Guillermo dió la vela de Helvoet Sluis con una escuadra de cerca de 100 bageles de guerra y 14:000 hombres de tropas de desembarco. Sobrevino una tempestad; y despues de reparadas las averías, á favor de un viento largo arribó á las costas occidentales de Inglaterra. El mismo viento impidió á la armada inglesa salir de Harwich: de modo que los holandeses atravesaron sin obstáculo el paso de Calés, y á los dos dias desembarcaron el 5 de noviembre en la aldea de Brofholm, situada en la bahía de Tor.

A pesar de la invitacion que le habian hecho tantos ingleses para que desembarcase en la isla, muy pocos se le reunieron en los primeros dias; y la ciudad de Exeter, aterrada aun con la memoria de las crueldades de Kirke, aunque recibió á los holandeses, fue en los términos de la mas exacta neutralidad. Allí

esperó Guillermo diez dias á que se le reuniesen los que le habian llamado; y viendo que ninguno parecia, estuvo ya para volverse á embarcar, cuando llegaron á su cuartel general muchas personas principales, y en breve se declararon á favor suyo todos los condados vecinos.

El primero que vino fue el mayor Barrington, cuyo egemplo siguió toda la nobleza de Devon y Somerset. Despues llegaron el conde de Abingdon, Russel, hijo del conde de Bedford, Warton, Godfrey y Howe. Lord Delamere tomó las armas á favor suyo en el condado de Chester: el conde de Danby se apoderó de York y la rindió á su obediencia: el conde de Bat, gobernador de Plymouth, se declaró por él: lo mismo hizo el conde de Devon en la provincia de Derby, y el pueblo y nobleza de la de Nottingham: de modo que cada dia se separaba de Jacobo una porcion de su reino.

Pero el descontento del ejército era el agüero mas siniestro para su causa. El lord Colchester, hijo del conde de Rivers, fue el primero que desertó, siguiéndole gran parte del cuerpo que mandaba. Lord Lovelace quiso imitar su ejemplo: mas fue interceptado por las milicias que estaban á las órdenes del duque de Beaufort. Lord Cornbury, hijo del conde de Clarendon, se pasó á Guillermo con la mayor parte de tres regimientos de caballería. Muchos oficiales de distincion declararon al general Fervesham, que no podian en conciencia pelear contra el príncipe de Orange.

A la traicion de estos oficiales siguió la de los cortesanos, y aun la de los parientes é hijos del rey. Lord Churchill, que debia cuanto era á Jacobo, comenzó por una horrible ingratitud la carrera, que hicieron despues tan gloriosa su valor y su talento militar. Siguiéronle el duque de Grafton, hijo natural de Cárlos II, el coronel Berkeley y otros muchos. Ana, la hija querida del rey, y el príncipe de Dinamarca, su marido, pasándose al príncipe de Orange, consumaron el infortunio de Jacobo, que esclamó al recibir la noticia: *¡Ay! mis propios hijos me han olvidado.* El peligro instaba: ya no era tiempo de esperar los socorros que Jacobo habia pedido al Austria y á Francia. Reunió el corto número de amigos fieles que le quedaban, uno de los cuales era el conde de Bedford, padre de lord Russel, el que fue degollado en el reinado de Cárlos II. «Mylord, le dijo el rey, sois hombre de probidad, teneis mucho crédito, y podeis hacerme grandes servicios.» «¡Ah señor! respondió el conde: ¿qué puedo yo hacer, viejo y enfermo?..... En otro tiempo tenia yo un hijo.....» Estas palabras dejaron á Jacobo consternado, porque habia contribuido mucho á escitar la inflexibilidad de su hermano Cárlos para que no perdonase á lord Russel.

Todavía le quedaban fuerzas á Jacobo para imitar el egemplo de su padre Cárlos I, emprender la guerra contra sus enemigos, y triunfar ó perecer con gloria: pero su ánimo estaba

abatido: de todo temia, de todos sospechaba, y la memoria de las anteriores imprudencias y de la sangre derramada le atormentaba. Dió pues órdenes para convocar un parlamento, y despues de haber enviado á Francia á su muger y á su hijo, salió disfrazado de Londres, y se embarcó en Feversham para seguirlos. El pueblo de esta villa no dejó salir el buque, é insultó al rey no conociéndole.

El infeliz Jacobo volvió á Londres, y lo que es de admirar, fue recibido con aclamaciones del pueblo, compadecido de su infortunio; pero Guillermo se acercaba: los holandeses entraron en Londres sin resistencia, y el príncipe de Orange envió órden á Jacobo de que abandonase el palacio de Whitehall, y pasase á residir á Ham. Jacobo pidió que se le permitiese ir á Rochester, y Guillermo lo concedió; porque ninguna cosa deseaba tanto como la emigracion del rey. En efecto, apenas se vió en Rochester, fletó un barco y se pasó á Francia, donde Luis XIV le recibió con grande amor, y le dió para su residencia el palacio de san German en Laya.

Así acabó en Inglaterra, de una manera ingloriosa, por culpa de su último rey, la infeliz dinastía de Stuard, que cumplió siempre el destino de María, reina de Escocia, madre de dicha familia. Los ingleses la atormentaron, y ella atormentó á los ingleses. Habia una divergencia tan grande entre las ideas religiosas y políticas de los Estuardos, y las de la nacion,

que en el espacio de casi un siglo apenas estuvieron en paz cuatro años seguidos.

Guillermo III y María II, reyes de Inglaterra (1689). El trono estaba vacante, y no habia autoridad que pudiese convocar el parlamento; porque la cámara alta, única que existia, era incompetente para ello. Guillermo reunió una de las últimas cámaras de los comunes del reinado de Cárlos II: agregó á ella el corregidor y los aldermanes, ó regidores de Londres, y 50 indivíduos del consejo municipal. Túvose por cierto que esta cámara y la de los pares representaban suficientemente la nacion: una y otra autorizaron al príncipe de Orange para convocar una convencion parlamentaria. Los miembros que se eligieron fueron casi todos whigs. Como Guillermo amenazó que se volveria á Holanda si no le nombraban rey, conjuntamente con su muger, fueron uno y otro proclamados reyes de Inglaterra; y se arregló la sucesion al trono del modo siguiente: despues del fallecimiento de María, debia reinar Guillermo: despues de uno y otro, la princesa Ana: despues de la descendencia de María, la de Ana; y despues de esta, la que Guillermo tuviese de otra muger en segundas nupcias. La prerogativa real quedó muy reducida, en comparacion de lo que era antes.

La usurpacion estaba consumada en Inglaterra y en Escocia, que reconoció á Guillermo; pero Irlanda se conservó á la devocion de Jacobo. Luis XIV, interesado en destruir la in-

fluencia del príncipe de Orange, su enemigo personal y político, dió al rey destronado una escuadra y algunas tropas para sostener su dominacion en Irlanda.

Jacobo salió de Brest el 7 de mayo, y llegó á Kinsale el 22 del mismo mes. Hizo su entrada pública en Dublin entre las sinceras aclamaciones del pueblo, y su autoridad fue reconocida en toda la isla, escepto en las plazas mas septentrionales de Ultonia. El primer acto de su autoridad fue perseguir á los protestantes que habitaban en Irlanda. Muchos se refugiaron á Inglaterra y Escocia: otros, en número de 10.000, mas determinados, se encerraron en Londonderry y en Inniskilling, resueltos á defender estas dos plazas hasta el último estremo.

Jacobo, que se hallaba al frente de 40.000 hombres, se determinó á sitiar la primera. Los habitantes dieron muerte al gobernador Lundie, que aunque nombrado por Guillermo, era partidario secreto del rey, porque les aconsejó que se rindiesen; y nombraron en su lugar á Walker, disidente y sacerdote en su secta. El valor con que defendieron sus débiles murallas contra un enemigo superior en número, es célebre en la historia. Rechazaron todos los asaltos de las tropas de Jacobo: pero como estas habian cerrado el puerto con una barra de hierro, y sus baterías de la costa impedian acercarse á los navíos de Guillermo, sufria la guarnicion todos los horrores del ham-

bre; y sus municiones se iban acabando.

Traíales un refuerzo considerable de hombres y bastimentos aquel mismo coronel Kirke, que habiendo sido por sus crueldades una de las causas de la ruina de Jacobo, se habia pasado á las banderas del de Orange. Este, viendo que los sitiados estaban ya próximos á capitular, formó el atrevido proyecto de penetrar á toda fuerza en la plaza con el socorro. Uno de sus buques se dejó ir á toda vela contra la barra y la rompió; y los demas llegaron felizmente al muelle de la ciudad, sufriendo el fuego vivísimo de las baterías de los enemigos. Jacobo viendo abastecida la guarnicion para mucho tiempo, levantó el sitio despues de haber perdido en él 9.000 hombres.

Guillermo no podia por entonces abandonar la Inglaterra, donde estaba luchando contra los partidos del parlamento. Su grande objeto en la espedicion contra Jacobo habia sido ganar para la alianza que formaba contra Luis XIV, á los ingleses, nacion muy poderosa ya por tierra y mar, y muy opulenta por la estension de su comercio. Pero era rey, y queria conservar las prerogativas que habian quedado á la corona: ademas era calvinista, y deseaba lograr para los disidentes de su misma religion todas las ventajas posibles. Logré su principal fin, que era enemistar á Inglaterra con Francia: tambien consiguió para los no conformistas la libertad de conciencia; y en Escocia, donde fue abolido el episcopado, la

supremacía: pero no pudo sacar de sus estrechos límites, á que estaba reducida, la autoridad real; y como tenia grande influjo en Holanda, donde era muy amado, le llamaban los libelistas de aquel siglo *rey de Holanda y stathouder de Inglaterra.*

No pudiendo pues abandonar á Londres durante la sesion del parlamento, envió á Irlanda con un cuerpo de tropas considerable al duque de Schomberg, general holandés que habia adquirido mucha reputacion, peleando en casi todos los paises de Europa. Tenia, á pesar de su edad de 80 años, todo el vigor y actividad de un jóven. Mas no conociendo el temple de Irlanda, apostó sus tropas en un campo húmedo y desprovisto de leña, cerca de Dundalk, donde sus soldados perecian de fluxiones y calenturas. La misma calamidad afligia al ejército de Jacobo: y así, cuando llegó la estacion de las lluvias, uno y otro tomaron, como si hubiesen convenido en ello, cuarteles de invierno.

Batalla del Boyne (1690). Guillermo, ajustadas las cosas de Inglaterra, determinó pasar á Irlanda. Desembarcó en Carictfergus, reunió sus tropas, y se halló al frente de 36.000 hombres; y aunque el enemigo tenia 10.000 soldados mas, no eran comparables á los suyos, ni en disciplina ni en el uso de la guerra. Habiendo sabido que la escuadra francesa navegaba hácia los mares de Irlanda, resolvió dar batalla antes que Jacobo recibiese el so-

corro que aquella armada le traia, y marchó al enemigo, que sin defender los desfiladeros de Newry, pasó el Boyne, y se apostó en su márgen meridional. Guillermo fue herido en un reconocimiento que hizo de la posicion del contrario, y resolvió atacarla al dia siguiente.

Su ejército atravesó el rio dividido en tres cuerpos, y despues de un cañoneo formidable comenzó el combate. Los irlandeses resistieron con valor, pero poco tiempo; y Guillermo, que nunca abandonó el campo de batalla, contribuyó en gran manera á la victoria con sus acertadas disposiciones. Jacobo no entró en accion: desde la montaña de Dunmore fue testigo del combate; y cuando los suyos llevaban ventaja contra el enemigo, se le oyó gritar varias veces: *¡oh! no mateis á mis vasallos ingleses.* En esta batalla perdió 1.500 hombres, y los ingleses 500. Uno de ellos fue el general Schomberg, que pereció por el fuego que le hicieron sus mismos soldados, ignorando que se habia arrojado á pelear en medio de los enemigos.

Jacobo abandonó su ejército y se embarcó en Waterford para Francia. Sarsfield, general irlandés muy esperimentado, y que tenia mucho influjo en su tropa, reunió el ejército vencido junto al Boyne, y marchó al occidente de la isla á defender el paso del Skanon y cubrir la plaza de Limerik, que permaneció fiel á la causa de los jacobitas: pero el mando de todas

las tropas se dió por órden del rey al general francés Saint Ruth.

Batalla de Augrim: toma de Limerik: sumision de Irlanda (1691). Guillermo se volvió á Inglaterra, dejàndo la comandancia de sus tropas al general Ginckle, el cual marchó hácia el Shannon resuelto á pasar este rio por Athlone, único sitio en que era vadeable. La ciudad se defendió valerosamente: pero un cuerpo de tropas inglesas, vadeando el rio á vista del enemigo, atacó las forticaciones, y tomó la plaza á discrecion.

Saint Ruth, que sabedor del peligro de Athlone, se habia puesto en marcha para socorrerla, supo en el camino la rendicion de la plaza, y se apostó en Aughrim, donde Ginckle, habiendo pasado el Shannon con todas sus fuerzas, marchó á él con el objeto de concluir la guerra en una sola batalla. El combate fue obstinado y sangriento: los ingleses hicieron grandes esfuerzos para atravesar una laguna que defendia el frente del enemigo. Al fin la pasaron y derrotaron la izquierda de los jacobitas: Saint Ruth fue muerto en el centro donde peleaba, y los irlandeses vencidos con pérdida de 5.000 hombres, se retiraron á Limerik.

Esta plaza capituló despues de una vigorosa defensa. Las condiciones fueron que Irlanda tendria el libre egercicio de la religion católica como en el tiempo de Cárlos II; y que las tropas jacobitas en número de 14.000 hom-

bres, se retirarian á Francia. Así se hizo: y Luis XIV las acogió con sumo agrado, y las incorporó en su ejército, como auxiliares: pues fueron reconocidas por tropas pertenecientes á Jacobo.

Batalla naval de la Hogue (1692). Guillermo, pacífico poseedor de las tres coronas, no tenia ya otros enemigos que la Francia, y los que le suscitaban en su propio reino el oro de Luis XIV y las intrigas de los jacobitas. Dos conspiraciones se formaron despues de la sumision de Irlanda: pero fueron descubiertas á tiempo, y los cómplices que no emigraron, subieron al cadahalso.

El rey de Francia, atribuyendo al corto número de tropas francesas con que habia auxiliado á Jacobo, el mal suceso de la espedicion de Irlanda, determinó emplear todo su poder para restaurar el trono de su infeliz aliado. Reunió pues un grande ejército entre Cherbourg y el cabo de la Hogue, y dió el mando de él á Jacobo. Mas de 300 buques de transporte estaban preparados para transportarlo á Inglaterra, donde debia proteger el desembarco el almirante francés Tourville con una escuadra de 63 navíos de línea.

Este formidable armamento no perturbó el ánimo intrépido de Guillermo. El almirante Russel salió con su escuadra de los puertos de la isla; y reunida con la holandesa, marchó hácia las costas de Francia con 99 navíos de línea, ademas de muchas fragatas y brulotes.

Halló á Tourville junto á la Hogue, puesto en línea de batalla. La accion duró diez horas: la victoria se declaró por los ingleses: sus contrarios, habiendo perdido cuatro navíos, se retiraron, y fueron perseguidos por el almirante inglés Rooke, que les quemó 18 navíos en la Hogue y 4 en Cherburgo. Esta derrota fue tan considerable, que Luis XIV renunció á hacer la guerra por mar, y Jacobo perdió sus últimas esperanzas. Desde entonces vivió retirado en san German, hasta el año de 1700 en que la muerte puso fin á sus infortunios.

Muerte de la reina María (1695). El combate de la Hogue afirmó la usurpacion de Guillermo III: pero le era necesaria toda su impasible política para resistir á los ánimos feroces de los wighs, que cada dia osaban disputarle alguna de sus prerogativas. En esta lid le sobrecogió la muerte de María: único suceso á que se manifestó sensible en toda su vida, y el pesar que mostró rayaba en la desesperacion. María, á pesar de los elogios de los escritores protestantes, fue hija desnaturalizada y reina cruel. Nada puede disculpar la indecente alegría que manifestó al ocupar el trono, del cual arrojó á su mismo padre, ni el rigor con que persiguió á los católicos en Inglaterra durante la campaña que hizo en Irlanda su marido, mas tolerante ó por política ó por educacion.

En este mismo año fue descubierta por confesion de los cómplices y castigada otra conspiracion contra la vida de Guillermo III;

que reinaba solo despues de la muerte de su esposa, segun lo dispuesto en la convencion parlamentaria. En la causa de uno de los reos, Juan Fenwick, se violaron todos los principios de juscicia; pues el parlamento le proscribió sin pruebas, porque no confesó los delitos que se le atribuian, en cuyo caso se le prometia el perdon. Ferwick prefirió la muerte á la infamia, y subió al cadahalso.

Paz de Riswik (1697). Guillermo consiguió, á fuerza de perseverancia y de política, el único objeto de sus votos, que era hacer una oposicion activa y eficaz al poder de Luis XIV. Habiendo agregado la Inglaterra á la alianza de Holanda, Austria y España, obligó al monarca francés á firmar la paz de Riswik, en la cual se contuvo el curso de las conquistas de la Francia, y quedaron las cosas en la misma situacion que estaban antes de la guerra; solo que Luis XIV reconoció por rey á Guillermo.

Mirábase entonces como próxima la muerte de Cálos II, rey de España; y como este príncipe no tenia sucesion, amenazaba á Europa una guerra sangrienta entre las casas de Austria y Borbon, dispuestas una y otra á alegar sus derechos á aquella corona, adquiridos por las hembras de que descendian. Guillermo para evitarla propuso un plan de repartimiento de la monarquía española, al cual accedieron las partes interesadas, y que fue muy mal visto en España, como debia serlo. Luis XIV, que solo le habia aprobado en apariencia, supo sin-

cerarse á los ojos de Cárlos II. El testamento de este príncipe llamó á la corona á Felipe, duque de Anjou, nieto del rey de Francia, que al fallecimiento de aquel monarca en 1700 fue reconocido por rey en todos los dominios de la monarquía española.

Guillermo se preparaba á hacer guerra á Francia, coligado con Alemania y Holanda, cuando le sobrecogió la muerte en 1701. Como la única hija que tuvo de María, habia fallecido en menor edad, dejó la corona á su cuñada Ana, y con ella la sangrienta herencia de la guerra de sucesion de España. Falleció á los 52 años de edad y 13 de reinado. Guillermo fue gran político, buen militar, y mal hombre: pero nunca cometió maldades inútiles.

Él fue quien radicó é hizo popular en Inglaterra el sistema de la intervencion en los negocios del continente, inventado por Isabel, contra la potencia dominante, que entonces era Francia. Dos grandes ventajas produjo á Inglaterra este sistema. La primera, derramar, por decirlo asi, en toda Europa la actividad política y militar de los ingleses, que tantos daños les causó mientras estuvo reducida á los estrechos límites de su isla, y proporcionar nuevos mercados al comercio y nuevas posesiones á la corona por las conquistas que hicieron. Segunda, libertar al pueblo inglés de las convulsiones políticas y religiosas que tanto le habian atormentado, llamando su atencion á la política estrangera y á las ventajas mercantiles. Ya el

fanatismo se habia disminuido en gran manera, tanto por el escarmiento de lo pasado, como por los progresos de las luces y conocimientos, estendidos en aquella isla á favor de las mismas tempestades que agitaron el trono y la nacion. Shakespear brilló en los dias gloriosos y espléndidos de Isabel, como un meteoro amenazador. Milton escribió su inmortal poema entre la usurpacion de Cromwel, cuyo secretario era, y la restauracion de Cárlos II, en cuyo reinado florecieron la crítica y la filosofía, que siguió muy de cerca al siglo del genio. Pope, Addison, Drygden, en literatura; Locke en metafisica, y Huighens y el gran Newton en matemáticas, dieron el tono á su siglo. Las artes, las ciencias, la filosofía se hicieron indígenas de la gran Bretaña, y con ellas la tolerancia política y religiosa. Esta última se concedió mas tarde á los católicos, aunque siempre calumniados por la iglesia anglicana, usurpadora de su antiguo poder y de sus riquezas.

Con el siglo XVIII empezó una nueva era para el imperio inglés. La reunion de Escocia destruia el influjo de Francia en la parte septentrional de la isla; y aunque Irlanda católica y perseguida invocaba muchas veces el auxilio de las potencias rivales de Inglaterra, la superioridad de la marina británica interceptaba las comunicaciones entre aquella isla y sus enemigos. Defendida por sus ciudadelas navales, pero poco fuerte para adquirir la preponderancia continental, tuvo Inglaterra la

prudencia de no aspirar nunca al primer puesto de la escala diplomática; pero ocupó constantemente el segundo lugar con gloria y con habilidad, aunque no siempre con justicia. Su axioma de política esterior, al que no renunciará nunca so pena de muerte, es, *que los ingleses no deben consentir que ninguna potencia predomine en el continente.* Su poblacion numerosa, valiente y llena de inteligencia, habituada en los recuerdos de su sangrienta historia, en los debates parlamentarios y en los viages y guerras marítimas, á arrostrar las tempestades físicas, políticas y morales, ha adquirido un grado de energía reflexiva y siempre guiada por la prudencia, una ostinacion de voluntad, una pertinacia invencible á la vista del peligro, contra la cual lucharán en vano los enemigos que la suerte les destine: é Inglaterra justificará siempre la divisa que tomó Enrique VIII en los torneos de Ardres: *vencerá el que yo auxilie.*

En cuanto al largo y sangriento periodo que acabamos de recorrer, desde el fin de la guerra de las dos Rosas hasta la muerte de Guillermo III, solo hay una observacion dominante. El carácter duro y ávido de sangre que adquirió la nacion en aquella guerra, se exacerbó con las de política y religion que produjo la reforma de Enrique VIII y las pretensiones del parlamento en tiempo de Cárlos I. Grandes documentos encierra el cuadro de estas épocas infelices para los reyes y para las

naciones: grandes escarmientos, por desgracia quizá inútiles, de los males que produce el desprecio de la autoridad, se encuentran escritos con caracteres de sangre en los anales de las casas de Tudor y Stuard; pero dificilmente encontramos en la historia de estos dos siglos mas que un personage interesante, que es Cárlos I. Porque ¿qué hombre dotado de razon y de sensibilidad puede amar al despótico, lascivo y cruel Enrique VIII, que dió con la cuchilla en la mano por regla de creencia sus inversátiles opiniones y sus despreciables é inmundos amoríos? ¿Ni á la fanática María I, ni á la vengativa Isabel, manchada con la sangre de su rival, por mas que nos admiren su política, su talento y su fortuna? La misma María Estuarda, aunque tributemos lágrimas á su infortunio, mancilló su fama tomando por esposo á un asesino. No hablemos de Cromwel, en quien todo era digno de admiracion, escepto su alma hipócrita, ambiciosa, vengativa y capaz de todos los delitos. El hombre que guste de ver en los reyes, cuidado del gobierno, odio á la dilapidacion y una política verdaderamente nacional, aborrecerá en Cárlos II al disipador, al amante de los placeres y al estipendiario de Luis XIV: los adictos á la religion católica censurarán en Jacobo II los medios impolíticos de que se valió para hacerla triunfar. Los demas personages subalternos, ó se emplearon en conspirar, ó en castigar con barbarie las conspiraciones, y no ofrecen interés al-

guno. Solo Cárlos I y su ministro Straford son dignos de lágrimas sinceras; porque son los únicos cuya conciencia fue pura, asi en la prosperidad como en el infortunio. Esceptuados estos dos, hallaremos á la verdad talentos políticos y militares que nos admiren; pero no virtudes que amamos. Esa es la suerte de las revoluciones: destruyendo los principios sociales, crean fuerza y astucia; pero acaban con todo lo que es dulce y consolador para la humanidad.



TABLA CRONOLOGICA

de la historia de Inglaterra durante las dinastías de Tudor y Stuard.

Enrique VII, primero de la casa de Tudor, asciende al trono despues de vencido y muerto el tirano Ricardo III en la batalla de Boswarth. Conspiraciones de Simuel y Perkin comprimidas. Hace morir en el cadahalso al conde de Warwik, único descendiente que quedaba de la casa de York. Casamiento de su hijo Enrique con Catalina de Aragon, y de su hija Margarita con Jacobo IV, rey de Escocia. Falleció en . . . . 1509.

Enrique VIII, su hijo. Favor del cardenal Wolsey. Guerra contra Escocia: batalla de Flodden, en que pereció Jacobo IV. Entrevista de Ardres entre Enrique y Francisco I, rey de Francia. Amores del rey con Ana Bolena: su divorcio con Catalina de Aragon: su separacion de la iglesia de Roma. Es declarado gefe de la iglesia angli-

cana: su casamiento con Ana Bolena. Esta es condenada á muerte como adúltera. Elevacion de Cromwel. El rey casa con Juana Seymour, y despues de su muerte con Ana de Cleves. Caida de Cromwel. Repudio de Ana de Cleves, y casamiento del rey con Catalina Howard, á la cual condenó al último suplicio por adúltera, y casó con Catalina Parr, su sesta y última muger. Fundacion de la reforma anglicana. Enrique persigue á católicos y protestantes. Falleció en . . . . 1547.

Eduardo VI, hijo de Enrique VIII y de Juana de Seymour, sucedió á su padre en menor edad bajo un consejo de regencia. Protectorado del duque de Somerset. Progresos de la reforma. Guerra con Escocia: muerte de Jacobo V, rey de esta monarquía, á quien sucede María Estuarda. Intrigas de Warwik para dar la sucesion de la corona á Juana Grey, descendiente de María de Inglaterra, hija menor de Enrique VII. Causa y suplicio del protector Somerset. Eduardo falleció en . . . . 1553.

María I, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon: sucedió á su hermano Eduardo, á pesar de la faccion de Warwik, que fue enviado al suplicio. Restablecimiento del catolicismo en Inglaterra. Su casamiento con Felipe

II, hijo de Cárlos V. Persecucion de los anglicanos. Guerra contra Enrique II, rey de Francia. Batalla de san Quintin: pérdida de Calés. María falleció sin sucesion en . . . . 1558.

Isabel, su hermana, y última de la casa de Tudor, hija de Enrique VIII y Ana Bolena. Restablece la reforma. Recibe á María Estuarda fugitiva de Escocia, la retiene prisionera 18 años, al cabo de los cuales la hizo degollar. Favorece á Enrique IV, rey de Francia. Armada invencible contra Inglaterra, vencida por las tempestades. Espediciones de Drake y Raleigh á la América. Toma y saqueo de Cádiz por el conde de Essex. Orgullo y castigo de este favorito. Isabel falleció en . . . . 1603.

Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia: sucedió á Isabel, en la cual se estinguió la descendencia de Enrique VIII, como descendiente por su madre María Estuarda de Margarita, hija mayor de Enrique VII. Conjuracion de las pólvoras, descubierta y castigada. Falleció en . . . . 1625.

Cárlos I, su hijo: casa con Enriqueta, hija de Enrique IV, rey de Francia. El parlamento le niega los subsidios necesarios para hacer la guerra á la casa de Austria en defensa de los de-

rechos del elector Palatino su cuñado. Ataque infructuoso de Cádiz: guerra con Francia mal sostedida. Cárlos quiere introducir en Escocia la liturgía anglicana. Rebelion de los escoceses. Parlamento largo, que priva á la corona de sus prerogativas. Puritanos. Guerra entre el rey y el parlamento. Batalla de Naseby. El rey se pone en manos de los escoceses, que lo entregan al parlamento inglés. Division de los puritanos en presbiterianos é independientes. Lucha entre el parlamento y el ejército: triunfo de este. Cárlos es puesto en juicio y degollado en . . . . 1649.

República de Inglaterra. Cromwel subyuga la Irlanda rebelada. Cárlos, príncipe de Gales, es reconocido rey en Escocia, é invade la Inglaterra: es vencido por Cromwel en la batalla de Worcester, y se refugia en Francia despues de haber corrido los mayores peligros. Cromwel protector de Inglaterra: disuelve el parlamento largo. Triunfa de los holandeses: conquista la Jamaica. Lleno de sospechas y terrores muere, dejando su dignidad á su hijo Ricardo, que teniendo en contra suya á los comandantes del ejército, renuncia al protectorado. Monk, gobernador de Escocia, marcha á Lon-

dres, subyuga el ejército, reune un parlamento libre, y restaura la monarquía en . . . . 1660.

Cárlos II, hijo de Cárlos I. Castigo de los regicidas. Su prodigalidad: su alianza con Luis XIV: disgusto del parlamento. Proyectos de escluir de la corona á Jacobo, duque de York, hermano menor de Cárlos. Guerra desgraciada contra los holandeses. Abandono de la alianza de Francia por la de Holanda. Wighs y Torys. Disuelve el parlamento y gobierna absolutamente. Falleció sin sucesion legítima en . . . . 1685.

Jacobo II, su hermano. Conspiracion del duque de Moumouth, hijo natural de Cárlos II: es vencido en la batalla de Sedgemore. Su prision y suplicio. Crueldades de Kirke y Jefferies. Descontento general. Invasion de Guillermo, yerno de Jacobo, en Inglaterra. Jacobo se refugia en Francia. Convencion parlamentaria . . . . 1688.

Guillermo III de Orange, y su muger María II, hija de Jacobo II, proclamados reyes de Inglaterra. Jacobo auxiliado por Luis IV, rey de Francia, pasa á Irlanda con un ejército: sitio de Londonderry: batalla del Boyne. Jacobo se vuelve á Francia. Batalla de Aughrim, y sumision de Irlanda á Guillermo. Guerra contra Francia. Ba-

talla naval de la Hogue. Muerte de María II. Paz de Riswik. Guillermo falleció sin sucesion en . . . . 1701.

Fin del tomo x de la historia de Francia; XIII de la moderna, y XXI de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE FRANCIA

por Don Alberto Lista.

Capitulo I.

Capitulo ii.

Capitulo iii.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO ADICIONAL.


978
SEGUR
2
200


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm